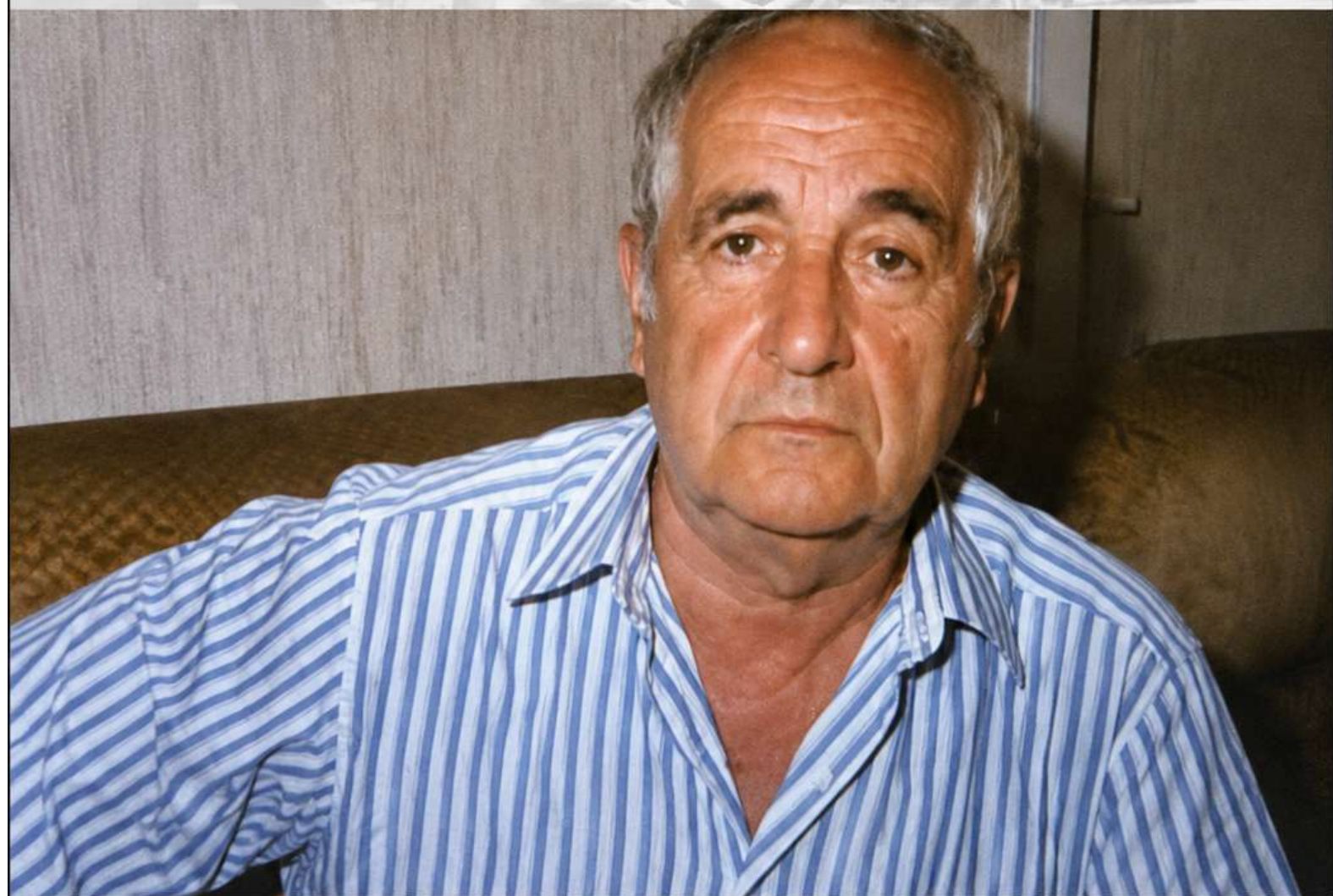


# JAUME VALLS: TODO LO QUE PUDE

Memoria de una vida de luchas y sueños  
por un mundo nuevo

Introducción, transcripción literaria y documentación  
histórica: **Jesús A. Vila**)

Prólogo, **José Fariñas**; Epílogo, **Manuel Domínguez**)



**recerques/retrats9**

EDITORIAL  
**GREGAL'**

# **Jaume Valls: todo lo que pude**

**Memoria de una vida de luchas y sueños  
por un mundo nuevo**

**Col·lecció  
recerques/RETRATS**

**9**







---

# **Jaume Valls: todo lo que pude**

**Memoria de una vida de luchas y sueños  
por un mundo nuevo**

**Jaume Valls Piulats  
Jesús A. Vila**



Producción: Ambar Comunicació, SL ([ambar@periodistes.org](mailto:ambar@periodistes.org))

Edición: [mecenix.com](http://mecenix.com) ©

Diseño de la cubierta: Creators

Impresión: ServicePoint

© de los textos: Jaume Valls y Jesús A. Vila (Para el Prólogo y el Epílogo, los respectivos autores)

© de esta edición

Centre d'Estudis de l'Hospitalet  
Av. Josep Tarradellas, 44. (Espai Molí)  
08901 L'Hospitalet de Llobregat  
Tel: 93 338 60 91  
**A-e: [celh@celh.cat](mailto:celh@celh.cat) Web: [www.celh.cat](http://www.celh.cat)**

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-948236-3-3

Depósito legal: B 9953-2020

La publicación de este libro ha recibido el soporte de:



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra ha de contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual, excepto en aquello que la ley prevé expresamente. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y sig. del Código penal). Todos los derechos reservados.





*Este libro se ha editado gracias al apoyo de 101 amigos y amigas,  
compañeras y compañeros y familiares, que han hecho aportaciones pecuniarias para la  
edición, con el sistema de micromecenazgo de [mecenix.com](http://mecenix.com).  
A todos ellos, muchas gracias.*

*Tal y como prevén las normas del sistema **mecenix.com**, los autores  
agradecen especialmente su apoyo a las siguientes personas:*  
*Agustina Guallar, Carmen Valls Piulats,  
Teresa Valls Guallar, Aina Riu Valls, Carmen Valls Guallar, Laura Riu Valls,  
Carlos Cutillas, Víctor Cutillas Valls, Anna Cutillas Valls, Toni Piñol,  
Asunción Mallén, Juanin, Ramon Gómez, Karla Cutillas, Rodolfo Cutillas,  
Ramon Padullés Argerich, Carme Rulló Valls, Pepa Prieto, Jordi Agulló,  
Santiago Díaz, Mercedes Mansilla, Antonia Adamuz, Vicenta Pacheco,  
Enric Roldán, Alain Falomir, Domingo Mir, Carles Santacana,  
María J. Balaguer, Manuel Céspedes, Vicenç Ventura,  
M. José Ruiz, Isabel Ruiz, Vicenta Ruiz, Eusebio Ruiz Ramírez, Claudio Ruiz Ramírez,  
Antoni Garcia, y a la empresa Ambar Comunicació, SL*



---

“Ni nos domaron, ni nos doblaron, ni nos van a domesticar.”

**Marcelino Camacho**

“Mientras haya quien crea que los problemas no los debemos resolver por nosotros mismos, sino que su solución depende de otros, el hombre no hará jamás nada”

**Salvador Seguí, *El Noi del Sucre***

Para Agustina, mi mujer, mi compañera...  
Para mis hijas M. Carmen y Teresa. Para Carles.  
Para mis nietas, Aina, Anna y Laura. Para mi nieto Víctor.

Para mis compañeros, algunos de los cuales  
fueron también mis camaradas y muchos de ellos mis amigos.

Para los trabajadores que no se resignan, para los que se rebelan,  
para los que luchan porque, como decía Brecht,  
estos son los imprescindibles.

**JVP**



# Sumario

|     |                                                                                             |
|-----|---------------------------------------------------------------------------------------------|
| 11  | PRÓLOGO, por José M. Fariñas                                                                |
| 15  | PREFACIO, por Jaume Valls                                                                   |
| 17  | INTRODUCCIÓN, por Jesús A. Vila                                                             |
| 23  | 1. Del horror al compromiso (1930-1961)                                                     |
| 39  | 2. Las primeras experiencias políticas y sindicales. (1962-1971)                            |
| 71  | 3. De la articulación del movimiento obrero, a la conquista del poder municipal (1972-1979) |
| 119 | 4. De la ruptura a la recuperación de la memoria (1980-1994)                                |
| 173 | 5. Un nuevo compromiso político y algunos reconocimientos (1995-2011)                       |
| 199 | 6. Optimismo ante el cambio (2012-2020)                                                     |
| 207 | EPÍLEG QUE NO POT SER OBJECTIU, per Manuel Domínguez                                        |
| 211 | ANEXO DOCUMENTAL DE MATERIALS GRÁFICOS Y FOTOGRAFIAS                                        |

## Prólogo

Conocí a Jaume Valls un día a finales de la primavera del año 1970. En el patio de la Cárcel Modelo de Barcelona. Solo una breve conversación, a la que luego se sucedieron muchas más. Yo ya sabía que estábamos forjando una amistad que duraría toda la vida.

A finales de verano de ese mismo año salí de la cárcel. Como había terminado mi carrera de Ciencias Económicas y Empresariales, ya no estaba en la universidad y tuve que esperar a que alguien del PSUC se pusiese en contacto conmigo. Esa persona fue Miguel Nuñez. Estuvimos tres horas paseando por el parque Güell, analizando las posibles vías de reincorporación al partido, puesto que ya abandonaba la organización estudiantil. Miguel me convenció para que me uniera a la organización de l'Hospitalet de Llobregat en calidad de responsable de formación. Ésta contaba con un número de militantes que no llegaba a los doscientos miembros y, en cuanto contacté con Marga Guasch, responsable política de la organización, quedé integrado en la misma.

En lugar de los doscientos militantes de los que me habían hablado, solo encontré a un

grupo activo de jóvenes, que se autodenominaba “la Cabra”, y que lideraban Paco, Sinzo y Pascual. Recuerdo que en aquellos momentos estaban organizando una campaña contra la subida de los precios del autobús en l'Hospitalet. La infraestructura del grupo se componía de una impresora “vietnamita”. Lo importante era el activismo y repartir octavillas. Y tuvimos un logro: el precio del autobús ese año 1970 no subió.

Al final del verano, volví a ver a Jaume Valls en una reunión del Comité Local del PSUC, del que formaban parte Marga Guach, Mercedes Olivares, Felipe Gómez, “el Sastre”, el propio Jaume y yo. Fue una gran sorpresa para mí, ya que no esperaba encontrarle allí. Una sorpresa y una profunda alegría. Nuestros caminos volvían a cruzarse. En esa reunión pregunté por los doscientos camaradas que, en teoría, formaban parte de la célula del partido, con el fin de iniciar y programar mi trabajo como responsable de formación. Ante la imposibilidad de reunirnos todos con ellos, porque era peligroso, decidimos que empezaríamos por un grupo de jóvenes del partido, o sea, con “la Cabra”.



En un momento determinado, Marga Guasch dimite como responsable política del Partido y yo ocupo su lugar. En la primavera de 1971, se fueron incorporando nuevos miembros involuables para mí. Pepi, Francisco, Isabel, Mercedes que, junto a otras personas fuera del Partido, organizaron la Olimpiada de l'Hospitalet. Fue algo memorable que, además, facilitó mucho el trabajo del Partido entre los jóvenes a partir de ese momento.

En 1972 decidimos trasladarnos a vivir definitivamente al barrio de Can Serra mi pareja Assumpta Sala y yo. A partir de ese momento, participamos activamente en todas las reivindicaciones que se desarrollan en l'Hospitalet y en el barrio.

Cuando se estaba construyendo la Casa de la Reconciliación, consigo que Manuel Sacristán, Dolores Calvet, Subirana y otros compañeros de la Universidad de Barcelona se comprometiesen a dar un conjunto de charlas sobre el marxismo y diversos temas de actualidad vinculados al mismo. Calvet y Subirana acabarían incorporándose al Comité Local. Recuerdo el espacio donde éstas tenían lugar, una esquina con unas pocas sillas y el resto de los compañeros sentados en el suelo. Allí estaban todos los jóvenes y, por supuesto, Jaume que, junto con otros compañeros de la construcción y del barrio, construyeron este lugar de encuentro que, además, sirvió de base para crear la célula de Can Serra. Enrique Arpio, Mercé Romans, Mari Luz, Jordi (hoy "Arbre"), Txia Almirall, Jaime Botey "el cura", Vicenta, Antonio "el Sovi" y muchos más se habían unido a nuestro proyecto. El PSUC ya cobraba forma en l'Hospitalet.

Las reuniones con Jaume se intensifican aún más, ya que él era el responsable del movi-

miento obrero. Naturalmente, también con el resto de los miembros del Comité. Nos reuníamos cada semana en una casa diferente. En la mía, en la de Felipe y Mercedes, en la del "Sastre"... Así conocí a Agustina, la mujer de Jaume y a Rosa, la mujer de Antonio Ruiz, que se había incorporado también al Comité. Ahí descubrí la fortaleza de estas y otras mujeres que, en la retaguardia, ayudaron tanto o más que nosotros en la resistencia. Otra incorporación fue la de Rubén que sustituyó al "Sastre" como responsable de Propaganda y al que nunca se cita porque su papel era muy clandestino. Gracias Rubén.

Una iniciativa que quiero recordar aquí era la que conformaba aquellos viajes dominicales en autobús a otros sitios de Catalunya, principalmente a sus playas. No se trataba solo de un viaje de recreo. También hacíamos una reunión política con todos los asistentes. Era una oportunidad de conocernos todos mejor: a las mujeres, maridos, hijos, hijas, yernos, nueras. Jaume nunca faltó, como tampoco lo hicieron el resto de miembros del Comité. Al fin y al cabo, éramos una gran familia. Nuestra familia.

Recuerdo con gran cariño y emoción la excursión del 25 de abril de 1974. Estábamos todos muy sensibilizados por los acontecimientos de Portugal y en la reunión política hablamos sobre la Unión Militar Democrática de España. ¡Ese día movilizamos cuatro autocares! ¡Todo un logro! Y fuimos a la playa de Blanes. Por supuesto, las canciones nos acompañaron en los trayectos de ida y vuelta, como siempre. Recuerdo especialmente la canción de Grima de Rosa. Y a Jaume, habiendo.

En este libro Jaume cuenta su experiencia. Quiero destacar, además de su participación activa en el PSUC durante los años en que fue miembro del Comité Local, su entrega incondicional a Comisiones Obreras. En sus propias palabras, siempre defendiendo la autonomía de este sindicato frente al Partido. ¿Por qué llegó entonces a dimitir del Consejo de CCOO en los años noventa? Pues porque su integridad siempre ha estado por encima de las consignas del partido y de la propia dirección de CCOO. En concreto, cuando el secretario general de CCOO de Catalunya propuso aprobar las Empresas de Trabajo Temporal (ETT), alegando que con ellas se generaría más trabajo, Jaume exigió una votación pues no estaba de acuerdo con las condiciones en que estas empresas desarrollaban su actividad, ya que implicaban una reducción de los salarios y muchas de ellas ni siquiera aseguraban a los trabajadores. Perdió la votación y con ello, CCOO, a un fiel y activo colaborador.

Los años han ido pasando, la lucha obrera ha ido perdiendo protagonismo y muchos pensaron que era el momento de recuperar la memoria. Era necesario no olvidar y dejar pruebas escritas y orales de aquellos tiempos que vivimos. Jaume lo tuvo claro desde siempre.

En 1995 se crea un grupo de trabajo en la Sala Barradas de la Rambla Justo Oliveras, denominado Colectivo Antifranquista. Su objetivo inicial fue elaborar unos Cuadernos de Estudio que recopilasen la biografía de aquellos compañeros que lucharon contra el franquismo en l'Hospitalet y aún estaban vivos. Recuerdo con qué ilusión Jaume participó y promovió este proyecto. Pero aquí no terminó su batalla. Era necesario crear un monu-

mento que recordase aquella lucha y a aquellas personas que contribuyeron a forjar un mundo mejor. Un homenaje a la lucha por la libertad. En 2007, el sueño se convierte en realidad y se inaugura en la Rotonda de la Rambla Marina, el Pont de la Llibertat. Mirando la prensa de entonces, veo que junto con las autoridades municipales y de la Generalitat, se destaca la presencia del presidente de la asociación “Pont de la Llibertat-L'Hospitalet Antifranquista”, Jaume Valls. Pero también recuerdo que al acto acudimos más de cinco mil personas y que, junto con Labordeta y otros músicos invitados, Rosa, nuestra Rosa y mujer de Antonio Ruiz, volvió a cantar la canción de Grimau. Todo un logro. Es el único monumento que hay en España que conmemora la lucha antifranquista. Pero este éxito no estuvo exento de dificultades. El camino hasta llegar a él, en ocasiones, fue duro para Jaume, tal y como se refleja en el libro. Pero una vez más afloran otras características de su carácter: entrega, dedicación y constancia.

Un año después, en 2008, se inicia una crisis económica mundial de grandes dimensiones que va a tener una enorme repercusión en varios países europeos, entre ellos, España. Como consecuencia, se producirán fuertes ajustes en el gasto público, siendo muy relevantes los recortes en educación y, sobre todo, en sanidad. La reacción en las calles no se hizo esperar y surgieron las denominadas “olas de mareas blancas”. La primera tuvo lugar a finales de 2012 en Madrid. Y en febrero de 2013 se produjo la gran marea blanca en todo el territorio español contra la privatización y los recortes, sobre todo en la sanidad. Catalunya no es la excepción, sino todo lo contrario. Y, dentro de ésta, Bellvitge. Y aquí es

---

donde aparece de nuevo Jaume, ya que, desde su posición como miembro de la Plataforma de Defensa de la Sanidad Pública de Catalunya, promovió, junto con las asociaciones de vecinos de l'Hospitalet, la gran marea blanca de Bellvitge que, incluso a día de hoy, no ha cesado en su actividad.

Vemos que han pasado los años, que incluso hemos cambiado de siglo, pero Jaume Valls

sigue siendo aquel luchador que conocí en 1970. Un *pagés* que se hizo obrero, activista y sindicalista. Un gran amigo, padre y marido. Que lo dio todo en la medida de sus posibilidades. Y que, me consta, ese “todo” ha sido grande y generoso.

**José Manuel Fariñas Gil**  
Oviedo, abril 2020

## Prefacio

Este 2020 cumpla 90 años. Hace ya algún tiempo que mis actividades han disminuido de acuerdo con la edad y con la salud, pero a veces me sorprende de que siga manteniendo el mismo sueño de cuando era un comunista activo: vivir en una sociedad de iguales, justa y con la libertad imprescindible para ser felices y hacer felices a los demás. He dedicado a ese sueño muchas horas de lucha y bastantes sacrificios y he sacado de todo ello, pese a los momentos amargos y a las frustraciones inevitables, la sensación de que el esfuerzo para avanzar en la utopía ha merecido la pena. Para algunos, entre los que me cuento, vivir es luchar y luchar es vivir. No es solo una cuestión de conciencia. Es también una consecuencia de clase, del lado de la trinchera en el que hemos nacido y donde nos hemos reconocido culturalmente.

Los hechos vienen a continuación, más o menos como los recuerdo y como los he podido documentar, que no quiere decir que no sean susceptibles de lecturas diversas. Que tampoco quiere decir que no contengan erro-

res o que sean discutibles o inexactos. Aprendes en la vida que no existe una única verdad y que todos los acontecimientos forman parte de un tapiz de colores múltiples. Estoy firmemente convencido, en cambio, de que mis actuaciones estuvieron siempre guiadas por una única convicción: avanzar en el camino hacia una sociedad mejor. A ello soy consciente de que sacrifiqué demasiadas cosas que debieron tener mejor atención: mi familia en primer lugar. Mi mujer, Agustina, y mis hijas que compartieron conmigo muchos sufrimientos siempre a mi lado, con un apoyo permanente que me permitió recuperarme en los peores momentos. A ellas les doy las gracias por su valor y por su entereza. También a mis camaradas, compañeros y amigos que fueron la fuerza necesaria para resistir, cuando resistir era vencer. Y también a quienes nos pusieron obstáculos, a quienes no nos comprendieron y a quienes nos causaron dolor porque todos ellos nos hicieron fuertes y firmes en nuestros propósitos.

Este libro, si algún valor tiene, es describir lo que yo viví, pero lo que vivieron conmigo muchos



trabajadores que sufrieron en sus propias carnes la injusticia del mundo que nos ha tocado vivir. A los que ya no están, a los represaliados y a quienes se dejaron la vida en el empeño, quiero dedicar este recopilatorio, lleno de lagunas, pero también lleno de sinceridad.

Quiero también agradecer aquí las horas de escucha, transcripción y redacción de mi amigo, el periodista Jesús Vila. Por tanto trabajo, y por entenderme.

**Jaume Valls Piulats**

## Introducción

Recibí el encargo una soleada mañana de abril saliendo de la sala de actos del Centro Metropolitano Tecla Sala, después de aquellas convocatorias que las bibliotecas de l'Hospitalet hacen cada dos años para presentar el volumen recopilatorio de libros y artículos que hacemos la gente de l'Hospitalet que escribe. Allí nos vemos, periódicamente, aquellos que no coincidimos en ningún otro lugar y aquellos que compartimos entidades y contactos diversos. Yo, con Jaume Valls, solía coincidir y aún coincidimos, en actos un poco inesperados, pero también en los habituales. Siempre que nos hemos visto, hemos tenido unos momentos de charla, y cuando hemos coincidido en el Tecla Sala lo he acompañado a su casa de Bellvitge en coche, porque él suele utilizar el metro y yo necesito el vehículo para desplazarme a mi casa. Aquella mañana soleada de abril nos hicieron la foto colectiva de rigor en la rampa de entrada al Centro Cultural y no recuerdo si antes o después, si mientras salíamos por el vestíbulo o mientras descendíamos la rampa, Jaume me habló de hacer un libro recopilatorio de su vida, de sus experiencias, de sus dedicaciones. "Lo que hicimos puede ser

vir como experiencia para los que vendrán. Y además, así podría explicar unas cuantas cosas que todavía no se han explicado y que pueden ser útiles".

Desde que publiqué mi primera novela en 1999, no ha habido año que no haya intentado sacar un libro. Una especie de desquite por la cantidad de años perdidos haciendo cosas que se ha llevado el viento. Así que, aunque no he acabado de atreverme a cerrar textos largos, siempre tengo entre manos algún trabajo que me entretiene y que me absorbe. La propuesta, interesante, suponía sin embargo un imprevisto en el mar de proyectos en el que me movía, pero a Jaume —y a otros cuantos— jamás he sabido decirle que no. "Tienes que escribirlo tu. Nos vemos, yo te explico, tu me grabas si quieres o tomas notas, te dejo documentos. En fin... no te voy a quitar mucho tiempo. No tiene que ser una cosa demasiado larga. Si quieres, lo intentamos..."

Le dije que adelante, antes de llegar al coche, o sea que no le hizo falta insistirme mucho, pero le indiqué que tenía un par de cosas entre manos,



que yo seguía trabajando para vivir y que tampoco disponía de todo el tiempo del mundo. No quedó muy convencido de que el proyecto llegara a buen puerto. Y yo tampoco, pero nos despedimos con la misma cordialidad de siempre y la sensación de que el compromiso estaba sellado y de que ni a él ni a mi el proyecto nos iba a dejar dormir, por tiempo que pasara.

No recuerdo la fecha exacta del encargo ni cuanto tiempo pasó desde ese día hasta la tarde en que nos sentamos frente a frente en el comedor de su casa para empezar este trabajo que hoy tienes en las manos, querido lector. Solo sé que entre aquel día y este de ahora en que ha visto por fin la luz, yo he publicado cuatro o cinco libros, de modo que tienen que haber pasado otros tantos años. Nos vimos un montón de veces, siempre en el modesto comedor de su casa o en la mesa de la cocina. Yo grababa y tomaba notas y cuando volvía le dejaba los folios escritos para que los repasara, me llevaba los corregidos y se los volvía a entregar. Ese ritual duró meses, como podrá comprender el lector.

Conocí a Jaume Valls en su casa de Bellvitge en el año 1973 o 1974. Fui con mi colega Enric Company porque estábamos escribiendo algo sobre algún conflicto obrero, él en *Tele/Exprés* y yo en el *Diario de Barcelona*. Para él era un viejo conocido, pero para mi era el primer trabajador comprometido de verdad que conocía después de haber leído unos cuantos libros sobre la historia del movimiento obrero mientras estudiaba Historia en la Universidad de Barcelona. Los libros hablaban de líderes obreros, de gente combativa, pero nosotros los jóvenes de entonces, solo veíamos gente combativa en la Universidad, no en las fábricas.

De modo que tener delante a un obrero que organizaba huelgas y que se comprometía contra la dictadura, fue un acontecimiento insólito en aquel mundo de silencios y represalias. Yo era hijo de un obrero, pero en mi casa jamás se habló de reivindicaciones ni de protestas. Mi padre tenía un horario excesivo y un salario de miseria, pero jamás le oí quejarse. Recuerdo, cuando ya estaba en la Universidad, sacar a colación los logros de la Segunda República en mis conversaciones en casa y obtener por parte de mi padre respuestas críticas sobre el fanatismo de las ideologías y el peligro de los compromisos políticos. Los obreros que yo respiraba eran personas que habían sufrido la confrontación en la República y el miedo en la Guerra, que no querían hablar de política y que todavía querían menos que sus hijos se involucraran en aquello que consideraban un riesgo.

Jaume Valls llevaba todavía la aureola de la huelga de la Residencia del año 1971 y desde entonces se convirtió, para mi, y para muchos de nosotros, en la imagen del compromiso revolucionario. Mi vida como periodista en la realidad antifranquista de l'Hospitalet se alimentó mucho de ese clima de resistencia que se iba abriendo a medida que el régimen declinaba, y Jaume Valls jamás nos defraudó. Si alguien estaba siempre en primera línea, manteniendo firmes sus convicciones, ese era él. Con él, en los primeros tiempos, José Fariñas, Dolors Calvet, Clara Parramon, Mercé Olivares y Felip Gómez, Antonio Ruiz, José Carrasco, Carmen Díaz... y más tarde, Marcelino Sánchez, Amalia Arquillo, Tomás Martínez, Mariano Aragón, José Ferrero, Mercé Romans, Vicenç Ventura, Paco Bello, Javier Nuin, Jordi Agulló, Xavier Gol, Salva Pastor, José Medina,

Pepe Gutiérrez, Pep Ribas y muchísimos otros que me dejo, seguro, y que lamento mucho no citar porque se lo merecen igual.

En mi largo periplo como redactor de periódicos, me especialicé en lo que entonces se llamaba Laboral y que ya no se estila. Era el encargado del mundo del trabajo, mucho más que del mundo de la economía. Eso vino luego. Ahora los periodistas económicos hablan de las empresas. En aquella época, los periodistas de Laboral hablábamos de los conflictos, de los obreros, de los sindicatos, de modo que establecimos hondos lazos con los dirigentes obreros y nos familiarizamos bastante con sus cuitas. Cuando nació Comisiones Obreras en l'Hospitalet, como sindicato organizado, aquello se convirtió en mi segunda casa y Jaume Valls y Antonio Ruiz en mi gente de confianza.

Cuando yo me integré en el PSUC, por la vía táctica de la identidad de objetivos incluso más que por el vínculo ideológico o político, la gente del movimiento obrero eran mi norte. Cuando, a través de mi elección como secretario político de la Agrupación Centre-Sant Josep, me incorporé al Comité Local, se acentuaron todavía más mis vínculos con Valls y Ruiz y con Mariano Aragón y Santi Díaz, de modo que cuando se iniciaron los perfiles de la ruptura, mi adscripción estaba cantada. No tuve apenas tiempo de tomar partido, porque entré en el PSUC en el 76 y me marché en el 79, pero estuviera donde estuviese, los míos fueron siempre unos, y no los otros.

Luego me dediqué en cuerpo y alma a mi profesión, pero siempre mantuve con Valls y los suyos, especialmente los que fueron de los

suyos eternamente, una franca relación de camaradería y amistad, aunque estuviéramos lejos en las actividades mutuas. Cuando Jaume en alguna ocasión me pidió que le ayudara no tuve reparos. En este libro se citan algunas ocasiones puntuales: me pidió una comunicación para un Congreso sobre Antifranquismo de la CCEPC, el guión de un discurso —que luego ajustó a lo que quería decir— que pronunció en el pleno municipal de 1997 y algunos otros escritos de respuesta puntual a cuestiones diversas... Jamás me negué, con la misma argumentación usada para aceptar el encargo de estas memorias: mi pluma siempre estará al servicio de quienes son todo generosidad y entrega. Unos aprendimos a escribir, con la misma tenacidad y un algo de audacia, con que otros aprendieron a rebelarse.

Fueron pasando las semanas y se nos distanciaron los encuentros. Trabajos puntuales míos ponían obstáculos al progreso del libro en cuestión, casi al mismo ritmo que las lagunas de memoria en Jaume, las cuales, pese a su constancia por mantenerse activo física y mentalmente, tampoco nos facilitaban avanzar. Yo me di cuenta y él se dio cuenta y entonces optó por una fórmula que resultaría a la postre infalible: me volcó todos sus manuscritos y todos sus documentos para que yo, pacientemente, echara a andar. Yo tuve paciencia, pero quien verdaderamente demostró una paciencia a raudales fue él. A lo largo de diversas semanas, llevó a casa de mi hija a l'Hospitalet, decenas de carpetas, más o menos dispuestas, centenares de documentos, fotografías, escritos diversos. Ocupé durante meses una mesa entera organizando el material, adecuándolo a lo que habíamos ha-



blado, a veces de manera fortuita, parcial, en las múltiples entrevistas que yo le había hecho. Pensábamos igual en muchas cosas, teníamos los mismos criterios acerca de otras y sabíamos en lo que discrepábamos y dónde teníamos matices. Yo seguí con la redacción del libro durante semanas. Unas veces avanzaba más deprisa, otras más lento. De cuando en cuando, Jaume me llamaba por teléfono para preguntarme si me podía ayudar, si hacía falta que nos viéramos. Yo le explicaba cómo iba llevando la cuestión, dónde encontraba obstáculos, por qué tenía que seguir consultando papeles.

A finales de 2019 me enteré casualmente que había tenido un ictus. Me alarmé porque un ictus a su edad acostumbra a provocar problemas invalidantes, pero el susto se me pasó cuando él mismo me explicó que fue una cosa pasajera y cuando Agustina, su mujer me comentó que, dentro de los achaques habituales, seguía bien.

Tres meses más tarde le llamé yo. Acabábamos de empezar el confinamiento por coronavirus y quería saber cómo lo llevaba. Pero le llamaba también por otra razón todavía más importante. Para darle una buena noticia, para decirle que estaba en los últimos retoques de redacción y que le iba a enviar el libro para que lo corrigiese, excepto algunas páginas que todavía debía pulir. Y para conjurarnos a una reunión, larga, en la que debíamos seleccionar las fotografías y los documentos que teníamos que reproducir. Ese día hablé con una de sus hijas para explicarle el procedimiento. Seguramente Jaume querría añadir muchas cosas y quizás eliminar algunas, pero era imprescindible que ella le animara a poner

coto. A mi me parecía que el libro debía aparecer antes del verano para celebrar con todo merecimiento los 90 años de vida de este hombre singular.

No reconoceréis la voz de Jaume en la redacción del libro. No tengo dudas, pero tampoco tengo dudas de que reconoceréis sus ideas, sus anhelos, sus esperanzas, sus sueños. El libro es el fruto de muchas horas de conocimiento mutuo y de mi reconocimiento hacía su valía personal. De muchas horas de conversaciones largas a lo largo de muchos años. En el libro habla él, pero de sus palabras se desprende lo que ambos pensamos sobre muchas cosas.

Para mi ha sido una tremenda satisfacción que pudiera leer, corregir y ampliar el texto y que el libro responda a las expectativas creadas. Se podría haber hecho mejor, sin duda, pero no con mejor espíritu y voluntad. Jaume ha demostrado ser una gran persona, pero también lo es su mujer, Agustina, y sus hijas y nietos. Así que, terminado el trabajo, mantengo una deuda de gratitud hacia ellos. Confiaron en mi, y no se pone una intensa vida de trabajos, sacrificios y anhelos en las manos de un periodista si no tienes en su trabajo y en su persona la convicción del resultado. El libro estuvo en peligro muchas veces, como lo estuvo su protagonista. Pero al igual que su protagonista, supo salir adelante y, en definitiva, triunfar (están triunfando sus ideas, su ejemplo), el libro ha sido un espejo del biografiado: otro milagro de la perseverancia, al que la izquierda de verdad le debe tanto.

Este es también un libro de historia. De la historia de unos años en un contexto particular

---

pero no es un libro de historia al uso, porque en este libro, la historia está condicionada por la experiencia del protagonista y no es el sujeto, sino la circunstancia, el contexto. Por eso existen necesariamente lagunas y unos acontecimientos tienen más voz que otros que quizás fueron más importantes en el relato colectivo, pero mucho menos en el particular. Pido disculpas de antemano por los muchos olvidos existentes y también por los errores, que deben ser variados y no solo de matiz. Errores y olvidos nos pertenecen a ambos, al redactor y al narrador, solo que el redactor, con más tiempo y con menos dis-

persión, los tendría que haber subsanado convenientemente.

Ahorrarle, por lo tanto, cualquier responsabilidad al biografiado y adjudicarla por completo al que lo trasladó al papel. Por lo demás, el libro quizás cumpla la misión de hacer balance que, en última instancia, es lo que se pide de unas memorias. El reflejo de una vida, de unos ideales. El reflejo de haber hecho, al servicio de unas convicciones irrenunciables, "todo lo que pudo".

**Jesús A. Vila**

## 1.

# Del horror al compromiso (1930-1961)

No es por casualidad que los primeros recuerdos se sitúen alrededor de mi sexto cumpleaños. Los que entienden, dicen que apenas hay memoria anterior y hacia esa edad es muy justa. Pero cuando cumples seis años en la vorágine de una guerra civil, no hay recuerdos que el tiempo empañe. Yo nací un 15 de julio, y el 18 de julio del 36 tenía seis años y tres días. Mis recuerdos se mueven por aquella geografía íntima de las calles de Bellvís, un pueblo entonces de apenas 2.700 habitantes, de vida rural y familiar, trazada a base de esfuerzos y de trabajo. Mis imágenes de aquellos días son de mítines en la plaza, de efervescencia social, de polvo, soldados y camiones. De gente de 20 años alistándose para ir al frente de Aragón a defender la República, un régimen de esperanza que llegó cuando yo apenas alcanzaba el año de vida y que jamás llegué a saborear en plenitud.

A lo largo de aquellas semanas densas del verano del 36, pasaba un transporte por las calles haciendo colecta de alimentos para el frente y yo tengo en el desván de la memoria, imágenes de hombres y de mujeres llevando gallinas, incluso algún cordero y fundas

de almohadones repletas de harina, en un movimiento espontáneo de solidaridad y resistencia. Había un cierto entusiasmo, lo que, para los niños de entonces, era aleccionador, y también un deje de ansiedad por el futuro incierto que los militares golpistas provocaban. En mi casa, como en las de todos, se habló pronto de superar el día a día, formando cooperativas agrarias —las colectivizaciones— gracias a las tierras abandonadas de los terratenientes que, muy tempranamente, se pasaron al bando rebelde. Era aquella una economía de supervivencia que veía, con la acumulación de tierras y la explotación colectiva, una posibilidad de resistencia en tiempos de guerra.

Mis padres pertenecían, los dos, a familias numerosas, cargadas de hijos y de necesidades, como las de casi cualquiera que viviera de la agricultura en un pueblo como aquel. Mi madre tenía otros siete hermanos y ella se puso a servir, igual que hacían las mujeres de su entorno, apenas con 8 años. La familia de mi padre tenía en conjunto algunos campos de laboreo y a él, que era el menor, le tocó un jornal de tierra (de un valor medio de unos 50 duros) cuando se independizó, porque las

buenas tierras se las llevaba el hereu. El trabajo del campo, las gallinas, alguna vaca y unos pocos cerdos permitían a aquellas familias rurales mantenerse a duras penas. Trabajaban básicamente a jornal y vivían de la poca tierra que tenían o arrendaban. Y así mis padres, como mis abuelos y seguramente como los tatarabuelos. Pasaba, de padres a hijos, la noticia de que la mayoría de aquellas tierras de Lleida habían pertenecido a la Iglesia, que se llevaba un noveno de la cosecha. Y eso que entonces eran tierras de secano, cereales y algo de viña. Cuando por fin se inauguró el Canal d'Urgell, las tierras, que ya habían sido revertidas a los usuarios en parte, ganaron en producción, pero la compañía del Canal se llevaba una novena parte de las cosechas, de modo que los payeses estaban condenados a seguir malviviendo.

La lucha contra la Iglesia fue feroz en aquellas tierras en los años veinte, con cosechas y carros incendiados, puentes cortados, caminos bloqueados, mucha gente detenida, enfrentamientos a sangre con la Guardia Civil. Al final, la Iglesia tuvo que reconocer que la paz social pasaba por vender la tierra a buen precio y aceptar los pagos prolongados a medida que la gente pudiera pagar. Muchos payeses consiguieron tierras propias, pero no había un solo propietario que no estuviera endeudado de por vida. Y luego vino la batalla por el agua tras el regadío del Canal auxiliar de Urgell que también entró en funcionamiento por aquellas fechas más o menos. La gente quería dejar de pagar el porcentaje de la cosecha y se reiniciaron los conflictos hasta que se consiguió que la compañía del Canal aceptara los pagos en dinero que permitían una buena comercialización colectiva de las cosechas.

Estos dos larguísimos conflictos que se vivían en todas las familias jornaleras o con pocas hectáreas en propiedad, forjaron lentamente un odio hacia la Iglesia y lo que ésta representaba y hacia los grandes propietarios y la burguesía del Canal, y mucha gente comenzó a simpatizar con las ideas republicanas y, los más pobres, con el comunismo libertario y un socialismo ideal.

La guerra echó de casa a mucha gente joven y a bastantes padres de familia. Mi padre no fue llamado a filas porque tenía un problema visual y se pudo ahorrar el frente y una muerte posible, de aquellas que caían como al-dabonazos en Bellvís cuando se escuchaban los partes de bajas. Y, además, pudo estar todo el tiempo entregado al trabajo y asegurándonos el sustento sin más agobios que los habituales. Yo, en este sentido, no me puedo quejar, pasé una buena parte de mi primera infancia sin demasiados traumas, incluso durante la guerra, y no llegué a pasar hambre —quizás no comimos mucha carne, pero no nos faltaba el pan— como sí, en cambio, ocurrió en la retaguardia de las grandes ciudades.

No tengo recuerdos de la escuela de aquellos años —yo no acudí a ella hasta después del conflicto—, pero sí, en cambio, de la convivencia con los soldados del frente de Aragón que se mantuvo estable en la misma zona a lo largo de casi dos años, y de los juegos con la gente de mi edad, niños y niñas, de acuerdo con la normal actitud abierta de las familias. Y también, como no, del éxodo de los refugiados republicanos —sobre todo ancianos, mujeres y niños— que desde el 37 bajaban del País Vasco y del Alto Aragón en camiones hacia Lleida y el interior, y que albergábamos temporalmente en nuestras casas mientras se construían un futuro propio. Tengo el re-

*Restos recuperados de las fortificaciones de Bellvís del año 38. Fotografía del Grupo de Investigación de Espacios de la Guerra Civil (GRIEGC)*



cuerdo, lejano, de una madre y de su hija, vascas, que cobijamos en la mejor habitación de nuestra casa y con las que nos entendíamos a medias en castellano, porque ellas hablaban regularmente euskera y nosotros catalán. La señora hizo muy buenas migas con mi madre y yo aprendí mis primeras palabras en castellano y alguna cosa en euskera con su hija. Tuvimos una relación entrañable, familiar y solidaria como era norma en aquellas circunstancias, pero pasado aquel período jamás volvimos a saber nada de ellas.

Durante aquellos años, Bellvís fue un universo en pequeño. La proximidad del frente y más tarde la masiva retirada republicana produjo un cambio enorme en nuestra pequeña sociedad rural. Los soldados intercambiaban ropa, comida y algo de dinero con las familias del pueblo, y los niños aprendimos del contacto con milicianos y soldados regulares, la pasión por la legalidad republicana pero también los mensajes revolucionarios de igualdad y fraternidad entre hombres y mujeres, y los sueños de una sociedad nueva donde no existirían ni señores ni mendigos, ni explotadores ni explotados. Y nos familiarizamos también, con lo que no debíamos: con las armas. Más de una de aquellas criaturas murió mani-

pulando artefactos que no debieran haber estado a nuestro alcance.

El roce hace el cariño y tal como nosotros nos encariñábamos con los soldados, los soldados se encariñaban con aquellos niños, muchos de nosotros de la misma edad de sus hijos que, en el mejor de los casos, tardarían en volver a ver, y en el peor, jamás volverían a abrazar, caídos en los frentes de batalla. Por eso mi memoria se fija en la visión de unos milicianos agotados a los que yo alguna vez llevé huevos fritos recién hechos por mi madre, con el alborozo de quien lleva agua a un moribundo en mitad del desierto.

Aquel era el estado habitual: jóvenes milicianos agotados por días enteros en las trincheras sin apenas dormir y con el alma en vilo por el peligro constante, y un movimiento permanente de tropas, armas y municiones entre el frente y nuestra retaguardia rural.

A finales del 37, el frente estaba muy débil y los soldados llegaban a miles en camiones, con el cansancio en el rostro y el desánimo en el corazón. En Bellvís se habilitaron pajares y eras para alojarlos, se construyeron campamentos improvisados bajo los árboles, se excavaron trincheras y nidos de ametralladoras y se instaló un polvorín. Algunos alma-





*Restos recuperados de uno de los refugios de Bellvís. Fotografía del Grupo de Investigación de Espacios de la Guerra Civil (GRIEGC)*

cenes del pueblo se convirtieron de la noche a la mañana en improvisadas cocinas militares que preparaban el rancho para los soldados del frente que se distribuía en camiones, y para los soldados de refresco que descansaban en Bellvís. Los niños comimos decenas de veces de aquel rancho comunitario y aprendimos canciones e historias de labios de los combatientes que seguramente dejaron una huella indeleble, aunque imprecisa, en nuestra incipiente formación.

El pueblo pasó en cosa de semanas, de 3.000 a 10.000 habitantes. Convivían en plena camaradería catalanes, vascos, valencianos, castellanos, andaluces, valencianos, aragoneses... y todos ellos con la gente de Bellvís. Era inevitable que de aquella estrecha convivencia surgieran bastantes amistades y muchos enamoramientos que produjeron algunos matrimonios una vez terminada la guerra. Unas cuantas jóvenes de Bellvís llegaron incluso a engendrar hijos con soldados que después morirían en los frentes del Segre o del Ebro. Los queridos frutos de aquellas noches de amor perderían también, con el nuevo régimen nacional católico, toda garantía de legalidad. Los matrimonios oficiados en las líneas del frente por los jefes militares no serían reconocidos como tales y las mujeres, proscritas,

perderían sus derechos, no se les reconocería, en su caso, la viudedad, se las consideraría miserablemente madres solteras y sus hijos no tendrían derecho a recibir el apellido del padre, con la ruin carga negativa que todo ello comporta.

Creo recordar que fue a finales de 1937 que los bombardeos sobre la población civil se hicieron sistemáticos. La gente de Bellvís tuvo que improvisar de la noche a la mañana refugios antiaéreos para preservarse de aquellos ataques indiscriminados de los aviones fascistas. En casa, mis padres abrieron una zanja honda en el corral cubierta con vigas de madera, cañas y estiércol seco a modo de refugio donde socorrernos ante los bombardeos. Aquellos ataques fueron constantes en todos los pueblos de la zona y en Lleida capital y como consecuencia de ellos, hubo miles de víctimas inocentes, especialmente ancianos, mujeres y niños, con un único mensaje: desmoralizar y terminar con la resistencia republicana.

Lo que hasta entonces habían sido nuevas experiencias que nos ayudaban a crecer, se convertirían muy pronto en traumáticas peripecias por el peligro constante al que estábamos sometidos. Cada nuevo bombardeo era para nuestras mentalidades infantiles una

*Jaume Valls, adolescente, acompañado por su madre, Teresa, y su hermana Carmen. Archivo familiar del autor*



llamarada de pánico. Los vuelos rasantes de los aviones y el sonido atroz de las ametralladoras representaban el horror en estado puro. Creo que fue en esas fechas que nos olvidamos de jugar. Nos convertimos en adultos con apenas 8 años y quienes hemos vivido aquella atrocidad no podremos olvidar lo que significó para nosotros.

Por aquellas fechas, muchas familias del pueblo huyeron de las bombas con lo que podían a cuestas, sin saber a ciencia cierta hacia dónde. Era mejor escampar que permanecer escondidos en un territorio que los fascistas se morían por arrasar. Como decenas de familias, mi padre cargó en un carro cuatro pertenencias, a mi madre, a mi y a mi hermana, y echamos a andar hacía la incógnita más absoluta. Permanecimos un tiempo instalados en un viejo almacén lleno de ratas, pero, apenas sin provisiones y sin perspectivas, pronto volvimos a casa. La guerra tocaba a su fin. Vimos, de vuelta, las enormes caravanas de refugiados y de republicanos con el alma derrotada camino de Francia y las tropas vencidas, en una dolorosa retirada hacia un exilio inhóspito y bárbaro. Aquello era la imagen viva del desamparo, pero la gente que sólo había resis-

tido las bombas y el peso de las tropas y que no se había significado excesivamente, optó por asumir el peso de la realidad y se quedó en casa. La mayoría de aquella gente era republicana por convicción, pero aceptó silenciosamente la derrota. Tres años de guerra y desolación debían dejar paso a una normalidad que se preveía lastimosa pero transitoria.

Y así vimos, una mañana de enero del 39, el avance acelerado de las tropas de Franco —que venían de Balaguer y de Terrens, rompiendo el frente del Segre— por la avenida de Las Delicias de Bellvís en dirección a Bellpuig, Tárrega y Cervera en lo que todo el mundo imaginaba que era la ofensiva final de la guerra. Cruzaron el río y en 24 horas entraron como lo que eran, un ejército triunfador de tierra quemada aplaudido a rabiar en la esquina de la plaza por unas 40 personas comandadas por el jefe de Falange, el estanquero del pueblo, que sería el inmediato alcalde. Un centenar de niños, como yo, miraban perplejos y con cierto temor el espectáculo. Muchos de aquellos fanáticos del nuevo orden eran militantes tardíos del POUM o de la CNT, gente que se cambiaron de chaqueta el primer día. Los soldados, jóvenes como aquellos otros re-



*Jaume Valls, con tres años, fotografiado en Bellvís. Archivo familiar del autor*

*Jaume Valls y su hermana Carme, de niños. Archivo familiar del autor*



publicanos que habíamos hecho nuestros y que les combatían, llevaban chocolatinas que nos daban en mano con la sonrisa sincera de la amistad. Hacía años que no habíamos probado el chocolate y aquella simple acción de propaganda nos modificó el criterio: no podían ser tan malos cuando el primer día nos obsequiaban de aquel modo. Más tarde supimos que el frente avanzaba lentamente en esa área para estabilizar el flanco sur y el Mediterráneo, tras la durísima Batalla del Ebro y que aún faltaban dos meses en un avance imparable de saqueo y destrucción para que la República fuera simplemente un recuerdo. Para ese entonces, nosotros ya formábamos parte de la España fascista sin apenas darnos cuenta. Recuerdo como un relámpago, la retirada de los soldados republicanos, con todas las casas del pueblo cerradas a cal y canto para evitar que se llevaran todo lo que pudieran, pues preveían enormes dificultades antes de cruzar la frontera. Eran los nuestros los que huían y nosotros lo único que hacíamos era cerrarles las puertas para que no se llevaran lo poco que teníamos, unas gallinas, unos sacos de harina...

Fueron semanas de incertidumbre que permanecen como un suspiro en mi memoria infantil hasta el final de la guerra con la creación del estado franquista, la represión hacía

los vencidos, hacia los hijos y las mujeres de los vencidos, la constitución de los nuevos ayuntamientos de Falange, la laminación de los valores republicanos y el triunfo de la moral reaccionaria del nacionalcatolicismo. Me llegan de los pliegues del recuerdo escenas lacerantes de mujeres de exiliados republicanos y de viudas de guerra en Bellvís, rapadas al cero, custodiadas por la guardia civil y obligadas a beber aceite de ricino y pasearse por las calles del pueblo hasta que caían plegadas por los retortijones que las hacían defecar humillantemente ante los ojos del vecindario. Señales inequívocas de que el triunfo del fascismo no iba a perdonar resistencias, rebeldías ni solidaridades y que los pueblos que se habían mantenido fieles a la legalidad republicana se merecían el derecho de saqueo y desmanes diversos de las tropas moras que acompañaban a los vencedores sin misericordia en su feroz ocupación. En Bellvís tuvimos suerte —si de algún modo hay que llamarlo— y sólo entró el ejército regular franquista, lo que nos ahorró pérdidas económicas y humillaciones sin cuento, a diferencia de otros pueblos de los alrededores donde los mercenarios africanos tuvieron vía libre indiscriminada.

No es fácil decir que ya no hubo normalidad pese a que ya no había frente, ni soldados hambrientos, ni bombardeos, ni mítines ni



*Jaume Valls, en la típica fotografía escolar de los tiempos del franquismo. Archivo familiar del autor*



canciones de resistencia. Cumplí nueve años aquel verano de la victoria franquista y en septiembre abrieron una escuela gris y reaccionaria donde aprendí las primeras letras a base de palos, y las primeras plegarias, a base de bofetones. Obligaron a muchos padres a bautizar a sus hijos —a mi hermana, menor que yo, que no estaba bautizada, la tuvieron que bautizar con cuatro años— hicimos, obligados, la primera comunión, fueran nuestras familias creyentes o agnósticas y acabamos aprendiendo a cantar el *Cara al sol*, al mismo compás que aprendíamos el Credo.

Este es un buen momento para hablar de mi familia con la vara de medir los ideales. Mis padres no eran personas muy significadas ni tampoco mis abuelos. Mi abuelo paterno fue, en su época, algo carlista, por lo que su familia era muy tradicional y algo de misa, pero sin exageraciones. Mis padres fueron republicanos, sin más, con las ideas claras y, especialmente mi madre, era bastante anticlerical. Mi padre creo que acabó en la CNT, pero sin ideología anarquista. Era un hombre tranquilo que alguna vez había hecho trabajos de administración en el Ayuntamiento pero que nunca se significó. Intentaron asumir el nuevo régimen sin sobresaltos, mirando por la familia, pero sin ahorrar la solidaridad imprescindible con los vecinos de siempre. Para ellos, como para la inmensa mayoría de las familias rurales, la escuela fue un escenario de paso, incluso la re-

publicana, aunque todo el mundo coincidía en que la República hizo mucho por la enseñanza infantil.

Los vocacionales maestros republicanos fueron represaliados de inmediato y substituidos por falangistas que tenían como principales valores la disciplina y el castigo, y como exclusivo bagaje una instrucción precaria y muy escasa vocación. Allí donde no llegaba la Falange, sin embargo, llegaba la Iglesia. Por las tardes, el cura del lugar, substituía las aburridas clases de geografía por el catecismo, y la enseñanza de los nuevos valores del Imperio hacia Dios, de la nueva España, de los Reyes Católicos y de los mártires de la Cruzada, para inculcarnos los valores eternos de la patria liberada y del catolicismo más rancio y más oscuro. Tampoco las familias de entonces tenían la escuela como el primer objetivo para sus criaturas: los niños ayudábamos en casa en lo que podíamos y sin rechistar. Como en casa había vacas, a mi me tocaba muchas veces ir a recoger hierba y recuerdo que a menudo llegaba tarde porque tenía que ordeñarlas y hasta que no estaba el trabajo terminado no se iba a la escuela...

Tampoco la represión se hizo esperar. Más de un centenar de adultos fueron juzgados y condenados por el único delito de haber permanecido fieles a la legalidad republicana y más de 200 jóvenes alistados en el ejército de la República se vieron sometidos a trabajos



*Jaume Valls y sus compañeros de curso en Bellvís. Jaume es el tercero de la izquierda, abajo, con bufanda. Archivo familiar del autor*

forzados para rehacer puentes y caminos —en Balaguer, en Vilanova de la Barca— y, terminados esos trabajos, se vieron impelidos a realizar de nuevo el servicio militar en una misión que parecía no tener fin. Algunos se pasaron con el uniforme casi siete años. Bellvís, además de una veintena de jóvenes que murieron en el frente, no pudo ahorrarse tampoco su episodio local de fusilamientos: cuatro personas murieron ante el pelotón de ejecución en aquellos primeros meses y otros 60 paisanos, aproximadamente, tuvieron que elegir el camino de un exilio que, para buena parte de ellos, fue definitivo. Otros sí volvieron y llegaban con las orejas gachas. La derrota les seguía pesando en el alma, venían acobardados, buscando trabajo y procurando no recordar ni meterse en líos. Todo esto, en un pueblo pequeño como Bellvís, lo hacía mucho más penoso para esta gente.

Y así fueron pasando aquellos primeros años tristes. Fui a la escuela entre los 9 y los 13 años, más o menos. Algo aprendí, naturalmente. Un poco de números y un poco de le-

tras y todo en castellano, levantando la mano para poder hablar y con una disciplina casi militar. Mucha religión y demasiada historia sesgada. Y algo tuve que empezar a desaprender: mi propia lengua, con la que nací y con la que me desarrollé. Ese último año escolar forjó en buena medida mi carácter de rebeldía hacia lo que yo considero injusto y que me ha impulsado a responder siempre, sin medir demasiado las consecuencias.

Fue en la iglesia de Bellvís durante la misa del día de la Candelera, a la que nos obligaban a asistir. Imaginaros la escena: un cura hilvanando un sermón eterno, cargado de una solemnidad fatua y aburrida. Dos o tres adolescentes, casi niños, en un banco cuchicheando entre risas apagadas. Uno de ellos es hijo de un republicano exiliado. El otro soy yo. Cerca, el alcalde, falangista de pro, se gira para reprendernos. Se acerca a mi amigo y le suelta un bofetón casi sin mediar palabra. Para que no se interprete su acción como lo que en realidad era, un castigo diferido por los ideales del padre huido, se acerca a mi y me suelta otro.



*Jaume Valls con sus amigos en el año 1947. Archivo familiar del autor*



*A la derecha, Jaume con un amigo. Día de San José en Mollerussa, 19 de marzo de 1948. Dos horas después de esta foto, Jaume se rompió la muñeca y la clavícula en un accidente, según consta en el reverso de la fotografía. Archivo familiar del autor*

El llanto nos inunda y salimos del templo. Juramos no volver a pisar la iglesia. Y así lo hicimos. Recuerdo aquel episodio como si fuera hoy. ¿Allí nació mi odio a la fuerza bruta? ¿Mi resistencia al autoritarismo, mi consciencia antifrancista? Es muy posible que no. Que la semilla estuviera instalada en los años de convivencia con los milicianos, con los valores de la República perdida que habían sido arrojados por la maquinaria de guerra del ejército golpista, por la miseria de nuestros recursos, por la conciencia del trabajo, por el espíritu de clase que estaba en nuestros genes jornaleros. Pero aquella bofetada fue una alarma en el momento justo. Aquel falangista parió a un enemigo eterno. Un tiempo después, otro bofetón por hablar en catalán —“niño, habla en cristiano y deja de hablar el lenguaje de los perros”— colmó el vaso del odio y de la conciencia. Ningún nuevo golpe me tumbaría. Mi vida sería mi lucha contra aquel estado de cosas. Yo no iba a bajar la cabeza, aunque me la partieran (como así ha sido tantas veces...)

Al año siguiente mi padre consideró que había llegado el momento de ganarme el pan. Tenía 14 años y para mí se había acabado la escuela. Pensó que tenía que aprender un buen oficio y eligió que me hiciera panadero, “pastisser” se denominaba entonces. No iba a

ganar mucho los primeros años, pero aprendería a hacer pan, allí mismo, en Bellvís, y me darían de comer. Recuerdo que me pagaron por primera vez a los tres meses de estar trabajando. Tres meses trabajando sin cobrar y sin rechistar y, al final, un salario que no llegó a los veinte duros (32 pesetas por mes). Así eran las cosas.

A mediados de octubre de ese mismo año llegaron las primeras noticias de combates aislados en el Pirineo catalán. Era el maquis que intentaba derrocar el franquismo ocupando el Valle de Aran para establecer un gobierno provisional republicano en territorio español. En Bellvís hubo un cierto revuelo y algunas detenciones de gente que se comentaba que había estado colaborando con los guerrilleros. Ese clima ponía de manifiesto que, para una parte importante de los vecinos, el conflicto reciente era imposible de olvidar. En la calle no se hablaba de ello, pero en la intimidad de las familias los comentarios eran algo habitual, rodeados de un creciente temor y del máximo disimulo. Yo no sé si los recuerdos coinciden exactamente con esas fechas, pero me vienen a la memoria algunas noches en casa escuchando las emisiones radiofónicas en un aparato de radio que mi tío, que vivía en Barcelona, había regalado a mi padre en cierta





*Jaume Valls, segundo por la izquierda, con unos compañeros. Archivo familiar del autor*

ocasión. Con todas las precauciones del mundo, escuchábamos, a través de un sonido pésimo y plagado de interferencias, las informaciones de la Pirenaica —Radio España Independiente— e íbamos atando cabos, haciéndonos una idea entre lo que escuchábamos, lo que veíamos y lo que se comentaba calladamente entre vecinos.

Lentamente, fueron sedimentando en mi interior las experiencias vividas y las conversaciones con gente de mi entorno que tenía ideas muy precisas sobre lo que había pasado y sobre lo que estaba pasando en Europa y en el mundo. Un compañero panadero llamado Ramonet de la Brisa —mayor que yo, sobre la treintena— me dio acceso, lo recuerdo muy bien, a un libro de Kropotkin, seguramente de los primeros que leí, donde se explicaba la verdad sobre la lucha de clases y el sueño de un mundo igualitario. Poco a poco fui descubriendo que aquel era un militante del Socorro Rojo y más tarde supe que se había afiliado al partido comunista. Precisamente, cuando el episodio del maquis, a este chico lo iban a detener. Un amigo suyo de la Guardia Civil le avisó en el último momento y pudo huir, y yo me quedé sin un interlocutor con el que hablaba de cosas de las que no se podía hablar ni siquiera en casa. Terminó pasando la frontera y trabajando y viviendo en una fundición cerca de París. Al final, un cuñado suyo me pudo dar su dirección y nos carteamos un tiempo. Yo no hacía más que pedirle que me recomendara nuevas lecturas porque tenía

ansia por conocer, por saber más y él, lógicamente no acababa de ponerse a tono porque no podía recomendarme lecturas que estaban censuradas y prohibidas. Al final, tanto insistí, que me recomendó un libro del que no recuerdo el autor: *El poder de la voluntad*.<sup>1</sup> Un libro que estaba en las bibliotecas y que yo devoré en muy poco tiempo. Era un libro de filosofía doméstica que venía a decir que la voluntad lo puede todo, que con el esfuerzo y el compromiso se pueden alcanzar grandes metas y que lo importante es prepararse para el futuro. Era algo así como decirme: prepárate para comprometerte y cuando estés maduro ya podrás hacer cosas... En fin, lecturas, comentarios y reflexiones que iban haciendo su trabajo en la mente de aquel adolescente que estaba creciendo.

Me mantuve de panadero —viviendo prácticamente allí en la panadería y durmiendo en unas cajas al lado del horno y sin colchón siquiera, porque empezábamos a amasar a las 3 de la madrugada y no acabábamos hasta las 3 o las 4 de la tarde— hasta que mi padre pensó que mejoraría nuestra economía si comprábamos dos o tres vacas y vendíamos la

---

1. Hay tres autores que escribieron un libro con ese título. Por lo que parece, el que se refiere Jaume Valls, debe ser un libro que era muy popular en la época escrito por el francés Paul-Clement Jagot, con fama de parapsicólogo. Hay otros dos autores con títulos semejantes, el británico William W. Atkinson y Johannes Lindworsky. Este último, sin embargo, publicó el libro después de estos años.

leche. Siempre repetía que me pagaban muy poco y trabajaba demasiado y que más valía “ser amo de poco que mozo de mucho”. Él solo no podía asumir aquella carga y pensé que una vez dominado el oficio —ya era casi oficial panadero— podía ser un buen momento para cambiar. Y así lo hice. Compramos las vacas, arriesgamos lo poco que teníamos y la cosa apenas funcionó un par de años, por lo que compaginaba el cuidado del ganado con un trabajo de empacador a destajo que nos permitió resistir durante un tiempo. Ya con 19 años y un poco cansado de ver que aquello no tenía demasiada salida, retomé el oficio cuando el panadero de Sidamón —que ya tenía referencias mías— me fue a buscar con la promesa de que me pagaría 80 o 90 duros al mes, más comida y cama, por llevar la panadería prácticamente yo sólo. Sidamón solo tenía entonces unos 700 habitantes.

Y allí me fui sin dudarlo. En la panadería estaba yo sólo porque el hombre ya era mayor y sus hijos no querían dedicarse a este negocio. El dueño había sido panadero en Barcelona y, conversación tras conversación, conseguí saber que lo habían reclutado en los años 20 en el *Sindicat Lliure*, que era un sindicato amarillo de la patronal que había practicado el pistolerismo contra los líderes sindicales de clase, fundamentalmente de la CNT.<sup>2</sup> El hombre me lo explicaba para demostrarme que él también había estado tentado

---

2. El *Sindicat Lliure* nació en Cataluña impulsado por la patronal en 1919, como respuesta a la huelga general convocada por la CNT en 1917 y por el clima revolucionario de los soviets en Rusia. Se creó para dividir al movimiento obrero y se sirvió de la violencia (pistolerismo) para terminar con los líderes sindicales. El abogado laboralista Francesc Layret o el líder anarcosindicalista Salvador Seguí, *el Noi del Sucre*, fueron algunas de sus víctimas.

por la defensa de los trabajadores, pero más tarde supe de qué se trataba y no me extrañaría que hubiera sido un personaje de armas tomar, en el sentido literal del término, aunque él siempre decía que le habían engañado, cosa no descartable en absoluto. Supe después que sus hijos no querían saber nada de la panadería porque se dedicaban al negocio de aquellos días: el estraperlo. Su hermano había combatido con las tropas de Franco y mantenía unos inmejorables contactos con las autoridades de la época y la Guardia Civil, que sus hijos supieron incrementar y utilizar de la mejor manera. Hay que tener en cuenta que en el año 49 todavía estaba racionado el pan en este país. De cuando en cuando, venía un camionero de la empresa monopolística y les comunicaba que en tal lugar había un depósito de gasolina a su disposición. Yo me acuerdo de bajar en bicicleta con un remolque y cargar gasolina en bidones que luego llevábamos a la panadería. Allí se vendía como si fuéramos una gasolinera, pero bastante más cara, porque siempre teníamos un remanente en época de escasez... Y lo mismo pasaba con los camiones de pescado fresco del Cantábrico o con el trigo de Castilla que a veces se disimulaba con cajas enteras de merluza y llegaba chorreando... Se hicieron de oro en pocos años y no me extraña que no quisieran continuar con el negocio del viejo, donde yo trabajaba, que daba bastante menos.

Mientras yo me mataba a trabajar, iba viendo como aquella familia se enriquecía deprisa y corriendo gracias a los contactos. De todos modos, conmigo siempre se mostraron generosos, de manera que me prometieron interceder para que no tuviera que ir a la mili. De hecho, no llegué a ir porque declaramos que mi padre era completamente dependiente y



*Agustina Guallar y Jaume Valls, bailando en la Fiesta Mayor, por la época en que se conocieron. Archivo familiar del autor*

que la familia no podía prescindir de mi, pero de no ser por esto, ellos hubieran conseguido sin demasiado esfuerzo no quedarse sin el trabajador que mantenía el horno en marcha y que, de hecho, servía de tapadera para los otros negocios, porque el pan estuvo racionado hasta 1951.

Corría el año 51 o 52. En la Fiesta Mayor de mi pueblo, en medio del baile, conocí a Agustina, la que muy pronto sería mi mujer, que estaba sirviendo en una casa rica de los alrededores, y enseguida nos hicimos novios. A mi el run-run del compromiso social, de la política, no me había abandonado y fue una suerte que mi mujer proviniera de una familia comprometida políticamente porque eso facilitó las cosas. Su padre había sido un dirigente de la CNT en Bujaraloz y había tenido contactos estrechos con Durruti y con todo el proceso de las colectivizaciones agrarias. Era una persona conocida que tuvo que huir, literalmente, cuando estaban a punto de entrar los nacionales, y se exilió en Francia. A mi suegra, que jamás se había metido en nada, la tuvieron tres años encerrada en la cárcel, con petición de pena de muerte incluida. Allí nació incluso su último hijo a los pocos meses de la huida del marido, dejando al resto de hijos de la pareja

solos y completamente desasistidos. Y luego, cuando por fin salió de la cárcel y consiguió reunirlos a todos, se marcharon de nuevo a Bujaraloz para encontrar la casa cerrada e inhabitable y una total ausencia de solidaridad, incluso de familiares más o menos cercanos, que no se atrevieron ni siquiera a alojarlos para no comprometerse. Ya os podéis imaginar la vida de sufrimiento que tuvieron que llevar a partir de entonces, hasta que pudieron reunirse con el marido en el exilio francés. Mi suegra, que participaba de los ideales de justicia social de su marido pero que no tuvo implicación activa en el sindicato anarquista, terminó totalmente asqueada de la política porque sólo les había traído desgracias.

Mientras tanto, yo seguía enviando cartas a París y recibiendo respuestas regulares de mi amigo, cada vez más transparentes, de modo que después de leerlas las quemaba en el horno para evitarme problemas. Y así, poco a poco me enteré que antiguos militantes del POUM del mismo Bellvís mantenían una especie de contacto orgánico a través del Socorro Rojo, para ayuda de los presos y de sus familias, que poco a poco se fue engrosando con gente más joven, buena parte de ellos vinculados con el PSUC y el partido comunista en



*Agustina y Jaume, durante el viaje de novios en Biarritz. Archivo familiar del autor*



*La granja y la casa de Bellvís construida “con nuestras propias manos”, según Jaume Valls. Archivo familiar del autor*



Francia. Al final, una de aquellas cartas me anunciaba que llegaría a Bellvís un compañero de París que tenía un encargo para mí. El encargo era organizar una célula del PSUC, a imagen y semejanza de las que se promovían allí donde se consideraba que había un núcleo de gente que, con el paso del tiempo y tras algunas comprobaciones, se podía constatar que era segura y de total confianza.

Cansado ya de la monotonía del horno en Sidamón, insinué la posibilidad de marcharme. Entonces me ofrecieron de todo: aumentarme el sueldo e incluso quedarme con el negocio de la panadería, pero yo ya estaba decidido a volver a casa. Volví, y me pase casi un año a jornal, limpiando acequias y haciendo otros trabajos, hasta que mis antiguos

patrones en Sidamón me ofrecieron ir de ayudante con ellos en el camión entre Lleida y Barcelona. Prometieron pagarme 1.200 pesetas al mes más la comida y, claro, no pude negarme. Me pasé un año entero sobre el camión, pero lo dejé algo asustado por las malas carreteras y el montón de accidentes que había entonces y pensé que, para estar todo el día encerrado en un camión, era casi mejor hacer de panadero en cuanto volviera a producirse la ocasión.

Mientras tanto, había llegado a Lleida la fiebre de la pequeña ganadería según un modelo de explotación de granjas avícolas que había causado furor en Reus. El Instituto Nacional de Colonización y Desarrollo Agrario, dependiente del Ministerio de Agricultura



*La única foto que se conserva de la madre de Agustina Guallar, con el marido en el exilio, rodeada de sus seis hijos (en la foto los seis hijos y un sobrino). El más pequeño de todos ellos, nació mientras su madre se encontraba en prisión. Archivo familiar del autor*



*El suegro de Jaume Valls, Paco Guallar, exiliado en Francia. Archivo familiar del autor*



*La familia de Agustina en Francia: Carmen, Paco Guallar, Agustina, Jaume, Santiago y Jesús, con la pequeña Martita, una prima de Agustina, de la mano de Carmen. Archivo familiar del autor*

franquista, otorgaba créditos al 7% para la instalación de granjas de pollos con la sola condición de tener un terreno para instalarla. Mi padre me dio la parcela y empezamos a construir la granja en el 53 y a comprar los primeros animales. Hacia el 54 ya la teníamos terminada, aunque todavía nos faltaba construir la vivienda anexa. Corría el año 1957 cuando se produjo una baja en el horno de Bellvís y me vinieron a buscar para reemplazarla. Sin apenas pensármelo, me avine a trabajar en el

horno y a dormir en la casa de la granja, mientras Agustina, mi mujer, se dedicaba a alimentar a los animales, a limpiar las instalaciones y al cuidado general de la granja. Tengo que decir que la familia Huguet, los del horno y del camión, incluso después de dejar los puestos de trabajo en los que me había pasado unos cuantos años, se portaron especialmente bien conmigo. Me alentaron a construir la granja, me dieron todo tipo de facilidades, desde tiempo, hasta la posibilidad de vender la carne

*Agustina Guallar y Jaume Valls (a la izquierda)  
con la hermana de Jaume Valls y su marido  
Ramón*



a través suyo, e incluso me dieron un crédito de 30.000 ptas. para terminar la granja y construir la vivienda. Sin ellos, sin la ayuda de los Huguet de Sidamón, las cosas hubieran sido mucho más difíciles.

Sobre el año 1955, hacemos un viaje a Francia para conocer a los que iban a ser mis suegros. Ellos habían podido al fin reunirse de nuevo en el exilio porque sobre mi suegro pesaba una condena de muerte del franquismo que le impidió regresar nunca. Para entonces yo ya mantenía una cierta militancia comunista a través de la célula de Bellvís, algo rudimentario, pero ya muy comprometida. Cuando conozco a mi suegro, anarquista convencido, dirigente aragonés de la CNT, compruebo que tenemos la misma pasión social y que nuestras ideologías, que durante la guerra habían sido duramente radicalizadas y opuestas, ahora que tenemos un enemigo común que es la dictadura, no producen tantas discusiones ni conflictos sino todo lo contrario. He de decir, pues, que el contacto con mi suegro fue sumamente agradable y que el inminente cambio estratégico —en 1956— que iba a proponer el Partido Comunista de España en torno a la política de Reconciliación Nacional, llegaba en un momento propicio, en el que se dejaba de lado todo lo aleatorio para poner la atención en el aspecto principal, la lucha contra la dictadura fascista que ocupaba España.

Yo ya tenía 25 años y me había independizado, de hecho, a los 17. Desde los 14 no había parado de trabajar en todo lo que se me presentaba e intentaba aprender cuanto podía, con dos objetivos fundamentales: prosperar, pero a la vez descubrir qué cosas movían el mundo y por qué unos pocos vivían en la abundancia y los demás vivíamos en una precariedad de la que tanto costaba salir. De no haber sido el primogénito de la familia, hubiera emigrado muy pronto, pero me retenía la obligación para con mis padres y hermana. Recuerdo que, en plena vorágine de la guerra de Vietnam por su independencia, unos cuantos jóvenes de Bellvís nos llegamos a plantear ingresar en la Legión Extranjera francesa para ayudar en el Vietnam y, además, conocer mundo. La enorme dificultad que suponía alistarse en un ejército colonial que luchaba contra un pueblo que se levantaba ante el ocupante extranjero y además en nombre del comunismo, me hizo desistir pese a que el objetivo que nos habíamos trazado era, una vez allí, atravesar las líneas y pasarnos a los combatientes vietnamitas que eran los nuestros. No lo hicimos, claro, pero la simple perspectiva ya nos pone de manifiesto qué tipo de gente éramos: dispuestos a casi cualquier cosa y con enormes ideales que el franquismo, lejos de destruir, no hacía más que consolidar a ritmo de injusticias y de falta de libertad.



## 2.

# Las primeras experiencias políticas y sindicales (1962-1971)

Con un cierto bagaje político-organizativo a mis espaldas, teniendo en cuenta el secretismo de todo lo que podía oler a política y a resistencia, el año 1961 acudo a París y me entrevisto con algunos dirigentes de la cúpula del PSUC que entonces se encontraban allí y que en el futuro inmediato iban a ser personajes de relieve, como Román o López Raimundo<sup>3</sup>. En realidad, yo iba a la boda de mi cuñado Jesús en Mont-de-Marsan, sólo que, sin que nadie lo supiera —ni siquiera Agustina—, me desvié a París para entrevistarme con la dirección. Me pasé allí una semana y aproveché para que me libaran información, documentos, materiales y dinero que, en una maleta de

doble fondo que me preparó Román, pude hacer llegar a nuestros camaradas del interior. Me detallaron la estrategia aprobada en el primer congreso del PSUC de 1956, que hacía suya la política de Reconciliación Nacional impulsada por el PCE. Les expliqué que en el interior había fuertes resistencias para aceptarla, sobre todo de la gente más veterana, porque no se entendía que pretendiéramos ponernos de acuerdo en algunos puntos con todos aquellos que posibilitaron en su día el triunfo de las tropas rebeldes, pero terminaron convenciéndome, como ha pasado siempre, de que esa era la mejor estrategia para avanzar y para caminar hacia el socialismo con paso firme. De hecho, se me pone en evidencia, quizás por primera vez de una manera descarnada, que el partido de París es el que discute y que aquí en el interior se aplican las conclusiones. A la política de Reconciliación Nacional le sigue, en muy poco tiempo la propuesta de la primera Huelga Nacional Política y la Jornada de Reconciliación Nacional en 1958. Como que desde 1951 se habían producido de manera espontánea algunos brotes de respuesta ciudadana y sindical, especialmente en Catalunya, Asturias y el País Vasco,

---

3. Josep Serradell “Román”, nacido en Canals (Valencia) en 1917 y fallecido en Barcelona en el 2004, fue un reconocido dirigente del PSUC durante la clandestinidad y hasta la ruptura del partido, tras la cual se incorporó al PCC y al PCPE y vivió unos años en Madrid reorganizando a los comunistas escindidos. Su compañera Margarita Abril, también fue una destacada militante comunista.

Gregorio López Raimundo (1914-2007). Secretario general del PSUC desde 1965 y presidente en 1977, fue uno de los dirigentes con mayor carisma de los comunistas catalanes durante los años de la clandestinidad y la Transición. Su compañera, fue hasta su fallecimiento, la escritora Teresa Pàmies.



*Jaume Valls con sus dos hijas en la terraza del piso de la calle Vallparada, en Collblanc, donde vivieron los primeros años en l'Hospitalet. Archivo familiar del autor*

la dirección del partido en Francia pensó que se daban las condiciones en 1958 para extender la oleada de protestas a otros lugares donde existía contestación ciudadana y concentración industrial.

A Bellvís fue llegando durante aquel período algún material haciendo llamamientos a la huelga general —octavillas, sobre todo— que procedían directamente de París, donde se imprimían, que nos hacía llegar un enlace francés que era de Mollerussa y que nosotros nos encargábamos de distribuir, en moto y en bicicleta, a otras células del partido o simplemente por las calles, y que iban firmadas por el PSUC. Recuerdo, en concreto, que la primera reunión con un enlace proveniente de París se hizo en nuestra granja, donde el camarada al que identifiqué al bajar del autobús —porque ambos llevábamos en la mano una revista *Destino* previamente acordada—, se alojó durante un par de días. Jamás supe su nombre.

La presencia del partido en muchos municipios de Lleida, ya era de por sí un avance. La gente más motivada sentía de alguna manera que no estaba huérfana y para nosotros,

extender de aquella manera la lucha política, al modesto nivel que es fácil de entender, no dejaba de ser un orgullo militante. La huelga —otro compañero y yo, en moto, nos pasamos unos cuantos días lanzando las octavillas que nos habían llegado de París— fue un fracaso, pero en cambio la propaganda sirvió para fortalecer la idea de la organización clandestina de la primera militancia organizada. Se notó especialmente en el mundo agrario en el que me movía entonces, en las cooperativas y, algo más tarde, en la lucha contra el Canal d'Urgell. Se trataba de la batalla que pusieron en marcha las comunidades de regantes para que a los cien años de la concesión —que acababa en 1964, aunque los primeros regadíos, en realidad, se remontaban a 1862— el Canal pasara directamente a sus manos y no a manos del Estado que es lo que éste pretendía. Los incipientes comunistas del momento movilizamos a cuantos pudimos a través de las cooperativas y, por fin, el gobierno de Franco accedió a que los regantes fueran los propietarios del Canal a perpetuidad. Aquel éxito, que no fue un éxito de los comunistas, pero sí un éxito de los payeses al que contribuimos ac-



---

tivamente, sirvió para fortalecernos organizativamente y para crecer un poco entre la gente más activa contra el régimen. Pero hasta allí podíamos llegar. Podíamos, a lo mejor, hacer una célula más grande, organizar a algunos payeses de otras zonas, pero el crecimiento iba a ser relativo porque el payés es desconfiado por naturaleza y el clima político echaba para atrás a mucha gente sensible. Por otro lado, la granja que habíamos montado no acababa de despegar. Nos matábamos a trabajar, comprábamos varios tipos de pienso y los mezclábamos nosotros mismos pero, de cuando en cuando, el hacinamiento de los animales provocaba epidemias y grandes mortandades, por lo que mucho de lo que habías ganado se te iba en un santiamén. Y luego, las naves se hacían pequeñas porque para sacar rendimiento tenías que tener muchos animales y cada vez tenías que hacer más naves y gastar más dinero. En fin, que nos lo pensamos y en 1964 con dos criaturas, una de ellas de meses, nos vinimos a L'Hospitalet, concretamente al barrio de Collblanc-La Torrassa. Vendimos una finca de Bellví que había heredado de un tío mío y, con el dinero que nos dieron, compramos un piso en la calle Vallparda.

Barcelona aparecía a mis ojos como una nueva realidad que encajaba mucho más con mis sueños: prosperar y conocer. Poco a poco, en mis sueños, se iba diluyendo la idea de prosperar y se iba fortaleciendo la idea de conocer. Y a medida que iba conociendo, se iba forjando además la idea de responder, de resistir, de luchar... Aquí había múltiples posibilidades de trabajo en la industria, la construcción o el comercio y, desde luego, yo imaginaba que la vida política no tendría parangón. Si en algún sitio podía hacerse fuerte el partido era en los grandes barrios barceloneses o en las grandes

concentraciones obreras metropolitanas. Y si éramos capaces de hacer un partido fuerte en las grandes ciudades industriales, el país entero iba a ir tras nuestros pasos. Los libros explicaban que el socialismo era una utopía realizable y Lenin había demostrado que un partido revolucionario y fuerte, era imprescindible. Primero había que acabar con el franquismo y eso, entonces, no nos parecía tan imposible...

Llegamos a Barcelona, y un amigo, Jaume de Cal Xafa, que trabajaba en una empresa donde arreglaban máquinas tragaperras, me dijo que podría trabajar con él. La empresa estaba en Sant Boi y yo, que no tenía ni idea de mecánica, aprendí a hacer lo mismo que hacían los demás que tampoco era tan complicado. Pasó el primer mes y nadie me dijo nada de cobrar y luego el segundo mes y tampoco. Entonces yo le dije al jefe que qué pasaba conmigo, que si se pensaban que iba a pasarme las semanas trabajando como los demás sin cobrar nada y el hombre me dijo que primero tenía que aprender y que luego ya cobraría. Tenía 34 años y le dije que un obrero de 34 años ya no tenía edad ni condiciones de aprendiz y que yo hacía el trabajo que me mandaban y no habían tenido queja. Total, que me fui porque yo tenía un oficio y en Barcelona había muchas panaderías y como que el trabajo era muy esclavo siempre se producían vacantes. Entonces fue cuando un amigo mío del Poal que era panadero, al que encontré por pura casualidad, me dijo que al día siguiente podía incorporarme a su empresa, si quería, porque había que substituir a un compañero. A primeros de los 60 las cosas estaban así en Barcelona. El que quería trabajar encontraba una ocupación de un día para otro y eso tenía un efecto llamada que hizo que media Andalucía

y media Extremadura vinieran a Catalunya a ganarse la vida como a primeros de siglo habían hecho los murcianos y los aragoneses.

Los panaderos estaban bien organizados en el sindicato vertical. Eran como una corporación muy cerrada, de manera que cuando acabamos con el vertical, los empresarios enseguida se constituyeron en gremio. Pero los trabajadores también se reunían. Yo iba muchas veces a la Plaza Española de La Torrassa para encontrarme con ellos y siempre localizaban un trabajo de substitución: una semana aquí, otra allí... y así me pasé tres meses largos de panadero en l'Hospitalet y Barcelona. Hasta que me pareció que debía buscar alguna cosa más estable y donde además pudiera introducirme sindicalmente. Me hablaron de la Seat, donde entonces ya había mas de diez mil trabajadores y seguían contratando a cientos. Allí me hicieron unas pruebas psicotécnicas que pasé sin problema y cuando ya me iban a hacer el contrato, descubrieron que tenía un problema en un dedo de la mano, de un accidente de cuando era joven, y no me quisieron aceptar —siempre pensé que ese no era el verdadero motivo. Cogí el cabreo que es imaginable, y como pensaba que aquello no podía terminar así, se me ocurrió ir a pedir una mediación al jefe militar del cuartel de Lepanto, un teniente coronel que era de mi pueblo y al que conocía porque mi mujer había trabajado en su casa durante dos años y con el que mantenía una cierta amistad. Me presenté en el cuartel y este hombre, que era una buena persona y seguramente mucho más abierto políticamente que otros colegas suyos —sólo hay que recordar que en la Transición el Cuartel de Lepanto jugó un papel significativo porque había un grupo de militares de la UMD (Unión Militar Democrática)— me dijo que él en la

Seat no tenía mucha mano pero que, en cambio, me podía encontrar un puesto de trabajo en Enmasa, que era la antigua fábrica Elizalde que construía motores de aviación. Allí trabajaban tres mil personas y el hombre me hizo una carta de recomendación para el director, pidiéndole un puesto de cierta responsabilidad porque yo era un buen trabajador y una buena persona, etc. Y me fui a ver al director con aquella carta y el hombre me dijo que “volviera al cabo de 15 días que tendría trabajo para toda la vida” porque la persona que me recomendaba estaba dando la cara por mi.

O sea que yo había ido al Cuartel de Lepanto para que reparase la injusticia de Seat y ahora me encontraba con una carta de recomendación de un militar que daba la cara por mi y al que yo, sinceramente, guardaba un cierto aprecio. Una carta para trabajar en una gran empresa de 3.000 trabajadores y con perspectivas de crecer, precisamente el lugar que yo estaba buscando para ganarme la vida, pero también para organizar sindicalmente a la gente y para acercarlos al partido. Yo era un comunista que iba a utilizar la palabra y la recomendación de un amigo, para crearle complicaciones en cuanto se descubriera mi condición. Y no volví. Yo creo que acerté, porque no hubiera podido realizar libremente el trabajo al que empezaba a dedicarme en cuerpo y alma.

Tanto es así que, estando ya trabajando en la Samper (marzo de 1965), Pardell, un dirigente del partido procedente de Tarragona vinculado al aparato de organización del Comité Central, me fue asignado como contacto con la dirección para mantener y aumentar la organización en las comarcas leridanas. De manera que, durante un año más o menos, cada 15 días cogía el tren hacia Lleida, sin que

*Fachada de la antigua fundición Samper, en La Torrassa, donde trabajó Jaume Valls los primeros años como verificador y donde se constituyeron las primeras Comisiones Obreras de l'Hospitalet*



lo supiera ni mi mujer, para mantener reuniones del partido con los compañeros de comarcas, en Lleida, en Balaguer, en Tremp...

Alguna vez me encontraba por casualidad con algún conocido de Bellvís que se extrañaba de verme por allí, sólo y con prisas, y luego lo comentaba a mi familia del pueblo que no podían creérselo, claro... porque yo ni avisaba a nadie ni me pasaba por Bellvís para no comprometer a los conocidos ni comprometerme yo. La verdad es que estaba un poco harto de aquello, no tanto por el sacrificio que representaba, —que también—, sino porque aquel contacto directo con gente de la dirección me obligaba a una clandestinidad de facto que a mi me costaba mantener. Mi carácter no era el de un topo. Yo era una persona extrovertida que tenía un cierto ascendente sobre mis amigos y compañeros, que solían escucharme porque les hablaba en su mismo lenguaje y porque lo que yo sufría lo sufrían ellos conmigo. Era uno entre iguales y yo sentía que en esa posición tan clandestina que el partido me otorgaba se perdía una gran posibilidad de influir sobre la gente que compartía conmigo trabajo y barrio.

Un poco antes llegó lo de la Samper, prácticamente por casualidad. La Samper era una mediana fundición de unos 150 trabajadores que estaba en la calle Farnés de La To-

rrassa, muy cerca de la calle Vallparda, donde vivía. Un día, pasando por allí, vi que había un cartel en la puerta que ofrecía trabajo y me presenté. Descubrí bien pronto que, en aquellos años, en la Samper se trabajaban doce horas diarias de lunes a viernes y también el sábado por la mañana. Sólo se ofrecían 14 días de vacaciones y un jornal mensual de 1.800 ptas. Si entraba a trabajar en esa empresa, entraría como uno más, sin recomendación alguna, pero las cosas se iban a complicar enseguida. Nada más entrar descubrí que el jefe de personal, un tal Lluís Mallals, era un conocido mío de Bellvís —con el que, por cierto, me sigo viendo—. ¡Menuda casualidad! Como era de esperar, me acogió con los brazos abiertos y me puso en un torno automático y luego en el departamento de verificación, trabajando como cualquier otro obrero. Y allí empezó de hecho una nueva fase en mi vida, caracterizada por la lucha sindical y el trabajo político por encima de cualquier otra cuestión.

En muy poco tiempo se consiguieron dos cosas en aquella empresa: crear un movimiento sindical y estructurar una comisión obrera y constituir una célula del partido conmigo y otros tres o cuatro compañeros. No fue excesivamente complicado. Como a mi me gustaba hablar y explicaba las cosas como las sentía y como además estaba en el tajo al

mismo nivel que los demás, enseguida conseguía aglutinar voluntades. Los compañeros comprendían que mis propuestas pretendían mejorar las condiciones de trabajo, y la falta de libertad para organizarnos ponía en cuestión todo el aparato del sindicato vertical y de paso la dictadura, el régimen franquista que favorecía a los poderosos y dejaba a la clase obrera indefensa. Así es como a la salida del trabajo nos íbamos a tomar una cerveza al bar de al lado y lo que fueron charlas informales sobre los derechos que teníamos como trabajadores, se fue convirtiendo poco a poco en auténticas asambleas de la empresa, la Samper, en el altillo de aquel bar donde nadie sospechó jamás que estábamos haciendo sindicalismo en horas libres. Llegamos a ser más de 40 trabajadores de una plantilla de 150 y la cosa iba en aumento, de manera que tuvimos que pedir permiso para reunirnos en el local de una peña taurina que estaba cerca de allí y donde estuvimos haciendo asambleas después del trabajo prácticamente durante un año entero.

El resultado fue el que os podéis imaginar. Se desató un conflicto y, cuando Mallals se enteró de que yo era uno de los cabecillas, me echó una bronca del copón. Me llamó irresponsable, armadanzas, en fin... estaba muy cabreado, pero conseguí ponerle en su sitio porque yo no le debía a él mi puesto de trabajo y yo tenía derecho a pensar de una manera y a poner en práctica lo que consideraba defensa de nuestros intereses como clase y además... nunca tuvo que poner en entredicho ni mi dedicación ni mi trabajo, así que yo era libre de pensar y de hacer, y mis ideas eran mías y no iba a ser él quien me las cambiara. Se lo dije tan decidido que acabó abrazándome y pidiéndome disculpas. Me dijo: “esta gente —los obreros de la fábrica— están

mejor que tu y no necesitan que nadie los defienda: que se defiendan solos. Si estás de acuerdo, en quince días te hago encargado”. Yo decline la oferta, claro está, porque ya veía que lo que quería era en realidad comprarme, y yo no estaba en venta.

Así que en poco tiempo constituimos la primera Comisión Obrera que existió en l’Hospitalet —estamos hablando de 1966— y empezamos a coordinarnos con las que nacían en el Baix Llobregat y con las de Barcelona, que empezaban a reunirse en la parroquia de Sant Medir en La Bordeta. Por cierto, que es de esos días (1967) la primera caída de militantes obreros, entre ellos algunos de la Samper, mientras estábamos reunidos en el barrio de La Almeda en Cornellà, en la parroquia que regentaba entonces el padre Oleguer Bellavista. De l’Hospitalet íbamos una docena y fueron detenidos tres compañeros de Samper y otro que estaba organizado en Cornellà pero que también vivía en l’Hospitalet —un tal García—. Aquel día, el resto nos pudimos escapar porque las detenciones se produjeron en la estación del carrilet y nosotros ya no estábamos.

Por cierto que, a raíz de darle entidad a la Comisión Obrera de Samper, yo propuse al partido cambiar mi estatus y dejar de ser clandestino orgánico para poder dar la cara, ante mis compañeros de confianza —no hacia el exterior—, como militante comunista. Es de esa época que los compañeros de la dirección aceptan mi propuesta y organizamos la primera célula del partido en l’Hospitalet con comunistas de la ciudad, como Felipe Gómez, que militaban entonces en el sector 3 de Barcelona (Sants-Montjuic/Zona Franca), más los militantes de Samper. Felipe Cruz, su mujer Pura Fernández y algunos compañeros comunistas de primera hora como Maria Flores y su



marido José Hernández, o Ana María Morato, ya habían sido detenidos en ese mismo año en Torre Baró (Barcelona) por el comisario Creix en vísperas del Primero de Mayo. Es curioso que la coordinación política del partido tenía un enlace claro con Barcelona, a través del sector 3, por lo menos en sus inicios, mientras que por lo que respecta al movimiento sindical dejamos muy pronto de acudir a Sant Medir porque considerábamos que La Almeda nos quedaba más cerca no sólo territorialmente, sino como estructura obrera organizada. Así fue como, sin comerlo ni beberlo, me incorporé en la misma organización —que incluía Zona Franca— con los tres o cuatro comunistas que había en Seat, la fábrica que, de alguna manera, había sido mi objetivo militante unos años atrás.

Como que la Comisión Obrera de Samper no hacía más que crecer y cada vez tenía más fuerza, la empresa decidió poner coto a la situación antes de que fuera irreversible. En lugar de despedir, que hubiera generado un conflicto enorme, pensó que podía conseguir el mismo efecto sin tanto ruido, aunque le costara más dinero. De esta manera, en poco tiempo, empezó a hacer ofertas públicas de rescisiones de contrato mediante indemnizaciones. Primero empezaron ofreciendo 10.000 pesetas, después 20.000, un poco más tarde 30.000 y la gente iba cogiendo el dinero y se iba yendo. Al final llegaron a ofrecer 40.000 pesetas y consiguieron que la plantilla quedase reducida a unos 40 trabajadores que íbamos resistiendo lo que podíamos. Al final fueron descaradamente a por nosotros. Debilitado el movimiento, prácticamente desmantelada la Comisión, me llamaron un día y me dijeron directamente que yo en aquella empresa no tenía futuro y que lo mejor era que

hiciera como habían hecho el resto. Les dije que no y me dijeron que pusiera una cifra. Como yo sabía que lo máximo que habían dado eran 40.000 pesetas les dije a mis compañeros que si pedía 60.000 no me las iban a dar y que, por lo tanto, si me tentaban, pondría sobre la mesa una cantidad desorbitada que les haría perder las ganas. Los compañeros que quedaban me dijeron que estábamos llegando al final del recorrido y que el trabajo que habíamos hecho en la Samper no se iba a perder, que todos encontraríamos trabajo en otras empresas donde, con la experiencia que habíamos cogido, seríamos capaces de multiplicar la organización. Yo estaba dispuesto a resistir hasta el final, pero el patrono ya lo había decidido y me llamó reiteradamente. Cuando le dije que sólo me iría si me daba 80.000 pesetas, una cantidad que estaba seguro que no aceptaría, sacó la cantidad en fajos de billetes y encima sacó otras dos mil pesetas de la semanada y me dijo: “Coge todo esto y mañana no vengas”.

Lo cogí... con un sentimiento ambiguo. Ochenta mil pesetas de la época era un dineral y a nosotros aquello nos arreglaba la vida. Bajé perplejo hasta mis compañeros y les expliqué lo que había pasado. Conmigo trabajaba José Carrasco, un amigo y camarada, de los primeros. Resistió, como yo, hasta el final. Cuando hablé con él le dije: Carrasco, ahora van a por ti. No creo que te den más de 80.000 pesetas y si te quieres quedar, ya sabes que has de pedir por encima de esto. A Carrasco le dieron 120.000. Si yo me quedé perplejo, él quedó medio traumatizado. Tenía la sensación de que aquello era una traición, que nos habíamos vendido al capital. Yo intenté explicarle que nosotros habíamos sido los últimos, que en Samper ya no se iba a poder en mucho



tiempo organizar de nuevo a los trabajadores, que el patrono estaba dispuesto a controlar al máximo el tipo de obreros nuevos a contratar y que nosotros seguíamos manteniendo nuestra ideología intacta y que mantendríamos la lucha allí donde fuéramos. Que la mejor prueba de que no nos habían comprado, la íbamos a poder demostrar en los años siguientes...

Pese a todo, nos costó, y eso que yo ya estaba un poco harto de la fábrica. Era la primera experiencia de un trabajo de estas características y, puestos a cambiar, iba a buscar alguna cosa que me acercara más a lo que yo había estado haciendo en el pueblo, un trabajo al aire libre, pero donde también hubiera compañeros a los que convencer. La solución fue el mundo de la construcción. Después de ser mecánico... sería paleta.

Y así fue como entré en la constructora La Llave de Oro, a través de un anuncio de *La Vanguardia* donde pedían paletas. Yo no era paleta, claro está. Como mucho, podía ser peón porque ya había hecho algunas cosas de construcción en Bellvís pero siempre con algunos que sabían más que yo. Pese a todo, me presenté como paleta y cuando vieron que no tenía mucha idea me colocaron de regatista con el lampista, todo el día con la esarpa y la maceta haciendo agujeros en el hormigón. Poco a poco fui cogiendo destreza y, como me había pasado un montón de tiempo de verificador en la Samper, era bastante diestro en trabajos de precisión. Esto aplicado a la albañilería suele dar buen resultado porque el oficial de primera suele hacer las cosas de corrido, a ojo, sin precisar demasiado, mientras que yo, todo lo medía, todo lo ajustaba y claro, al final, puede que un poco más lento, pero el trabajo salía perfecto. Tanto es así que

empecé a hacer obra vista, a terminar fachadas, trabajos que no le encargan a cualquiera y que yo solía hacer muy bien. Ya era oficial de segunda, gracias a la práctica, y notaba que los jefes estaban satisfechos con mi trabajo hasta el punto de que un día me llama el encargado para decirme que le sabía mal tenerme como oficial de segunda cuando estaba claro que yo era un buen oficial de primera y que su olfato le había engañado porque al principio pensaba que yo no era albañil. Tanto se disculpó el hombre que acabé diciéndole que pensaba que me merecía ser oficial de primera pero que era cierto que cuando llegué a la empresa no había trabajado jamás de paleta. No se lo podía creer...

Estábamos en la primavera de 1968 —yo debía llevar unos 8 meses en la nueva empresa— y seguíamos con nuestro trabajo político en la célula de l'Hospitalet cuando decidimos que ya era hora de celebrar un Primero de Mayo en nuestra ciudad como correspondía, convocado por Comisiones Obreras, siguiendo los consejos de Marcelino Camacho que insistía en que debíamos darnos a conocer como sindicalistas de Comisiones. Hicimos correr la voz para que fuera una convocatoria unitaria, de modo que, en la preparación, no sólo había gente del PSUC sino de otras organizaciones menores. Por aquellos días se habían producido detenciones en una concentración en Vía Layetana y algunos compañeros fueron torturados hasta que confesaron, sin que nadie lo supiera, que en la parroquia de Santa Eulàlia en l'Hospitalet —y en algunos otros lugares— se estaba preparando un Primero de Mayo.

Fue un 23 de abril. La policía nos rodeó y excepto un par de compañeros que pudieron huir a través de la iglesia, los demás fuimos de-



*La Jefatura Central de la policía en Via Laietana de Barcelona, escenario de las torturas a los represaliados durante el franquismo y, a la derecha, la cárcel Modelo*

tenidos in fraganti, a medida que íbamos saliendo, y metidos en los coches de la BPS. Caímos 11 compañeros y aquella iba a ser la primera de unas cuantas detenciones sobre mis espaldas. Y la primera experiencia seria, para poder contrastar lo que habíamos aprendido en el partido, con la realidad. Todos sabíamos que, con nuestro compromiso político y sindical, corríamos peligro de cárcel. Pero también sabíamos, que dependía de nuestro valor individual, que no cayeran más compañeros y que no se dismantelara un movimiento que costaba enormes esfuerzos y peligros organizar. Así que nos repetíamos a menudo que no debíamos hablar, aunque no hubiera problema en decir que éramos sindicalistas. La policía ya sacaba sus propias conclusiones: si éramos sindicalistas es que éramos de Comisiones Obreras y si éramos de Comisiones Obreras es que éramos rojos y comunistas. No hacía falta decir más. Pero una cosa es la teoría y otra muy distinta la realidad y, en comisaría, los golpes, las torturas y la humillación constante hace mella en las personas más fuertes y, no digamos ya, en las más débiles. Son muy pocos los que resisten a la brutalidad y al dolor físico...

Pues bien, nada más entrar en comisaría nos separaron y, uno a uno, nos pidieron la documentación y las llaves de casa. Mi primera reacción fue negarme. Yo no quería dar la documentación porque no sabía si tenían derecho a pedírmela y mucho menos las llaves de mi casa, porque mi casa era mía... Así que vino el famoso comisario Creix que no hacía más que fanfarronear delante de sus hombres sobre lo débiles que éramos los rojos y la cantidad de cosas que íbamos a cantar y, al otro lado de su mesa de despacho insistió de nuevo en pedirme la documentación y las llaves. Me negué y me obligó a levantar las manos. De golpe, sin esperármelo, me clavó con un fuerte golpe, sus dedos en el hígado, en el estómago, no sé donde más. Yo caí retorcido, claro está, y me pasé quince días orinando sangre.

Aquella era una manera de saludarte, de decirte que allí en sus manos no eras nada y que lo que te pidieran lo ibas a dar sí o sí. Era un gigantón aquel hombre. Y un déspota. Y un malnacido. Estuve una semana con el hígado hecho polvo e incomunicado. Había detenidos que enseguida suplicaban, que explicaban lo poco que sabían y muy pronto eran ubicados en celdas con otros presos, pero los que nos

resistíamos éramos considerados los peces gordos, nos incomunicaban y nos ponían a caldo. En aquellos días también cayeron Felipe Cruz y Avelino Agudo. El comisario Creix ya los conocía porque habían sido detenidos otras veces. Unos y otros ya tenían experiencia y los policías se ensañaron con ellos como pasaba siempre que eran detenidos. Y como pasaba siempre, ni Felipe ni Avelino decían una palabra. Creix ya lo sabía que no iban a cantar, pero se regodeaba masacrándolos para que escarmentaran, aunque sabía que sólo lo podría conseguir a base de detenerlos tantas veces como pudiera. Tener a esos detenidos conocidos alivió el sufrimiento de los que éramos nuevos, porque se suponía que ellos eran los jefes. Y así fue como, a los tres días, nos llevaron a la Modelo.

Fue, como se decía entonces, una caída limpia, sin delaciones. Y, por lo tanto, considerada una victoria. De hecho, fuimos los primeros en llegar a la Modelo, pero detrás de nosotros no paraban de llegar sindicalistas detenidos que también estaban organizando el Primero de Mayo. Aquello, en el fondo, terminó siendo una satisfacción. Ver que había cerca de 200 compañeros comprometidos, hasta el extremo de ser detenidos y encarcelados nos subía la moral. Nos parecía que no estábamos tan solos y que la rebelión iba creciendo poco a poco, pero de manera imparable.

En la Modelo, además, el clima ya no era de terror como en la comisaría. Muy al contrario, te encontrabas incluso con algunos funcionarios que tenían una cierta debilidad por los presos sindicales y políticos y se ofrecían a hacernos la vida lo más cómoda posible. Allí podíamos pedir a algunos que nos cambiaran de celda, con la intención de poder hacer trabajos de coordinación o reuniones secretas, y no po-

nían impedimento. Así nos pasamos entre dos meses y dos meses y medio, aprovechando para seguir haciendo labor de partido y para aprender algo. Hicimos clases de catalán, por ejemplo...

Al final, por esta detención fuimos al TOP (Tribunal de Orden Público de Madrid) en el año 1971. Nos pedían un año de cárcel y al final nos sentenciaron a seis meses. Seis meses de privación de libertad por el inmenso delito de reunirnos para organizar una manifestación del Primero de Mayo. Así eran las cosas durante el franquismo.

Nada más salir de la Modelo, acudí de nuevo a La Llave de Oro para reincorporarme y le dije al encargado: mira, vengo a decirte que ya nos han dejado libres y que mañana vuelvo al trabajo. Y el hombre me respondió: no, aquí no te puedes incorporar porque yo pensaba que te habían trasladado de puesto y tu lugar ya está cubierto. Pero, ¿cómo que me habían trasladado? Tu tenías que saber que estaba detenido por ser de Comisiones Obreras, tal como explicaron los periódicos... Total, que el hombre me increpó y me dijo que la culpa era mía por meterme en líos y que allí no hacía falta que volviera. Y entonces le dije que me explicara donde podía localizar al jefe de personal o al dueño de la empresa, que le quería justificar mi situación. Y así lo hice.

Tras un breve contacto con el jefe de personal me anunció que, en efecto, estaba despedido. Y yo le insistí que no podían despedirme por la detención, porque eso me impedía acudir al trabajo y que no era culpa mía que me detuvieran por reivindicar un derecho y, que, en todo caso, que afirmara que me despedía en ese momento de manera injustificada. Como no sabía qué decirme, me invitó a que volviera por la noche que estaría el ge-

---

rente y fundador de la empresa, Lluís Marsà, para que hablara con él. Y así lo hice. Y me encontré con la sorpresa de que ese hombre me aseguró que simpatizaba con nuestras ideas y que alguien muy próximo a él, era también de los nuestros. Y que no me preocupara, que mientras él se mantuviera en la empresa a mí no me iba a faltar un puesto de trabajo. Este hombre tenía entonces unos 50 años y hacía casi 25 que había fundado La Llave de Oro, que todavía existe y que hoy dirige su hijo. Aquel día me dijo que eligiera una obra y yo le pedí la que estaban haciendo en la Diagonal en el Parque Cervantes para estar más cerca de l'Hospitalet.

También me aconsejó que hablara con el jefe de los arquitectos o de los aparejadores, no recuerdo muy bien, y este hombre, el arquitecto o aparejador, llegó incluso a abrazarme, a decirme que no había visto nunca directamente a un comunista y que incluso estaba dispuesto a ayudarnos en la medida de sus posibilidades. No recuerdo como se llamaba este hombre, Viñas o Vives... El caso es que me dijo que conocía a Alfonso Carlos Comín y que se consideraba un cristiano progresista. Me invitó incluso a su casa en un par de ocasiones y tuvimos un contacto posterior porque necesitábamos de alguien al margen de la organización que nos diera un golpe de mano...

Resulta que, a Ángel Rozas<sup>4</sup>, uno de los sindicalistas comunistas de más prestigio en estos años y que ya había sido detenido en va-

---

4. Ángel Rozas, fue uno de los primeros sindicalistas y militantes del PSUC. Participó ya en 1951 en la huelga de tranvías y más tarde en la asamblea de la Comisión Obrera Central de Barcelona, que se realizó en la parroquia de Sant Medir en Sants en 1964. Vivió unos años en la barriada de Collblanc. Murió en 2010 en Barcelona.

rias ocasiones, lo teníamos escondido de manera clandestina desde hacía seis meses en una torre de un simpatizante en Las Planas, que hacía a la vez de estafeta. Como ya llevaba mucho tiempo, el partido decidió trasladarlo de sitio mientras se gestionaba una nueva documentación que le permitiera traspasar la frontera hacia Francia sin demasiado peligro. Así que le pedí a aquel hombre que albergara a Rozas durante el tiempo que pudiera, quince días, un mes, un mes y medio. Al principio dijo que sí, pero luego explicó que a su mujer le daba mucho miedo aquello y que no podía hacerlo...

El caso es que te encontrabas con circunstancias muy peculiares: gente de la que no podías ni sospechar que simpatizara con la oposición al régimen y que estaba dispuesta a comprometerse en la medida de sus posibilidades y trabajadores que no querían saber nada de derechos sindicales ni de libertades cívicas. Y un partido que apenas tenía fuerza y que, como mucho, ponía un abogado a tu disposición y enviaba a tu casa muy buenas palabras y mucho consuelo para que la familia soportara los meses sin sueldo y el drama de las detenciones. Yo recuerdo de aquellos años un par de abogados que nos ponía el partido: August Gil Matamala y Josep Solé Barberà<sup>5</sup>.

---

5. August Gil Matamala (Barcelona, 1934) es un abogado experto en Derechos Humanos que durante muchos años defendió a militantes de Comisiones Obreras ante el TOP. Preside la Asociación de Abogados Europeos Demócratas desde 1990. Su padre fue maestro en l'Hospitalet, donde murió en 1969. August Gil defendió en 1974 a tres periodistas de l'Hospitalet en su contencioso con la empresa de La Voz del Llobregat (uno de esos periodistas es el transcriptor de este libro). Es el padre de la actriz Ariadna Gil. Josep Solé Barberà, nacido en Llívia en 1913 y fallecido en Barcelona en 1988, ingresó en el PSUC nada más



Sobre todo del primero, aprendimos muchas cosas, porque aparte de defendernos nos informaba de la marcha de la oposición, de la respuesta internacional, del incremento de afiliados a Comisiones Obreras, datos que sin duda nos elevaban la moral y nos ponían en evidencia que no estábamos tan solos como imaginábamos. Pero había poco más que rascar. Luchábamos, como aquel que dice, a pecho descubierto, porque el partido apenas representaba nada para las autoridades como no fuera para agravarte la condena.

Para nosotros el auténtico apoyo era la familia, nuestras mujeres de manera especial, porque nosotros ya calculábamos lo que nos podía pasar y lo asumíamos por avanzado. Pero para nuestras mujeres era una incógnita absoluta. Primero el miedo: miedo a lo que nos podían hacer en comisaría, miedo por las condenas que podían suponer años de cárcel y por lo tanto problemas y más problemas, miedo por la marginación que suponía tener al marido o al padre encarcelado, miedo a la policía y a la guardia civil, miedo al maltrato de palabra que recibían de manera permanente sin haber hecho nada para merecerlo. Y después, la necesidad de solidarizarse con nuestro esfuerzo y con nuestra lucha, porque vivían con nosotros, a nuestro lado. El esfuerzo por comprendernos y por darnos moral en los peores momentos y luego la indispensable ayuda que significaba que te llevaran una manta a la cárcel o un simple bocadillo. Nada

---

fundarse el partido, en 1936. Fue condenado a muerte por Franco en 1939 y posteriormente indultado. Fue diputado en el Congreso en 1977 por el PSUC y redactor del Estatut de Autonomia de Catalunya de 1979. Actuó como defensor en el Proceso de Burgos contra militantes de ETA y durante muchos años defendió a militantes comunistas y obreros represaliados.

de eso lo podía hacer el partido. Eso lo hacían las mujeres, los hijos, los familiares más cercanos. Nadie sabe lo que ha significado su esfuerzo y su comprensión callada. Nadie sabe cómo ha ayudado eso a la lucha por las libertades.

Una vez reincorporado a La Llave de Oro seguí con mi trabajo sindical desde el primer día y de obra en obra, porque cuando se acababa una (y terminaba el contrato por obra que teníamos) enseguida te enviaban a otra si estaban satisfechos con tu trabajo. Así fui pasando de una a otra. Casi siempre las buscaba en l'Hospitalet —alguna vez me tocó trabajar en Nou Barris y me pasaba casi una hora en moto para ir y volver del trabajo—, cerca de casa, porque de ese modo podíamos integrarnos más en el municipio y hacer que el partido tuviera una organización estable en la ciudad. Durante ese tiempo, todos los que éramos militantes comunistas, constituíamos una célula del partido y una comisión obrera en cada obra, repartíamos el Mundo Obrero y hacíamos colectas para los presos, porque siempre había gente detenida y era imprescindible ayudar a sus familias y a los abogados que tenían que defenderlos. Algunos de los mejores sindicalistas de entonces Vera, Moreno, Valera (que llegó a ser secretario general de la Construcción de CCOO), trabajaron conmigo en La Llave de Oro y formamos juntos la célula del partido y la comisión de la empresa.

Por aquellos días, creo recordar, hicimos un encuentro de sindicalistas de CCOO de la construcción en Terrassa. No fue ni una conferencia ni un congreso ni nada que tenga un lugar en la historia, pero representó un paso decisivo para la organización sindical. Allí decidimos que los militantes obreros de la construcción deberíamos hacer un esfuerzo por



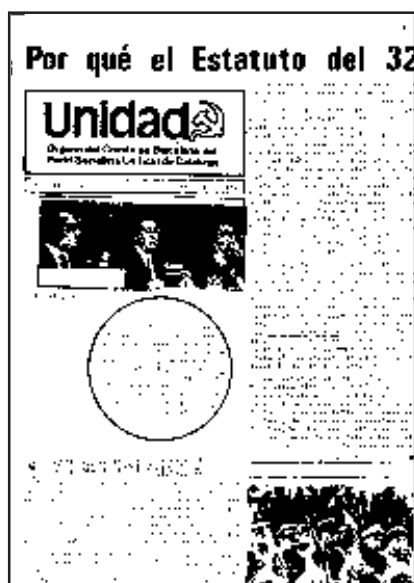
incorporarnos a obras importantes donde se concentraban muchos trabajadores y abandonar las obras pequeñas donde el nivel de influencia sindical podía ser mucho menor. Por eso, después de La Llave de Oro, busqué en que lugares había grandes obras programadas y me encontré con la construcción de Mercabarna donde trabajábamos 500 personas.

Era común, entonces, trabajar a destajo, un sistema de construcción que le era muy rentable a las empresas porque, aunque pagaban un poco más, se construía con mucha rapidez. Para los obreros especializados y veteranos suponía un sistema rentable, pero para los nuevos era un peligro total porque, debido a la rapidez que imponía el destajo, solía abandonarse la seguridad. El caso es que yo, que ya tenía bastante experiencia en el proselitismo sindical, acudía muchos días al trabajo con mi bolsa de la fiambrera repleta de *Mundos Obreros* que repartía a la hora del almuerzo. Había de todo: gente que rechazaba el periódico, gente que lo estaba esperando y lo compraba y gente que lo compraba por compromiso y que ya veías que no se iba a poner en contra, pero tampoco a favor. Con la gente más proclive enseguida se iniciaba una conversación sobre el sistema de trabajo, sobre la seguridad, sobre el destajo... y de ese modo, muy pronto, se veían las posibilidades para reivindicar mejoras salariales y libertad sindical. Acabé siendo una especie de “cabecilla” en aquella obra de Mercabarna, hasta el punto de que preparamos una huelga de celo para protestar por los destajos abusivos, y acordamos no poner más que 60 tochos diarios. Cuando decidimos ponerlo en práctica, los oficiales me iban mirando a mi y cada vez que yo ponía un tocho, ellos hacían lo mismo... de

manera que el ritmo era tan pausado que muy pronto llamó la atención.

Los encargados se dieron cuenta de que allí estaba pasando algo anormal y empezaron a despedir gente con diversas excusas. La mayoría de los encargados sabían que yo llevaba a la obra el *Mundo Obrero*, que llevaba octavillas, que aprovechaba los ratos libres para hablar de Comisiones Obreras, pero a mi no se atrevían a despedirme. Iban eliminando a la gente más motivada con mil excusas injustas —a menudo con críticas sobre el trabajo realizado— hasta que por fin me despedían a mi cuando sabían que ya apenas quedaban trabajadores combativos para dar apoyo.

Estamos hablando de 1967, pero he de explicar un acontecimiento políticamente trascendental de unos meses antes. Nosotros pertenecíamos a la célula del partido del sector 3 que, como ya he explicado comprendía l’Hospitalet, Sants, la Zona Franca, Poble Sec, etc. Y teníamos un contacto que dependía de la Ejecutiva que tenía como nombre de guerra el de Miguel. Era un liberado del Comité Central y aparte de traernos información y documentos, pasaba las consignas del partido y aprovechaba para aleccionarnos un poco, que buena falta nos hacía. Confiábamos en él como era preceptivo y sabíamos de su fuerte compromiso con el partido. En aquellos años, el viejo Mao tse Tung acababa de llegar nuevamente al poder para reforzar la Revolución Cultural y se había hecho una gran difusión internacional de su *Libro Rojo* en el que señalaba la necesidad de la revolución permanente para que los regímenes socialistas no cayeran de nuevo en el capitalismo, acentuando una velada crítica hacia sus vecinos soviéticos. El nuevo maoísmo estaba en ascenso y esto lastro a los partidos comunistas de la Europa oc-



Un ejemplar del año 72 del periódico *Unidad* del comité de Barcelona del PSUC, y un ejemplar de *Treball*, órgano del Comité Central. La prensa del partido era un eficaz medio de divulgación del espíritu combativo de los comunistas

cidental donde hubo desavenencias y disensiones. Aquí no nos ahorramos el conflicto. En la Universidad, el grupo *Unidad*, en el que se enclavaba nuestro contacto Miguel, inició la escisión que daría lugar al Partido Comunista Internacional, con una severa crítica hacia la dirección del Partido Comunista de España y del PSUC, en Francia. Y esa crítica se trasladó a nuestra célula donde, en una noche en mi casa, nos convenció de que debíamos abandonar el PSUC para formar un nuevo partido. Muchos nos quedamos estupefactos, pero en esa reunión apenas reaccionamos. La ruptura duró unas pocas horas, las necesarias para aclarar con miembros de la dirección interior lo que estaba pasando y volver de nuevo a la disciplina del PSUC. Pero aquella escisión fue sonada porque el PCI acabó consolidándose; con el tiempo, sus militantes constituirían el Partido del Trabajo de España, y muy pronto se mostraron muy beligerantes con el PSUC y con lo que ellos llamaban revisionismo, hasta el punto de que hubo una muerte violenta en La Florida que jamás se acabó de concretar, pero que los rumores situaban en la órbita del partido recién constituido. Aquello, a la gente de base nos creó mucha confusión, un claro desconcierto y bastante desasosiego. No nos

podíamos acostumbrar a la idea de trabajar en dos frentes abiertos: el franquismo y las disensiones internas. Con el tiempo teníamos que llegar a la conclusión de que todo ello formaba parte de nuestro ADN comunista...

Por cierto, que una de las actividades más destacadas, aparte de las reuniones sindicales en los lugares de trabajo, se centraba en la difusión del *Mundo Obrero* y de los materiales del partido. Ya he explicado que el periódico del PC era la llave para abrir conciencias, pero también era un ejercicio arriesgado porque si te pillaban con propaganda ilegal, la detención estaba asegurada. Por eso la estafeta —la casa donde llegaba el material desde el exterior— era un lugar muy cuidado. Nuestra estafeta estaba en casa de ese compañero que vivía en Las Planas y que no tenía otra función en el partido más que esa: hacer de buzón. Allí iba yo a recoger la propaganda con mi vespa cada vez que recibía un aviso. Llegaba a casa y guardaba el material en tres o cuatro zulos que me había fabricado al efecto: en los tabiques, en el suelo y en el techo. Lugares imposibles de localizar si no sabías que existían. También un vecino de confianza me había guardado paquetes alguna vez. La mayoría de días cargaba 12 o 15 ejemplares en

mi bolsa de la comida y me aseguraba de repartirlos y cobrarlos. Esto, durante años...

La cosa viene a cuento porque fue la propaganda del partido lo que me llevó de nuevo a la Modelo un par de años después, en septiembre de 1969. Ese año, en enero, el gobierno decretó el último Estado de Excepción que vivió el país durante el franquismo. Se produjo a causa del clima de exaltación popular que se vivía en algunas ciudades importantes y que en Barcelona coincidió con la ocupación del rectorado y la defenestración de un busto del general Franco. Aunque los decretos restrictivos se levantaron pronto, el clima de descontento social fue en aumento y todavía se encenderían más los ánimos al año siguiente cuando se produjo un momento culminante con el juicio de guerra en Burgos contra militantes de ETA. El caso es que, como consecuencia de esta situación, se produjeron en muchas partes del país caídas y detenciones. Una de ellas se produjo en el Besós. Un antiguo compañero de la Samper, que había militado en nuestra célula, fue delatado por otro compañero y detenido en su casa. Lo metieron en un coche celular de la policía y, cuando vio la ocasión, abrió la puerta del coche y echó a correr. Era un tío joven y robusto pero los aires de la fundición, donde había trabajado bastante tiempo, habían erosionado sus pulmones y no pudo correr lo suficiente, de modo que lo cogieron. Para que no corriera más y como escarmiento, le retorcieron las rodillas y se las desencajaron. Si sólo por intentar escapar le habían hecho aquello, cualquiera podía imaginarse lo que le pasaría una vez en los interrogatorios. Así que el hombre se derrumbó. Cuando le preguntaron quien le había organizado dio mi nombre y cuando le apretaron para que dijera donde vivía, no tuvo más

remedio que indicarles el camino, aunque apenas lo recordaba puesto que sólo había estado en mi casa un par de veces en alguna reunión.

Era en pleno verano y mi mujer y mis hijas se habían ido a Francia a visitar a mi suegro porque yo no tenía vacaciones. Antes de irme a dormir preparé la fiambarrera como hacía siempre y metí los doce o quince *Mundo Obrero* que iba a repartir al día siguiente. A la una de la madrugada llamaron a la puerta y yo, medio dormido y en medio de la sorpresa, abrí la puerta sin preguntar. Ocho o diez policías entre agentes de la secreta y municipales se metieron de co-rrido en mi casa y la pusieron patas arriba para descubrir alguna cosa que no pudieran encontrar. En mi mesita de noche descubrieron una encíclica del papa Juan XXIII que me había pasado una prima hermana afirmando que se trataba de un texto social que debía conocer. No me atreví a leerlo, pero allí estaba, y eso sorprendió mucho a los policías, que no acababan de comprender cómo un comunista tenía un texto del papa para ser leído. Ya casi se habían convencido de que no tenía nada cuando uno de ellos abrió la bolsa preparada para el día siguiente. Allí estaban los periódicos del partido y ya tenían bastante para acusarme de propaganda ilegal y de asociación ilícita. Bajamos a la calle, me esposaron y me metieron en el mismo celular donde estaba mi delator. Cuando nos vimos, el hombre no sabía donde meterse y yo intenté disimular, explicar que sólo le conocía del trabajo y de hacía unos cuantos años... Y él no paraba de cuchichearme: perdóname, perdóname...

Llegamos a la Jefatura de Vía Layetana, a él le metieron en el calabozo y a mí me dejaron incomunicado, pero atiné a ver a unos cuantos compañeros del partido del Besós que también habían sido detenidos en una re-



*José Fariñas y Jaume Valls, a finales de los 60, cuando entablaron contacto*

dada. Y enseguida empezaron los interrogatorios. Yo insistía en que lo que decía aquel compañero no era cierto y que sólo nos conocíamos de la fábrica, pero en una de esas lo trajeron a mi presencia, lo intimidaron y le hicieron confirmar lo que ya había contado, de modo que era inútil que yo lo negara. Fue una indignidad lo que hicieron con él porque le humillaron de mala manera puesto que era muy consciente de que su debilidad había sido la causa de mi detención y todo eso, ante mis ojos. A pesar de la situación, yo lo seguí negando todo, por supuesto les aseguré que no pensaba decir nada más y fue ahí cuando empezaron los empujones, las palizas, los puñetazos, las patadas, las ruedas de policías que se turnaban para golpearme, para tirarme al suelo y levantarme en volandas... Yo había tenido en aquellos años algunos ataques epilépticos y me medicaba de forma controlada, lo que no fue obstáculo para que me arrebataran la medicación que llevaba conmigo.

Y llegaron las corrientes. Corrientes en los ojos, corrientes en los dedos... me produjeron un ataque de epilepsia hasta que de nuevo me recuperaron. Al final sólo amenazaban, ya veían que no iba a decir nada, ya se daban cuenta de que me podían matar que no iban a sacar ninguna información.

En el partido te entrenan para esto. Te fortalecen ante la adversidad, pero el dolor es

sólo tuyo. Unos meses antes nos explicaron el caso de un compañero. Su nombre auténtico —me faltaban sólo unas semanas para conocerlo en persona— era José Fariñas. Estuvo 25 días detenido en comisaría durante el Estado de Excepción. Tuvo más suerte que el estudiante Enrique Ruano —que en enero de 1969 fue herido de bala y arrojado después desde una ventana en comisaría—, pero no se salvó de la violencia desatada de la BPS. Pese a que le molieron a palos, no dijo una palabra. Y tuvieron que dejarle por imposible. Su acción se convirtió en un ejemplo para todos nosotros y el recuerdo de su resistencia alimentó la mía.

Pasadas las 36 horas en comisaría ingresé en la Modelo por segunda vez en pocos meses. Allí conocí a Fariñas que llevaba ya 4 o 5 meses cumpliendo condena y a otros detenidos que entonces no eran muy conocidos pero que con el tiempo tendrían serían algo más populares, como Jordi Borja, Solé-Tura, Alfonso Comín, etc. Yo estuve todo el tiempo en la cuarta galería con Borja y Solé Tura —mientras que Fariñas y Comín estaban en la primera— y me pusieron en la misma celda con otro compañero de l'Hospitalet —él no era militante del PSUC porque pertenecía a la izquierda radical independentista— que era Pep Ribas, con el que después he mantenido una estrecha relación. Allí conocí, e hice amistad, con otro detenido trotskista que era pin-



tor, Francisco Cuadrado. Un retrato al carbón que me hizo entonces, permanece colgado en la pared del comedor de mi casa, en recuerdo de aquella amistad y de aquellos años de penuria...

Cuando pusieron en libertad a Pep Ribas, compartió celda conmigo Jordi Borja —al menos un par de meses— que fue un activo dirigente de Bandera Roja junto con Solé Tura hasta que en el 74 se incorporaron de nuevo al PSUC de la Transición<sup>6</sup>. Allí se hicieron un montón de reuniones de gente de izquierda —algunos del partido— y en muchas de ellas estábamos todos, los sindicalistas y la gente que provenía de la Universidad hasta que, en cierto momento, los Borja, Tura y compañía nos dijeron a unos cuantos que no hacía falta que fuéramos a más reuniones. Seguramente no dábamos el nivel, ellos hablaban del Marx teórico, del socialismo como objetivo científico, de las tácticas y de la estrategia y nosotros éramos la gente que repartía los papeles, que hacía asambleas, que convocaba huelgas y que no sabíamos demasiado de marxismo, lo justo de leninismo y casi nada de trotskismo o de maoísmo, por lo que nuestras intervenciones, pocas y muy irregulares, hablaban casi siempre de cuestiones prácticas, más técnicas que de fondo. Allí vi claro que todos éramos compañeros, pero que de algunos nos separaba un abismo. Ya habíamos tenido la experiencia de Miguel, el enlace del Comité Central, que había tenido mucho crédito moral como miembro de la dirección, y que, como

perteneciente al Grupo Unidad universitario, encabezó la escisión del 67. Él y los de su grupo no tuvieron ningún reparo en aprovecharse del crédito que tenían para intentar manipularnos en su momento. Y ahora veíamos a los intelectuales, del nuestro o de cualquier otro partido, que necesitaban reunirse solos porque nosotros les suponíamos un engorro. Allí nació una cierta desconfianza hacia la gente que hablaba muy bien pero que actuaba menos bien, y que tantos problemas futuros —la desconfianza, claro— nos generó a todos. Y eso, que nosotros entendimos desde el primer momento aquella estrategia política del partido en la Transición, que pugnaba por la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura: estábamos convencidos de que el trabajo de los intelectuales era fundamental para avanzar, pero también veíamos con recelo el papel dirigente e inspirador, cada vez más elitista, que se reservaban.

Con Fariñas, en cambio, que también era un universitario asturiano que había llegado a Barcelona para licenciarse en Económicas y sobre el cual había una aureola de admiración por su resistencia en comisaría, todo fue mucho más sencillo. Enseguida congeniamos, y en ningún momento hubo esa sensación de estar por encima de los demás, ni de palabra, ni de obra. Fariñas era capaz de debatir con cualquier intelectual del partido de igual a igual, pero escuchaba y daba una gran importancia a nuestras preocupaciones más básicas. Con él te sentías arropado y comprendido y yo no dudé un instante en localizarle, una vez saliera de la Modelo para tenerle bien cerca.

Recuerdo que en esos días me llegó la noticia del embargo que el Estado había hecho sobre mis propiedades, especialmente sobre el piso donde vivíamos que, junto a los mue-

---

6. Jordi Solé-Tura i Jordi Borja eran en esos años fundadores y miembros de la dirección de la Organización Comunista de España Bandera Roja, una escisión del PSUC del año 1968. Ambos universitarios y muy conocidos como líderes de la organización, se reincorporaron al PSUC en 1973.





*Las parroquias, en l'Hospitalet, dieron un importante soporte a la lucha reivindicativa de los trabajadores. En la imagen, la de Sant Josep, al frente de la cual estaba Mossen Leandre Gassó*

bles y la TV, era todo cuanto teníamos, embargo que yo siempre he considerado una venganza policial por mi terquedad a la hora de confesar. Pues bien, un día Solé Barberà me anunció que, conociendo mi situación económica apurada, me harían llegar 40.000 ptas. provenientes de la solidaridad, para mitigar nuestros agobios familiares. Confié en su palabra, claro, pero las 40.000 ptas. de entonces todavía no han llegado a su destino. Hechos como este refuerzan la idea de que hay gente que compromete su palabra y no para hasta cumplirla, y gente olvidadiza que promete y, que, si no puede cumplir, ni siquiera se esfuerza por explicarse.

Salí por fin de la Modelo, una fría noche de enero. En la puerta, aparte de mi mujer, estaba Miguel Núñez, a quien aún no conocía, y compañeros del partido de l'Hospitalet, entre ellos Felipe Gómez y Mercè Olivares. De estas cosas no te olvidas. Y muy pronto, hablamos de cómo reorganizar el partido en l'Hospitalet porque nos parecía que la situación ya estaba suficientemente madura como para tener una célula propia y una estructura más o menos estable.

Por cierto, que hablar del partido en l'Hospitalet implica necesariamente hablar de

la Iglesia en la ciudad, ya que sin la ayuda de muchos párrocos hubiera sido muy difícil coordinarnos y extender la lucha antifranquista. Una de las parroquias más activas en este período del final del franquismo fue la iglesia de Sant Medir, en la Bordeta, que pertenecía al barrio de Sants en Barcelona. Allí se fundaron las Comisiones Obreras de Catalunya y allí se hicieron muchas reuniones. Fruto de esta actividad solidaria de los cristianos progresistas se fueron sumando muchas iglesias. En l'Hospitalet, probablemente por una cuestión de proximidad, se pudo contar muy pronto con la parroquia de Sant Isidre, donde también se reunían las incipientes comisiones obreras de Barcelona, y prácticamente en el mismo período, con la de Santa Eulàlia, donde había un arcipreste, el párroco Jaume Medina, que nos abrió las puertas de par en par, gracias al contacto, creo recordar, de Jaume Botey. Medina no era un párroco cualquiera. Había estudiado teología en Roma y estaba muy influido por la política social del papa Juan XXIII. Aquello demostraba que no sólo nos eran próximos los párrocos jóvenes, cercanos a la problemática obrera de los barrios más populares, sino que también estaba con nosotros gente que parecía bien relacionada con la je-



*Imágenes de la construcción de la Casa de Reconciliación en Can Serra y de las fiestas populares que se organizaron durante las obras. En las fotografías de la izquierda, los obreros de la construcción que la edificaron a ratos libres. En la de arriba se pueden ver a Antonio Ruiz y a José Fariñas, con otros compañeros albañiles, y en la de abajo a Jaume Valls, entre otros*

rarquía católica. Muchas de las reuniones de aquellos años en l'Hospitalet se hicieron en los locales de esa parroquia: las reuniones de diversos Primeros de Mayo —incluida la de la detención de 1968—, muchas reuniones sindicales de coordinación de acciones, la de adhesión a la Asamblea de Catalunya...

Más tarde pudimos conseguir también locales en la parroquia de Sant Ramon en Collblanc, cuando apareció por allí mossén Breu que había sido vicario en Sant Medir y ya sabía de que iban estas cosas, y también en la parroquia de Sant Josep, donde estaba mossén Leandre Gassó, escenario de muchas reunio-

nes de CCOO y lugar elegido para conmemorar el X aniversario de la fundación de CCOO, en el año 76, todavía en medio de una cierta clandestinidad. Pero si hubo un lugar especial por lo que respecta a la actividad antifranquista en l'Hospitalet, ese fue Can Serra. No sólo porque allí existía una comunidad de escolapios muy activa y muy avanzada socialmente, una comunidad de vecinos que muy pronto hegemonizó la lucha vecinal junto con Collblanc i Bellvitge y activó mucho la vida del partido en la ciudad, sino porque mucha gente de comisiones obreras de la construcción nos pusimos de acuerdo para edificar, a ratos li-



bres y sin gasto alguno de mano de obra, lo que iba a ser la iglesia del barrio pero, sobre todo, un lugar de formación, integración, encuentro y politización. Lo que se bautizó entonces como Casa de Reconciliación, y que se convirtió muy pronto en un espacio de libertad prácticamente sin igual.

Cómo llegamos los militantes del partido a Can Serra, tiene mucho que ver con lo que ocurrió tras aquella detención del año 68 en Santa Eulàlia, que luego se profundizó a raíz de la caída del año 69. La gente del Besós que estuvo detenida con nosotros, hablaba maravillas de un cura obrero que vivía en el Camp de la Bota en medio de la miseria del lugar y del momento. Se llamaba Botey y era muy popular entre los obreros más politizados y sensibles, y yo solo lo llegué a conocer en Madrid cuando fuimos juzgados por el Tribunal de Orden Público. Un día que estaba trabajando yo en una obra en Sants, uno de los compañeros de trabajo comentó que su mujer hacía la limpieza doméstica en una casa de tres o cuatro curas de Can Serra.

Aquello me llamó la atención de inmediato porque el compañero explicaba que se trataba de cristianos de izquierdas y aquella era una buena oportunidad para ampliar la localización de espacios de reunión. Cuando además me dijo que uno de aquellos curas se llamaba Jaume Botey, ya no me lo pensé dos veces: tenía que ir a verlos. Aquella misma tarde quedamos en casa del compañero, que nos acompañó a la casa de los escolapios de izquierdas, y allí conocí a Botey, a Andreu Trilla que era de Balaguer, a la Mercè Romans, en fin, a toda la comunidad. Y supe que este Botey era justamente —como suponía— el hermano del Botey del Camp de la Bota que tanto carisma tenía, por lo que inmediata-

mente se creó un vínculo de confianza y solidaridad que duró muchos años.

De esa relación estrecha surgió la posibilidad de construir entre todos lo que tenía que ser iglesia de Can Serra y bastante más. Y se hizo, como he comentado, trabajando los fines de semana y algunas tardes después de la jornada laboral. Y aquello no fue del todo fácil. Los jóvenes de entonces en el partido tuvimos que limar las reticencias de algunos veteranos a los que costaba entender que el partido no sólo tuviera que dar apoyo a los cristianos, por muy progresistas que fueran, sino que sus militantes se avinieran a construir iglesias, como íbamos a hacer nosotros. De nada servía poner el ejemplo de gente como el Botey del Camp de la Bota o los párrocos que nos dejaban locales, ni siquiera explicar que aquellos locales iban a servir para hacer misas y repartir los sacramentos, pero sobre todo para hacer escuelas de formación política, escuelas de alfabetización y capacitación obrera y vecinal, actividades culturales o reuniones políticas bajo la cobertura de la misma Iglesia.

Costaba entender que los comunistas tuvieran que reconciliarse con un enemigo tradicional que ahora parecía haber cambiado de bando, tanto como costó en el 56 asumir la política de Reconciliación Nacional que propugnaba el partido. Pero, una vez más, lo conseguimos, y la Casa de Reconciliación fue ejemplo de solidaridad y, como su nombre ponía de manifiesto, de lugar de encuentro entre los comunistas y los cristianos de progreso que predicaban una sociedad más justa y libre y que les iría llevando con el tiempo, la experiencia y nuestro ejemplo, hacia fronteras más comprometidas, el socialismo democrático y el ideario comunista.

Para entonces, José Fariñas, al que había conseguido —tras la salida de la Modelo— convencer de que nos tenía que ayudar en l’Hospitalet previa consulta y acuerdo con Miguel Núñez, ya era el responsable político de nuestra célula y ya podíamos contar con una organización que no sólo difundía el periódico, los materiales, las consignas, sino que comenzaba a elaborar estrategias particulares con cierto éxito. Por ejemplo, la Casa de Reconciliación, pero también la adhesión del partido de l’Hospitalet a la Asamblea de Catalunya que se constituyó en noviembre de 1971 y que supuso un trabajo interno para dar a conocer a las empresas, a las entidades de la ciudad y a distintos sectores de profesionales y del mundo de la cultura, las propuestas de la *Asamblea* y cómo extenderlas. Y, sobre todo, la estrategia encaminada a impulsar el movimiento obrero en las fábricas y el ciudadano de las asociaciones de vecinos en los barrios.

Acababa de terminar el año 1970 tras un agitadoísimo Proceso de Guerra en Burgos contra 16 militantes de ETA para los que se pedía 6 penas de muerte y más de 750 años de cárcel, y el régimen seguía intentando mostrar una fortaleza que ya hacía tiempo que estaba perdiendo. Pero se resistía a declinar y seguía reprimiendo con la misma mano dura de siempre. La enfermedad de Franco de 1969, su acusado Parkinson y la debilidad creciente del régimen surgido de la guerra civil, llevan al general a nombrar por primera vez un presidente de gobierno en la figura del almirante Carrero-Blanco y a proponer al príncipe Juan Carlos la sucesión de la Jefatura del Estado con el título de rey. Todo esto en muy pocos meses. Los suficientes como para evidenciar que el Movimiento sin Franco no tiene perspectiva y que Franco no será eterno. Los primeros indicios

vienen de la mano de los mineros asturianos desde 1964, pero no van a ser los últimos. Los estudiantes universitarios están en pie de guerra y la politización hace mella en sectores donde hace cuatro días era impensable: en las iglesias, en los barrios, no digamos ya en las empresas; entre los abogados, cada vez más proclives a la defensa de los trabajadores y de los antifranquistas en general. Como colofón, la propia prensa y cada vez más la radio, se convierten en portavoces del descontento, de las ansias de libertad. El país, relativamente encendido en esas fechas, aunque de forma todavía muy minoritaria, ya no descansará hasta el cambio de régimen. Un cambio con muchas dificultades y demasiadas lagunas para los comunistas que esperábamos muchas más cosas de la Transición.

Los ánimos estaban pues, bastante exacerbados, y quizás el aspecto más significativo tenía que ver con la progresiva pérdida del miedo que se observaba entre los trabajadores, en los tajos y en los barrios, y allí donde se pudiera expresar un descontento social que duraba décadas.

Fue en 1970 cuando se oficializó de alguna manera la Coordinadora del ramo de la Construcción de Comisiones. Allí estábamos, Francisco Liñán, los hermanos Romero (Manuel y Luis), Miguel Pachón, Padilla, Juan Gómez, Paco Muñoz, Rafael Parra, Felipe Cruz y yo mismo, más otros cuantos camaradas que venían de Lleida, de Blanes, de Girona, de Tarragona, de Sant Feliu, etc. Por aquel entonces, el sector de la Construcción, en pleno auge por la gran demanda de viviendas que había —existían barrios de barracas todavía en muchas zonas de Barcelona y un nivel de emigración enorme de gente que llegaba de Andalucía, de Extremadura, de Murcia o de



*La familia al completo en 1970 en la Avenida del Torrent Gornal*

Aragón— funcionaba sin contratos fijos, con contratos de obra, de modo que al finalizar una obra te podían despedir sin más. Algunos obreros eran nuevamente contratados en otras obras, pero todo en función de como te portaras. Por supuesto que los dirigentes sindicales eran los primeros en ser despedidos. Además, había un buen número de medianas empresas, de modo que la inestabilidad era total y la posibilidad de organizar a los trabajadores muy complicada. Muchos, además, eran empresarios prestamistas que ni siquiera daban de alta en la Seguridad Social, solo cuando te ponías enfermo o tenías un accidente. Se trabajaba a destajo en la mayoría de ocasiones, con primas que nadie regulaba y, por supuesto, apenas había medidas de protección. En muchas obras no había comedores, ni vestuarios, ni apenas servicios y desde luego, el sindicato vertical protegía muchísimo más a los empresarios que a los trabajadores.

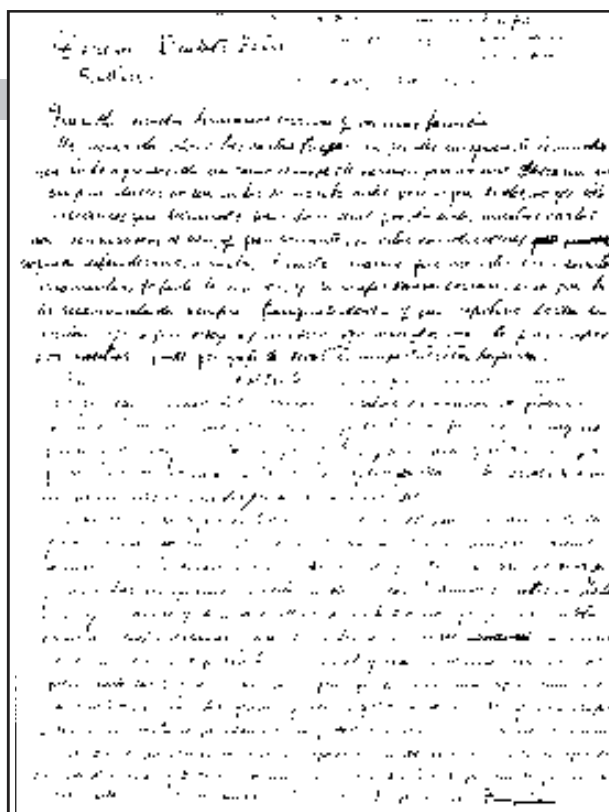
Por todas estas razones, nuestra Coordinadora fue de las últimas en montarse, porque el sector era inestable en el número de empresas y de trabajadores y porque los dirigentes eran despedidos constantemente, aunque como había mucha demanda, enseguida íbamos encontrando trabajo. Por otro lado, en el vertical no había ni una Ordenanza Laboral que regulara el oficio de paleta, ni por supuesto existía ningún tipo de convenio de sector. Se cobraba el salario base regulado y unas primas en función del criterio del capataz. También, de acuerdo con tu comporta-

miento personal, te podían conceder horas extras, o facilitarte destajos. Pero también solía pasar todo lo contrario, para que estuvieras agradecido al jefe de obra y no te metieras en reivindicaciones. El horario era de 48 horas semanales, sin contar las extras, y por supuesto no tenías vacaciones ni días libres para cualquier gestión, porque no tenías más que un contrato por obra que vencía, no solo cuando la obra acababa sino cuando, a juicio del capataz, tu trabajo había concluido.

Todo el movimiento sindical que se produjo entre el 64 y el 70 en el ramo de la construcción se dirigió sobre todo a conseguir una estabilidad laboral en el sector. Y hay que decir que la lucha fue tan dura que los propios empresarios estaban de acuerdo en regular de alguna manera las condiciones para asegurarse la finalización de las obras, que se interrumpían y se conflictivizaban de tal manera, que las pérdidas de los promotores empezaban a ser significativas. Así fue como a finales del verano de ese 1970 se consiguió una primera Ordenanza Laboral, la verdad es que muy precaria, pero que por lo menos contemplaba tres tipos de contrato: uno eventual, uno fijo de obra y otro fijo de plantilla, con una regulación de jornada a 45 horas y, en el caso de los paletas y peones, dos semanas de período de prueba. En el contrato eventual, el período de prueba coincidía con el de vigencia y era de 120 días, de modo que con ese contrato, en cualquier momento te podían despedir.



*Copia de una de las cartas de Jaume enviada desde la cárcel Modelo a su madre en Bellvís, donde le dice que no había escrito antes porque pensaba que iba a salir muy pronto, le pide que se cuide y le explica, entre otras cosas, su vida en la prisión*



Conseguir la Ordenanza Laboral fue un gran éxito, pero en la práctica resultó un absoluto fracaso porque en el convenio del sector que se había firmado ese mismo año, todo lo que incluimos los dirigentes de Comisiones se excluyó en la plataforma. De modo que no hubo más remedio que llamar a la huelga del sector, especialmente en solidaridad con nuestros compañeros, primero de Sevilla y después de Granada, que habían sido duramente represaliados. La huelga se convocó finalmente en noviembre de ese año, concretamente el día 3. También en nuestra Coordinadora se produjeron detenciones ese mismo año además de algunas bajas por traslado o por represalias como fue el caso de Manuel Romero, que estaba buscado por la policía y optó por exiliarse. La gente de la Coordinadora que nos mantuvimos fuimos, sin embargo, muy constantes y yo diría que incluso sacrificados, porque nuestra disponibilidad era absoluta, no solo para coordinar nuestras reivindicaciones en las distintas empresas sino para colaborar con las

reivindicaciones de otros ramos, para hacer carteles, para repartirlos, etc. Y para poner dinero... cuando era necesario (que lo era muchas veces).

Todo ese clima de conflictividad a flor de piel lo viví de una manera especialmente significativa en las obras de Dragados para edificar la Residencia de Bellvitge. Se trataba de una obra de envergadura para la época y necesitaban mucha mano de obra de diferentes especialidades. Con la experiencia de los tajos precedentes, la tarea de organización de los trabajadores fue inmediata y muy exitosa desde prácticamente el primer día. Las condiciones, como es posible imaginar, eran pésimas: no teníamos comedores, ni espacios decentes donde cambiarnos y el trabajo seguía unos ritmos que provocaban que la mayoría de trabajadores optáramos por el destajo porque se trabajaba más o menos igual, pero se cobraba bastante más. Como en las otras obras, la masificación de obreros permitía un contacto muy directo y muy abierto. El Mundo



*La Residencia de Bellvitge todavía en obras. Arriba, un grupo de los obreros que la construyeron el día de la finalización de las obras, entre los que se encuentra Jaume Valls*

Obrero circulaba sin problemas y muchos sabían cuál era su procedencia, pero como allí todos trabajábamos al mismo ritmo y todos sufríamos las mismas penurias, la confianza era muy grande y el nivel de colaboración y solidaridad como no he conocido en ningún otro lugar. Hacíamos asambleas diarias a la hora del almuerzo casi sin necesidad de convocarlas, de modo que la confección de una plataforma reivindicativa de 10 puntos salió prácticamente de manera espontánea. Allí pedíamos de todo: un comedor en condiciones, unos vestuarios decentes, un importante incremento salarial... Allí coincidimos unos cuantos comunistas, Avelino, Pantaleón y otro obrero andaluz que ya estaba perseguido y al que propuse que se incorporara con nosotros... pero a mí, “el catalán”, me conocían bien porque hablaba en todas las asambleas y cumplía como el que más en el trabajo. Eso hizo que la asamblea me tuviera una enorme confianza y que me eligieran como portavoz de la comisión negociadora de cinco miembros que se eligió para discutir la plataforma reivindicativa con la empresa.

El combate para conseguir que nos hicieran caso fue laborioso: hacia el mes de junio recogimos firmas para que se viera el compromiso de los trabajadores con lo que se solicitaba. Después de dar varios plazos a la empresa sin que sirviera de mucho, convocamos media hora de huelga simbólica al inicio de la jornada en un día prefijado, pensando que con esa acción de fuerza ya tendríamos suficiente. Ese día, unos 80 trabajadores secundamos la protesta no saliendo de los barracones de la empresa hasta el momento de incorporarnos a la obra, media hora después del inicio habitual. La respuesta de la empresa fue contundente pero muy torpe: despido fulminante de los cinco miembros de la comisión y de todos los trabajadores que no se habían incorporado al trabajo. Cuando nos estaban notificando el despido, la empresa descubrió que otros 400 trabajadores, que sí se habían incorporado a sus puestos desde el comienzo de la jornada laboral, habían dejado de trabajar. No tuvieron más remedio que echar marcha atrás y derogar las órdenes de despido. Quince días más tarde, un viernes sin previo aviso, la empresa comunica por sorpresa

*Un grupo de obreros de la construcción de la Residencia, tras una de las muchas asambleas. La foto fue tomada por Jaume Valls*



los despidos de los principales participantes para evitar así la solidaridad del resto de la plantilla. No pueden impedir, sin embargo, que el lunes siguiente 1 de septiembre, todos los despedidos acudamos a nuestros puestos de trabajo, donde se pone de manifiesto que no nos dejan acceder a las instalaciones. El resto de la gente entra, pero nadie se pone a trabajar y la empresa solicita la presencia de la policía. Unas cuantas dotaciones de grises (unos 400 policías) rodean la Residencia y ponen vallas para impedir la entrada de los que ellos llamaban cabecillas de la revuelta, pero tras una tensa espera, cientos de trabajadores llegan hasta donde estamos los despedidos y nos llevan en volandas hasta las oficinas de la empresa. Como consecuencia de esta acción, la empresa cedió en todos los terrenos, abrumada por la respuesta y consciente de que la única manera de no atrasar más las obras pasaba por llegar a acuerdos con los trabajadores. Se consiguió un comedor en condiciones donde se servía un menú a precio ajustado, unos vestuarios adecuados a las necesidades y que nos pagaran la hora de trabajo al mismo precio que se venía pagando la hora de destajo (lo que supuso un aumento del 40% lineal para todos los salarios), además de múltiples puntos de justicia. A lo único que hubo que renunciar fue al cobro de los días de huelga pese a la provocación que había supuesto despedir a los representantes de los trabajadores elegidos en asamblea y a quienes se hicieron eco

del llamamiento de protesta. La respuesta de la plantilla, como era de esperar, estuvo empapada de responsabilidad y, terminado el conflicto, se siguió trabajando al mismo ritmo que se venía haciendo.

La victoria de los trabajadores de la Residencia de Bellvitge fue un hito para los trabajadores de la construcción. La prensa puso de manifiesto la contundencia de la respuesta y el valor de la unidad solidaria, y tras las explicaciones del esfuerzo organizativo que destacaban los periódicos, se veía la eficaz mano de CCOO en la clandestinidad. Los cinco miembros de aquella comisión adquirimos prestigio y experiencia y el partido acabó vanagloriándose de aquel éxito que había sido de todos, pero que estaba basado en la democracia asamblearia, en la confianza hacia los dirigentes obreros surgidos de la propia base y en el valor de la unidad.

Poco tiempo después, los medios de prensa recogieron de nuevo la protesta de una parte de los trabajadores por las deficiencias en seguridad y publicaron la fotografía de algunos de nosotros colgados de los andamios de una de las torres. Ese día estábamos rebozando la fachada y poniendo azulejos a una altura de ciento y pico metros, con unos andamios que se movían a causa del fuerte viento y que provocaban un riesgo considerable pese a los cinturones de seguridad que llevábamos. Seis cuadrillas nos colgamos en la planta 17 reclamando una mejora en la seguri-

dad y un plus de altura si debíamos trabajar en aquellas condiciones que daban vértigo. El aparejador de las obras, que nos vio, se enfrentó conmigo conminándome a bajar con muy malas palabras y yo, en medio de la refriega, hice ademán—sin tocarle—de pasarle un cinturón de seguridad por la cara, cosa que le sentó muy mal. Apenas había bajado el aparejador cuando hizo acto de presencia el encargado para anunciarnos, de nuevo, el despido inmediato. Un rato después bajamos, y yo fui a ver al director general que ya me conocía y que se avino a olvidar el incidente con una sanción de un día de empleo (60 ptas.).

Hasta la finalización de las obras apenas hubo más conflictos, pero aquella fue una escuela de combate y de solidaridad que tuvo que servir a muchos para afianzar su sentimiento de clase y su perspectiva de una sociedad más libre y justa. Meses más tarde, allí mismo en las obras de la Residencia, se iban a poner de manifiesto activamente estos valores: tras las duras inundaciones de noviembre de 1971 en el Baix Llobregat, se recogieron fondos para las familias más necesitadas, gesto que se reprodujo algo después para amparar la resistencia de los trabajadores de la Roca Radiadores también en huelga. También se paró dos horas en solidaridad con los obreros de Seat en conflicto, tras la muerte de Ruiz Villalba en la factoría a manos de los grises.

Y una acción de la que me siento reconfortado y agradecido con mis compañeros de entonces. Por estos mismos días recibí una notificación de la Comisaría de Collblanc para que me presentara urgentemente sin explicarme las causas. Como yo me temía lo peor, que me detuvieran por lo que ellos llamaban “alborotador”, alargué cuanto pude la comparecencia hasta que recibí la tercera notificación en muy

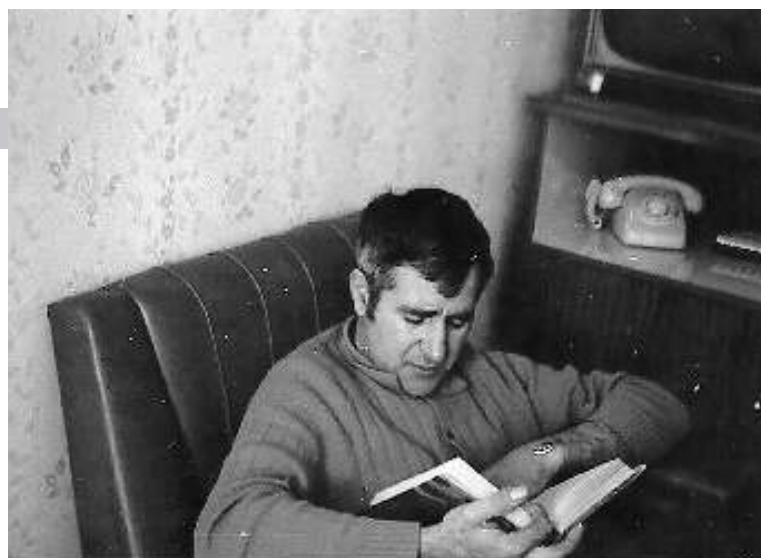
pocos días. Era tal la sensación de angustia, que opté por pedir consejo a los párrocos Medina y Breu para que si, al fin se producía la detención, hicieran todo lo posible para explicar la injusticia y amparar a mi familia. Se ofrecieron para acompañarme a la cita y salir de dudas y también para que no me sintiera tan sólo. Sus palabras, finalmente, me hicieron meditar: de hecho, en aquellas circunstancias era imposible que me sintiera sólo. Hacía muy poco tiempo de las muestras de solidaridad de la Residencia y pensé que, si se atrevían a detenerme por las buenas, algunos de mis compañeros del tajo iban, sin duda, a responder y a explicar mi situación. Así que opté por acudir a Comisaría con mi mujer, sin despejar la enorme inquietud por lo que me esperaba.

Lo que me esperaba eran las burlas de los policías por mi temor. “¿Así que no querías venir, ¿eh? ¿Tenías mucho miedo de que te detuviéramos? Pues mira... esta vez no te vamos a detener, pero te vamos a dar una sorpresita: una factura de diez mil pesetas que vas a tener que pagar...” Era la notificación de una multa por las anteriores detenciones que me aplicaba, por asociación ilegal, el gobernador civil de Barcelona, Tomás Pelayo Ros.

Era una multa impagable, claro está. En mis circunstancias de obrero de la construcción era imposible hacer frente a ese capital, muy elevado para la época. Y ellos lo sabían, de modo que una multa de esas características quería ser un notable escarmiento para cualquiera que dependiera de un salario. Opté por explicar el caso a mis compañeros de la Residencia y en tres horas, aquel mismo día, duro a duro, peseta a peseta, se recaudaron, entre toda la plantilla, más de 13.000 pesetas del momento. Otra muestra de solidaridad extraordinaria que ponía de relieve los valores de clase



*Jaume leyendo en su casa. Eran los tiempos de las clases de Sacristán en Can Serra. Jaume aprovechaba muchos ratos libres para leer y, con el tiempo, también para escribir*



que tanto hemos defendido. Esta vez fue por mi y jamás se lo agradeceré bastante a mis compañeros. Por cierto, que aquellas diez mil pesetas que se pagaron entonces con el dinero solidario, se me devolvieron tres años más tarde cuando Pelayo Ros dejó pasar a Rodolfo Martín Villa como gobernador civil, quien perdonó las multas impuestas y devolvió el importe. Esa cantidad, que gestionaron entonces los abogados laboristas del partido, sirvieron para hacer frente a otras necesidades de resistencia. Para entonces yo ya no trabajaba en la Residencia y no podía devolver aquel dinero a quienes lo entregaron que, con toda seguridad, tampoco lo habrían aceptado. De hecho, aquel dinero anónimo es el mismo dinero de todos los bolsillos solidarios que anda circulando sin cesar por nuestro mundo, cubriendo las necesidades y las injusticias que provoca una sociedad que hemos intentando cambiar, sin regatear esfuerzos ni gestos, quienes nos sentimos deudores de la utopía socialista.

Y es que lo que se hizo entonces en la Residencia fue, con la perspectiva actual, un paso extraordinario de concienciación. Hay que imaginarse lo que representaban asambleas diarias que llegaron a reunir a más de 500 personas en el comedor recién conquistado a la empresa, donde todo el mundo hablaba, donde se opinaba abiertamente y

donde se tomaba conciencia de la falta de libertad, de la falta de democracia, de la indefensión de los trabajadores en el sindicato vertical. Y todo esto sin que hubiera una dirección demasiado nítida. Los compañeros iban sabiendo que allí había unos cuantos comunistas de partido, gente que habíamos sido represaliados y detenidos por defender la libertad sindical, sonaba ya aquello de Comisiones Obreras y nosotros discutíamos en el partido cómo actuar frente al trabajo de masas en la empresa. Yo era díscolo frente a las consignas del partido que proponían una estructura sindical rígida y fuerte. Yo no veía posibilidades de estabilizar a un grupo de compañeros que representaran a todo el colectivo de manera permanente, aunque hubieran sido elegidos en asamblea. Me daba la sensación de que los compañeros se fiarían más de una representación rotatoria que pudiera ser elegida a cada nuevo conflicto con la empresa. Es verdad que los comunistas siempre estábamos al frente y que yo era muy conocido en el colectivo, pero siempre defendí incorporar a nuevos compañeros a las responsabilidades de representación, aunque no quisieran comprometerse con el partido o con el sindicato. Conseguí que en el partido me tachasen de anarquizante y me acusasen muchas veces de ir por libre. Y es verdad que, en cierto sentido iba por libre, porque



*Jaume Valls durante una asamblea de trabajadores en estos años, en la Casa de Reconciliación de Can Serra. Fechada en el reverso en 1976. Archivo del autor*

lo que a mi me interesaba era crear un estado de ánimo de revuelta mucho más que una estructura de dirección que acabara asumiendo las consignas del PSUC. Unas consignas que nos llegaban de arriba y que disciplinariamente asumíamos y difundíamos con mucha mayor fluidez que al revés: las propuestas de los tajos, las dudas que se generaban, apenas ascendían hacia los órganos de dirección donde yo mismo reconocía que era imprescindible que se debatiera y que se elaborara.

Estas dificultades yo las había discutido muchas veces con Fariñas, al que cada vez tenía más confianza pese a que era un disciplinado hombre de partido que se vanagloriaba de aplicar a conciencia el centralismo democrático: esto es, discutir lo que hiciera falta en el interior del partido, llegar a conclusiones más o menos de consenso y a partir de aquí aplicarlas sin titubeos. Y el siempre me decía lo mismo: los obreros tienen garantizada una buena parte de razón con su experiencia diaria, pero es imprescindible el conocimiento científico, la elaboración táctica

y estratégica, el debate abierto de las ideas y después la aplicación de las propuestas. Por eso, terminada la Casa de Reconciliación, llegó el reto de llenar de contenido aquellas paredes que no habían sido pensadas solamente para iglesia sino como espacio de concienciación, de formación y de debate. Y así fue como, producto de esa necesidad de formar a los cuadros obreros, Fariñas contactó con el profesor y filósofo Manuel Sacristán que se avino a darnos clase de formación marxista para completar nuestro bagaje.

Experiencia, por cierto, frustrada por nuestra culpa, desaprovechada impunemente, de lo cual no podré acabar de arrepentirme nunca porque, a quien se le diga hoy que un intelectual universal de primer orden estuvo dispuesto a invertir un montón de horas de su tiempo para llenar de contenido teórico las experiencias prácticas de un montón de trabajadores casi iletrados como éramos entonces, no se lo podrá creer. Sólo por esa voluntad, por ese esfuerzo, habría que recordar a Sacristán como lo que fue: un comunista consciente

de que el partido requería obreros cultos y no sólo intelectuales brillantes.

Probablemente en ningún otro lugar como en la obra de la Residencia se puso de manifiesto la confianza en los comunistas. Un recuerdo concreto al respecto: después de las primeras escaramuzas con la empresa, el delegado territorial de Dragados, un tal Lluç, me llamó un día a su despacho para decirme que tenía sobre la mesa todo mi expediente y que sabía perfectamente de mi filiación comunista sin que esto significara que pretendiera despedirme, pero que debía aceptar que la empresa no se sentara en ningún momento a negociar nada conmigo, aunque fuera elegido representante de los trabajadores. Yo, consciente de mi fuerza entonces, le dije que ese sería el primer punto de discusión en la asamblea siguiente de los trabajadores: si yo podía o no podía sentarme a negociar con la empresa como portavoz de la plantilla. Y así lo hice. En la primera asamblea tras aquel encuentro en medio de más de 700 trabajadores, expliqué con pelos y señales lo que me había dicho el directivo: reconocí públicamente que era comunista, que estaba afiliado al PSUC y que era promotor de Comisiones Obreras, que había estado detenido en 1968 y después en 1969, que había sido represaliado y torturado y les espeté: “La empresa ha dicho que un comunista no puede ser un interlocutor válido. Vosotros tenéis la última palabra sobre eso”. Y hubo un pronunciamiento unánime, un cerrado aplauso y el apoyo del conjunto de los trabajadores que legitimaban aquella voz, al mismo tiempo que legalizaban de hecho la presencia del partido y de CCOO en la empresa. Y estamos hablando de 1970.

Por cierto, que como consecuencia de la huelga que hicimos, tuve una nueva citación

ante el juzgado de l’Hospitalet, esta vez, afortunadamente, sin consecuencias.

Mientras tanto, la vida del partido en l’Hospitalet crecía en intensidad —mucho menos en militantes— y empezábamos a proponer algunas iniciativas atrevidas: manifestaciones callejeras con la bandera roja y las siglas del PSUC, pintadas para el primero de mayo y recuerdo, en concreto, algunas reuniones sectoriales para preparar la delegación de l’Hospitalet en la Asamblea de Catalunya siguiendo las consignas del partido de extender al máximo las representaciones territoriales en el seno del organismo. Y también empezaron las primeras escaramuzas con el poder local, de la mano en aquellos momentos del retrógrado alcalde Matías de España Muntadas, digno representante familiar de una clase patronal caduca y reaccionaria con antiguas propiedades en la ciudad.

Por esos mismos años, yo viví de primera mano el conflicto de las contribuciones especiales en Collblanc, donde vivía. Muy cerca de mi casa, en un gran descampado al otro lado del torrente a cielo abierto y sin urbanizar que dividía La Torrassa de La Florida —el torrent Gornal— el ayuntamiento propuso construir un mercado que resultaba imprescindible para el vecindario porque los más cercanos (Collblanc y La Florida) estaban a más de un kilómetro de distancia y resultaban impracticables para las amas de casa de aquella zona. Cuando nos enteramos del proyecto, nos enteramos a la vez de que aquella obra que debía incluir también la urbanización de la zona, se iba a pagar en buena parte con un impuesto extra a los vecinos: las contribuciones especiales, ateniéndose a la mejora que aquellas infraestructuras iban a reportar para un vecindario que llevaba años sufriendo las incomodidades

y la baja calidad de vida del desatino frenético de una urbanización irracional.

Así que el tema se discutió en el partido, conscientes de que las contradicciones del franquismo no sólo estaban en el frente sindical y político, sino que afectaban, y de qué modo, a la calidad de vida de la gente en las zonas más degradadas de las ciudades metropolitanas. El resultado fue la propuesta de ir a buscar casa por casa a los presidentes de escalera de las calles más afectadas por las contribuciones especiales —Vallparada, Torrent Gornal, Mas, Llança... — y convocarlos abiertamente a una reunión de vecinos para hablar del tema. Contactamos con unos 40 o 50 presidentes de escalera y les convocamos en la calle, frente al futuro mercado en construcción, pero en la primera ocasión apenas fuimos una docena, incluidos algunos compañeros comunistas de la misma dirección local. Volvimos a convocar de nuevo unos días más tarde y vimos que la sola presencia de un coche de la guardia urbana era suficiente para dispersar a los vecinos, por lo que, decidimos buscar un lugar cerrado donde todos nos pudiéramos reunir sin la preocupación de ser vistos y controlados. Propusimos la iglesia de Sant Ramón, pero algunos de los convocados anunciaron que no acudirían porque aquella iglesia tenía fama de dar cobijo a comunistas y gente antirégimen y, mientras debatíamos otra alternativa, a mi se me ocurrió enviar una carta al director de *Tele/Expres* porque su corresponsal en l'Hospitalet había publicado una información sobre las contribuciones especiales que no se ajustaba a los hechos.

Enric Company, el corresponsal citado, se presentó en mi casa la misma noche en que el director le había entregado la carta, consciente de que había localizado a alguno de los convocantes. Al principio hubo reticencias y

desconfianzas, más por mi parte que por la de él, pero enseguida vimos los dos que compartíamos la misma ideología antifranquista y de izquierdas, más allá de las afiliaciones concretas. A partir de ese momento, Company, y el grupo coordinado de periodistas que se fueron incorporando como corresponsales a los periódicos de Barcelona, fueron unos magníficos altavoces de las luchas populares, sindicales y políticas de aquel momento que los vecinos, los trabajadores y los dirigentes políticos todavía clandestinos, promovíamos cada vez con más eficacia y capacidad.

Aquella misma noche, al conocer Company las dificultades para conseguir un buen lugar de reunión, discreto y amplio, donde poder convocar al vecindario, propuso que habláramos con el rector Breu de La Torrassa para que nos dejara una sala. Así lo hicimos junto con Felipe Gómez, y de aquellas reuniones en las que se fue consiguiendo poco a poco más participación, surgiría la primera o la segunda asociación de vecinos de l'Hospitalet, la de Collblanc-La Torrassa, que muy poco tiempo después tendría oportunidad de aumentar y consolidarse enormemente a raíz de la propuesta, fallida, de aprobar un plan parcial para Collblanc que creaba más afectaciones entre vecinos que ventajas urbanas.

Esto mismo que hicimos en Collblanc, se fue dibujando también en Bellvitge, en buena medida de la mano de los comunistas del PSUC, gracias a que Felipe Cruz y Pura Fernández eran unos veteranos militantes del partido que habitaban por entonces en unas barracas del barrio de La Bomba, al otro lado de la Gran Vía —donde hoy se alzan Gran Vía 2 e Ikea— y que terminarían ocupando algunos bloques del polígono. De la mano de estos compañeros, del cura de la parroquia, Raventós, que ya



---

nos había ayudado fraternalmente durante el conflicto de la Residencia y nos había dejado locales donde reunirnos, y de unos cuantos vecinos concienciados y batalladores, nació la segunda —¿o fue la primera?— asociación de vecinos de la ciudad, la que luego se llamaría de Bellvitge Norte.

También en este punto tuvo algo que ver el alcalde España porque Felipe Cruz le conocía de antiguo ya que había sido su patrón en La España Industrial o en otra empresa del textil y allí le había expedientado por comunista. Cuando vivían en La Bomba le pidió una entrevista porque unos cuantos barraquistas habían constituido una cooperativa de viviendas y querían ser trasvasados a Bellvitge en bloque... Fuera porque sabía la gran capacidad de convocatoria de Felipe, fuera porque consideraba que se trataba de un rebelde con toda la causa del mundo, el caso es que consiguieron las viviendas que necesitaban y reivindicaban y su llegada a Bellvitge supuso, de hecho, un revulsivo para quienes les conocían y confiaban en su honradez y en su capacidad de lucha.

De hecho, teníamos ya una militancia organizada que vivía en La Torrassa, otra que vivía en Bellvitge y muy pronto se contactó con vecinos de La Florida, de modo que en los barrios de mayor presencia obrera teníamos una cierta influencia a la hora de organizar y de convocar. Una de las primeras asociaciones de vecinos fue la de Collblanc-Torrassa pero muy pronto el núcleo que se movía alrededor del Centro Social de La Florida y la gente de Bellvitge que conocían a Pura y Felipe, más los que se movían alrededor del Juan XXIII y más tarde del Club Infantil Juvenil, fueron articulando respuestas vecinales que convergieron en poco tiempo en la Asociación de Vecinos de La Florida y en la de Bellvitge Norte.

En ambas asociaciones muy pronto se pudo descubrir compañeros que provenían del socialismo y del sindicalismo ugetista o de la izquierda revolucionaria trotskista e incluso anarquista: los primeros en Bellvitge y estos últimos en La Florida y después en Pubilla Casas, aunque en muy poco tiempo se incorporaron antifranquistas activos que militaban en multitud de organizaciones más o menos minoritarias en la mayoría de las asociaciones de vecinos que se iban constituyendo en la ciudad.

La fundación de la Asamblea de Catalunya y su descentralización territorial significó un impulso decisivo al antifranquismo militante y consiguió que se unieran, en pro de un objetivo común, el todavía incipiente movimiento sindical de Comisiones Obreras, las primeras luchas vecinales, los núcleos de profesionales que empezaban a organizarse, los artistas e intelectuales más comprometidos, el movimiento feminista en alza, los estudiantes universitarios en plena convulsión, los curas obreros ya muy numerosos en ese momento, los cristianos por el socialismo especialmente activos, etc. Todo esto a partir de los primeros 70. Por lo que respecta a mi experiencia concreta, ahora era el momento de organizar y dar el impulso definitivo al movimiento obrero que estaba llamado a ser el motor del cambio revolucionario que defendíamos y, en ese sentido, la influencia sobre los trabajadores podía hacerse empresa a empresa como habíamos estado haciendo o bien como ya defendíamos muchos dirigentes obreros, sector a sector, camino obviamente mucho más interesante y rápido pero que obligaba inexcusablemente a implicarnos en el sindicato vertical y, al mismo tiempo, a ampliar, extender y profundizar la organización comunista.

### 3.

## De la articulación del movimiento obrero a la conquista del poder municipal (1972-1979)

La experiencia de la construcción de la Residencia sirvió para muchas cosas: para aprender a través de la acción, para conseguir influencia entre los trabajadores, para obtener muchas mejoras que redundarían más tarde en las reivindicaciones del ramo de la construcción, para fortalecer la organización política y sindical y para descubrir que el sindicato vertical tenía enormes contradicciones y deficiencias pero también grandes posibilidades y gente de calidad con la que debíamos contar y que debíamos atraer hacia nuestros objetivos. Esto que los obreros de la construcción aprendimos en l'Hospitalet, lo aprendieron simultáneamente los compañeros del vidrio, de artes gráficas, del textil, del metal, de la madera, del transporte, los funcionarios, etc.

Cuando los patronos reconocían la representatividad negociadora de los compañeros elegidos en las asambleas, estaban reconociendo al mismo tiempo la inoperancia del vertical, pero, a la vez, cuando los enlaces y jurados de la CNS veían que los trabajadores organizados conseguían mejoras y el éxito de sus reivindicaciones, descubrían que su cargo de representación podía ser útil si estaba al

servicio de sus compañeros, que los legitimaban con su apoyo. A más consciencia sindical más interés por la participación y más voluntad reivindicativa, de modo que ocupar el vertical se convirtió en una necesidad de los viejos y nuevos sindicalistas ajenos al mismo, pero también de los cargos electos del vertical con un mínimo de conciencia. Con la participación de los sindicalistas de Comisiones Obreras en las elecciones de 1971 pero sobre todo en las de 1975, se consiguen varios hitos: penetrar activamente la Organización Sindical y vaciarla del contenido burocrático que había tenido a lo largo de la dictadura; copar un alto nivel de cargos representativos de las Uniones de Trabajadores y Técnicos (UTT) y preparar el camino para el sindicalismo de clase, representativo e independiente.

En l'Hospitalet el partido apenas somos una docena de militantes en el año 1971. Para que cinco años después el PSUC y CCOO se conviertan en las fuerzas hegemónicas del antifranquismo hospitalense, han tenido que ocurrir muchísimas e interesantes cosas. Para que 10 años más tarde (en 1981), lo que había sido un sueño se vuelva a convertir en una pe-



*La Vanguard, a través de uno de sus catálogos comerciales, y la Indo de Santa Eulalia, dos empresas importantes que protagonizaron conflictos en esta época*

sadilla de difícil digestión, tienen que haber ocurrido muchas desgracias colectivas. Y a mí me gustaría explicar algunas de las que yo viví, con mis propias sensaciones y con un cierto ánimo autocrítico.

Lo que ocurrió en las fábricas y en los tajos entre mayo y junio de 1971 era previsible. Teníamos el ejemplo de lo ocurrido en las elecciones sindicales de septiembre de 1966. Aquí en l'Hospitalet no se notó especialmente, pero en las grandes fábricas madrileñas o en algunas factorías del Baix Llobregat hubo una infiltración masiva de trabajadores concienciados atendiendo a las consignas del embrión de Comisiones Obreras. Los jurados de empresa y los enlaces sindicales tenían que ser renovados en 1969 pero ese año Franco proclamó el Estado de Excepción por dos meses y se tuvieron que aplazar. Poco después, la CNS celebró un Congreso en Tarragona, con muy escasa participación obrera, de la que surgió la nueva ley sindical que aprobarían las Cortes franquistas en 1971 y que dejaba las cosas más o menos como antes. Con esta nueva ley en la mano, el ministro de Relaciones Sindicales, convocó elecciones de nuevo (en 1975) y CCOO aprovechó para impulsar la penetración en el vertical. Esto no se produjo como esperábamos. Era evidente que la acción sindical de CCOO en la CNS había facilitado la conflictividad obrera en esos años, pero no es menos cierto que muchos trabajadores que despertaban ahora a la necesidad de organizarse y responder a la dictadura, entendían mal que para debilitar al

franquismo se utilizaran algunas estructuras que este había creado para cercenar al movimiento obrero y dividirlo. Al contrario de lo que había ocurrido en 1966, ahora se daban mejores condiciones en l'Hospitalet que en el Baix Llobregat y yo recuerdo que la gran experiencia de las empresas vecinas de Cornellà y de Esplugues con enlaces sindicales combativos, por ejemplo, había influido positivamente en el ánimo de muchos trabajadores que entonces se nos acercaban con ganas de organizarse, hacer publicidad del proceso electoral y posibilitar un voto masivo a los compañeros que se presentaban. Estaría bien aprovechar para recordar a aquellos primeros compañeros que dieron la cara en el momento más complicado: José Carrasco, José Muñoz, Paco Hernández, García Soria, Josep Cutillas y seguro que me dejo muchos, a los que luego se sumarían el propio Tomás Martínez o Claudio Ruiz. Por no hablar de los que unos años antes habían empezado a movilizar fuerzas en sus respectivas empresas, Antonio Mayo en Seat, Juan Manuel Serrano en Dragados o Pep Ribas y la que luego sería su compañera, Amelia Merino, en el sector de la banca.

Mientras que en el Baix Llobregat llovieron críticas sobre CCOO desde los movimientos más católicos y de la izquierda radical, aquí en l'Hospitalet se consiguió un espíritu de implicación y de cierta unidad que favoreció tanto la participación como el éxito absoluto de nuestras candidaturas. El resultado fue que Tomás Martínez resultó elegido presidente de

*Una de las múltiples manifestaciones de los obreros de la Seat en aquellos años, vigilados muy de cerca por los “grises”. Archivo del Memorial Democrático de Seat*



la UTT del metal, Vicenç Ventura de la UTT de Química y Antonio Ruíz de la UTT de la Construcción, pero un número muy importante de compañeros, vinculados a CCOO todavía en la clandestinidad, consiguieron ser elegidos representantes sindicales y fortalecer la lucha en sus empresas, algunas de las cuales, de tanta resonancia obrera como Indo, Fundiciones Gil, Philips, Vanguard, Temsa, Sate, Petram, etc.

Estos resultados se convierten en un acicate para la acción. Como que muchos compañeros se habían presentado a enlaces y jurados para aprovechar las horas sindicales que la ley contemplaba, su trabajo multiplicó las asambleas incluso en el local de la CNS (entonces en unos bajos de Isabel la Católica, delante de La Farga, que más tarde sería el Centro de Planificación Familiar de Centre-Sant Josep, ya en la época de los ayuntamientos democráticos) que se convirtió en l'Hospitalet en una zona de reunión habitual de trabajadores en conflicto. El clima era especialmente tenso cuando se trataba de negociar los convenios y fue creciendo a medida que pasaban los meses y se sucedían las huelgas y la protesta obrera. Uno de los primeros choques entre obreros y patronal tuvo lugar en la Feudor: hubo dos despidos y una huelga de solidaridad de 12 horas que movilizó a otras empresas de la zona, pero lo más grave había de venir en el otoño de ese mismo año cuando

la Seat entró en un conflicto sin fin que duraría hasta prácticamente la muerte del dictador. Las sanciones, los despidos y la represión patronal, merced a un reglamento interno que prácticamente militarizaba a los trabajadores, creó un clima irrespirable del que fue víctima propiciatoria CCOO. En varias ocasiones la patronal llamó a la policía para desalojar la fábrica que se hallaba ocupada por miles de trabajadores en asambleas permanentes. En una de esas ocasiones, el 18 de octubre de ese 1971, la policía entró a todo trapo y la desalojó con violencia produciéndose numerosos heridos, uno de los cuales, Antonio Ruiz Villalba moriría el 1 de noviembre. La empresa sancionó con pérdida de empleo y sueldo a los 12.000 empleados y la policía detuvo a una veintena de trabajadores acusados de agresión a la fuerza pública y lesiones, y presentados ante el TOP y los tribunales militares.

De esos 12.000 trabajadores, más de dos mil vivían en l'Hospitalet y probablemente otros cuatro o cinco mil más en poblaciones cercanas del Baix Llobregat. En l'Hospitalet, excepto en alguna empresa aislada, el conflicto de Seat apenas registró otra cosa que asambleas de trabajadores a la hora del bocadillo, pero bastantes de las principales empresas de Cornellà, del Prat, de Gavà o de Sant Feliu pararon en solidaridad con los trabajadores de la Zona Franca. El movimiento obrero





*Una imagen de la época de la iglesia de Sant Medir, en Sants, donde en 1964 se constituyó clandestinamente la organización catalana de CCOO*

en l'Hospitalet, pese al éxito de las candidaturas unitarias en las empresas, seguía siendo débil y lo seguiría siendo en la medida que no hubiera un liderazgo sindical capaz de llamar a la movilización y hacerse oír. Los años pasaban y la conflictividad aumentaba, pero la madurez del movimiento no se podía improvisar. De hecho, muy cerca de l'Hospitalet, en la iglesia de Sant Medir, donde muchos hospitalenses estuvimos presentes, se constituyó el 20 de noviembre de 1964 (un 20 de noviembre, ¡vaya fecha!), CCOO de Catalunya, pero todavía en octubre de dos años más tarde, en 1966, se debatía en una reunión de coordinación, convocada en la Escuela de Formación Profesional del Clot, otro lugar clásico de la lucha sindical, la manera cómo se iba a organizar la local de Barcelona que entonces era ya la más importante de Catalunya. Pronto se organizó el Baix Llobregat que por entonces contaba con el sector industrial más potente y unos años después, nosotros, en l'Hospitalet. En la local de Barcelona, como en el Baix Llobregat y más tarde aquí, los militantes del PSUC copábamos CCOO, pero los acuerdos en los comités de coordinación ponían el acento en no concentrar mucho poder en las direcciones del movimiento para que nadie se sintiera excluido, aunque es verdad que las células clandestinas del partido discutían mucho entonces del papel que debíamos jugar los sindicalistas en CCOO y actuábamos prácticamente como una correa de transmisión del partido. Yo me

movía entre dos aguas en este sentido: era militante comunista y debía seguir las consignas del partido, pero también tenía un fuerte compromiso sindical y me debía a lo que se acordaba en las asambleas. Todo esto me fue trayendo problemas a lo largo del tiempo como ya explicaré más adelante y además me hacía sentir personalmente bastante incómodo en muchas ocasiones.

Las elecciones sindicales del 66, como he explicado, apenas tuvieron repercusión en l'Hospitalet porque seguíamos siendo una minoría los obreros organizados y con conciencia de nuestro papel en el sistema económico, pero en el seno de CCOO a nivel estatal o de Barcelona, por ejemplo, sirvió para reconocer la organización sindical por ramos de producción —y en eso repetíamos el esquema del vertical, muy asumido por los trabajadores— y para decidirnos por una participación activa en el sindicato franquista para torpedearlo desde dentro. Eso sí, en nuestro municipio nos manteníamos, muy atentos a la evolución de Comisiones como movimiento sociopolítico y estuvimos informados de la reunión de la Coordinadora estatal, que se produjo unos días más tarde de la de octubre en Barcelona, en la que Marcelino Camacho abogó por ir sacando a la luz pública la militancia en Comisiones y el trabajo sindical en las empresas, en nombre de lo que entonces era puramente un movimiento sindical revolucionario, activo y comprometido con la defensa de los trabaja-

*Marcelino Camacho y JL Rodríguez-Rovira, fotografiados por el autor en el Primer Congreso de CCOO en Madrid de 1978, con una fotografía de Lenin entre ellos*



dores frente al Estado autoritario y la patronal cómplice del franquismo.

Justo la noche de San Esteban de ese mismo año (1966) hubo una caída muy sonada en Sabadell a raíz de las negociaciones del convenio del metal y después, en abril de 1967, la que ya he referido anteriormente en el barrio de la Almeda de Cornellà (pág 46) de la que me salvé por los pelos. Mucho antes había habido dos conflictos enormemente importantes que no hacían más que poner de manifiesto la saturación de la clase obrera y las ansias por conquistar nuestros derechos sindicales y políticos. La huelga de Montesa en Esplugues y la de la Maquinista en Barcelona. Y por esas mismas fechas, la escisión del PCE(i) que afectó mucho a Comisiones porque mucha gente de la Coordinadora de Barcelona y algunos del Baix Llobregat y de l'Hospitalet mismo, participaron de esa escisión. Para esa fecha, muchos militantes de Comisiones, es decir, sindicalistas organizados fundamentalmente en el PSUC ya dábamos por hecha la constitución, a partir de las representaciones por ramos de producción y las coordinaciones locales del movimiento sindical, de una dirección catalana que partía de la base de una voluntad unitaria y de un reconocimiento de las características especiales de Catalunya —su lengua, su cultura...—. Algunos oímos hablar de la CONC —Comisión Obrera Nacional de Catalunya— por esos años, aunque muchos la confundíamos con la local de Barcelona, con el añadido de las organizaciones locales y comarcales, y no acabábamos de poner cara a la

dirección. No era de extrañar, porque desde finales del 69 la situación del país comenzaba a ser explosiva y la represión no hacía más que aumentar junto a la crisis económica que empezaba a hacer mella en la realidad cotidiana de la gente.

Pero la represión venía de lejos. Marcelino Camacho y los sindicalistas más activos de Madrid, hastiados por las dificultades que la CNS ponía a la representación de los trabajadores comunistas surgidos de las elecciones sindicales de 1966, fueron detenidos en una marcha que se organizó a la salida de una magna concentración de trabajadores en la parroquia de Moratalaz. Se les detuvo y fueron juzgados en abril de 1968. Marcelino se pasó cinco años en la cárcel y cuando salió, en marzo de 1972, volvió a ser detenido y juzgado en el proceso 1001 que dio la vuelta al mundo, convirtiéndolo en el estandarte de nuestro sindicato.

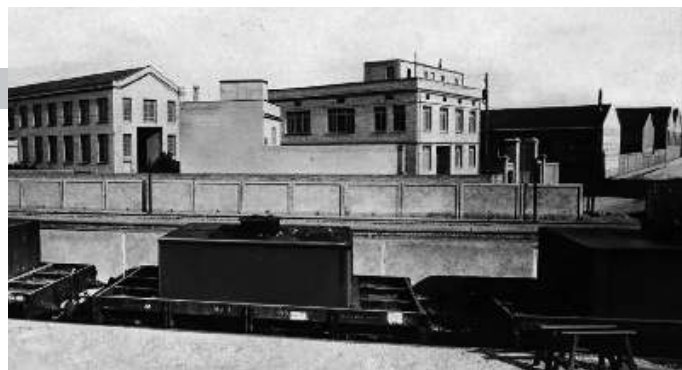
En junio del 67 se celebra en Madrid, la primera asamblea general de Comisiones Obreras de España, donde se hace una crítica a la reforma de la Ley Sindical que había aprobado el gobierno en enero. A mediados de octubre de ese año (1967) Camacho lanza la propuesta, que ya se venía larvando desde los éxitos de Asturias, de los obreros de Bilbao y de Barcelona, de una nueva jornada de lucha para el 27 de octubre. Una jornada con un panel de reivindicaciones muy claro y contundente: legalización de un sindicato obrero, unitario, democrático y de clase, derecho de huelga y de manifestación, salario mínimo de

300 pesetas con escala móvil, libertad de los dirigentes obreros detenidos y contra los expedientes de crisis y la carestía de la vida. Ahí era nada. La apuesta por una escalada anti-franquista tenía ya una perspectiva global y eso animaba todas las luchas que estaban en proceso. En l'Hospitalet teníamos todavía poco peso, pero ya estábamos organizados y participábamos de los núcleos convocantes. Sin tener todavía muy clara la dirección que tomaba el movimiento sociopolítico de Comisiones, en el llamamiento del 27 de octubre ya aparece l'Hospitalet, de manera que junto con el resto de organizaciones de la comarca del Baix Llobregat nosotros ya teníamos un lugar desde donde movilizar a los trabajadores. Sin embargo, la jornada de octubre no funcionó como estaba previsto y la policía se cebó de nuevo en el movimiento obrero. En el seno del sindicato se oyeron voces discrepantes sobre la política del partido de exponer a los dirigentes comunistas a la represión. Nos tocó explicar a quienes dudaban, de que era una oportunidad única para salir a cara descubierta contra el fascismo, renunciando a la clandestinidad y dando un paso adelante. Yo, como la mayoría de sindicalistas del PSUC —solo hay que recordar que los abogados defensores de los detenidos de Sabadell, en el juicio que los condenaría, aceptaron que sus defendidos pertenecían a CCOO—, empecé a dar la cara como militante de Comisiones y eso trajo algunas ventajas y muchos inconvenientes. Pero no hay duda de que sirvió para impulsar algunas luchas como la de las obras de la Residencia, ya explicada, y que tenían un precedente muy importante que tuvo lugar ese mismo de 1968, como fue la huelga de CIDESA, la constructora de Bellvitge iniciada cuando los obreros que estaban construyendo el barrio se

quejaron del ritmo de trabajo impuesto y de las pésimas condiciones laborales. Hubo asambleas a pie de obra e intentos de negociación con la empresa, que tenía capital francés y americano, y despidieron a cuatro trabajadores. Lejos de amilanarse, los trabajadores iniciaron un largo conflicto que aumentó de potencia tras la muerte de un albañil al año siguiente. Para entonces, 400 obreros de la construcción pararon y fueron despedidos, aunque luego fueron readmitidos y se aceptaron las reivindicaciones laborales.

Por aquellos días, los debates sobre lo que debía ser Comisiones Obreras fueron constantes. Nosotros en l'Hospitalet no teníamos muchos enlaces ni jurados en las empresas, pero, en el seno del partido, las discusiones sobre el papel que los sindicalistas tenían que jugar en la lucha política fueron intensas. Dos dirigentes importantes como López Bulla y Ángel Abad tenían opiniones diversas sobre la manera de actuar a través de los cargos sindicales de Comisiones en el vertical. Bulla se mostraba más favorable a la ocupación del vertical para favorecer una mayor organización de los trabajadores concienciados mientras que Abad tenía una visión más política del trabajo sindical, porque para él los comunistas éramos revolucionarios antes que gestores de las mejoras reivindicativas. Esta doble visión en el seno del PSUC, que era heredera de otras más profundas con militantes que venían de otras culturas no comunistas anteriores (del FOC, de la iglesia), lejos de cohesionarnos, nos producía mucho desconcierto. Nosotros, especialmente los obreros de la construcción del partido, éramos comunistas, pero sabíamos que solo explicando a los compañeros las vías para mejorar sus condiciones laborales conseguiríamos acercarlos

*Imagen de la Siemens de Cornellá de los años 60. Archivo de la factoría en la exposición de su 125 aniversario*



a nuestra lucha, de modo que el activismo sindical era lo prioritario y el dirigismo político algo que ponía obstáculos. En este sentido, las convocatorias del partido con finalidades de movilización política nos resultaban, a los sindicalistas más activos, unas propuestas imposibles de imponer en las asambleas de fábrica. Lo que los obreros querían era mejorar sus condiciones que eran pésimas y nosotros estábamos seguros de que la vía para politizarlos pasaba necesariamente por asumir reivindicaciones de mejora laboral. La conciencia de acabar con la dictadura vendría necesariamente después, cuando reconocieran nuestro papel en las movilizaciones y a la hora de arrancar acuerdos positivos. De ahí, había que pasar necesariamente a la batalla política, pero el procedimiento inverso resultaba imposible en la práctica y además totalmente contraproducente.

En aquellos días, los dirigentes del partido nos venían con una realidad y era que no había dirección política en Comisiones, que nuestro trabajo era sólo de mejoras laborales y que no ofrecíamos perspectiva para luchar contra la dictadura. Era verdad, sí. Sobre todo, porque nos absorbía el trabajo sindical y le dábamos poca importancia al debate teórico. Pero eso no quería decir que no estuviéramos convencidos de que había que conseguir la democracia para consolidar las mejoras.

El 2 de agosto de 1968, ETA mataba en Guipuzkoa al policía torturador Melitón Manzanas y, al día siguiente, el gobierno decretaba

el Estado de Excepción que se amplió a primeros de 1969 a todo el Estado. Si la represión desde 1966 no había parado, ahora con la eliminación de las escasas garantías del franquismo, se encontraba desatada. Encima, el gobierno había decretado en pleno verano anterior, una limitación salarial del 5,9% cuando la inflación empezaba a descontrolarse y la carestía de la vida se hacía insufrible. Romper esa barrera del decreto se convirtió en un objetivo de lucha inmediato y las consignas del PSUC no dejaban lugar a la duda: había que levantar a las empresas para situar al país ante la perspectiva de una huelga general política que acabara con el franquismo.

Era fácil movilizar a los trabajadores contra el límite salarial pero muy difícil explicarles que se podía acabar con el franquismo a través de una huelga general, sobre todo cuando se tenía que correr delante de los grises en cualquier protesta o cuando se anunciaban a bombo y platillo las detenciones de trabajadores y estudiantes y las condenas de cárcel. O, cuando se ponía en evidencia la fortaleza de la patronal y su contundente política de despidos a la mínima.

Como que a primeros de 1969 se debía negociar el convenio colectivo del ramo del metal y, teniendo en cuenta que el Baix Llobregat y l'Hospitalet eran centros geográficos de muchas empresas del sector, se aprovechó la circunstancia para movilizar a los obreros. Y no solo a los obreros. Los trabajadores de banca, de manera inusitada, se sumaron a la movili-





*La zona industrial de l'Hospitalet, la carretera del Mig, la Travesía industrial, lugar de concentración de empresas medianas y pequeñas, talleres y almacenes, fue a principios de los 70 un foco de conflictividad laboral sin precedentes*

ción. La Siemens de Cornellá se llevó la palma mientras que nosotros en el metal de la Carretera del Mig solo pudimos ofrecer algunas escaramuzas y poco más. La excepción fue la huelga de Philips en su fábrica de Santa Eulalia, en este caso en respuesta a la conflictividad abierta en todo el grupo. Los obreros del metal de Cornellá, a diferencia de sus homólogos de la Harry Walker, no necesitaron hacer huelga. Una estrategia inteligente que permitió unir las reivindicaciones obreras con la protesta ciudadana, fue suficiente para que la patronal aceptara la paz social a cambio de un aumento salarial del 14%, más del doble del permitido por el gobierno. En Terrassa, la AEG consiguió un aumento del 19% y, globalmente, el ramo del textil un 13,2%. Pero donde el éxito fue extraordinario fue en la lucha de la construcción. En ese ramo, los compañeros de Barcelona consiguieron el 35% de incremento salarial, poniendo de manifiesto la combatividad del sector, hasta el punto de que, en Dragados, donde yo estaba entonces, se consiguió que la empresa negociara los ritmos de trabajo obligados.

Estamos en el marco más activo y concienciado de todo el período previo al cambio democrático. El movimiento obrero en todo el país iba claramente al alza, pero el Estado de Excepción repercutió mucho sobre los estudiantes, especialmente los universitarios que,

en enero de ese año, en Barcelona, en el transcurso de las protestas llevadas a cabo ocuparon el rectorado y tiraron por la ventana un busto de Franco, con el consiguiente escándalo entre los jerarcas del régimen. En el movimiento sindical, la escisión del PCE(i) más los grupos que provenían del socialismo catalán y de los troskistas, intentaban hacerse con la hegemonía en Comisiones, pero la influencia de los comunistas del PSUC lo impidió. El partido imponía sus tesis para la organización sindical, pero lo cierto es que los obreros seguían mayoritariamente a los líderes sindicales que militaban en el PSUC bastante más que a los de otros partidos y no porque fueran del PSUC, que mayoritariamente lo ignoraban. En el Baix Llobregat, la gente de Bandera Roja también consiguió una notable incidencia, pero los militantes del PSUC encabezábamos la mayoría de las luchas y nuestro potencial resultaba decisivo a la hora de convocar y proponer.

El partido insistía mucho, sin embargo, en conseguir organizaciones estables que eran muy difíciles de sostener. Había un conflicto, lo encabezaban los dirigentes comunistas, se iba a la lucha, se conseguían, o no, resultados, y solo una parte muy pequeña del total de trabajadores que participaban se llegaba a concienciar hasta el extremo de organizarse en la clandestinidad. De ese modo, los llamamien-

tos a la huelga nacional que se hacían desde los órganos de dirección del partido y que tenían que poner fin a la dictadura, nos sonaban como cánticos muy bonitos, pero sin posibilidad de aplicación real. Encima, teníamos que vérnoslas con los dirigentes "izquierdistas" de otros partidos, que nos desacreditaban constantemente, aunque en la práctica no consiguieran nada.

Y con ese bagaje contradictorio, y en realidad frágil, llegamos al año 1971 en que el régimen convocaba las elecciones sindicales que resultaron nuestra primera oportunidad, aunque la definitiva, como he explicado, llegaría en 1975. El principal instrumento fueron los convenios, pero el clima existente ya resultaba ideal. Lo que entonces llamaban inflación, que nosotros no entendíamos muy bien pero que era fácil identificar con la carestía de la vida, estaba desatada. Los precios subieron el 8,2% en 1971 pero casi se doblaron el año de la muerte de Franco. Durante estos cuatro años, la inflación no dejó de subir mientras que la patronal se resistía a incrementar los salarios al mismo ritmo hasta que el gobierno decretó la congelación salarial en 1973. Para entonces, las luchas sindicales y la crisis económica ponían a las empresas en una situación límite y muchas optaron por el cierre. Un año antes de la muerte de Franco, las suspensiones de pagos y los expedientes laborales estaban a la orden del día. De golpe, sin que las subidas de los salarios fuesen substanciales, se perdía la posibilidad de horas extras, disminuían las primas de producción y se estancaba el empleo. La carestía de la vida puso al límite la supervivencia de la clase trabajadora y el régimen llegó a la asfixia.

Por otro lado, el control del movimiento sociopolítico de Comisiones se estabilizó con

la hegemonía del partido en los órganos de dirección, hasta el punto de que muchos cuadros sindicales de la izquierda radical optaron por trabajar unitariamente y ello llevó a un triunfo total de las candidaturas de Comisiones en las elecciones sindicales en las grandes, medianas y pequeñas empresas. Se unificaron los criterios de lucha y se definieron las tablas reivindicativas: un salario no inferior a 400 ptas./día, jornada legal de 40 horas, 100% del salario real para jubilados y pensionistas, derecho de asamblea en las empresas, libertad sindical y sindicato de clase, y ya puestos, otras medidas de carácter general económicas o políticas que expresaban la vinculación entre la reivindicación obrera y el contenido político: contra la inflación, contra los despidos y la represión en general, por la disolución de la brigada político-social, contra el Estado de Excepción, las jurisdicciones especiales y los tribunales militares y de orden público o las libertades democráticas, la amnistía y la libertad de los presos políticos y el regreso de los exiliados. Todo este proceso, a los sindicalistas de acción como yo mismo, nos facilitó las cosas porque nuestro problema en l'Hospitalet era que aquí no teníamos Seats, ni Pegasos, ni Pirellis. Solo teníamos la Vanguard y la Indo y muchísimas pequeñas empresas de distintos ramos que solo podían movilizarse colectivamente a través de la negociación de convenios, algo a lo que se resistían los compañeros de Bandera Roja. Por eso, las discusiones políticas en el seno del sindicato no solo nos aburrían, sino que impedían concentrarnos en lo que verdaderamente tenía sentido que era cómo movilizar a los trabajadores y aumentar su nivel de vida y paralelamente su nivel de conciencia de clase. Y las discusiones políticas en el partido también resultaban muy pesadas



*Imagen de la época del barrio de barracas de La Bomba donde vivieron Felipe Cruz y Pura Fernández antes de conseguir viviendas dignas en Bellvitge*

porque discutir si la huelga general tenía que ser política o no, distraía el auténtico objetivo que era cómo convencer a los trabajadores de que se tenían que movilizar, que en última instancia su protesta podía terminar con el fascismo, pero que lo importante era movilizarse porque sin movilización no había posibilidad de conseguir mejoras, ni de avanzar hacia ningún lado.

Tras la caída del 69 nos planteamos, mi mujer y yo, vender el piso de Collblanc y marcharnos a otra zona de la ciudad donde no me tuvieran fichado y donde el piso no fuera conocido por la policía. Entonces descubrimos que las autoridades franquistas nos habían embargado el piso y que no lo podíamos vender. Aún así, nos arriesgamos. Yo tenía entonces mucho trabajo en la construcción y pensaba que podíamos afrontar comprar un piso en Bellvitge que estaba todavía a medio construir. Por esos mismos años, Felipe Cruz, su mujer Pura y otras decenas de barraquistas de La Bomba habían puesto en pie una cooperativa de viviendas que reclamaba al ayuntamiento la cesión, en condiciones económicas soportables, de varios bloques de Bellvitge para erradicar las barracas del otro lado de la Gran Vía. Otra vez los comunistas estaban al frente de las reivindicaciones: las sindicales, las ciudadanas... La primera (¿o sería la segunda?) Asociación de Vecinos legalizada en l'Hospitalet se fundó en Collblanc en 1971, a raíz del plan especial de Collblanc Torrasa que pretendía modificar la estructura del barrio sin contar con los vecinos ya bastante concienciados por las luchas contra las contribuciones especiales.

Allí estaba yo, pero especialmente Felipe Gómez y Mercedes Olivares además de otros camaradas. Más tarde, con la llegada de los barraquistas de La Bomba al Bellvitge donde nos incorporamos mi familia y yo, las reivindicaciones vecinales encontraron un eco mayúsculo puesto que Bellvitge se había construido sobre la nada, sin pensar en las infraestructuras necesarias y, sobre todo, sin prever ninguna reserva de suelo para los equipamientos necesarios. Pronto aparecieron las asociaciones de vecinos en el polígono y, en medio de la vorágine del final del franquismo, se alcanzó incluso a eliminar buena parte de los bloques y de las torres que estaban previstas construir y que no se llevaron a cabo, gracias a la lucha incondicional de los vecinos en la calle y a la presión sobre el ayuntamiento que no tuvo más remedio que ponerse al frente de las justas reivindicaciones del vecindario y aprobar un recorte del proyecto, que llevó a la inmobiliaria a emprender acciones judiciales contra el propio ayuntamiento.

El ambiente de conflicto laboral crecía por momentos, especialmente en el Baix Llobregat que nos quedaba tan cerca, donde un buen número de trabajadores y de dirigentes de las grandes empresas de Cornellá, Esplugues, Sant Feliu, Sant Joan Despí, etc. vivían en Bellvitge o en otros barrios de la ciudad. Su lucha reivindicativa, sus asambleas, servían para concienciar sobre la mejora de las condiciones laborales, pero también sobre la importancia de la democracia como sistema político que permitía el desarrollo de las libertades, imprescindibles para prosperar tanto económica



*El proceso de Burgos contra militantes de ETA en 1970, supuso un punto de inflexión en la crisis del franquismo. A partir de esa fecha, nada sería igual para el régimen*



como socialmente. Ya en 1970 había más de 12.000 trabajadores del Baix Llobregat en conflicto, con numerosas asambleas en los locales del vertical y en las fábricas, donde ya se empezaba a discutir de todo. No solo de los horarios, de las horas extras y de los salarios, sino también del derecho de asamblea, de los derechos de reunión y de manifestación, de la libertad de partidos y de la destrucción del vertical para construir un único sindicato de clase que defendiera los derechos de todos los trabajadores sin exclusión. La discusión en fábricas del convenio colectivo del metal, hizo que este se aprobara con una plataforma reivindicativa insólita: 44 horas semanales, salario completo en caso de accidente laboral o enfermedad, 426 pesetas al día para un peón con dos hijos, tres pagas de 30 días completos, 20% de bonificación para los trabajos tóxicos, un año de validez del convenio y un incremento salarial del 6,5% que no pudo superarse por imperativos legales. No puede olvidarse que este clima de conflicto se inscribía en el ciclo largo de estertores del franquismo que se inició con el Estado de Excepción del 69 y que terminaría con la muerte de Franco en el 75, pasando por el proceso de Burgos contra los militantes de ETA de 1970, el encierro de intelectuales en Montserrat, la formación de la Coordinadora de Fuerzas Políticas de Catalu-

nya, el atentado contra Carrero Blanco y la fundación de la Asamblea de Catalunya, como hechos sobresalientes. Pero es muy importante señalar que todos estos acontecimientos se vieron salpicados por un montón de asesinatos de obreros por la policía en diferentes conflictos en todo el país: en Granada, en Leganés, en la Seat, en Sant Adrià, en El Ferrol..., lo que decía mucho del protagonismo de la clase obrera en esos avances.

El éxito sindical de aquel 1970 llevó al convencimiento de que, en 1972, cuando se renovarían el resto de convenios de sector, la comarca —pero también el país— estaría en pie de guerra, metafóricamente hablando. Y así fue, en parte, porque desde el sindicato se puso en marcha bien pronto una Coordinadora de empresas en lucha, que encabezó las reivindicaciones con presencia de enlaces y dirigentes de Elsa, Pirelli, Fergat, Norma Galindo, etc. donde también había obreros de l'Hospitalet muy activos. Pero también se ponía de manifiesto que no éramos capaces de articular al conjunto del movimiento obrero, que no había unidad de acción, que cada ramo funcionaba por su cuenta, que los dirigentes del partido metían baza sistemáticamente en el trabajo de movilización en las empresas con consignas que no se podían asumir y que los activistas sindicales teníamos que bregar a la





*En Madrid para asistir al juicio del TOP, tras las detenciones en Barcelona. En la primera foto, Valls, Minguillón y Agudo. En la segunda, pueden verse a Pura Fernández, Felipe Cruz y Jaume Valls entre otros*

vez con la incompreensión de los dirigentes, con el fraccionalismo de los partidos izquierdistas minoritarios y con la falta de conciencia de clase de buena parte de los trabajadores. Se producían en este sentido, dos movimientos paralelos. Por un lado, un clima de confrontación social cada vez más acusado y, por el otro, una descoordinación y una falta de objetivos estratégicos muy pronunciada. Seguramente eso hizo que por una parte del régimen empezara a sufrir graves contrariedades sociales y políticas y entrara en un declive irremediable, pero, por otro lado, que las fuerzas sociales y políticas antifranquistas no tuviéramos la fuerza necesaria para romper el régimen de raíz y traer una democracia avanzada al país.

En ese 1971, se fijó fecha para el juicio de los detenidos del 69, en Madrid. Allí acudimos unos cuantos de los detenidos de entonces, Felipe Cruz, Minguillón o Avelino Agudo entre otros. Ya he comentado la pena que a mi me cayó: medio año por preparar una manifestación del Primero de Mayo, aunque me pedían un año de cárcel.

Pese al clima general de crisis y conflicto, el año 1972 no fue especialmente propicio, aunque en nuestro caso nos hemos de apun-

tar el tanto del conflicto de Laforsa de Cornellá, donde Esteban Cerdán que vivía en Bellvitge, jugó un papel de primer orden. El conflicto de Laforsa generó un amplio movimiento de solidaridad en toda la comarca, como antes había ocurrido con el de Montesa o como luego había de ocurrir con la Roca de Gavá en 1976. El conflicto surgió por la demanda de la asamblea de fábrica de una prima regular que fue sabotada por la empresa con el despido inmediato de 16 trabajadores, entre ellos Cerdán, y una suspensión de sueldo de una semana para el conjunto de la plantilla. Inmediatamente se convocó en la sede del vertical de la carretera de Esplugues (que más tarde sería la sede del sindicato comarcal de CCOO) una asamblea de delegados, enlaces y jurados que fijó una jornada de huelga general en la comarca para el 14 de febrero, sumándose a Laforsa numerosas empresas con conflictos larvados. Esa misma noche, una redada de la policía detuvo a seis dirigentes sindicales y a dos trabajadores de empresas en conflicto, y la respuesta no se hizo esperar. La huelga se inició el 14 pero continuó el 15 con una gran mayoría de las grandes empresas de la comarca paradas, a las que se sumaron los estudiantes de secundaria. La respuesta obrera



*Fotografía de Jaume en Madrid, para asistir a juicio*

sirvió para que la policía soltará esa misma noche del 15 a los detenidos y para que los grandes empresarios de la comarca presionaran a la dirección de Laforsa para que readmitiera a los despedidos para poner fin a la huelga. No hubo grandes movilizaciones —aunque hay que recordar los conflictos de Pirelli-Moltex, Fenixbron, Pianelli o Tornillería Mata— pero, en cambio, se vivían cosas nuevas. Por ejemplo, el conflicto en las minas de Sallent y Balsareny o el conflicto de los peneños y de los interinos en la enseñanza secundaria. O, en el otro extremo, la detención ya referida de Camacho y otros dirigentes obreros en Madrid, que dio lugar al proceso 1001. Por otro lado, es el año de la creación de asambleas democráticas locales como descentralización de los trabajos de la Asamblea de Catalunya donde el PSUC —en l'Hospitalet, de manera destacada nuestra organización— encabezaba las propuestas. De ahí surgió una de las organizaciones unitarias de base más activas en nuestra ciudad: la Asamblea Democrática de Can Serra, prelude de la Asamblea Democrática de l'Hospitalet que se puso en marcha poco después.

Empezaban los años fuertes. Los años clave en las movilizaciones y en la lucha sindical. De 1973 a 1976 las huelgas se generalizan y se amplían. La conciencia obrera crece y la

solidaridad se extiende. Todos los sectores estallan unos tras otros y el conflicto se reproduce en las zonas de residencia de los trabajadores. Se crean asociaciones de vecinos en casi todos los barrios de la ciudad y la exigencia de mejor calidad de vida se complementa con las reclamaciones de nuevos equipamientos y zonas verdes. Los trabajadores mantienen la tensión en las empresas y luego se reúnen en las asociaciones de vecinos, en el sindicato (todavía el vertical) o en las células del partido, los que ya se han organizado. La lucha se generaliza allí donde hay un polígono industrial, una zona de fábricas, un tajo de la construcción, un instituto... En l'Hospitalet, el partido consigue una estabilidad organizativa con un comité local, por primera vez, más estable, con una estafeta propia donde se reciben *Treball* y *Mundo Obrero* y se reparten entre los obreros más combativos. Se organiza alguna manifestación puntual, se activan las pintadas especialmente durante las convocatorias del Primero de mayo o en el entorno de las zonas fabriles en conflicto. Se incide sobre los estudiantes y las mujeres, se invita a los cuadros más activos a reuniones todavía en la clandestinidad donde se explica la política del partido y los compromisos más acuciantes. Se extiende la propuesta unitaria de la Asamblea de Catalunya y se invita a los re-





*Las salidas al campo fueron un clásico desde mediados de los sesenta. Después se incrementarían a primeros de los setenta. Las fotografías de arriba corresponden a los años 60 con la familia de Carrasco*

presentantes de partidos, de entidades, a profesionales y fuerzas de la cultura, a participar en estas plataformas de lucha antifranquista que defienden iniciativas vinculantes para todo el mundo como las libertades democráticas, el Estatuto de Autonomía y una ley de amnistía que permita la vuelta de los exiliados y el fin de los tribunales especiales de justicia. En la Asamblea de Catalunya el partido enseña a los trabajadores de Catalunya que es igual de donde procede cada uno, que en Catalunya todos los obreros merecemos el mismo respeto y tenemos la misma dignidad. Nos enseña a no discriminar la lengua ni la cultura catalanas, a sentir que andaluces, castellanos, extremeños o catalanes somos todos un único pueblo donde lo único que nos distancia de otros catalanes, andaluces, extremeños o murcianos es el papel que cada uno ocupa en la sociedad: del lado de los explotadores o del lado de los explotados.

Y retomamos las salidas al campo, con autocares o coches privados o incluso más cerca, a pie, para pasar un día de compañerismo con nuestros camaradas o con simpatizantes próximos, siguiendo una experiencia que ya habíamos llevado a cabo con éxito a finales de los 60. A la vez que se confraterni-

zaba con las familias y los amigos, se aprovechaba para explicar la política de los comunistas catalanes, mientras los niños jugaban, y se hacían votos por la unidad de todos los antifranquistas. Como nosotros, muchas organizaciones del partido promueven alternativas semejantes, de modo que para el 1 de mayo del 73 la Asamblea de Catalunya propone un encuentro de masas en el monasterio de Sant Cugat que reúne a más de 10.000 personas, entre ellas, las que habíamos salido en autocar desde l'Hospitalet para pasar un día de comida campestre. Un poco después, el 27 de octubre de ese mismo año, 113 dirigentes y representantes de la Asamblea son detenidos en la parroquia de Santa Maria Medianera en Barcelona, entre ellos el socialista Antonio Ruiz, contable, y vecino del barrio de Santa Eulalia, donde su mujer Fina Martínez, era la presidenta (o estaba a punto de serlo) de la Asociación de Vecinos.

Las negociaciones para el convenio del metal quedaron rotas en el verano de ese año, y al final se tuvo que dictar un laudo porque la patronal se cerró en banda al aumento salarial propuesto, pese a que estuvieron en conflicto 23 empresas de la comarca con más de 30.000 trabajadores afectados. El conflicto se exten-



**Marcelino Camacho en la época del Procso 1001.**  
**Arriba un recorte de periódico de los procesados**



dió a la Solvay de Martorell y a la Roca de Gavà y pararon también en solidaridad muchas empresas de Sant Andreu de la barca, de Molins, de Sant Vicenç. Aquí en l'Hospitalet, las trabajadoras de Indo, a raíz de las representantes elegidas en 1971 en el vertical, entre las cuales Isabel Gallardo de Comisiones Obreras y del partido, consiguen elevar una plataforma a la patronal en la que se pide un aumento lineal para todas las categorías de 500 pesetas, la semana laboral de 44 horas y, lo que era más innovador, la igualdad de sueldos entre hombres y mujeres. Teniendo en cuenta que el desnivel de salarios oscilaba entre el 20 y el 30% y que la mayoría de las empresas del grupo Indo eran mujeres, la propuesta tuvo un apoyo masivo y provocó un conflicto abierto que se saldó con trece despidos, aunque nueve trabajadoras fueron más tarde readmitidas de nuevo. Este clima de tensión hizo que en las elecciones del 75 las sindicalistas de Comisiones Obreras resultaran elegidas como enlaces y jurados y que se mantuviera el pulso con la patronal en torno a la consigna de "a igual trabajo, igual salario". El contencioso pasó por Magistratura y hasta 1977 no se consiguió por sentencia firme que la empresa se viera obligada a pagar igual a hombres y mujeres por el mismo trabajo.

El régimen, hacía aguas paralelamente a la decrepitud del dictador. En junio de ese mismo año, Franco nombra al almirante Carrero Blanco, presidente del gobierno, en un

gesto que pone de manifiesto el agotamiento de las alternativas, y en diciembre se pone en marcha el juicio contra los dirigentes de CCOO encarcelados desde el año anterior, que le da al movimiento sindical una visualización internacional como no se había observado desde hacía décadas. El juicio estaba señalado para el 20 de diciembre. Justo ese mismo día, ETA hace volar por los aires el coche del presidente del gobierno que muere en el acto. Algunos intentan hacer coincidir ambos acontecimientos e incluso el partido critica duramente la acción de los revolucionarios vascos porque eso va a perjudicar al movimiento obrero, en especial a los juzgados en el proceso 1001, y va a fortalecer a la extrema derecha y al ejército que siguen manteniendo el poder con puño de hierro. Los sindicalistas de Comisiones nos movemos entre la alegría interior por el daño producido al régimen y la respuesta oficial de condena que obligaba, era verdad, a la paralización de todas las acciones previstas para dar relieve al juicio contra Camacho y los suyos. Lo cierto es que el proceso 1001 tuvo la relevancia esperada, sobre todo a nivel internacional, y el régimen quedó retratado con las penas que se pedían y con la sentencia final. Encima, que se juzgara a un cura obrero como García Salve y que a ese cura lo defendiera un abogado como Gil Robles, ponía en evidencia el aislamiento del fascismo español. Al final, la condena de 20 años de cárcel a Marcelino Camacho y Eduardo Saborido, y las de entre 19





*La muerte del anarquista Salvador Puig Antich el 2 de marzo de 1974, fue uno de los últimos crímenes del franquismo*

y 12 años al resto de encausados, dio la razón a quienes consideraban que la única salida a la situación era acabar con la dictadura. Eso nos dio nuevas alas y sobre todo, en el mundo sindical, unió definitivamente las dos visiones que ahora aparecían como estrechamente vinculadas: para mejorar la vida de los trabajadores, resultaba imprescindible conquistar la democracia.

Estos acontecimientos posibilitaron consecuencias diversas, pero todas muy importantes. Marcelino se convirtió en el líder indispensable del sindicalismo de clase, y la política que se defendía en las empresas y en el mundo sindical, en la evidencia de que necesitábamos la unidad de acción entre todos los compañeros. Algunos de los activistas sindicales, como yo mismo, teníamos más conflictos con algunos dirigentes del partido que con compañeros que militaban en otras organizaciones y que, en principio, nos podían poner más obstáculos. Esta misma sensación debieron de tenerla por aquel entonces muchas organizaciones de izquierda muy críticas con los compañeros del PSUC porque, poco a poco, fuimos viendo cómo la necesidad de unidad se imponía a las discusiones más políticas y menos efectivas que tenían más que ver con la táctica de los partidos que con el trabajo sindical. De hecho, la LCR, los troskistas, como les llamábamos nosotros, decidió incorporarse plenamente a las asambleas unitarias y los

compañeros de Bandera hicieron lo mismo. Estos, incluso fueron más allá, porque a principios de 1974 prácticamente se disolvieron y se incorporaron al PSUC, en un movimiento que algunos juzgaron como muy estratégico y otros como muy oportunista.

A nosotros, en l'Hospitalet, todo esto no nos afectó especialmente porque con los compañeros de Bandera Roja manteníamos, en general, buenas relaciones, pero en el Baix Llobregat fue muy relevante, porque las asambleas de sectores de CCOO que impulsaban los compañeros de BR, se integraron en nuestras coordinadoras, simplificaron el trabajo sindical y dieron una imagen de unidad que nos hacía mucha falta.

Todo esto fue muy importante, además, porque se acercaban las elecciones sindicales de 1975 que podían representar el último asalto al vertical y, en consecuencia, el principio del fin del sindicato franquista.

Pero todavía tenían que pasar muchas cosas. Arias Navarro se convierte en presidente del gobierno tras la muerte de Carrero y, presionado por las circunstancias, promueve una cierta apertura del régimen —se conocerá como el Espíritu del 12 de febrero— que, por ejemplo, proponía avanzar en la ley de sindicatos del 71 y aceptar la constitución de asociaciones sindicales. Pero todo eso contrasta, dramáticamente, con la ejecución en marzo de ese mismo año (1974) de Salvador

*Manifestación frente a la Vanguard de los trabajadores de l'Hospitalet*



Puig Antich. Ya se veía que la apertura era una quimera y que el régimen no tenía posibilidades de evolución. Convenía una estrategia de ruptura que los comunistas defendíamos con uñas y dientes frente a otras organizaciones que empezaban a salir a la luz, como el nuevo PSOE de Felipe González, bastante más templado en cuanto al futuro.

La Junta Democrática que Carrillo se sacó de la manga muy oportunamente, no tuvo la efectividad requerida justamente por la tibieza de González y los suyos, que enseguida propugnaron otra plataforma —la Plataforma de Convergencia Democrática—, secundada insólitamente por fuerzas políticas que a nosotros nos llamaban reformistas y que le dieron apoyo incondicional. La Junta Democrática del 74 y la Plataforma de Convergencia del 75 acabarían convergiendo, en el 76, en la Platajunta, bajo la inspiración del abogado García-Trevijano.

Este 1974 reemprendió el ciclo de conflictividad que seguía como consecuencia de la negociación bianual de los convenios de sector. En el Baix Llobregat i l'Hospitalet, la patronal del metal que había sucumbido a la negociación del convenio del 72 y que se había encontrado con una crisis económica que amenazaba la estabilidad de las empresas, se opuso a negociar el convenio en el ámbito co-

marcal e intentó imponer el sectorial de la provincia. La realidad es que ese convenio que se quería imponer por dos años, contemplaba, no solo mejoras respecto del previsto para el Baix Llobregat, sino peores condiciones de las existentes. Para entonces, los casi mil obreros de la Elsa de Cornellá llevaban semanas de huelga a la que pronto se añadieron los trabajadores de la Solvay de Martorell por la paralización de las negociaciones del convenio de químicas.

Todo ese ambiente sirvió para que los trabajadores se apropiaran de los locales del vertical de Cornellá donde las asambleas eran reiteradas y donde se consiguió que la policía, que vigilaba de cerca las concentraciones, no se atreviera a impedir las directamente. Como exponente de esa virtual ocupación del vertical baste decir que los compañeros de Cornellá consiguieron organizar una escuela sindical en los locales de la OSE —Organización Sindical Española— que era de hecho un instrumento de creación de cuadros sindicales de clase, imprescindibles para impulsar las reivindicaciones obreras. La asamblea de enlaces y delegados del metal convocó para el 3 de julio del 74 un paro de dos horas en todas las empresas. Pero las presiones de los trabajadores en conflicto de otros sectores llevó a la convocatoria de una huelga general para el 4 de julio



El boletín de Comisiones Obreras daba cuenta de la conflictividad de esos años en el Baix Llobregat y en l'Hospitalet

que se prolongó hasta el día 5. Más del 80% de las empresas de Cornellà secundaron el paro y se añadieron un gran número de empresas del resto de municipios industriales especialmente de Sant Feliu, Esplugues, Sant Joan Despí y Sant Boi.

El resultado fue que Elsa consiguió la readmisión de los despedidos, a excepción de Carles Navales, dirigente de CCOO y secretario del jurado de empresa que había encabezado el conflicto, y que en Solvay, los trabajadores también obtuvieron una victoria sonada. Comisiones Obreras adquiría no solo fuerza. También prestigio. Allí donde había un dirigente de CCOO, el conflicto adquiría una magnitud considerable y la patronal prefería negociar directamente con los representantes de los trabajadores que utilizar los mecanismos del vertical. A la luz de este clima de avances sindicales, que en el Baix Llobregat adquiría por momentos, notables dimensiones en extensión y en intensidad, las empresas de l'Hospitalet empezaron también su particular dinámica de conflictos.

Influidos por el ambiente de la comarca y por el hecho de que muchos obreros en lucha en empresas del Baix Llobregat vivían

en la ciudad, bastantes empresas de la Carretera del Mig, además de la Vanguard, la Philips o la Indo, que estaban en Santa Eulalia, vivieron episodios esporádicos de reivindicaciones.

Los éxitos en el Baix Llobregat se vivían como éxitos propios, aunque el movimiento obrero en la ciudad no conseguía despuntar, en parte porque nos faltaban cuadros en las empresas, y en parte porque no teníamos grandes centros fabriles que impulsaran la dinámica. De hecho, hasta la preparación para las elecciones sindicales del 75 no es posible hablar con propiedad de un arranque de las luchas específicas en l'Hospitalet, aunque ya para entonces habíamos conseguido un clima propicio que facilitó en buena medida el arranque de CCOO en la ciudad.

El ambiente en aquellos meses era tan eufórico, que los delegados de CCOO del Baix Llobregat, Cornellà especialmente, en una reunión de 500 cargos sindicales en el local del vertical en noviembre del 74, convocaron una huelga general contra algo tan inconcreto como la carestía de la vida para el día 5 de diciembre, con la seguridad de que iba a ser secundada. Se convirtió, de hecho, en la segunda huelga general convocada por CCOO en la co-

marca y en la primera con un contenido directamente político. Como era de esperar, la policía actuó preventivamente y detuvo en la madrugada del 3 al 4 de diciembre a 24 líderes obreros por órdenes directas del Ministerio en Madrid que consideraba al Baix Llobregat como uno de los focos de subversión sindical más consistentes del país. Con esa represión preventiva, consiguieron que la huelga empezara el mismo día 4 y se prolongara durante tres días más y que el éxito fuera todavía superior. El 9 de diciembre, más de 350 cargos sindicales volvían a reunirse en los locales del vertical en Cornellá para decidir unilateralmente poner fin a la huelga general con un balance de triunfo inusitado hasta entonces.

La propia organización sindical franquista reconocía ese mismo año que el número de horas perdidas en conflictos colectivos, que ya había sido muy grande en 1973, se había multiplicado por cinco en 1974, con más de 200.000 trabajadores afectados.

Para entonces, el partido en l'Hospitalet había crecido en militancia y en compromiso, sobre todo por la capacidad de atracción que sobre los simpatizantes ejercía el trabajo intenso y fecundo que se desarrollaba en las asociaciones de vecinos y en las asambleas democráticas, incluso más, justo es reconocerlo, que el que desarrollábamos a nivel sindical en las propias empresas. A los simpatizantes era fácil convocarlos a las reuniones de las asociaciones de vecinos o más directamente como representantes de entidades o a nivel personal, en los instrumentos unitarios de las asambleas democráticas, especialmente las más activas y representativas, como la de Can Serra. Sin embargo, a los obreros de las empresas en lucha no había un espacio concreto donde convencerlos, como no fuera a la hora

del bocadillo en los propios talleres o al final de la jornada tomando una cerveza en un bar. Todo esto cambiaría en buena medida cuando las inminentes elecciones sindicales de mayo del 75 nos permitieran reunir legalmente a los trabajadores en los locales del vertical, como habían hecho en la comarca acudiendo con muy buena perspectiva a las elecciones del 71. En el partido, había posibilidades de encuadrar a los militantes en células, que iban creciendo por barrios a medida que se acercaban nuevos simpatizantes y a medida, sobre todo, que se iba perdiendo el miedo a la represión. Las células debatían especialmente las propuestas que llegaban del comité local y éste se convertía en un estamento de reflexión y sobre todo de conducción de la estrategia de los dirigentes hacia las bases. Lo sensato hubiera sido que las células y el comité local funcionaran en la doble dirección, de arriba a abajo pero también de abajo a arriba. Lo cierto es que esa doble dirección no funcionaba. En parte, por la rigidez de las consignas y, en parte, porque la militancia bastante tenía con aplicar lo que le llegaba de la dirección y hacer activismo en los respectivos espacios de trabajo político colectivo.

Todo estaba entonces en movimiento. También la estrategia y la táctica del partido. Si Marcelino era la imagen del sindicalismo de clase que todos representábamos, Santiago Carrillo era la imagen del partido de la resistencia al franquismo, que quería convertirse en el partido de masas capaz de hacer realidad la ruptura democrática. El objetivo era conseguir un nuevo Estado que nos pusiera en el mapa del mundo occidental avanzado y que nos permitiera aspirar a una sociedad socialista en un futuro más o menos inmediato. Para entonces, abandonados los sueños de la huelga ge-





*Asamblea de trabajadores en el  
Parc de Can Buxeres, 1976*

neral política como instrumento de masas de un pueblo maduro y potente, Carrillo se alineó con los partidos más representativos del socialismo democrático en la Europa del bienestar que había conseguido la socialdemocracia con la ayuda de los americanos. En aquel momento, Berlinguer y Marchais estaban en la cresta de la ola al frente de los partidos comunistas italiano y francés respectivamente, en especial el secretario general del PCI que había conseguido con su política del compromiso histórico un prestigio internacional extraordinario entre las izquierdas europeas.

Su propuesta, innovadora para una Europa que veía a la Unión Soviética como un gigante burocrático, inmovilista y decadente, consistía en la búsqueda de un socialismo democrático autónomo del bloque comunista pero superador de las servidumbres socialdemócratas, muy atento a la conquista del poder, a partir del apoyo electoral de las masas obreras y de las fuerzas de progreso. A eso se le llamó eurocomunismo y ese fue el giro que el carrillismo promovía para un PCE que necesitaba renovarse con la incorporación de los nuevos cuadros obreros y progresistas formados en el antifranquismo más activo.

Estas ideas nos llegaron en plena efervescencia contra una dictadura que se caía a pedazos y plenamente abocados a la lucha sindical que daba toda la sensación de que estaba

en su mejor momento. Y, en efecto, así era, porque ya estaban convocadas las elecciones sindicales del 75 y todos los dirigentes obreros, que habíamos acertado con las premisas de Marcelino de que "se tenían que plantear reivindicaciones posibles que se pudieran ganar, para dar a los trabajadores sensación de triunfo y no de fracaso", nos encontrábamos con el prestigio intacto y con muchas posibilidades de resultar elegidos representantes sindicales en nuestras empresas, como así fue.

Se pusieron en marcha las llamadas "Candidaturas Unitarias Democráticas" con una plataforma común, muy extensa y general, que incluía aumentos lineales de 3000 ptas. mensuales, una jornada laboral de 40 horas y libertad sindical, derecho de huelga, readmisión de despedidos, amnistía para los trabajadores encarcelados y para los presos políticos y sociales, libertades democráticas y atención a las reivindicaciones vecinales. Una plataforma que aunaba la reivindicación laboral, con la política y la social. Algunos partidos de izquierda comunista llamaron al boicot a esas elecciones, al igual que hizo la UGT, pero la mayoría de partidos minoritarios y el PSUC optaron por lo contrario, de manera que se produjo una enorme participación de los trabajadores y el éxito absoluto de las candidaturas de CCOO, que pusieron sobre la mesa quien hegemonizaba la lucha sindical.

Especialmente en la comarca del Baix Llobregat incluido l'Hospitalet, participaron más del 92% de los trabajadores de manera que la inmensa mayoría de las presidencias y vicepresidencias de la Uniones de Técnicos y Trabajadores quedaron en manos de dirigentes de CCOO, la mayoría de los cuales eran comunistas del PSUC. Como ya he apuntado al principio, había, entre otros —y de otros partidos, además del PSUC— Tomás Martínez, en el Metal, Vicenç Ventura, en Químicas, Isabel Gallardo, en Vidrio, Soria, en Artes Gráficas, y mucha gente de los nuestros como enlaces y jurados en el Metal, en la Madera, en Sanidad, en Banca, en Enseñanza... Además, dos de cada tres representantes tenían menos de 40 años y ceca del 13% eran mujeres, de manera que no solo CCOO era la principal fuerza sindical en las empresas de la comarca, sino que se había producido el milagro del rejuvenecimiento de los cuadros sindicales y la incorporación activa de las mujeres trabajadoras. En nuestra zona, el éxito fue tremendo, pero algo parecido sucedió en el resto de Cataluña. La prensa de finales de junio de 1975 informaba que las candidaturas unitarias habían ganado en 27 de las 30 mayores empresas de Barcelona, y que de más de un millar de delegados elegidos solo 188 correspondían a representantes independientes u oficialistas del vertical. CCOO se convertía en la primera fuerza sindical y, mediante esta realidad, el sindicato vertical desaparecía en la práctica.

Durante estos mismos días estallaron diversos conflictos en la ciudad en empresas medianas y pequeñas y una huelga de dimensiones considerables en Frasierías Pedret de Collblanc, donde los trabajadores del vidrio se rebelaban contra las pésimas condiciones de trabajo y los bajos salarios. Se recrudeció el

conflicto y se produjo un encierro en las instalaciones de la empresa que impidió que los cargos directivos de la empresa pudieran salir a la calle. De nuevo, dirigentes de CCOO se encontraban al frente de las reivindicaciones y se provocó una ola de solidaridad que elevó enormemente la moral de los trabajadores en conflicto.

Pero al mismo tiempo, los roces con la dirección central del partido no se habían aplacado. Marcelino Camacho ya había alertado en su momento que los cuadros comunistas del movimiento obrero debían ser más escuchados por los miembros de la dirección, ya que estos tenían tendencia a no reflexionar políticamente sobre sus problemas y sus insuficiencias y a dar por hecho que tenían simplemente que obedecer las consignas que se elaboraban en los burós políticos. Volvía, cada vez que lo consideraba necesario, a la idea de que los cuadros obreros de Comisiones necesitaban la ayuda, la reflexión y el debate de los órganos del partido para despejar la idea preconcebida de que el movimiento de clase funcionaba autónomamente y con una dinámica propia. Era cierto que debía ser un movimiento democrático, de clase, independiente de los partidos, pero no era menos cierto que los dirigentes obreros comunistas necesitábamos ser escuchados y más que escuchados, entendidos y ayudados.

En este contexto de euforia, pero a la vez de cierto abandono, se produce en el sector de la construcción una huelga de 12 días por parte de los trabajadores que estaban construyendo la refinería de Tarragona y muy poco después una huelga de empresas en Barcelona contra los contratos precarios. Casi simultáneamente, Huarte, la constructora Portolés y Cubiertas entran en conflicto por los



*Los últimos fusilados del franquismo, dos meses antes de que muriera el dictador*

problemas de representación sindical y para exigir aumentos salariales, eliminación de los destajos, reducción de jornada y mejoras en seguridad e higiene. En todos los casos, las empresas responden con despidos masivos, se producen concentraciones y manifestaciones y los obreros terminan represaliados o en la cárcel. En el mes de abril, estalla la huelga en Barcelona después de que, un poco antes, piquetes de obreros de Comisiones repartan por las obras un anteproyecto de convenio de 19 puntos elaborado por la Coordinadora de CCOO y que había sido aprobada en asambleas de delegados de empresa en localidades como Barcelona, Terrassa, Badalona, Cornellá... con más de 10.000 firmas de obreros de la construcción. Se fuerza al vertical para que convoque una asamblea provincial de enlaces y jurados, pero este se niega y el 16 de abril estalla una huelga del sector que de inmediato afecta a una treintena de empresas. La patronal despide ese mismo día a 40 personas y la policía detiene a 25 compañeros. El conflicto se extiende a Madrid y a otras localidades del Estado, siempre bajo la reivindicación de los 19 puntos del convenio a negociar, pero la patronal está dispuesta a golpear fuerte y sanciona o despide a los compañeros que estaban en la lista de representantes para las elecciones sindicales inmediatas. En junio se celebra una asamblea de representantes y trabajadores, se acuerda extender la reivindicación de los 19 puntos a todo el sector de la construcción de España, se elige una comisión negociadora

con fuerte presencia de dirigentes sindicales de Barcelona y comarcas y se acuerda hacer un llamamiento a la huelga para los días 2, 3 y 4 de julio, justo en la vorágine de las elecciones sindicales.

Paran más de 30.000 trabajadores en Catalunya y se consigue el primer laudo del sector ante la incapacidad del vertical y de la patronal de imponer el convenio que tenían preparado. Pero lejos de terminarse los conflictos, estos se acentúan sobre la base de los nuevos delegados elegidos y sobre la reivindicación, no resuelta, de los 19 puntos del convenio. En ese momento hay ya más de 40.000 obreros de la construcción en paro y se organiza una Comisión de Parados de la Construcción que trabajará, codo con codo, con la comisión negociadora del convenio que se considera ya irrenunciable.

En nuestra ciudad, Antonio Ruíz es elegido presidente de la UTT del sector en l'Hospitalet y yo mismo salgo elegido representante legal por primera vez: jurado de la constructora Huarte y empezamos a participar en la construcción de la Coordinadora Nacional de Cataluña para dar unidad al proceso y para mantener representación a nivel de Estado.

Franco muere en noviembre —todavía en septiembre de ese mismo año el régimen fusila a cinco miembros del FRAP, en un episodio dramático que da la dimensión de lo sanginario que es el franquismo hasta el final— y la fuerza de la representación legal conseguida nos hace ser extremadamente atrevidos



## A TODOS LOS TRABAJADORES DEL RAMO DE LA CONSTRUCCIÓN

La construcción es un sector vital de la economía española, que proporciona empleo a un gran número de trabajadores. Sin embargo, durante los últimos años, este sector ha sufrido una profunda crisis, lo que ha llevado a una situación de paro masivo para muchos de sus trabajadores.

En consecuencia, los trabajadores del ramo de la construcción se encuentran en una situación de extrema vulnerabilidad. Necesitan encontrar soluciones urgentes para poder seguir trabajando y mantener a sus familias.

Por lo tanto, es necesario que todos los trabajadores del ramo de la construcción se unan y luchen por sus derechos.

Es necesario que se establezca un diálogo social entre los trabajadores, los empresarios y el Estado, para encontrar soluciones que permitan superar la crisis y garantizar el futuro del sector.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

Es necesario que se promuevan medidas que permitan mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores del ramo de la construcción. Solo así se podrá garantizar un futuro sostenible para este sector vital de la economía.

Los trabajadores del ramo de la construcción deben estar conscientes de que su fuerza es su mayor recurso. Solo unidos podrán defender sus intereses y lograr cambios positivos en su sector.

hasta el punto de que en enero del 76 se convocan territorialmente reuniones de enlaces y jurados para que las UTT's del ramo apoyen la reivindicación de la reciente plataforma de los 19 puntos. Se constituye a continuación una comisión de 23 miembros en la que estamos Antonio y yo mismo, junto con compañeros de las UTT's y ocho miembros de la comisión de liberadora que se había elegido en julio del año anterior, y en febrero se convoca la primera huelga general de la construcción que afectó a toda la provincia y que fue seguida prácticamente por la totalidad de las empresas y trabajadores de la construcción incluidos los miles de obreros en paro del sector: en total, más de 85.000 huelguistas.

Se promovieron asambleas de tajo, donde se elegían representantes que se coordinaban por empresas o por zonas y que acu-

dían regularmente a la asamblea de huelguistas que cada día a las 12 del mediodía se reunía en una iglesia previamente anunciada. La comisión de los 23 era el órgano ejecutivo de la asamblea, quien dirigía la huelga, emitía comunicados y se entrevistaba con las autoridades. Como que la patronal se negaba a reunirse con los 23, y el vertical no quería reconocer un órgano que no tenía representación legal, el conflicto se situó pronto en un punto muerto y las concentraciones obreras crecieron en número y en intensidad, a la vez que la policía cargaba y detenía.

Pero la huelga se mantuvo y se incrementó, hasta el punto que la patronal aceptó a finales de febrero un aumento del 40% de los salarios —19.000 pesetas mensuales para el peón— y no ejercer ninguna represalia contra los trabajadores y sus dirigentes. Con estos



acuerdos, la vuelta al trabajo se desarrolló con lentitud, pero inexorablemente, aunque se siguió extendiendo por toda España cifrándose en más de medio millón el número de trabajadores afectados por esta huelga general que duró tres semanas y que dio a Comisiones Obreras una fuerza inusitada hasta entonces.

Para potenciar el llamamiento a la huelga, se elaboró una hoja volante firmada por los 23 de la comisión, entre los que yo aparecía como primer firmante. Era, probablemente, la primera vez que en una hoja volante que se repartía por los tajos y en los locales del vertical, aparecían los nombres de unos cuantos representantes sindicales con nombres y apellidos. Que yo, un modesto dirigente obrero que ni siquiera era vocal de ninguna UTT apareciera en primer lugar, no fue una casualidad. Yo conocía el texto del escrito, pero solo descubrí que aparecía como primer firmante —y Antonio Ruiz como segundo— cuando ya estaba impreso a millares y listo para repartir. La composición de aquel listado me sorprendió e incluso puedo afirmar que me confundió y, desde luego, no me satisfizo en absoluto. A mi ya se me conocía por mi militancia en Comisiones Obreras desde hacía bastantes años y era reconocido por muchos cuadros del sector de la construcción porque no me escondía en las asambleas sino todo lo contrario, pero yo, aunque formaba parte del núcleo dirigente de la primera huelga general del ramo no era, ni por asomo, el cuadro más relevante. Que saliera como primer firmante no era ni una casualidad, ni se había hecho como un honor, sino todo lo contrario. Ser el primer firmante equivalía también, en aquel contexto, a ser posiblemente uno de los dirigentes de la construcción más vigilados por la policía, probablemente uno de los más sus-

ceptibles de detención si el movimiento vacilaba.

Tal honor fue debido a mis discusiones con la dirección del partido, especialmente con la ejecutiva —el Guti, señaladamente— que discrepaban en muy buena medida del grado de autonomía que reclamábamos y de la sensación de orfandad que sentíamos cada vez que, en lugar de ser escuchados, éramos corregidos. La hoja volante, que se ha hecho famosa cuando se documentan los conflictos de esos años, tiene esa segunda lectura que hoy sale a la luz y que explica cómo nos sentíamos muchos comunistas en aquellos años. Esa sensación de desaliento teníamos que arrastrarla en los años sucesivos, de un modo que explicaré también en estas páginas.

Y ocurrió lo que estaba cantado: que la guardia civil vino a buscarme al tajo. Yo trabajaba entonces en una obra de Huarte junto al Sepu de La Florida y el encargado me dijo una mañana que el arquitecto tenía entretenidos a una pareja de la guardia civil que habían venido a detenerme por ser el primer firmante de un llamamiento a la huelga. “Me han dicho que te venga a buscar, pero puedo decir que no te he encontrado y tu, si quieres, te largas. De hecho, el arquitecto está en el ajo y no te pasará nada, entre otras cosas porque vosotros tenéis las de ganar tal como están las cosas”.

A mi me pareció que tenía poco sentido esconderme porque la policía me iba a encontrar de un modo u otro, de manera que opté por eludir la detención en aquel momento para, después de pensármelo bastante, presentarme en el cuartelillo, pero acompañado. Acudí por la tarde acompañado de centenares de trabajadores que se movilizaron para darme apoyo por lo que consideraban una

*Imagen de la época, en un día nevado, de Laforsa de Cornellá, donde entonces trabajaba Esteban Cerdán*



previsible detención arbitraria e injusta. Enseguida se explicó el caso en el vertical y en las empresas donde se pudo, e incluso llegaron las presiones hasta el alcalde de la ciudad que se vio impelido a intervenir ante el gobierno civil para que me dejaran en paz.

Nos habíamos implicado mucho para que la huelga saliera y estaba saliendo muy bien, pero entonces nos convocó Guti del ejecutivo del PSUC a los 19 del partido —de los 23 firmantes— para decirnos que ya había sido un éxito y que la teníamos que desconvocar porque cuanto más se alargara más posibilidades teníamos de que se perdiera. Aquello fue un jarro de agua fría porque teníamos detrás a los trabajadores y porque estábamos convencidos de que se podía cumplir la plataforma reivindicativa; pero nos tuvimos que replegar. Como pudimos, de la noche a la mañana, hablamos de que valía más ganar algunas batallas que arriesgarnos a perder la guerra y la huelga se acabó. No sé muy bien si convencimos a nadie. Desde luego, los peor convencidos éramos nosotros...

Esto ocurre después de muerto Franco, pero cuando todavía está moribundo, el 11 de noviembre de 1975, estalla una huelga de los 193 trabajadores de la empresa Laforsa de Cornellá que se venía larvando desde el verano cuando el 25 de agosto los trabajadores descubren que la dirección les ha disminuido las primas de producción previamente pactadas y, en asamblea, deciden dejar de hacer horas extras y trabajar en días festivos, y presentan conflicto colectivo en el vertical. Ese 11 de noviembre, la empresa despide injustificadamente a un trabajador por un error en el tren

de laminación y el resto de la plantilla decide iniciar una huelga que, al final, duró 105 días. La empresa responde despidiendo primero a 107 trabajadores que llegarán a los 150 en días posteriores, pero los obreros, lejos de declinar, se concentran cada día a las puertas de la factoría y encabezan un movimiento de solidaridad que pronto hace mella en toda la comarca. Al mes y medio de iniciada la huelga, y cuando no se ven perspectivas de arreglo, los trabajadores inician un encierro en la iglesia de Santa María de Cornellá y la solidaridad estalla. Un accidente con un coche de la policía que atropella a un obrero de la Soler Almirall enciende todavía más los ánimos y se suceden las asambleas en el vertical de Cornellá y los paros de solidaridad en las empresas de toda la comarca.

Por primera vez en toda la historia, el conflicto se prolonga hasta la Carretera del Mig (la zona de concentración industrial de la ciudad en esos años) de nuestra ciudad, tan difícil de movilizar de manera global. Vivimos, en pocas horas, la madurez del movimiento obrero en l'Hospitalet hasta entonces tan fragmentario y tímido. El 30 de enero de 1976 entre 15.000 y 20.000 trabajadores de l'Hospitalet participan en una movilización convocada en solidaridad con los obreros de Laforsa —mi convecino y camarada Esteban Cerdán es, como ya he señalado, uno de los dirigentes más prestigiados de la fábrica de Cornellá— y contra el paro, la congelación salarial y a favor de las libertades sindicales y democráticas. Desde primera hora de la mañana y hasta mediodía, los piquetes y las concentraciones se suceden y cuando los trabajadores —más de

8.000— se dirigen hacia Santa Eulalia para sumarse a los obreros en paro de la Vanguard, la Indo, La Farga, etc. un buen número de jeeps de los grises hacen su aparición y disuelven a los concentrados. Durante varias horas, se suceden los reagrupamientos y varios repliegues y buena parte del sector industrial de l'Hospitalet se encuentra ocupado literalmente por la policía.

Por la tarde, en el vertical de Isabel la Católica, con un destacamento policial vigilando la puerta del local, se hace balance de la jornada y la lectura no puede ser más exitosa. l'Hospitalet, se afirma, acaba de alcanzar su mayoría de edad sindical. Ya estamos a la altura del Baix Llobregat. Ya pueden contar con nosotros.

En el resto del Baix Llobregat más de 160 empresas acudieron a la huelga en solidaridad con Laforsa y hubo concentraciones masivas de trabajadores —por encima de los 10.000 asistentes— los días 19 y 20 de enero en el centro de Cornellá. La huelga la conducía un organismo unitario creado a partir de los representantes sindicales en las empresas que habían ocupado de facto el sindicato vertical y que se conocía en la comarca como la Intersindical Obrera. Para el 22 de enero convocaron una marcha desde Cornellá hasta el gobierno Civil de Barcelona, pero los 10.000 concentrados fueron dispersados por la policía a la altura del Puente de Esplugues. Sin embargo, colectivos de trabajadores lograron llegar hasta el gobierno civil en una muestra de dominio de la situación que consiguió convencer a la patronal de que se debía poner fin al conflicto. Al final los propios obreros de Laforsa plantearon la desconvocatoria triunfal de las movilizaciones con una vuelta al trabajo a partir del final de mes con la única exigencia de la readmisión

de todos los despedidos que en aquel momento se habían reducido a 12 trabajadores. La empresa se negaba siquiera a negociar, pero con la mediación del delegado comarcal del vertical se consiguió que la empresa readmitiera a todos los trabajadores, con únicamente seis sanciones de suspensión de empleo y sueldo de seis meses y una de un mes.

La sensación de triunfo fue absoluta. la huelga había durado dos meses y medio, con una huelga general en ese período de 15 días seguidos, y un fortalecimiento de la Intersindical como vanguardia del movimiento obrero de la comarca y zonas adyacentes. El vertical tenía forzosamente que rendirse ante la evidencia de que la organización autónoma de los trabajadores era la que tenía realmente el poder.

Esa había sido la estrategia de los comunistas del movimiento sindical en el Baix Llobregat. Comerse el vertical por la vía de los hechos. Eso mismo es lo que quisimos hacer nosotros en l'Hospitalet y lo estábamos consiguiendo, justo cuando en el seno de CCOO y en el partido estalló el debate sobre la evolución del movimiento sindical una vez cambiara el régimen, algo que se constataba como irreversible a medio plazo.

Los acontecimientos en el mundo sindical se aceleraban y había que prever el futuro de la organización obrera en libertad. El 15 de abril de ese mismo 1976 el gobierno de Arias Navarro, contra lo que parecía lógico, tolera en Madrid el XXX Congreso de UGT. Se viven los estertores de un presidente que pretendía mantener el franquismo sin Franco y que se encuentra aislado entre sus propios ministros, algunos de ellos conspiradores en su contra con el beneplácito del rey. Que se tolerara un

*La llamada Asamblea de Barcelona, que se celebró en la iglesia de Sant Medir, en Sants, representa la consolidación de CCOO en la perspectiva del sindicato de clase unitario que se proponía*



Congreso del sindicato socialista que apenas había mantenido en los últimos años presencia activa en las empresas y mucho menos un combate sindical mínimamente relevante, explica suficientemente qué pretendía el poder. Desde luego, dar carpetazo al franquismo, pero también mantener bajo control y sobre todo dividido, al movimiento obrero de clase. Por otro lado, la voluntad de la socialdemocracia de Felipe González de resucitar el sindicato socialista, abonaba esa tesis de desunión del movimiento sindical. En Comisiones todavía nos parecía que la experiencia del trabajo unitario en el seno del movimiento sindical podía dar como resultado un único sindicato de clase, a través de las coordinadoras de ramo y territoriales elegidas desde la base, en el camino de configurar un Congreso Sindical Constituyente de Catalunya. La CONC venía actuando como la dirección del movimiento, pero no como la cúpula sindical que ya empezaba a verse como imprescindible para dar unidad al conjunto de las movilizaciones. La CONC era un prototipo, pero todavía no el instrumento necesario. En el Baix Llobregat, Isidor Boix, dirigente de la Intersindical y miembro de la ejecutiva del partido, adoptó la posición de liquidar Comisiones Obreras para superar el movimiento en la perspectiva del sindicato de clase que pusiera la puntilla al vertical. En el ámbito opuesto se situó López Bulla quien,

también, desde la dirección del PSUC, consideraba que todo el trabajo desarrollado en el seno del movimiento debía capitalizarse para desarrollar la unidad a través de Comisiones. Boix, tildado de liquidacionista, fue apartado del partido, aunque siguió siendo un reconocido líder sindical, rehabilitado más tarde en el comité central que se reunió en Perpiñán años más tarde. Cuando parecía que el prestigio y la fuerza de la Intersindical estaba llamada a conducirnos por esa vía, hubo una decisión sorprendente desde Madrid. La dirección del movimiento sacó unos bonos que en la práctica eran la transición entre el apoyo tácito y la afiliación formal. Tuvieron tanto éxito, que muy pronto se abandonó la idea de disolver Comisiones por todo lo contrario, fortalecerla en el camino hacia la conversión en sindicato. Todavía con criterios unitarios, ciertamente, y con la oposición de muchas organizaciones de la extrema izquierda e incluso del propio Carrillo.

Los bonos nos hicieron ver el éxito que iba a tener la afiliación sindical en la perspectiva de la Confederación Sindical de CCOO en la que queríamos incluir a los otros sindicatos minoritarios USO, ELA... e incluso la UGT, pese a que estábamos seguros de que se opondría, como así ocurrió. Como paso intermedio, se avanzó en la creación de la Coordinadora de Organismos Sindicales al menos como meca-





*Jaume Valls en pleno trabajo por esos años, con “la colla”*

nismo de la unidad de acción de cara al futuro inmediato que nosotros defendíamos. Para dar el salto se tenía que convocar una asamblea estatal como paso previo al Congreso, y para ello, el secretariado de Madrid buscó un lugar donde reunir a los miles de delegados. La última decisión de Fraga como ministro de Arias, que dimitiría a finales de junio, sería prohibir la asamblea nacional de CCOO. Enseguida, desde Catalunya se retomó la convocatoria todavía en plena clandestinidad y se decidió que la asamblea se haría en la Iglesia de Sant Medir con más de 600 delegados de todo el país, bastantes menos de los 2.000 que se habían previsto y que no pudieron asistir por la represión a que seguía sometido el movimiento. Como explicó Marcelino muchas veces, la asamblea de Sant Medir representaba la tercera fase de Comisiones Obreras como tal. La primera, fue la de la espontaneidad de los trabajadores en busca de quien los representase frente a la animadversión del sindicato vertical. La segunda fue la conversión de aquel acontecimiento espontáneo en un movimiento socio-político de dirección de las reivindicaciones obreras y el tercero comenzaba en Sant Medir, en la perspectiva del sindicalismo de clase. Allí mismo, los compañeros del PTE propusieron que la asamblea se convirtiera en la fundación del sindicato de hecho, pero su propuesta no salió aprobada y poco tiempo después se alejaron de CCOO para formar la CSUT, un sindicato minoritario que lo

único que hizo fue dividir todavía más al movimiento sindical, aunque por poco tiempo. Fue en Sant Medir donde la asamblea aprobó la figura del responsable del secretariado con atribuciones de secretario general, cargo que recayó por unanimidad en Marcelino Camacho y que abrió las puertas a estructurar organizativamente el movimiento con forma de sindicato territorial y de ramo con los órganos de dirección perfectamente diseñados. De hecho, como teníamos asumido por la experiencia y, en palabras del que estaba llamado a ser secretario general del sindicato de CCOO, la Confederación era el movimiento socio-político más un carnet. Cuando los mismos verticalistas empezaron a hacer movimientos para clausurar la OSE y crear, con distintas siglas, sindicatos amarillos, pusimos en marcha el sindicato estatal de CCOO.

En l'Hospitalet, siguiendo la dinámica de otras territoriales nosotros ya habíamos dado carta de naturaleza a Comisiones, aunque no lo podíamos llamar todavía sindicato. En la clandestinidad, como consecuencia de los éxitos de las elecciones del 75, formamos en la Iglesia de Sant Ramón, en Collblanc, el primer secretariado provisional y a mi me eligieron como responsable del secretariado con funciones de coordinación, algo que se repetiría más tarde cuando la Confederación ya era un hecho, entonces ya con el cargo, entonces, de secretario general del sindicato a nivel local.

*En las obras del Estadio Olímpico, a finales de los 80*



Por supuesto que yo seguía trabajando de paleta, aunque con otra perspectiva más autónoma. Con Antonio Ruiz y otros compañeros pusimos en marcha una “colla” de oficiales y peones, que ofertábamos colectivamente a las empresas. Así estuvimos trabajando unos cuantos años, haciendo múltiples obras en l’Hospitalet y fuera (el edificio de La Vanguard en Santa Eulalia, por ejemplo, o las obras del Estadio Olímpico o las piscinas Picornell a finales de los 80, en los años previos a las Olimpiadas de Barcelona).

Por esos años, ni el partido ni el sindicato en l’Hospitalet eran una balsa de aceite. El partido, porque frente a la cohesión del núcleo antiguo donde Fariñas representaba la cúpula organizativa y el movimiento obrero con Antonio Ruiz y yo como responsables no tenía fisuras, vio como en muy poco tiempo se incorporaban cuadros procedentes de BR y activistas del movimiento vecinal que tenían una idea menos obrerista y más aperturista de lo que debía ser el partido y que, para ser sinceros, se movía exactamente en la línea que quería el secretario general del PCE, Santiago Carrillo, para construir el partido de masas que permitiría un mayor protagonismo de las tesis comunistas en la construcción del régimen democrático.

Eran meses, desde junio de 1975 en adelante, en que la gente se nos acercaba desde

todos los ámbitos para comprometerse en una militancia que ya no tenía el peligro de los años duros del franquismo. Entre 1975 y 1978 cuando se convoca la conferencia local del PSUC de l’Hospitalet que da un vuelco al vetusto comité local, el número de militantes se multiplica por diez y antes de junio de 1977 se alcanzan más de 3.000 militantes con carnet. Una barbaridad, si se tiene en cuenta que, en los mejores años del antifranquismo de riesgo, los comunistas en Hospitalet se podían contar con los dedos de las dos manos. A todos nos parecía bien la avalancha, pero lo cierto es que la mirábamos con algo de recelo.

No acabábamos de entender que las reticencias de muchos simpatizantes habían tenido que ver hasta la fecha con el riesgo de acabar detenidos, represaliados en el trabajo o torturados en las comisarías. No todos estábamos hechos de la misma pasta, y que todos no fuéramos tan atrevidos, no podía significar que muchos de los nuevos militantes no fueran gente sincera, comunistas de corazón y revolucionarios de pensamiento. Es verdad que se nos acercaron también los oportunistas de siempre y contra estos tuvimos algunas batallas internas que nos impidieron avanzar y que lastraron nuestro desarrollo. Al final nos tocaba comprender que estaban llegando los nuevos tiempos y nosotros, tan resistentes



*Fotografías también de los años 80, en el Estadio Olímpico y una comida en las instalaciones de las Piscinas Pi-cornell después de terminadas las obras*

contra el fascismo, veíamos con nuestros propios ojos como cambiaba la sociedad y paralelamente un partido al que habíamos dedicado todo nuestro sacrificio durante años.

Las viejas células ya no servían para hacer el partido de masas que el eurocomunismo necesitaba en la nueva sociedad occidental, donde el enemigo principal seguía siendo el capital, pero donde la socialdemocracia aparecía como el movimiento domesticado de los reformistas, al que también debíamos combatir, esta vez con armas menos precisas: las que se derivaban de nuestro crédito ante las masas. Así es como, prácticamente de la noche a la mañana, de lo que va de la detención de Carrillo en diciembre del 76 a la primavera del 77, las células desaparecen y nacen las agrupaciones comunistas. En l'Hospitalet, prácticamente una por distrito. El partido de masas requiere unas estructuras de dirección más versátiles porque un partido de masas quiere decir mucha gente debatiendo en las agrupaciones, con muchas propuestas que surgen de la base y que deben llegar a la dirección para ser debatidas, aprobadas o reconducidas. Lo cierto es que las agrupaciones se comen al comité local y los viejos responsables de la dirección nos movemos entre la necesidad de dar respuesta organizativa a los nuevos criterios y el temor al arribismo de los cuadros más significados.

Si esto ocurre en el partido, en CCOO la situación es muy parecida. El ramo de la construcción, donde estamos los responsables del movimiento obrero en el comité local del partido, no puede tener la misma fuerza que el del metal, por ejemplo, porque las grandes empresas no están en l'Hospitalet y las pequeñas tienen poca fuerza en el contexto local. En el metal, en cambio, ocurre todo lo contrario y también en la mayoría de los otros ramos, el del vidrio, el de químicas, el de la madera, de artes gráficas, donde hay multitud de pequeñas empresas con un peso considerable sobre la masa de afiliados. Con algunos de los representantes de esos ramos hay batallas interiores de desgaste que amenazan con trasladarse al partido en momentos puntuales, y desestabilizar la dirección. El peligro se mantiene a lo largo de todos esos años y de no ser por el prestigio que vamos acumulando los dirigentes sindicales con cada lucha, una buena parte de los viejos militantes comunistas hubiéramos sido rápidamente desplazados de nuestros puestos. Ese desplazamiento llegaría, sin embargo, muy poco después. Haría falta que el partido se convirtiera en una fuerza institucional, para que las amenazas latentes surtieran finalmente efecto. Algunos arribistas se desgastaron en el camino, pero pronto se vería que aquel partido de resistencia y de

oposición al poder del capital se perdería en el pragmatismo de las instituciones, donde podríamos gestionar, pero difícilmente avanzar en nuestros planteamientos socialistas.

Todo eso hay que decir que iba paralelo al creciente desconcierto que se vivía en el partido a nivel general. Vivíamos con una doble sensación. Por un lado, la evidencia de que jamás como en esos momentos, los trabajadores, la ciudadanía en general, la izquierda tenía tanta fuerza política. Por el otro, la imagen de los bandazos. Hacía cuatro días todo se centraba en la huelga general política que ocasionaría la caída del régimen y un proceso republicano constituyente, para pasar más tarde a la ruptura con el conjunto de la oposición para imponer un proceso constituyente y un gobierno provisional, y enseguida, sin dar tiempo a digerir nada, la estrategia de la ruptura pactada bajo la dirección de los herederos de Franco. Al final, daba la impresión de que los comunistas nos estábamos conformando con que nos legalizaran para, al menos, poder participar en igual de condiciones que el PSOE, por ejemplo, que como nosotros mismos decíamos, se había pasado 40 años de vacaciones y ahora quería imponer su política.

La dirección del partido a nivel general, Carrillo y los suyos, y en el PSUC, Gregorio y el Guti, seguían teniendo un prestigio y el respeto de la militancia, pero lo cierto es que en el comité local había algunas cosas que no se acababan de entender a medida que las íbamos conociendo y discutiendo, y que se iban asumiendo porque confiábamos en que había un núcleo de dirigentes que tenían mucha más información que nosotros y además mayor experiencia política y un criterio más elaborado. Después supimos, gracias a algunos libros como el de Gregorio Morán —*Grandeza, mise-*

*ria y agonía del PCE*— que Carrillo improvisaba a medida que los sucesos se le acumulaban y que ni siquiera el comité ejecutivo conocía el proceso de conformismo en el que había entrado y que nos arrastraba a todos.

Algunas de aquellas medidas que nos parecían fruto del análisis y de la valoración de las consecuencias, como la propuesta de organización mediante agrupaciones, no dejaba de ser, en el fondo, una aproximación a la realidad del partido socialista a lo largo de su historia. Incluso cuando nos llegó la noticia de que había que abrir Casas del Pueblo en las localidades, no nos lo acabábamos de creer y desde luego, no lo pusimos en práctica. En cambio, el partido de masas, algo muy distinto a lo que había sido la organización tradicional de los comunistas acostumbrados a núcleos de militantes muy activos que reflexionaban políticamente sobre lo que llegaba de la dirección y enviaban a la dirección sus propuestas, en un toma y daca que Lenin consideraba el máximo capital organizativo del comunismo militante —y que Gramsci, más tarde, acabó de mejorar con aquello que nosotros apenas entendíamos del intelectual orgánico—, fue asumiéndose como una manera bastante dinámica de demostrar nuestra fuerza y nuestra capacidad de movilizar. Y, pese a que eso desmontaba mucho nuestra idea de como debían funcionar las organizaciones comunistas, tengo que reconocer que fue un éxito y contribuyó a darnos visibilidad y a poner de manifiesto nuestra fortaleza.

Pero se daba claramente esa paradoja. Cada vez éramos más fuertes pero cada vez estábamos menos cohesionados. A muchos de nosotros, viejos militantes, educados en el combate revolucionario, en el republicanismo, en la derrota del fascismo, en el prestigio de la





*La huelga de la construcción del 78 fue una de las más importantes de toda la Transición*

resistencia y el ejemplo de la clandestinidad, aquellos nuevos aires nos desconcertaban y aquella masiva incorporación de gentes con ideas más flexibles, donde lo que contaba era lo que llamábamos el "pico de oro" y no la experiencia o la práctica diaria, sacudía nuestros referentes.

Acabada la huelga de la construcción, con aquel sentimiento agri dulce que ya he comentado, se firma un convenio que debe revisarse en octubre de ese mismo año para asimilar el aumento salarial al coste de la vida previsto. Se firma sin problemas con un 11,2% y se discute en la Coordinadora de la Construcción si para la revisión del año siguiente vamos a ser capaces de volver a presentar una nueva plataforma —esta vez de 11 puntos—, con la misma fuerza detrás que en 1976. El caso es que no tuvimos que esperar demasiado para comprobar nuestra capacidad. En febrero de 1977 se ponen en marcha decenas de despidos en las principales empresas del sector, Huarte, Dragados... y se ponen de manifiesto dos evidencias: que la patronal empieza a endurecer su postura ante la perspectiva de un nuevo convenio que va a ser más exigente que el anterior y que nosotros empezamos a tener conciencia de que nuestra fuerza es imparable. El choque de trenes estaba listo.

De todos modos, no había unanimidad en la Coordinadora sobre el camino a seguir.

El convenio del 76 era por dos años, con revisiones salariales cada seis meses y, por lo tanto, no cabía negociar un nuevo convenio hasta la primavera del 78. Sin embargo, el sector de la Construcción estaba muy molesto porque los salarios seguían siendo bajos y nadie se fiaba de los IPC's oficiales, así que se planteó, con la antelación suficiente, el camino a seguir si la patronal, como se preveía, no aceptaba la comisión negociadora elegida en los tajos y las obras. Una asamblea convocada en el vertical para el 15 de marzo con un millar de delegados elegidos no se pudo celebrar por falta de condiciones, y la asamblea se trasladó a la Plaza del Pi que estaba bastante cerca. Allí se puso de manifiesto, por primera vez, que no existía acuerdo entre los trabajadores y que ni siquiera entre los nuestros había un criterio uniforme. Siguieron las reuniones en el local de la calle Hospital que tenía el sindicato de la Construcción y allí se acordó proponer la huelga para el 27 de marzo si la patronal seguía oponiéndose a negociar. Finalmente, pusimos en marcha la huelga que se convirtió en general en una semana. Como siempre, hubo golpes y detenciones y concentraciones y manifestaciones en Barcelona y la huelga se mantuvo hasta el 20 de abril. Participaron cerca de 200.000 trabajadores de toda Catalunya, más de 140.000 solo en Barcelona y comarcas. Al final, la huelga se desconvocó sin que la patro-

*Huelgas generales contra la crisis y el paro se convocaron unas cuantas durante la Transición. En la foto, en la plaza del Ayuntamiento se pueden ver a Jaume Valls, a Santi Díaz, a Marcelino Sánchez y a Paco Bello entre muchos otros dirigentes de CCOO*



nal ni se sentara a negociar y los responsables de dirigir la huelga fuimos duramente criticados por la cúpula del partido que nos acusaron de llevar a los trabajadores a un callejón sin salida.

Era evidente que las cosas estaban cambiando en el interior del PSUC a medida que avanzaban los movimientos políticos durante la Transición. Suárez estaba jugando fuerte y Carrillo daba la impresión de hacerle el juego sin apenas contrapartidas, de manera que, a nosotros, que tanto habíamos impulsado las movilizaciones, las huelgas y las plataformas reivindicativas en la calle, echar para atrás a los trabajadores nos significaba una gran contradicción y un enorme contratiempo que, pese a los esfuerzos que estábamos haciendo, costaba de asimilar y de entender.

CCOO era entonces un sindicato fuerte pero el panorama sindical había cambiado notablemente respecto a un par de años antes. Ahora, en lugar de un solo movimiento sindical con todos las corrientes debatiendo en el mismo espacio, había hasta cinco sindicatos con cierto peso —CCOO, UGT, CNT, CSUT y USO— y una multitud de pequeñas organizaciones minoritarias entre las que se encontra-

ban algunos sindicatos nacionalistas. Lo positivo era que el vertical había dejado de existir en la práctica, pero lo negativo era que los sindicatos no estaban legalizados y no nos amparaba ningún reglamento que obligara a la patronal a sentarse a la mesa. No podíamos dejar de lado otros dos problemas colaterales: la evidencia de una crisis económica que amenazaba con agrietar la economía del país y la inestabilidad del sistema —e incrementar la precariedad de los trabajadores—, con el franquismo en ruinas, pero sin una democracia plena, reconocida y en funcionamiento.

La conflictividad social y laboral, con altibajos, seguía siendo muy importante. Si en Barcelona, según las fuentes, hubo 169 conflictos en el año en que murió el dictador, al año siguiente, en que se estaba negociando la democracia, los conflictos fueron 399, y de los 116.095 trabajadores afectados se pasó a los 695.037. Las horas perdidas se multiplicaron por casi nueve: de los dos millones y medio a cerca de 20 millones, pero en Comisiones, en lugar de tener las cosas muy claras, cada vez las veíamos más sombrías. No se había conseguido el sindicato unitario, rompiéndose en la práctica la esencia de Comisiones que tenía



*Mitin de CCOO en Can Buxeres, año 1976. Jaume Valls se dirige a los concentrados. Detrás, José Ferrero*

como prioridad, ser claros e integrar para sumar, en lugar de ser turbios y conspirar para dividir. Y tampoco estábamos consiguiendo que la fuerza de los trabajadores en la calle forzara a un diseño de la nueva democracia que contemplara aquello por lo que habíamos luchado tanto tiempo: el avance hacia el socialismo. En su lugar, se abrían en el horizonte dos realidades: unos cuantos sindicatos sin ni siquiera unidad de acción, y una democracia donde no cabía ni la ruptura, ni siquiera una reforma pactada que consolidara nuestros avances.

Como si se tratara de superar estos déficits que para muchos ya empezaban a estar bastante claros, la Coordinadora general de CCOO propuso una gran movilización obrera para el 12 de noviembre de ese año, que fue asumida por la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) donde estaban los otros sindicatos, como ya he explicado. Se trataba de convocar una huelga general de 24 horas con manifestaciones masivas al final de la jornada, con un contenido más político que laboral, aunque fundiendo todas las reivindicaciones: legalización de partidos y sindicatos, amnistía total para los presos y retorno de los

exiliados, reconocimiento de las libertades democráticas (reunión, asociación, manifestación, expresión, prensa), derogación del Decreto-Ley sobre Terrorismo y el resto de leyes represivas, y supresión del TOP, igualdad de oportunidades para partidos y sindicatos en su acceso a los medios públicos, supresión del aparato político-administrativo del Movimiento y participación de los partidos y sindicatos en cualquier proceso de consulta que se hiciera a la ciudadanía.

Contra lo que se pretendía, la jornada no pasó de ser un día más de agitación social que no llegó a la generalización que habían tenido otras acciones. La lectura que se hizo fue optimista, pero la realidad era otra: pensábamos que teníamos más fuerza de la que en realidad se traslucía cada vez que pasábamos de la reivindicación laboral a la propuesta política. Esto daba la razón a los dirigentes del partido y en especial al secretario general del PCE: había que echar mano de la audacia para conseguir avances porque costaba movilizar a los trabajadores y a la ciudadanía en general para conseguir la ruptura democrática que pretendíamos. Pero con ello se dejaba de lado lo que tantas veces habíamos proclamado en las



*El anuncio de Carrillo en rueda de prensa de que en los actos del partido se pondría junto a la bandera roja la del Estado monárquico, supuso un trance muy difícil de asumir para los comunistas. En la imagen, un fotograma de TVE con la bandera rojigualda a la derecha. A la izquierda de Carrillo se sentaba Marcelino Camacho*



asambleas y que nos habían enseñado los clásicos: hay que multiplicar los conflictos ajustándolos a la necesidad de la calle porque es la única manera de que las masas obreras tomen conciencia de su capacidad de transformar la realidad.

Después de esa jornada fallida se promovió, ya con menos ganas, el boicot al Referéndum sobre la Reforma Política que había convocado Suárez para pasar “de la ley a la ley” sin ruptura traumática alguna con el franquismo de siempre. Tampoco se consiguió que los españoles le dijeran al gobierno que aquellos planes resultaban poco menos que increíbles. Nosotros habíamos movido al país durante los últimos años, habíamos ayudado a tomar conciencia de que el franquismo era irreformable, pero a la hora de la verdad se imponía la estrategia de Suárez, con el acompañamiento del rey y de la derecha de siempre, con la aceptación distante de los socialistas y la comprensión de nuestro secretario general (Santiago Carrillo). A partir de ese diciembre del 76 se acelerarán las cosas, vendrán las primeras reformas importantes de leyes: se elimina el TOP, se amplía la amnistía que se otorgó en el verano anterior y se preparan las legalizaciones de partidos en la perspectiva de las primeras elecciones democráticas que tendrían lugar el 15 de junio.

Hacía ya semanas que en el comité local de l'Hospitalet, al que ya habíamos integrado

a activistas del movimiento popular —alguno, como Joan Saura, procedente de La Florida, que tendría en el futuro inmediato un largo recorrido como se verá—, y a camaradas del ámbito de la cultura (Dolors Calvet, Clara Parra-món y otros) se hablaba de las expectativas de Suárez: de su estrategia para convocar elecciones semidemocráticas con algunos partidos de oposición, pero con la exclusión explícita de los comunistas. Lo que hasta ese momento había sido estrategia sindical para movilizar a los trabajadores, se cambió por táctica política para poder participar en las instituciones, con la idea —que se ha convertido en clásica— de que si no se está donde se ejerce el poder ejecutivo no se existe, cuando parece evidente que si la izquierda solo existe en las instituciones y se olvida de la calle, —que es donde podemos tener fuerza—, lo único que podemos hacer es seguidismo.

La dirección del partido, del PCE, del PSUC, como luego a nivel más local en nuestra propia ciudad, lo sacrificó todo a la lucha por el poder institucional —que es muy importante— para perder fuelle en el poder de la calle, el de la ciudadanía organizada y los trabajadores sindicados —que todavía lo es más. Había tal entusiasmo por huir de lo que habíamos sido siempre, unos activistas clandestinos, que la conquista de la legalidad se convirtió en un sueño que acabamos compartiendo todos, desde los secretarios generales





*Una charla sobre sindicalismo de clase dada por Jose Fariñas y Javier Moreno en los locales de la Casa de Reconciliación de Can Serra, durante estos años*

hasta los militantes recientes que acababan de entrar en las viejas células ya con fecha de caducidad.

En ese intervalo, nos sorprendieron con el reconocimiento de la bandera rojigualda y el respeto al rey nombrado por Franco y a la forma monárquica de gobierno; más tarde tuvimos que renunciar al leninismo y a la dictadura del proletariado y después tuvimos que tragar con el pacto social que nos llegó a través de la firma por los comunistas de los Pactos de la Moncloa. Mucho que tragar en tan poco tiempo. Lo normal era que nos atragantáramos y que ese atragantamiento se pusiera de manifiesto en las organizaciones: menos en el sindicato, muchísimo más en el partido. Y especialmente en el partido en l'Hospitalet donde todo se desbordaba.

La verdad es que el partido había cambiado bastante y estaba a punto de cambiar muchísimo más. Nosotros lo sabíamos. Más que la extrema derecha o la derecha conservadora, la prensa heredera del franquismo y los militares fascistas, que seguían pensando que el PCE y el PSUC eran los brazos militantes de los herederos de Stalin. Lo único que mantenía aquel PCE de lo que había sido durante la guerra civil, era el espíritu de sacrificio y la lucha de su militancia, ni siquiera de toda su dirección. Probablemente nos perjudicó, mucho más de lo que nos benefició, el hecho de que aquellos veteranos de la república, exiliados durante años y ahora recién llegados como di-

rigentes de nuevo cuño, siguieran al frente de un partido que ya no seguía los dictados de la URSS y que en muchas cosas renegaba de su propia historia. Seguramente para hacer creíble que se renegaba del estalinismo hacían falta otros dirigentes, no los de siempre, por mucho que aquel Carrillo, aquella Pasionaria o aquellos viejos comunistas del Comité Central, hubieran tenido el coraje y la valentía de mantener en pie la bandera del antifascismo en los peores momentos. Incluso yo mismo y mis compañeros más próximos, lo teníamos mal para explicar que ya no éramos amigos de la Unión Soviética, que ahora éramos primos hermanos de la socialdemocracia europea y que aspirábamos a ser tan comprensivos como ellos con la democracia formal burguesa. Nos debatíamos en un mar de confusión. La dictadura del proletariado, ¿sí o no?, los troskistas ¿eran los verdaderos leninistas o era unos traidores al proletariado internacional?, los países del este ¿eran unas dictaduras comunistas que masacraban las libertades o se trataba de países en avance perpetuo hacia el paraíso socialista? ¿había que renunciar a la revolución? ¿las revoluciones futuras ya no serían sangrientas sino la consecuencia del triunfo electoral de los eurocomunistas?

Era inevitable que en la perspectiva de la inmediata legalización del PSUC, nos planteáramos en l'Hospitalet poner el comité local otra vez al día. No hizo falta organizar ningún congreso local, ninguna conferencia, porque

*Una imagen del multitudinario mitin del camping La Tortuga Ligera de Gavá*



seguían siendo útiles los mecanismos de cooperación clásicos de los tiempos de la clandestinidad. Incorporamos, de ese modo, a compañeros y compañeras que habían demostrado con su experiencia y capacidad, que tenían un lugar en la dirección política local. Entraron nuevos representantes del movimiento obrero que de ese modo diversificaron su dedicación entre partido y sindicato y más representantes del movimiento popular procedentes de los barrios.

También cogió las riendas de Organización otra vecina de La Florida, proveniente asimismo del movimiento ciudadano que ya formaba parte del comité, Clara Parramón. Y se incorporaron también otros representantes de sectores profesionales y de Cultura, creo recordar. Se planteó la posibilidad de substituir a José Fariñas que llevaba más de siete años como máximo exponente del partido a nivel local pero no hubo consenso sobre la persona que lo podría substituir y él se avino a mantenerse en primera línea mientras los camaradas se lo pidieran. Fariñas tenía una reconocida fama de intelectual comunista y de militante de ideas firmes, además de sacrificado. Su ejemplo en comisaría, donde durante una detención fue tremendamente torturado sin que consiguieran arrancarle un solo nombre, pre-

cedía a su carisma de hombre íntegro y de comunista convencido.

En mayo, un poco antes de las primeras elecciones, se celebró el IV Congreso del Partido que eligió como presidente a Gregorio López Raimundo y al Guti como flamante nuevo secretario general. Y que vio la incorporación al comité central de gente de relieve como el periodista Manuel Vázquez Montalbán, por ejemplo. De nuestra ciudad se eligieron a un buen puñado de delegados porque ya teníamos una notable afiliación —más de 4.000 militantes—, y por esos mismos días celebramos el primer mitin tras la legalización, en el Palació de los Deportes de Barcelona —donde por cierto intervino Dolors Calvet que formaba parte del comité local de l'Hospitalet— y la primera fiesta multitudinaria en el Camping de la Tortuga Ligera donde se concentraron más de 100.000 personas y donde me invitaron a dirigirme a los concentrados en un mitin improvisado en uno de los escenarios, antes de que hablaran los principales dirigentes del partido. También de este mismo período es el mitin del campo de deportes de l'Hospitalet para celebrar la legalización del sindicato, que presentó la compañera Isabel Gallardo y en la que intervenimos Joan Cornet y yo, además de López Bulla y de Nicolás Sar-



*Una calle de la Almeda en Cornellà durante los días previos al 15-J. Fuente: Almedacornella.blogspot.com*

torius, del Secretariado de la Confederal de CCOO.

Llegaron las elecciones del 15-J con todos aquellos interrogantes teóricos sobre la mesa, aunque en la calle se movilizaron todos los recursos para que el partido consiguiera los mejores resultados. No se ahorraron, de nuevo, sacrificios, y la militancia se comportó heroicamente: extendiendo la propaganda, pegando carteles, acudiendo a los mítines, ocupando plazas de interventores y de apoderados en todos los colegios, animando a votar a los suyos, al PCE/PSUC, y votando a los candidatos comunistas más allá de las simpatías personales o del conocimiento o desconocimiento de candidatos y programa electoral.

Sin embargo, la propaganda anticomunista del franquismo había calado hondamente en amplias capas de la sociedad que nos consideraban poco menos que camorristas profesionales. Había muchos compañeros que nos conocían y que confiaban en nosotros, pero más allá de Catalunya, en los amplios espacios rurales de la España conservadora, el PCE era un partido maldito y los nombres clásicos del comunismo republicano una mala apuesta para el futuro. Al final, los comunistas conseguimos en el conjunto del Estado un decepcionante 9% de los votos, mientras que el partido de Suárez, una improvisada Unión del Centro Democrático, llegaba

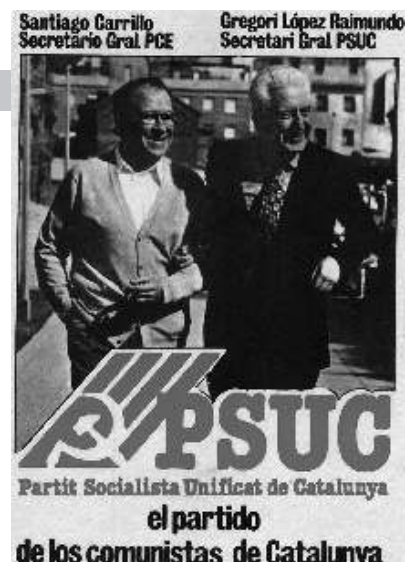
al 34,6% y el PSOE al 29,3%. En España seguía ganando la derecha, después de 40 años de monopolio franquista, aunque el partido heredero directo del franquismo, la Alianza Popular de Fraga quedaba relegada al 8% y Falange y otros partidos del Movimiento ni siquiera lograron representación.

En Catalunya las cosas fueron algo distintas. Ganó la coalición de socialistas catalanes y del PSOE que tardarían bien poco en fundirse orgánicamente, con un 28,6%, mientras que nuestro PSUC superó el 18% —el PCE sin el PSUC apenas llegó al 6% en el resto de España—. Tras ese 46% de la izquierda, había que contar, no obstante, con la UCD y con los nacionalistas de derechas que rozarían, respectivamente, el 17%.

En l'Hospitalet, aquel 28,6% catalán de los socialistas, se superó con creces (35,4%), pero también los comunistas del PSUC sacamos más que en la media de Cataluña con un 19,2%, mientras que AP solo consiguió un 1,3% y la UCD algo más del 10%. L'Hospitalet era, se acababa de ver, un feudo de la izquierda, si entendemos por izquierda la socialdemocracia que representaban los socialistas de todas las tendencias y el eurocomunismo que representábamos nosotros. Aquello nos daba unas ciertas alas porque nuestro movimiento obrero no había sido el más fuerte en aquellos años, ni nuestro partido tan potente como en otras



*El cartel de los comunistas catalanes para las elecciones del 15 de junio de 1977, con los secretarios generales del PSUC y del PCE*



zonas de la comarca. Pero alguna cosa habíamos hecho bien cuando obteníamos tanto apoyo de los trabajadores. La razón es que habíamos estado en todas las luchas, siempre al lado de los vecinos y de los obreros de las fábricas y de los tajos y nos reconocían como los suyos. Los dirigentes locales, analizando los resultados llegaron a afirmar —y era cierto— que éramos el primer partido de la ciudad puesto que los socialistas se habían presentado como un bloque de partidos todavía separados. Teníamos el primer partido y el primer sindicato y estamos hablando de 1977. Ahora miramos las cosas en perspectiva, pero solo tres años más tarde, aquel capital humano de luchadores, estaría en plena desintegración.

¿Cómo lo pudimos hacer posible? La verdad es que las bases del destrozo estaban plantadas desde mucho antes, seguramente desde los primeros años 70 cuando la fiebre antifranquista y las luchas por las reivindicaciones sociales nos cogieron de sorpresa, tirando del carro, sin asumir nuestras notables contradicciones como organización. Éramos comunistas en un país donde el comunismo se movía sobre dos ejes contrarios: el de los luchadores antifascistas y el de los liberticidas del estalinismo. Y teníamos una fe casi reli-

giosa en nuestros principios, pero también en nuestros líderes que nos habían enseñado el sacrificio y la resistencia. Todo ello, en el preciso instante en que nuestros líderes daban un giro inesperado y nuestros principios aparecían como necesariamente superados por la modernidad. Necesitábamos un partido abierto, pero teníamos horror a que se nos colara gente a la que no podíamos reconocer de manera inmediata y necesitábamos renovar nuestros dirigentes y nuestros cuadros, pero temíamos, a su vez, una renovación que no pudiéramos controlar.

Así las cosas, CCOO ya era un sindicato y el PSUC ya era un partido vocacionalmente de masas que necesitaban locales abiertos y cuadros orgánicos de dirección en todos los ámbitos. Tras el 15-J empezaría el proceso constituyente en el Estado y luego, otras elecciones generales después de aprobada la Constitución que a los comunistas nos fueron más o menos igual que las primeras. Y tras esas elecciones de marzo de 1979, venían las municipales de abril que, para los comunistas hospitalenses tenían que ser decisivas.

Decisivas por varias razones. La primera, porque l'Hospitalet necesitaba un ayuntamiento capaz de enderezar el caos ciudadano



El PSUC eligió nuevo comité de L'Hospitalet

## Caras nuevas en el eurocomunismo local



Joan Saura

El PSUC estrenó comité local el pasado domingo, en el curso de su primera conferencia en la legalidad. Los 225 delegados que asistieron a la misma eligieron a los 21 dirigentes del eurocomunismo en L'Hospitalet. Joan Saura Laporta, un perito químico de 28 años de edad, que ha vivido casi toda su vida en los bloques de Onésimo Redondo, ocupa el vértice de la organización, es el nuevo secretario político.

En el segundo lugar, Clara Parramon sigue con la responsabilidad clave de organización.

El anterior secretario político, José Farfías, ha quedado descolgado, al pudiese por su propia voluntad. "Después de ocho años de dirigir al PSUC de L'Hospitalet, Farfías había manifestado que quería descansar durante algún tiempo", afirmó asustadamente su sucesor en la presidencia a la prensa del nuevo comité. "Su ausencia —continúa— no significa ningún viraje en la política del partido en L'Hospitalet".

Algo de esto se confirma cuando se lee, en la declaración política aprobada por la conferencia celebrada el pasado fin de semana, que el PSUC de L'Hospitalet se propone "una coherente planificación del comunismo democrático como causa de los debates internos". Convencido leninista, Farfías se agitó el centrismo de matrición y declaró únicamente a "L'Estaca" que "todo lo que diga el nuevo comité está bien dicho y lo suscribo", y se puso en redondo a añadir cualquier tipo de consideración sobre su sustitución.

**Críticas a la anterior dirección política**

Sin embargo, ha trascendido, a pesar de que los debates se celebraron a puerta cerrada, que en el transcurso de la conferencia fueron muchas y muy duras las críticas al informe político presentado por Farfías. Estas críticas son interpretadas como la expresión de una corriente de opinión que consideraba que el PSUC de L'Hospitalet estaba falto de dirección política. No eran, por otra parte, ninguna novedad: un año y medio atrás, Farfías se eliminó como secretario político solo porque no había entonces un recambio claro para este puesto. El tiempo transcurrido desde el anterior conclave comunista local ha permitido que madurara la alternativa.

El cambio ha sido mal recibido en algunos sectores, reducidos, de la organización, entre los que el prestigio de Farfías es casi mítico: la agrupación de Can Serra, el barrio donde reside, y algunos núcleos del movimiento obrero. Se ha intentado explicar el cambio como una fase de la pugna entre "eurocomunistas" y "leninistas", entre "socialdemócratas" y "comunistas". Sin embargo, el al-

El nuevo comité se forma, esencialmente, en base a cuadros provenientes del movimiento obrero y de las secretarías que Joan Saura y Clara Parramon tenían bajo su responsabilidad hasta ahora, las de movimiento popular y organización, respectivamente. Este es el más claro significado del cambio.

**El nuevo comité**

La lista completa del nuevo comité local del PSUC, que se dará a conocer públicamente a la ciudad el próximo día uno de julio en un mitin a celebrarse posiblemente en el polideportivo de Santa Eulalia, es la siguiente: secretario político, Joan Saura; de organización, Clara Parramon; de propaganda, Jesús A. Vila García; de finanzas, Felipe Gómez Cospi; de movimiento obrero, Jaume Valls Pluchas, Antonio Ruiz, Santiago Díaz, Martín, Jordi Guillot, Javier Surmouto y Mariano Aragón; responsable de unidad, Mercè Oliveras; de política municipal, Xavier Arribas; de mujeres, Montserrat Perelló; de cultura, Josep Bovera Serranós; de trabajadores autónomos, Josep Vinals Blosados; de enseñanza, Antonio Bermudo; de movimiento popular, Robert González; en la responsabilidad de organización se añade a Joan Vázquez, Miguel Espí, Josep Gassó y Joan Cornes Mollá.

**Un licenciado en Teología**

Cinco de los veintiún miembros de este comité son obreros, como son administrativos, cinco técnicos de grado medio y dos licenciados, uno de ellos en Filosofía y teología. Se trata de un conjunto muy joven: diez tienen entre veinte y treinta años; seis están entre los treinta y los cuarenta; cuatro entre los cuarenta y los cincuenta y solo uno tiene cincuenta y dos. Significa esto que ninguno de ellos combatió en la guerra civil.

De acuerdo con lo que es la ciudad de L'Hospitalet, seis de estos dirigentes del PSUC llevan de dos a cinco años viviendo aquí; cinco llevan entre cinco y diez años; tres llevan entre diez y quince años; uno lleva entre quince y veinte años y solo seis llevan



José Farfías



Antonio Ruiz



Josep Bovera



Jesus Vila



Montserrat Perelló



Josep Vinals



Robert González



Clara Parramon



Jaume Valls



Mercè Oliveras



Robert González

**BODEGA PRIMI**

SI QUIERE VD.  
VIVIR  
EN BODEGA PRIMI  
DERE CONSUMIR  
Marcelino Esquivas, 69  
Tel. 2490695



**FLORES  
FIGUERAS**

Reproducción de una página de L'Estaca, el semanario local de L'Hospitalet que apareció en febrero de 1978, donde se informa de la conferencia local

que habían generado los ayuntamientos franquistas a lo largo de 40 años de absoluta depredación urbana. La segunda, porque seguíamos siendo el principal partido de la ciudad, si no electoralmente —en las generales de marzo del 79 perdimos tres puntos respecto de las del 77, pero los socialistas habían perdido seis— sí al menos, en cuanto a presencia y protagonismo en los movimientos so-

ciales y entidades. La tercera, porque en la estrategia del partido, conseguir un peso en las instituciones equivalía a tener más posibilidades de imponer nuestras propuestas a nivel local y a nivel general. Y la cuarta, porque estábamos convencidos que conseguir el Ayuntamiento —conseguir la alcaldía— suponía consolidar la presencia activa del comunismo local como una fuerza de futuro.

*Berlinguer, Carrillo y Marchais, sellando la estrategia del eurocomunismo*



No recuerdo con todo detalle cómo se organizaron las agrupaciones del partido a nivel local, pero sí tengo la impresión de que había tres o cuatro agrupaciones que enseguida despuntaron por su capacidad de acoger militancia y de presentar iniciativas. También recuerdo las dificultades que eso supuso a nivel de comité local. Acostumbrados a la clandestinidad y a la vida interna, las agrupaciones y los nuevos tiempos nos impedían seguramente responder adecuadamente. Además, en el seno del comité local había dos tendencias que, aunque siempre subsistieron, ahora parecían opuestas: los que siempre —cada vez más— estaban de acuerdo con lo que llegaba de la dirección, y los que siempre —también cada vez más— éramos críticos y poco entusiastas. Si al principio nuestra cultura comunista nos hacía ser discretos en aras de la unidad, ahora, con el desparpajo de nuestros dirigentes, ya no cabían disimulos. Todo eso fue engendrando recelos y lentitud a la hora de decidir y asimilar y muchos de nosotros acabamos por pensar lo que se venía insistiendo en las reuniones de cuadros: que se debía acomodar el comité local a los nuevos tiempos. Dicho de otra manera: que se tenía que jubilar a los viejos resistentes para poner en cabeza a los comunistas jóvenes bregados en la nueva lucha ciudadana, pragmáticos y resolutivos.

La verdad es que nosotros bastante faena teníamos en el sindicato como para dedicar demasiados esfuerzos al comité local. Seguíamos teniendo nuestro sitio porque el movimiento obrero era la punta de lanza del

proyecto comunista, pero a mí, aquellas batallas sofisticadas, que ya había vivido tantas veces a nivel sindical, no solo me aburrían, sino que me parecían un modo muy destructivo de resolver los conflictos. Por eso fuimos mirando los acontecimientos un poco a distancia, aunque manteniendo nuestra postura muy clara y también nuestras fidelidades.

En el verano del 78 todo estaba ya listo para la renovación. Se organizó una Conferencia del partido a nivel local, la primera en la legalidad de toda su historia, de la que saldría un nuevo comité local renovado y al que se incorporaron un montón de nuevos cargos. La principal novedad es que José Fariñas dejaba la secretaria política y se mantenía como militante de base en su agrupación de Can Serra, lo que creó un cierto descontento entre sus camaradas más próximos porque se registró ese movimiento más como un castigo que como un relevo. Y fue exactamente eso. La consecuencia, no del consenso, sino de la crítica. Se le tachó de inoperante y de poco versátil y su informe político en la Conferencia recibió un alud de críticas, suficiente como para no presentarse a ningún cargo. Los camaradas del movimiento obrero que le teníamos mucha fe, batallamos desde nuestras posiciones para defenderlo, no porque necesitara nuestra defensa, sino porque era un activo del partido que presuponíamos que en el futuro nos iba a hacer mucha falta. También en eso acertaríamos. Al final, concertamos entre nosotros la actitud más pragmática. No cabía más alternativa que aceptar los cambios —no había seguridad de que las cosas fueran a





*Imagen de la firma de los Pactos de la Moncloa en Madrid*

peor— aunque nos mantendríamos vigilantes sobre la deriva de este nuevo órgano de gobierno extenso, plural y... quizás necesario, en el escenario en el que nos encontrábamos. Así que no pusimos obstáculos, aunque nos supo muy mal tener que prescindir de Fariñas. A cambio, la gente del movimiento obrero manteníamos nuestra fuerza en el seno del comité y el comité se ponía de nuestro lado en las disensiones internas que ya teníamos entonces, y que venían de unos cuantos años atrás, especialmente con los camaradas del metal.

Un poco antes de todo eso, rematando la sensación que teníamos de que las cosas en el partido no iban bien, se nos hizo tragar con los Pactos de la Moncloa. Unos acuerdos que se habían pactado entre el gobierno y Carrillo con la intención por parte de Suárez de eliminar la conflictividad laboral para poder poner en marcha sus medidas centristas de gobierno y, por parte de Carrillo, para demostrar que los comunistas seguían siendo los más fiables colaboradores de la Transición. Carrillo quería, y así nos había llegado a nosotros, forzar a Suárez a aceptar un gobierno de concentración que pusiera al PCE no solo en las instituciones sino sobre todo en el gobierno, demostrándoles a sus colegas Marchais y Berlinguer que él, que acababa de llegar a la democracia, tenía un lugar en el ejecutivo que los comunistas franceses e italianos, con mucho más tiempo en la brega y muchísimas mejores condiciones

para influir, no habían conseguido. Tragar con unos Pactos mucho más ambiciosos que los que habían impuesto en Francia y en Italia, Barre y Andreotti, como nos decían, y que habían sido muy criticados por nosotros por su carácter antisocial y que en el aspecto laboral liberalizaban la relación laboral mediante un Estatuto de los Trabajadores que pretendía acotar la iniciativa sindical recién conseguida, ya era demasiado. Sobre todo, si se tenía en cuenta que los derechos adquiridos a través de conflictos, luchas, detenciones y cárceles se ponían en cuestión, como por ejemplo los contratos temporales o el despido libre para los nuevos empleos, además de otras medidas que estaban llamadas a abrir una crisis industrial sin precedentes mediante la prevista reconversión industrial. Tuvimos que explicar lo inexplicable a los trabajadores y soportar como pudimos tantas contradicciones.

La del leninismo, que Carrillo planteó durante su viaje a Estados Unidos de aquellos días, acabó de remover todas las conciencias. Renunciar al leninismo para los comunistas que habíamos hecho de Lenin la punta de lanza de nuestras esencias, el revolucionario que había convertido la Revolución soviética de Octubre en un hito para la clase obrera de todo el mundo, aplicando unos métodos que considerábamos no solo acertados sino imprescindibles, fue la gota que colmaba el vaso, en la misma línea que los Pactos.

Con 230 delegados y una docena de invitados tuvo lugar el pasado martes por la tarde en Can Serra la I Conferencia del sindicato de CCOO en la legalidad. La

organización de la Conferencia fue, en este sentido, un fiel reflejo de las todavía insuficiencias que padece este sindicato, y pese a que los debates fueron en algunos

aspectos ricos, la discusión general no pasó de ser un trámite —que debía realizarse— para posibilitar la nueva etapa que ahora comienza.



Tomás Martínez se dirige a los delegados. (Foto Cera).



Cinco horas de debates (Foto Cera)

I Conferencia de Comisiones Obreras de L'Hospitalet

## Nuevos tiempos, nueva organización

Lo más importante de la I Conferencia fue sin duda, la composición de la estructura organizativa. Después de un año de funcionamiento de la antigua Unión Local, el balance de su trabajo supuso a no dudar, un nuevo planteamiento organizativo que se aprobó en la Conferencia y que supone una dirección colectiva formada por 105 miembros que componen el Consejo Local.

El otro punto de interés fue el referéndum prácticamente anónimo del secretario general del sindicato, que volvió a ocupar el puesto de secretario general del sindicato, Jaime Vallés Pons, tras haber sido en la secretaría con sólo tres votos en contra, garantía de este modo la línea que se ha seguido hasta el momento y que ha supuesto que en un año el sindicato de CCOO pasara de 500 a 28.000 afiliados y ganara las elecciones ampliamente 70%.

### Debate en los puntos fundamentales

Por lo que respecta al debate, el informe del secretariado saliente fue generalmente aprobado con las matizaciones lógicas de los distintos ramos. Unicamente el Metal, y en algunos aspectos muy específicos Químicos, cuestionaron una buena parte del informe. Concretamente, en el primer caso, el representante del secretariado del Metal echó en falta un análisis económico de coyuntura, un capítulo especial sobre los jóvenes y las mujeres, y la falta de burocratización en la política de organización de luchas. En los Químicos, por su parte, se refirió a la cuestión de la Unidad Sindical en el sentido de que debía incluirse en este sentir unitario a todas las centrales sindicales y no solamente a la UGT, tal como quedaba expresado en el informe. Igualmente el representante de este ramo hizo referencia a la política de organización de luchas, en el sentido de que no debía limitarse la posibilidad de las huelgas indefinidas tal como quedaba remarcado en el informe, considerando que esas debían decidirse en base a la especial coyuntura y las características de cada lucha.

En el caso de Sanidad, donde había una postura minoritaria calificada con derecho a exponer su postura, la minoría introdujo la cuestión del apoyo o no a los Pactos de la Moncloa. El representante

tal, centró su intervención en los Pactos y la falta de discusión interna en el sindicato sobre esta cuestión para poderse pronunciar en un sentido u otro.

### Participación de los ramos

En el aspecto positivo, matizaron de determinados aspectos del informe, como presentar las intervenciones del resto de ramos. La representante de la Limpietas echó en falta una dedicación expresa a la necesidad de la formación sindical y a la adquisición de un local propio con lo que pone un cuestionamiento a lo que también el Metal —la política de locales seguida hasta ahora. En Textil hizo referencia al papel de CCOO sobre el paro, que debe obligar al Ayuntamiento a tomar medidas al respecto, la cuestión de las elecciones municipales, el papel de la mujer en el seno de CCOO y el papel de la propaganda. El representante de Ensenanzas hizo hincapié en el carácter sociopolítico del sindicato y su necesario apoyo a una escuela pública, a la amplitud de la lucha sindical no exclusivamente referida a los convenios, y a la necesaria concreción en L'Hospitalet de la política sindical de CCOO. Se refirió asimismo a la necesidad de un análisis crítico de las movilizaciones llevadas en esta ciudad y al fomento en particular de las asambleas de delegados.

El sindicato de Vidrio y Cerámica cuestionó la apretada organización de la Conferencia —pidió un plazo de 3 meses de preparación—, se refirió a la actitud de Químicos en torno a la unidad sindical, pidió que no se renunciara al patrimonio sindical, y se pronunció por los pequeños informativos como fuerza paralela del movimiento huelguístico. Como Enseñanzas resaltó la necesidad de concretar la acción sindical y pidió igualdad en el apoyo a las huelgas obreras que se van produciendo. Terminó la intervención remarcando la necesidad de un estatuto de funcionarios de la CCNY para que el conjunto de los afiliados controle el nivel de libertades, administrativos y salariales del sindicato de CCOO.

### El sindicato en Sanidad

Sanidad se refirió muy concretamente al campo específico de la sanidad en L'Hospitalet haciendo un análisis riguroso de la realidad sindical en la Residencia y en los ambulatorios, cuestionando la

Antes Grífies, por su parte se refirió a la cuestión de las finanzas planteando la centralización de las mismas y se pronunció en contra del sistema de paquetes. La Madera agradeció a la Unión Local su buena dedicación dispuesta a los ramos pequeños y la ayuda recibida para su consolidación. Se refirió a continuaciones, a la cuestión escolar y a la necesaria intervención de CCOO en esta cuestión.

La Construcción señaló su reconocimiento por la gestión de uno de los abogados laborales que más se ha dedicado a la formación sindical. Luis Solís, y se refirió a lo dicho por Artur Grífies en la cuestión de Finanzas, planteando asimismo el control de libertades. Por último Alimentación hizo referencia al paro y a la necesidad de que no se reproduzcan los pactos, si luego no se van a cumplir.

### Los votos finales

Concluido el debate en torno a los tres puntos más polémicos se realizó el favor de la enmienda que indica que se planteará la unidad en L'Hospitalet con todas las centrales obreras, por 155 votos a favor de la enmienda, 45 a favor del rediseño original y 26 abstenciones. En la cuestión de la huelga indefinida, de acuerdo con el rediseño original que indica que no se deben plantear las huel-

gas indefinidas se pronunciaron 135 delegados. Treinta y cinco votaron en contra y 18 se abstuvieron. La relación con los Pactos de la Moncloa la votación se resolvió de la siguiente manera, 69 votos a favor del rediseño original que especifica un apoyo explícito a los Pactos para hacer cumplir los aspectos positivos, 48 en contra y 97 abstenciones. La Resolución obrera, una vez recogidos algunos aspectos de los debates, un referéndum mayoritario: 149 votos a favor, ninguno en contra y 51 abstenciones.

La elección de los órganos de gobierno se realizó a través de la propuesta de la comisión de candidatura sin apenas votos en contra. El nuevo secretariado estará formado por Jaime Vallés, Santiago Díaz, Damián Tasciara, Miquel Riera, Miquel Solís, Javier Moreno, Jordi Guixot, Vicente Ventura, José Ferrer, Tomás Martínez, Pep Ribes y Antonio Ruiz.

Hubo momentos muy emotivos. Uno de ellos fue cuando la sala puesta en pie agradeció con un aplauso unánime la colaboración de los parrocos de Santa Eulalia, San Josep y Can Serra. El párroco de Santa Josep, cerró el aplauso con unas sencillas palabras: "Era nuestra obligación". Se leyeron adhesiones de USO, UGT, Unión de Pagados, y se recogieron suscripciones de MUM, OCE (BR), PSUC, MCC y ICC. JRSUS-A, VILA

## Los parados ante el Ayuntamiento

El miércoles día 21, unas sesenta personas en paro, pertenecientes a las centrales UGT y CCOO, se concentraron en la Plaza del Ayuntamiento durante casi dos horas, para solicitar una entrevista con el alcalde, señor Perelló, en la que tenían previsto abordar el problema del paro, y buscar posibles soluciones para paliarlo.

El alcalde, no obstante, se excusó alegando que tenía que marcharse urgentemente a realizar unas gestiones. Los manifestantes llevaban pancartas alusivas a los 17.000 parados de L'Hospitalet y al paro juvenil en concreto.

## Construcción: Tablas de parados

En la tarde del día 22, miembros de la Unión Agraria Cooperativa —antes Vinos Casanova— fueron desfilando por la policía, el jueves día 22, miembros de la

### Cuatro detenidos

Cuatro trabajadores de la Unión Agraria Cooperativa —antes Vinos Casanova— fueron desfilando por la policía, el jueves día 22, miembros de la

Los Pactos de la Moncloa suponían cumplir con los objetivos de la UCD en el gobierno, pero el mismo gobierno se saltó los compromisos de contrapartidas que el PCE había puesto sobre la mesa. El resto de la oposición se añadió, pero a regañadientes y con la boca pequeña, mientras que los comunistas aparecíamos a los ojos de toda la sociedad como los que asumíamos los

compromisos, sin fuerza para hacerlos cumplir a los demás.

También a finales de junio de 1978, exactamente los días 27 y 28, celebramos en Can Serra la I Conferencia de CCOO de l'Hospitalet en la legalidad. Participaron 230 delegados y una docena de invitados y la Unión Local provisional, nacida todavía en la clandestinidad, debía afrontar los nuevos tiempos con más





*Una manifestación de estos días en las calles de Pubilla Casas. Se pueden ver en primera línea a muchos de los miembros de la nueva dirección de CCOO en l'Hospitalet: Jaume Valls, Tomás Martínez, Pep Ribas, Mercé Romans y entre otros, Marcelino Sánchez y José Fariñas, algo más atrás. Mientras, la policía se mantiene a la expectativa, flanqueando la marcha*

destreza y con más recursos. La Conferencia debía elegir un Consell Local de 105 miembros y renovar o no al secretario general. El informe del secretariado saliente fue aprobado por una gran mayoría, pero hubo excepciones. Las consabidas del Metal y algún apunte de Químicas, que fue debidamente registrado, por su interés en mejorar la unidad sindical incluyendo no solo a UGT en esta estrategia sino al resto de compañeros encuadrados en sindicatos minoritarios, algunos de los cuales habían luchado con nosotros codo con codo. No era eso lo que se planteaba en el Metal, donde Tomás Martínez tomó el protagonismo de una rama en la que teníamos una importante contestación interna, no tanto por motivos ideológicos o sindicales, que también, sino por cuestiones de índole personal. Y no precisamente con Tomás. Sin embargo, sus críticas se dirigieron a la falta de diálogo en el secretariado —cosa que era cierta en parte—, a la falta de un análisis integrador respecto a los jóvenes y las mujeres —no tan cierta— y a la ausencia de un análisis de la coyuntura económica. También Sanidad puso sobre el tapete, la ausencia de discusión interna sería sobre los Pactos de la Moncloa y la constatación de que

había una posición de la dirección bastante contraria, lo que resultaba un contrasentido, porque CCOO a nivel global los defendía. Las enmiendas se resolvieron todas a favor del redactado de la Resolución, que se aprobó solo con 51 abstenciones, y la nueva dirección se aprobó sin apenas votos en contra. El primer secretariado del sindicato quedó formado por una docena de compañeros entre los cuales estaban los pesos pesados de las distintas ramas, gente con la que habíamos compartido luchas y esfuerzos: Santi Díaz, Dositeo Talavera, Mercé Romans, Ildefonso Soler, Javier Moreno, Jordi Guillot, Vicente Ventura, José Ferrero, Tomás Martínez, Pep Ribas y Antonio Ruiz. Yo fui elegido secretario general de nuevo, con solo tres votos en contra. Habíamos ganado las últimas elecciones con el 70% de los representantes y habíamos pasado en solo un año de 500 a 28.000 afiliados. La Conferencia se cerró con un aplauso de los delegados a los curas párrocos de las iglesias de Santa Eulalia, San José y Can Serra que tanto habían ayudado a la causa obrera y que se encontraban presentes como invitados. Mossén Leandre afirmó, como agradecimiento, que "era nuestra obligación".

Jaume Valls, máximo dirigente de CCOO

## Bueno como el pan, duro como la piedra

Jaume Valls, plomero de las Construcciones Obreras de L'Hospitalet, ha sido reconocido como secretario general de la Unión Local en la primera conferencia que esa central ha realizado en la ciudad. Hombre de apariencia ruda, campesino primero y obrero después, nacido en el pequeño pueblo aragonés de Bellús, lleva sobre sus espaldas toda la carga de responsabilidad que supone ser el máximo dirigente de una central que cuenta con 25.000 afiliados. No obstante, tras esa apariencia hay una buena dosis de amabilidad, sensatez y enojar se sencilla que de alguna manera han hecho posible su ratificación en el cargo.

De padres campesinos, con simpatías republicanas, deja sus estudios a los catorce años para trabajar de pastero, oficio que desempeña hasta los 18 años. Le entusiasma cuando una se primer contrato con la construcción, pues en él que más intensamente ha desarrollado su actividad sindical, desde que, tras militar en el PSUC durante bastantes años, organiza la primera comisión obrera de la ciudad en 1965.

«A los 14 años, cuando era aprendiz de pastero conocí a mi camarada que me dio la información que ha marcado toda mi vida. La única suida que yo veía para salir del hambre que había padecido en la ciudad era el socialismo».

Jaume Valls se puso más tarde en contacto con algunos militantes del PSUC exiliados en Francia.

«Me enseñaron algunos libros. Me acuerdo que tenía tanto miedo que cuando recibía sus cartas los quemaba. Por aquel entonces, evidentemente, compartían con los libros comunistas suponía estar muy cerca de la criminal de muerte. Hasta el año 54 vino de recuerdo con de esos compañeros exiliados, y me introdujeron definitivamente en la organización».

En 1957 se casa con Agustina, nacida en Reus, en la provincia de Zaragoza, y emigrada a Bellús tras la guerra, según que sirvió en Aragón en la década de los 30. Agustina era hija de otro exiliado.

«Fue admirable el amor de los mayores, cuando no estando en los partidos formaban enormemente nuestra labor al encargarse por fuera de los trabajos que nosotros debíamos desempeñar en casa».

Jaume Valls tiene fama de ser machista, pero todo parece indicar lo contrario.

Tengo dos hijas a las que doy completa libertad de decisión. En lo único que estoy especialmente empeñado es en

que estudien. Ellos les facilitará cualquier material. No quiero que tropiecen varias veces para darse cuenta de la realidad».

### A la cara de la gran empresa

Como tantos y tantos militantes del movimiento obrero, tiene que emigrar a la ciudad, ante la inestabilidad en el campo. Llega a Barcelona en 1964, después de que los animales de la granja que había instalado en Bellús murieran de epidemia. Una vez en L'Hospitalet, su principal interés se centra en las grandes empresas. De esta manera, presenta una instancia solicitando empleo en SEAT, en la cual no entra —según el reconocimiento médico— por tener una pequeña dificultad en un dedo. Más tarde, a finales del 64, Jaume Valls comienza a trabajar en SAMPER, una fundición de cobre y latón situada en Collblanc, hoy desaparecida.

«El trabajo allí era muy duro. El sueldo, los gases y la monotonía de las máquinas era insostenible. Acababa por no salir al trabajo. Uno de mis ilustres compañeros entró en esa fábrica con las expectativas que en el campo no había disfrutado nunca. Y precisamente allí había que trabajar y además sin ningún movimiento sindical. Así empezó la primera Comisión Obrera. Allí conocí a Carrasco y a Requena y organizamos una célula del PSUC, a la vez que trabajábamos en la comisión. Esperábamos alcanzar un programa y otros objetivos que nos llevarían a poner en contacto con los comités recién constituidos de San Martín y Riera Llobregat. Los primeros plomeros se establecieron en el barrio de Almeda, y es allí donde en 1967 fueron detenidos cuarenta compañeros, cuatro de ellos de la empresa Samper. No obstante, la batalla continuó. Conseguiamos vencer los salarios, que después parcieron los salarios por debajo mismo, convirtiéndose en la futura».

Jaume Valls abandona SAMPER a raíz de una maniobra de la dirección que consistió en ofrecer dinero a todos los trabajadores para que se marcharan, negando una inexistente crisis.

«La situación se había insostenible. Nos dio la impresión de que nos habían ganado la partida y nos marchamos. Más tarde, la empresa volvió a coger más gente. Fue una gran experiencia porque nos hizo pensar en el error que habíamos cometido al aceptar el dinero y marcharnos».

Vuelve entonces a trabajar de albañil. El año fresco, como él mismo confiesa, le resultó mucho mejor. Jaume Valls aún sigue aterido el campo. Pasa de ser preocupado por él, es que en 1976



Uno de los secretariados de construcción. Antonio Ruiz al fondo, es el actual secretario.

empresas de construcción. Algunos de ellas en Barcelona, pero a pesar de ello, cada quince días nos reuníamos en los barcos de Sanfeliu, en los de Pujals Cases o en la selecta de Santa Eulalia».

### Cinco veces detenido

A raíz de su vuelta a la construcción, comienzan las detenciones y las sanciones. En abril de 1968 es detenido cuando prepara las manifestaciones del Primero de Mayo en L'Hospitalet. Acusado de reunión ilegal, pasa dos meses en La Modelo, o lo que ocurre en 1969, para permanecer allí durante cinco meses, acusado de ser comunista y de haber formado una célula del PSUC en SAMPER. Y así, en tres ocasiones más.

«A todos los detenidos los detienen o usaron a mí. La policía sabía que yo era el hombre más fuerte que se podía tener por la ciudad de L'Hospitalet. No obstante, las comisiones obreras no alcanzan mayor fuerza hasta 1973, año en el que se articula un movimiento organizativo en L'Hospitalet. Antonio Ruiz en la construcción, en metal Tomás Martí, en pinturas Vicente Ventura, y así en otros ramos».

Pero de toda esa actividad, Jaume Valls no puede disimular su proximidad emocional al ramo de construcción. Como más "espectacular" recuerda la comisión que se formó en las obras de la Residencia sanitaria "Príncipe de España", en la que participaron los 500 trabajadores de la misma. Por sus actividades en esa comisión, el Gobernador Civil de Barcelona, Pelayo Ros, le puso una sanción de 10.000 pesetas por organizar asambleas y subvertir con los trabajadores de Roca.

En muy poco tiempo, las embrionarias Comisiones Obreras se han convertido en una central sindical con 25.000 afiliados, que han vuelto a depositar su confianza en Jaume Valls.

«Pienso que son tres las personas que han influido en los 25.000 afiliados que tenemos en estos momentos en L'Hospitalet. Por un lado, el modo sindical elegido por el sindicato verticalista; por otro, porque la gente sabe que CCOO ha defendido siempre a los trabajadores; y finalmente porque por el tipo de sindicalismo que hemos hecho, que nos obligaba a estar constantemente en los empresas o en la comisaría, porque las autoridades laborales, los trabajadores nos han ido conociendo y ahora confían en nosotros».

A menudo la gente, desconociendo el funcionamiento organizativo de las centrales, las acusa de tener muchos filiales.

«Es necesario que haya libertades dentro de la central. Es necesario que cuando los afiliados quieren o necesitan consultar, tengan a alguien en aquel momento que los escuche, trate, valoremos lo que son los recursos, tratemos de tenerlos con una jerarquía, sencillez y experiencia que inspire confianza, y sobre todo, que no se sientan superiores a los demás afiliados. Tenemos que conseguir que el trabajador no corra tanto por los sindicatos y abogados como por sus propios compañeros».

Una de las resoluciones del Congreso de la CONC celebrado recientemente, fue la de iniciar el proceso de unidad sindical con la UGT. En la Conferencia de CCOO de L'Hospitalet, una considerable mayoría de delegados votó la unidad con todos los corrientes sindicales.

«Estamos a favor de la unidad con las fuerzas que tengan un mínimo de influencia en la localidad. De todas formas se hará todo lo posible para que se cumplan las acuerdos de la Conferencia. Sobre todo tengo que decir que el balance es muy positivo por cuanto participaron casi todos los delegados provinciales, procedentes de las últimas elecciones. CONXITA GÓMEZ».

## Entrevista parados-alcalde

Un centenar aproximado de obreros en paro acudieron el pasado miércoles a la asamblea efectuada por CCOO y UGT en la plaza del Ayuntamiento para tratar de conseguir del alcalde alguna medida efectiva para resolver su problemática. En la entrevista que siguió a la asamblea y a la que asistió también una buena representación de la Asociación de Parados, el alcalde se comprometió a iniciar la recopilación de datos para elaborar un informe sobre el problema.

organismo único para ser el interlocutor del alcalde y llegar a resultados positivos. Se valoró además la posibilidad de acudir directamente a Madrid, en compañía del alcalde, para exigir medidas inmediatas, una vez elaborado el informe sobre el paro en L'Hospitalet.

Se llegó también al acuerdo de que el alcalde tratase de reunir a los empresarios más cualificados de la ciudad, en base a llegar a una mesa de negociación con los centros para, de forma

Entrevista en L'Estaca a Jaume Valls, al que la periodista califica como "bueno como el pan, duro como la piedra"



Y la nuestra era agradecerles su valor en unos momentos que para ellos eran delicados y para nosotros fundamentales. Nuestra lucha era la lucha de los trabajadores, creyentes y no creyentes, estuvieran donde estuvieran y pensarán lo que pensarán. Hubo muchos que se nos acercaron, porque predicamos con el ejemplo, como habían hecho esos curas va-

lientes. Pero había todavía muchos por vencer.

Nos sirvió para dar otro paso adelante, la lucha contra la implantación del Estatuto de los Trabajadores, impuesto por la mayoría de derechas en el poder con el inusitado apoyo, no solo del PSOE, que quería mostrar su cara menos conflictiva, sino también del sindicato





*Fragmento del folleto electoral donde, en las elecciones municipales de 1979, se presentaba uno por uno a los candidatos a concejales por el orden en que aparecían en la lista: el primero, Candel, el segundo, Saura y el tercero, Jaume Valls*

UGT, con el que empezábamos a tener notables diferencias. Para oponernos al Estatuto, organizamos desde CCOO asambleas en las fábricas y varias manifestaciones que concluyeron con una gran concentración en Madrid, en el Parque del Retiro, donde estuvimos presentes más de 300 trabajadores de nuestra ciudad, poniendo en evidencia que teníamos la máquina bastante engrasada aunque aquello no iba a resultar eterno.

En su momento, a nosotros nos habían convencido bastante explicándonos que los resultados electorales del 15-J se debían a la desconfianza de la sociedad sobre la capacidad de los comunistas para aceptar acuerdos y su predisposición para la convivencia democrática. Cuando tuvimos sobre la mesa los resultados de marzo de 1979 ya no había excusas. Primero, porque antes de las elecciones de junio del 77 había habido los crímenes de Atocha y ya entonces los comunistas demostramos a todo el país que se podía contar con nosotros y con nuestra serena actitud de dolor y de patriotismo. Segundo, porque ahora sí que había habido tiempo sobrado y acontecimientos significativos (la participación, negociación y aprobación de la Constitu-

ción, por ejemplo) para hacer olvidar a la sociedad su desconfianza hacia el comunismo español, y el resultado había sido prácticamente el mismo.

Definitivamente, los comunistas, para el conjunto del país como era evidente, ni éramos los mejores, ni éramos imprescindibles. Y sobre todo, ni teníamos el partido más capaz, ni el más fuerte. Así que lo que estaba a punto de llegar, no podía ser ninguna sorpresa.

Y lo que estaba a punto de llegar era la culminación del proceso en el que se unía una cierta frustración por la percepción que la sociedad tenía de nosotros y una incapacidad muy clara para ver dónde estaban los responsables y las causas de todo eso. Cuando pasan estas dos cosas, las peleas internas son irremediables. Y eso es lo que nos pasó, que lo que habíamos construido a base de sacrificios y muchos años de dedicación, estaba a punto de irse por la alcantarilla en unos pocos meses.

Para eso había que llegar al inicio de la siguiente década. Cerrábamos los setenta, especialmente en L'Hospitalet, con un sindicato fuerte y un partido como nunca antes. Miles de afiliados y simpatizantes se nos habían

acercado en muy pocos meses, de modo que éramos, con diferencia, el principal sindicato entre los trabajadores de la ciudad y el principal partido entre los ciudadanos. Lo que nos pasó a nosotros pasó también en la comarca del Baix Llobregat, especialmente en los municipios más industriales y en muchos de los municipios más combativos.

Hay que decir, en honor a la verdad, que el comité local que preparó las primeras elecciones municipales, hizo un trabajo titánico para explicar a la ciudad que se quería llevar al ayuntamiento a los mejores, a los más representativos, a los que mejor habían combatido al franquismo y mejor habían construido una democracia que todavía estaba en fase de consolidación. A la hora de diseñar la lista, como no podía ser de otra manera, los representantes del movimiento obrero ocupamos algunos de los primeros puestos sin discusión alguna, aunque, a decir verdad, excepto tres o cuatro compañeros y algunos independientes que, por razón de su prestigio se incorporaron a ellas, el comité local en pleno figuraba en la candidatura municipal. Ello significaba dos cosas: que el comité local reunía a la gente más representativa del partido en la ciudad, pero también que se apostaba muy claramente por el trabajo institucional. Eso habría de repercutir en negativo inexorablemente en el trabajo en los movimientos sociales, en el sindicato y en los barrios.

No recuerdo con exactitud cuantos compañeros del comité local no estuvieron en la lista, pero si recuerdo en especial a uno que fue invitado a participar en un lugar relevante que se negó rotundamente. Fue, de nuevo, José Fariñas. No estaba en el comité local por decisión propia pero no se habría entendido que no estuviera como candidato en el Ayun-

tamiento. Recuerdo que algunos le insistimos al respecto privadamente, pero no quiso estar. Aquel no era el comité local que él hubiera formado y aquella tampoco era la lista que él hubiera defendido. Con ese criterio nos quedamos quienes todavía le seguíamos. Aquella candidatura era la de nuestro partido, pero no estábamos del todo seguros de que fuera la nuestra. Sin embargo, ni regateamos esfuerzos, ni por supuesto boicoteamos nada que perjudicara el resultado final. Pegamos tantos carteles como pudimos, organizamos y participamos en cuantos actos se programaron y defendimos nuestro programa electoral entre los trabajadores y afiliados de CCOO convencidos de que había que hacer el mejor trabajo en el Ayuntamiento.

Lo normal hubiera sido que el cabeza de lista fuera el líder del partido, solo que el líder del partido era líder desde hacía 10 meses y l'Hospitalet le parecía suficientemente importante a la dirección del PSUC como para meter baza. Fue el Guti quien sugirió un cabeza de lista ilustre para nuestra ciudad. Una persona cuya única relación con la ciudad eran sus charlas en los barrios cada vez que se requería su participación y su supuesta representatividad como inmigrante de izquierdas. Ni era un político —más allá de que había sido senador en 1977 por la Entesa dels Catalans—, ni tenía ninguna vocación al respecto, pero era una persona conocida y popular en los ambientes obreros, aunque jamás se había destacado por su ideología comunista. Se lo propusieron y aceptó. Era el escritor Francisco Candel. El Guti, y muchos camaradas del comité local, pensaron que Candel nos haría ganar la alcaldía con el mismo éxito que el fenómeno de la Entesa en el Senado. No se sabrá nunca los votos que trajo al partido, pero yo me temía



---

entonces y lo sigo pensando ahora, que lo que nos aportó votos es lo que encabezaba el mensaje con el que presentamos la candidatura en marzo del 79: “gente de l'Hospitalet para l'Hospitalet”, aunque, como ocurre a menudo, el mensaje mintiera en su primera página, aquella donde aparecía Candel que, justamente, no era de la ciudad.

Saura fue el segundo y yo el tercero. Sacamos 11 concejales y perdimos la alcaldía por 7.200 votos (tuvimos casi 41.500, por 48.700 los socialistas) pero fue obligado hacer un gobierno de coalición PSC-PSUC-CiU con solo dos

concejales de UCD en la oposición (más tarde se rompería el “pacte de govern” con CiU). De los representantes comunistas del movimiento obrero presentes en la lista, tres entramos en el Ayuntamiento: Antonio Ruiz, Santiago Díaz y yo mismo, además de José Carrasco que había coincidido conmigo en la primera Comisión Obrera que se formó en la ciudad, aunque estaba más vinculado ahora a los trabajos del movimiento popular. Cuatro de once. No estaba mal, viniendo de donde veníamos y teniendo en cuenta cómo estaba el partido.

---

## 4.

# De la ruptura a la recuperación de la memoria (1980-1994)

El partido estaba en crisis, aunque no lo pareciera y los resultados electorales no ayudaron. No así Comisiones Obreras que crecía y crecía pese a lo complicado que era explicar por qué los comunistas apoyábamos unos Pactos de la Moncloa dictados desde arriba, no discutidos y, por lo tanto, no asimilados. Éramos, lo quisiéramos o lo disimuláramos, un sindicato, en Catalunya, correa de transmisión del PSUC. Siempre nos habíamos negado a que el partido manejara al sindicato, pero era inevitable que los comunistas confiáramos ciegamente en los dirigentes comunistas y lleváramos a las asambleas del sindicato políticas que, si bien no eran exactamente las que el partido quería imponer, no eran en absoluto críticas ni, por supuesto contrarias. Por eso, nos teníamos que oír de los compañeros que militaban en organizaciones a la izquierda, o de aquellos que no estaban afiliados a ningún partido, que CCOO no era independiente y que el PSUC influía demasiado.

Era verdad, aunque lo negáramos entonces. Pero no era una imposición. Es que los comunistas en CCOO nos creíamos que íbamos bien orientados, que buscábamos lo

mejor para el movimiento obrero, que de la mano de nuestros dirigentes íbamos a cambiar la sociedad.

Así, cuando se celebró el Primer Congreso Confederal, en el Palacio de Congresos de Madrid, en 1978, y se reeligió como secretario general a Marcelino Camacho, pese a la frustración por no haber conseguido un único sindicato de clase para todos los trabajadores, nuestra confianza en CCOO era máxima y esperábamos que la fuerza sindical en las empresas y en la calle cuando hiciera falta —que seguro que iba a ser pronto— nos daría capacidad suficiente para modificar la realidad. Con los resultados electorales ya se vió que estábamos bastante solos. Que aquellos a los que criticábamos por sus vacaciones de 40 años se llevaban la palma electoral. Que la gente parecía confiar en ellos más que en nosotros, sobre todo cuando se trataba de llevar a los comunistas a las instituciones. Y entonces, empezamos a pensar que la causa de todo ello no estaba solo en la sociedad. Era verdad que la sociedad en general y la clase obrera en particular se habían dejado influenciar mucho por lo que representaba el franquismo desde la

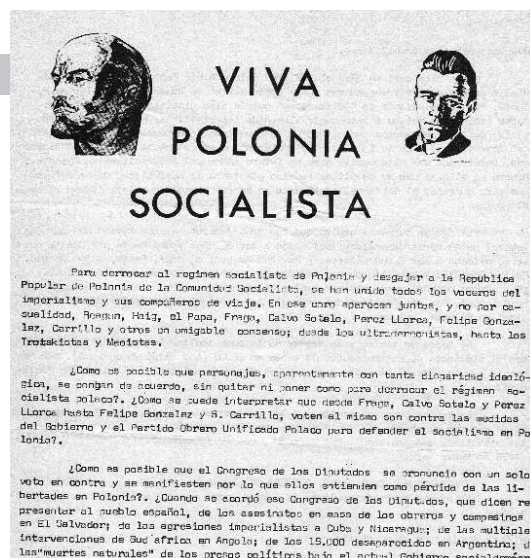


*Imágenes del Primer Congreso Confederal de CCOO en Madrid en 1978. Arriba a la izquierda diversos compañeros entre los que se distinguen a Esteban Cerdán y Antonio Ruíz entre muchos otros. Arriba a la derecha, Ángel Rozas y otros compañeros con Antonio Ruíz, y abajo, Valls en un momento del plenario con el puño levantado y en la explanada del Palacio de Congresos.*

perspectiva cultural: era una sociedad atemorizada, poco valiente. Solo los comunistas desafiábamos el miedo, por eso éramos reconocidos y queridos, pero no conseguíamos introducir en el conjunto de la sociedad el espíritu de lucha, la rebelión imprescindible para avanzar en una sociedad abierta y democrática. No conseguíamos llegar a las masas, pero para llegar a las masas teníamos que estar previamente convencidos. Y algunos de nosotros empezábamos a dudar. Un partido que se había roto la cara por la república, y que había llevado al frente de batalla a millares de combatientes bajo la tricolor, de pronto aceptaba la monarquía y la bandera de los fascistas. Un partido que siempre había estado al lado de los comunistas que habían hecho frente al fascismo y al nazismo en la guerra mundial, em-

pezaba a criticar duramente algunas decisiones internacionales. Primero fue la invasión de Checoslovaquia en 1968, después los acontecimientos muy recientes de Polonia y *Solidarnosc*, más tarde la invasión soviética en Afganistán. Criticar a los soviéticos se había convertido en el mismo deporte que practicaban los socialistas europeos, que solo pretendían mejorar el capitalismo y no acabar con él, y todas las fuerzas conservadoras y de derechas que daban cobertura al imperialismo y a los golpes de Estado contra los pueblos que luchaban por su liberación nacional o de clase. Y todo esto se producía sin apenas digestión. Pasábamos de una consigna a la siguiente sin discutirla en los órganos de dirección local, asumiendo lo que ellos, los dirigentes del Ejecutivo, discutían y decidían. (Más tarde tuvi-

**En estos años, algunos grupos de la izquierda comunista, lanzan a la calle panfletos como este firmado por el PCEU, en solidaridad con el régimen comunista de Polonia amenazado por las maniobras del sindicato Solidarnosc**



mos oportunidad de saber que ni siquiera ellos debatían esas cuestiones, que la mayoría de esos cambios estratégicos habían nacido de los análisis muy particulares del secretario general del PCE, que además los imponía a su camarilla, provocando constantes conflictos internos que se iban convirtiendo en debilidades en la cúpula.)

Y así fue como lo que, en un principio eran opiniones contradictorias en el comité central y en los comités locales, se fueron convirtiendo en opiniones contrarias y quienes las defendían, en miembros de unas corrientes que estaban prohibidas en el partido bajo la acusación de trabajo fraccional. Yo acabaría siendo acusado de fraccionalismo por el comité local de l'Hospitalet, estando ya de concejal en el ayuntamiento y siendo el secretario general de la Unión Local de CCOO. Y en esa ocasión, por primera vez, me plantearía dimitir de todos mis cargos y marcharme a militar a mi agrupación de Bellvitge como afiliado de base, tras una agria discusión con el Guti.

Esas opiniones contradictorias venían de antiguo pero las opiniones contrarias se fueron labrando sobre la base de las nuevas experiencias y de la constatación de filias y fobias entre dirigentes y entre militantes de base. Y de ahí se pasó con mucha facilidad a los clichés

y a las subjetividades. Los trotskistas siempre decían que permitir que haya corrientes en los partidos comunistas favorece el debate y la superación de las opiniones enfrentadas. Pero nosotros no éramos trotskistas. Es mas, nosotros repudiábamos a los trotskistas y cualquier cosa que nos asimilara a ellos era rechazada de plano. Así que no podíamos hablar de corrientes, pero en cambio hablábamos cada vez más libremente y con más rabia, de los euros y más tarde de los *leninistas*, a la vez que ellos nos tildaban de *afganos* y de *prosoviéticos*.<sup>7</sup>

En el comité de l'Hospitalet había abundancia de esas tendencias especialmente de quienes nos situábamos en los extremos, acusándonos mutuamente de haber lastrado el partido y de ser los responsables de la imagen de división que tanto daño nos hacía. De los concejales electos, cinco podían ser considerados como euros u oficialistas y tres como *afganos*, entre los que me encontraba, más

7. En abril de 1978, la Unión Soviética invadió Afganistán en apoyo del gobierno de la República Democrática de Afganistán contra los muyhaidines islamistas que habían recibido armas y dinero de los Estados Unidos en la guerra civil de ese país asiático. Apoyar incondicionalmente a los soviéticos se interpretaba como signo de stalinismo y por eso los comunistas menos críticos con la URSS fueron tildados peyorativamente de afganos y prosoviéticos.





*Documento de Estatutos y Tesis del V Congreso del PSUC que resultó la espoleta que dinamitó el Congreso y el partido*

otros tres a los que costaba identificar pero que, puestos a decidir en las votaciones, se inclinarían fácilmente por el oficialismo. O sea que estábamos en clara minoría y además éramos el eje obrero y la representación de CCOO en el comité local. Era fácil, para los ajenos al partido, identificar, de ese modo tan cómodo, a los obreros de Comisiones con los defensores de las esencias clásicas del comunismo, que además eran los militantes más veteranos y, en un sentido contrario, a los eurocomunistas con los más reformadores, los más recientes en llegar al partido y los más críticos con la Unión Soviética y sus políticas internacionales.

Por más que en ambos lados hubiera de todo, en esencia la imagen era esa. Y era una imagen general que se daba también en el comité central y en la ejecutiva del PSUC a nivel global. Pero junto a los directamente adscritos a esas posiciones, por sentimiento y por simpatía hacia las ideas, también había los oficialistas tradicionales, siempre a bien con el poder, viniera de donde viniera. Por eso, entre los concejales y en el comité local de ese período había *euros* y *afganos*, pero también gente que se alineaba con los que decidían y tenían más peso (y otros que sentían simpatía por nuestros principios pero que también eran críticos con las ideas clásicas que provenían del estalinismo). Algunos de aquellos seguidistas acariciaron la estela leninista cuando los leni-

nistas mandaron en el partido durante unos pocos meses. Y todo eso acabó de dar una imagen de división prácticamente irreconciliable.

Lo que se daba en el comité local se daba también a nivel general del PSUC. Se daba también, pero con menor relevancia, en Comisiones. Es verdad que en algunos ramos dominaban unas tendencias y en otros otras, pero, en general, los debates en el seno de CCOO se centraban en aspectos menos viscerales y más prácticos y los enfrentamientos resultaban más asimilables. Para decirlo con más claridad: los enfrentamientos se llevaban al terreno político, no al sindical, quizás porque en el sindical trabajábamos con muchos afiliados de procedencias diversas y las cuestiones prácticas era lo que de verdad importaba.

No sabría explicar en qué momento preciso se levantaron las barricadas entre nosotros. Solo sé que el enfrentamiento estaba listo cuando se convocó el V Congreso, a mediados de 1980. Se llegaba a ese V Congreso después de dos elecciones generales y unas municipales cuyos resultados estaban muy lejos de ser los que se esperaban; con más de 10.000 militantes menos que en 1978 y después del fracaso estrepitoso de la estrategia de ruptura democrática defendida por el partido y el más ridículo todavía fracaso del gobierno de concentración que predicaba

---

Carrillo. No contentos con eso, estábamos siendo los principales impulsores de los Pactos de la Moncloa y los únicos que defendíamos todavía la estrategia eurocomunista, después del desastre electoral del PCI y su compromiso histórico en 1979 y el abandono de esos mismos presupuestos por el PCF, que veía como un error estratégico el acercamiento a la socialdemocracia en Francia. Y encima, observábamos con cierto estupor la profesionalización de la política por parte de militantes provenientes de aquella Bandera Roja que se incorporó al partido en 1974 y que más se habían distinguido por defender la lucha institucional frente a la movilización permanente de masas que defendíamos los comunistas de siempre.

Todo hacía pensar que frente a la tranquilidad con que se había desarrollado el IV Congreso, este V Congreso podía dar la oportunidad de expresar el descontento que se respiraba en las agrupaciones del partido a través de una cosa muy poco material pero muy constatable: el desencanto. Si había desencanto era porque antes los comunistas nos habíamos creído lo que nos decía la dirección y explicaban algunos datos: que la estrategia que nos vendían era tan acertada que dabas una palmada y caían comunistas de los árboles. Ahora, los mismos que nos habían puesto tantas mieles en la boca, se empeñaban en criticar nuestro infantilismo, nuestras ensoñaciones delante de una realidad que era mucho más dura de lo que se había previsto. Y nada de esto contribuía a calmar los ánimos si no más bien todo lo contrario.

Cuando el Comité Central del PSUC aprobó las tesis para el V Congreso, en mayo de 1980, se preveía convocar el Congreso para octubre, pero al final se aplazó para entre el 2 y el 6 de enero. El anteproyecto de tesis había

recibido más de 400 enmiendas y, lo que al final se aprobó, hacía una lectura crítica de la Transición, de los Pactos de la Moncloa, de la política de consenso y del papel jugado por los comunistas en todo el proceso. Se condenaba la intervención soviética en Afganistán, se reafirmaba la autonomía de Comisiones y se apuntaba el papel clave del PSUC en la reconstrucción nacional de Catalunya.

Cuando Gregorio y el Guti expliquen en la ejecutiva del PCE lo que se ha aprobado en el Central del PSUC, las críticas serán furibundas. Como que el PCE se había recuperado algo en las generales de marzo del 79 y el PSUC había perdido apoyos, Carrillo fue muy duro con la política del partido en Catalunya y en el debate posterior se hizo sangre, al parecer con el proyecto de tesis y de los estatutos. Carrillo intervino muy duramente quejándose de que el partido estaba influido por el nacionalismo, criticó que se hablara de autodeterminación y rechazó el término Países Catalanes.

La crisis azota con fuerza y el retroceso de los conflictos y de las movilizaciones parece ir de la mano de esa sensación de que los comunistas ya no éramos lo que habíamos sido, gracias al eurocomunismo y a sus políticas blandas. En enero de ese 1980 se produce un acontecimiento que empieza a marcar las diferencias. Se da, significativamente, en el Baix Llobregat donde Comisiones es el principal sindicato y donde las candidaturas municipales del PSUC han conseguido numerosas alcaldías. La conferencia comarcal nombra una dirección donde 22 de sus miembros se muestran favorables a una resolución que pide la desaparición del término eurocomunismo y no se pronuncia contra la invasión soviética de Afganistán. Unos días más tarde, la conferencia



*Revista de los camaradas del Vallés, que tuvo mucha influencia sobre el desarrollo de los acontecimientos de esos años*

local de Terrassa no solo no condena la invasión, sino que la aplaude. Paralelamente, se producen movimientos de solidaridad en las comarcas del segundo cinturón, los dos Vallés, y el Barcelonés Nord contra la Corporación Metropolitana de Barcelona por su carácter centralista y poco participativo. Detrás de esos apoyos a la Gran Barcelona que promueve la CMP está Jordi Borja y con él, el Guti, y esa oposición crea vínculos entre las organizaciones que serán claves a la hora de crear un estado de opinión de las comarcas metropolitanas representativas del obrerismo más activo, en el próximo Congreso.

Por esa misma vía circula la oposición de los camaradas del Vallés Occidental a los documentos congresuales. Los casi 8.000 militantes comunistas de esa comarca se sitúan casi al unísono detrás de sus dirigentes Celestino Sánchez, Marià Pere, Alfred Bienzobas, Alfredo Valdivieso, etc. que distribuyen una nueva revista con el nombre de *El Comunista* que se convierte, de hecho, en el eje de las tesis alternativas al Comité Central. Tras esa posición se van aglutinando diversos comités locales y comarcales e incluso agrupaciones discordantes de algunos municipios como por

ejemplo del nuestro. Y los tres sectores empiezan a tomar forma organizativa. Los *eurocomunistas*, liderados por el presidente y el secretario general, más un grupo compacto de los dirigentes venidos de Bandera Roja. Los *leninistas*, que se congregan alrededor de los cargos de la CONC, con fuerte incidencia sobre algunos intelectuales y fuerzas de la cultura y los *afganos*, con fuerza en los núcleos más obreristas del cinturón rojo y también en las organizaciones locales de Tarragona y Lleida.

Algunos dirigentes de la secretaría de organización que acuden a las agrupaciones de base con la regularidad acostumbrada, acaban recibiendo denuncias que llegan a la dirección del partido porque los camaradas más entusiastas de las tesis oficiales les acusan de poco énfasis en la defensa de las tesis congresuales. Y empiezan las reuniones irregulares. De la misma manera que las hacemos nosotros, las hacen todos los demás. Pero solo las nuestras trascienden y se acusa a los dirigentes del Vallés y a Roman, el responsable de Organización de la Ejecutiva, de estar al frente de la fracción afgana, a la que se van añadiendo algunos dirigentes influyentes de Comisiones, entre ellos algunos de nuestros camaradas más próximos.

Ribó, el Guti, Conill y Espasa, en la época del V Congreso.  
Fuente: El Viejo Topo



En ese contexto se eligen los delegados, pero a la vez se dibujan las estrategias. Una parte de los *afganos* promueve un golpe de efecto para cambiar la dirección, pero otro sector reclama además de un cambio de dirigentes, un cambio de las tesis políticas. Ambos coincidían en que no se trataba de hacer un vuelco sino de sentar las bases para una modificación progresiva: en el V Congreso, un toque de atención y en el VI, un cambio radical. Como que los camaradas más declaradamente combativos estaban en el Vallés Occidental, el Guti se dedica a recorrer diversas agrupaciones de esa comarca para acabar amonestando severamente a los disidentes. Unos modos que yo ya conocía muy bien y que, en general, siempre le daban muy malos resultados.

Tan malos, que no consigue más que azuzar la tormenta y hacer que se le pierda el miedo. Una parte de los críticos de la dirección incluso llegan a hacer circular manifiestos para recibir un apoyo tácito a sus planteamientos. Toda esa parte crítica en la que me encontraba yo, la mayoría de camaradas de CCOO de l'Hospitalet, la mayoría de los militantes de algunas agrupaciones de la ciudad y un grupo significativo del comité local, queríamos un cambio real, pero en absoluto dividir al partido. Por lo tanto, se trataba de obligar a acuerdos, pero sin modificar demasiado las estructuras de dirección para evitar primero una imagen de fragilidad y segundo, una quiebra que ya no se veía como imposible.

Iniciado el Congreso, Carrillo manda como representantes del PCE a dos miembros de la dirección claramente alineados con nuestras tesis, Ignacio Gallego y Armando López Salinas, en una malévola operación de debilitamiento de la dirección del PSUC, especialmente del Guti, que ha estado sonando en las últimas semanas como un futurible recambio para la secretaria general del PCE en sustitución de Santiago. Cuando Gregorio hace la introducción de la primera sesión del Congreso pide responsabilidad a todo el mundo y aclara que debe ser una exigencia que lo que apruebe el plenario se corresponda con la dirección que se elija, curándose ya en salud sobre lo que se veía venir.

Empieza a vislumbrarse la dureza del Congreso cuando la dirección pierde la primera votación referida a que los apoyos a los electos del Comité Central se hagan públicos y no sean secretos. Votamos al unísono sobre este particular los *afganos* y los *leninistas* y se opusieron los *euros*. Cuando se trata de votar el informe político, diversas intervenciones reclaman la supresión del término eurocomunista del texto y que esta supresión se vote aparte. La dirección se niega para evitar la confrontación directa y se acaba votando el informe político íntegro siendo aprobado por 419 votos a favor, 78 votos contrarios y 282 abstenciones. Solo 59 votos de diferencia entre los oficialistas y los contrarios.





*Dolors Calvet, en el mítin del PSUC de la Monumental, tras la legalización*

Les toca ahora a los estatutos del partido que sufren en comisión la misma propuesta: que desaparezca el término eurocomunista. Se aprueba en comisión y se lleva al plenario, y allí se produce lo que para unos es una sorpresa aunque para otros era lo previsible: 424 delegados votan por la supresión, 359 votan en contra y otros 21 se abstienen. Ahora, los votos se reducen a 44 pero al revés. El Congreso hierve. Mientras los delegados del cinturón rojo exigen máxima presión, los principales representantes del sector eurocomunista con Solé Tura a la cabeza emiten un comunicado donde afirman que, con este clima, no asumirán ninguna responsabilidad política de dirección y que conviene que el Congreso haga una seria reflexión, ahora que todavía se está a tiempo. A la hora de elegir a los camaradas del Comité Central, López Raimundo y Gutiérrez resultan los más apoyados con 665 y 670 votos respectivamente, lo que equivale a ponerlos en un auténtico brete: dirigir un partido donde han sido elegidos masivamente pero donde sus propuestas han salido derrotadas.

La noche de Reyes, penúltimo día del Congreso, va a resultar muy larga. Tanto el presidente como el secretario general deciden renunciar a ser candidatos y la comisión de candidaturas formada por Celestino Sánchez, Román, López Bulla y Dolors Calvet que había

sido diputada en las constituyentes y que se había mantenido mucho tiempo en nuestra ciudad formando parte del comité local, hacen encaje de bolillos para conseguir una dirección alternativa. Al final, Pere Ardiaca y Paco Frutos acceden a los cargos de presidente y de secretario general y se aprueba su nombramiento por 67 votos favorables y tres abstenciones el primero, y 71 votos favorables y 2 abstenciones el segundo.

Los 101 miembros electos del Comité Central presentes se dividen más o menos en tres partes, las correspondientes a los sectores más representativos: *euros*, *leninistas* y *afganos*. Las cifras con las que han sido elegidos presidente y secretario general cuadran, de modo que el presidente que era claramente de los nuestros y el secretario general que era nítidamente leninista han sido votados por los dos tercios de estos sectores y los que han votado en contra o se han abstenido son, claramente, los eurocomunistas. El partido está profundamente dividido en tres partes y únicamente los que ocupan el centro del tablero, los leninistas, pueden decantar la balanza pactando con unos o con los otros. Los leninistas eran reacios al eurocomunismo, pero no se identificaban tampoco con el estalinismo rampante que se suponía marcaba nuestra tendencia, así que tanto *euros* como *afganos*

*Paco Frutos, secretario general del PSUC en 1981*



estábamos seguros que eran ellos quienes determinarían el futuro del partido.

La nueva dirección estaba, de hecho, rotunda. A un lado, los eurocomunistas del PSUC. Al otro lado, la dirección del PCE. Dirigentes de ambos espacios reclamaron bien pronto un Congreso extraordinario que pusiera las cosas en su sitio cuando era bien evidente que si en algún sitio estaban las cosas era en el lugar donde las habían puesto los delegados, los representantes auténticos de las bases del partido que habían ido eligiendo en un proceso muy participativo, a sus delegados. Es verdad que la situación surgida del V Congreso era nueva y delicada. Muy delicada, sin duda. Y se da una circunstancia bien curiosa. Muchos cuadros de prestigio se decantan por el eurocomunismo con nitidez y eso les hace tener en general muy buena prensa. Los medios de comunicación critican duramente lo que se supone es una vuelta al estalinismo y a la defensa de la Unión Soviética, en un momento en que la exaltación de la democracia deja en un pésimo lugar a los regímenes autoritarios. Nosotros, en realidad, de la URSS, lo único que valorábamos era lo que había supuesto la revolución y seguíamos aferrados a la conciencia de que si la prensa burguesa criticaba a los soviéticos era porque los soviéticos representaban la sociedad sin clases por la que todos luchábamos. Que esa misma prensa se alineara con el eurocomunismo servía para abrirnos más los ojos por si alguna vez habíamos dudado.

En medio de este atolladero resuena con fuerza la voz de un antiguo camarada de enorme prestigio, el profesor Manuel Sacristán, que se conoce muy bien l'Hospitalet y el cinturón rojo de Barcelona desde que se prestó voluntariamente a dar clases a los obreros en Can Serra. Desde que abandonó la militancia se dedicó a la reflexión y al análisis político, primero desde la revista *Materiales* y después desde la revista *Mientras Tanto*. Precisamente en esta última revista incluye un artículo publicado el 22 de enero en *El País* —que firma toda la redacción de *Mientras Tanto*— haciendo balance de lo que había supuesto el V Congreso que cierra con unas palabras durísimas contra la dirección derrotada y sus tesis: "... el V Congreso del PSUC nos ha refrescado con el agradable espectáculo de la derrota (por fugaz que sea) de un equipo político de pequeños burgueses, profesionales de la palabra, a manos, principalmente, de obreros de la construcción del Vallés y el Bajo Llobregat".

No todos éramos obreros de la construcción, pero esa referencia del filósofo marxista, maestro de pensadores y ejemplo de militante comunista en las peores épocas de la clandestinidad, significaba mucho para quienes nos identificábamos con las tesis vencedoras.

Cuatro días después de cerrado el Congreso se reúne el Comité Central en el que sigue figurando uno de nuestros camaradas más queridos, José Fariñas —también formaba parte del Central, e incluso del Central

del PCE, la camarada Mercedes Olivares, pero nunca se alineó con nuestro sector— y allí se decide rechazar la propuesta del Congreso Extraordinario, aunque se hace un cántico a la unidad y a la integración en una dirección que nos represente a todos. No se conseguirá, porque los eurocomunistas deciden automarginarse de todos los ámbitos y hacer labor de zapa desde las agrupaciones del partido, desde las instituciones municipales y desde los ámbitos donde tienen influencia en CCOO. En l'Hospitalet se vive intensamente la tensión en algunas asambleas convocadas para explicar los resultados del Congreso donde saltan chispas entre la militancia. Unas chispas que no presagian nada bueno. Sobre todo, porque los enfrentamientos se suceden y las medidas sancionadoras no se hacen esperar.

Yo ya tenía experiencia sobrada en ese sentido. Cada vez que me tenía que encontrar con Guti era para recibir una regañina, en ningún caso para agradecerme las horas dedicadas a la lucha sindical o los sacrificios por el partido. Recuerdo que en aquellos años se comentaba mucho una bronca tremenda que Carrillo le dedicó a quien había sido su gran discípula, Pilar Brabo, por un motivo de discrepancia en la dirección. Las lágrimas de Pilar Brabo fueron una afrenta que jamás pudo perdonar. Yo nunca fui discípulo del Guti, más bien todo lo contrario, y no se me ocurrió llorar en su presencia, pero durante años me costó mucho perdonarle aquellas afrentas gratuitas y especialmente desagradables por el tono autoritario y humillante. Precisamente él, que criticaba tanto a los estalinistas de la URSS.

Yo entré como concejal en el Ayuntamiento el tres de abril y una semana después ya vi que aquello no iba conmigo. En uno de los primeros plenos que hicimos ya empeza-

ron las desavenencias cuando Saura me comentó que no faltara a aquel pleno porque se iba a acordar el sueldo de los concejales. Le pedi que me diera datos y cuando me explicó que se trataba de un acuerdo con los socialistas que suponía un salario tres veces superior a lo que cobraba un trabajador normal, me opuse rotundamente junto con Antonio Ruiz y Santi Diaz. El día del pleno hicimos evidente nuestra oposición y entonces se vieron obligados a suspender el pleno momentáneamente. Nos hicieron salir y en el mismo pasillo nos pegaron una bronca monumental. El pleno se reanudó al cabo de un rato y ese acuerdo se aprobó sin nosotros. Otra vez uno de los concejales socialistas convocó en esos primeros días una cena para discutir entre los concejales el reparto de los despachos. A mi aquello de la cena me escandalizó, incluso después de que me convencieran que la cena la pagaría cada uno de su bolsillo. Era una pésima manera de comenzar. Unas pocas semanas más tarde fueron algunos periodistas los que clamaron por el dinero que había gastado otro memorable concejal socialista para renovar su despacho. Pero la primera puntilla llegó a finales de ese mismo mes, cuando estábamos preparando la conmemoración del Primero de Mayo en la ciudad.

Un grupo de camaradas de Santa Eulalia me vinieron a ver para quejarse, a mi, que era concejal comunista y a la vez secretario general de CCOO en l'Hospitalet, de la retención y los empujones que la Guardia Urbana de la ciudad les había propinado cuando estaban pegando carteles por las calles de la ciudad, convocando esa efeméride. No tuve otro remedio que presentarme en el despacho del concejal socialista responsable de la policía municipal junto con una treintena de los com-

pañeros agredidos, para recriminarle aquella acción y recomendarle que controlara mejor a sus subalternos. Lo que había sido un simple aviso de atención, obligado por lo que me parecía intolerable ahora que ya ocupábamos las instituciones, se convirtió en un grave conflicto, porque hubo gritos e incluso empujones. El concejal socialista le comentó mi protesta al alcalde y éste al responsable del grupo municipal comunista, Joan Saura, quien, a su vez, elevó el problema a la dirección del partido en la calle Ciudad. El Guti me citó para pegarme la bronca y para decirme que mis actitudes creaban conflictos con los socialistas y hacían peligrar el pacto de gobierno y que lo mejor sería que dimitiera de concejal para ocuparme únicamente del sindicato. Eso, a las pocas semanas de tomar posesión y cuando todavía los ánimos no habían llegado al punto en que se iban a encontrar solo unos pocos meses más tarde. La verdad es que yo había empezado con muy mal pie y eso se iba a acelerar en muy poco tiempo.

A cualquiera le hubiera parecido increíble que una queja de un concejal comunista por maltrato a militantes nuestros que solo pegaban carteles en las paredes convocando al Primero de Mayo, por muy exaltada que fuera, hubiera significado una ruptura del pacto de gobierno recién inaugurado. La verdad es que tan increíble como ese temor era la reacción tanto del concejal de seguridad como del alcalde como, lo que era muchísimo peor, de nuestro primer secretario y primer teniente de alcalde Joan Saura que no solo me recriminó mi actitud, sino que fue con la historia a la sede del partido dando pie a que el Guti, que ya me conocía de antiguo y con el que sintonizaba fatal, me llamara gravemente la atención e intentara que firmara un escrito en el que re-

conocía mis malos modales. La voluntad era que me amilanara. Que asumiera que, ocupando puestos de responsabilidad institucional, había que ser muy cauto con lo que ocurriera en la calle. Es decir, no se podía ser concejal y al mismo tiempo activista. O todavía peor, no se podía ser concejal comunista y a la vez defensor de los derechos de libertad de los militantes comunistas, reprimidos nuevamente por una policía que, ahora sí, dependía directamente de nosotros. Lo cierto es que empezaron muy pronto a intentar meterme en cintura. Pero si a mi no me había metido en cintura el franquismo más agresivo... cómo me iba a meter en cintura la dirección local de un partido que yo había ayudado a formar...

Ocurrió algo parecido con una asamblea de trabajadores municipales que se hizo también durante los primeros meses. Se reunieron en el vestíbulo y yo, como no podía ser de otra manera teniendo en cuenta mi condición de sindicalista, me acerqué para conocer de primera mano cuales eran sus reivindicaciones. Las explicaron y yo me sentí implicado y les dije que las plantearía a mi grupo municipal porque entendía que tenían buena parte de razón. Me había metido en camisa de once varas, claro, porque una cosa son los trabajadores y otra muy distinta los trabajadores bajo las órdenes de un consistorio de izquierdas. Así que el equipo de gobierno me vino a decir que me metía donde no me llamaban y que aquellos trabajadores municipales eran más de derechas que la UCD.

Llevábamos muy pocos meses y yo ya me sentía cada vez más ajeno a mi colectivo y al conjunto de los concejales. Esto me pasaba a mí que estaba bastante alejado del día a día, pero también le pasaba a Antonio Ruiz que ocupó la concejalía de trabajo e industria y



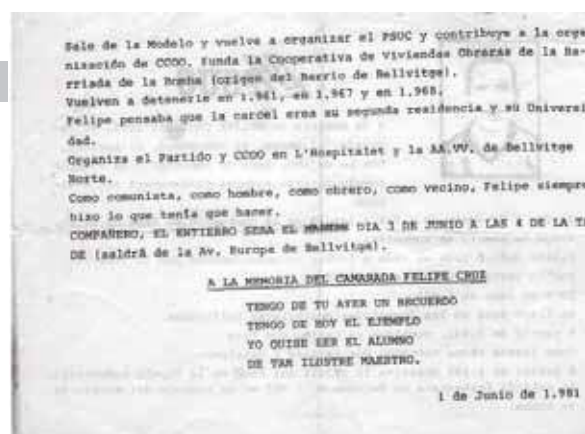
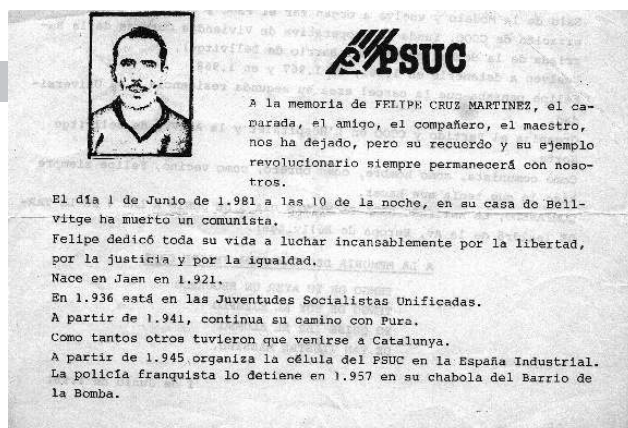
que veía como los concejales socialistas y comunistas daban la impresión de cara al exterior de que funcionaban como un solo organismo, pero en cambio, entre bambalinas, se pegaban puñaladas traperas de mucho cuidado. Era una actitud que, a nosotros, acostumbrados al trabajo unitario en Comisiones, nos desconcertaba bastante. Aunque es cierto que uno cosa eran los compañeros sindicalistas de partidos de izquierda e incluso de la UGT y otra muy distinta aquellos militantes socialistas que gobernaban conjuntamente con el PSUC y que tenían un criterio muy distinto de lo que debía ser la democracia que nosotros defendíamos y lo que para nosotros significaba ser los representantes de la gente. Los socialistas del Ayuntamiento, ya desde los primeros días, se convirtieron en un poder muy institucional. Ellos eran los que mandaban y el pueblo no pintaba nada. Ellos estaban por encima del pueblo que los había elegido y, en cambio nosotros, teníamos otra concepción del poder. Nosotros estábamos allí de prestado, por un tiempo, para servir a la sociedad y para llevar a cabo lo que defendíamos en nuestro programa. Y teníamos que hacerlo con otro talante. Una manera distinta a como lo habían hecho los concejales del franquismo. Los concejales socialistas, ya desde el principio mismo, no eran más que los sucesores de los concejales de la dictadura y en muchos sentidos, bastante peores que ellos, porque los franquistas sabían que su poder les había llegado del dedo del gobernador civil, mientras que los concejales socialistas habían estado elegidos por el pueblo.

En este sentido los nuestros, el PSUC municipal, presentaba dos caras muy contradictorias. Sabían que compartían el gobierno con gente con pocos escrúpulos, pero al

mismo tiempo tenían que disimular para no cargarse el gobierno. No querían cargarse el gobierno y lo que consiguieron de alguna manera, fue cargarse el partido...

La sensación era que para gobernar el ayuntamiento hacía falta experiencia y capacidad de gestión. Caramba, los nuestros, la gente de Comisiones ni tenía experiencia ni capacidad de gestión, pero ¿es que acaso la tenían los demás? ¿es que Candel, o Arjalaguer, o el propio Saura, o Aragay tenían experiencia y demostrada capacidad de gestión? Claro que no. Eran más técnicos, hablaban mejor, tenían más cultura... pero experiencia y capacidad de gestión, la misma que podía tener Antonio Ruiz. En cambio, Antonio Ruiz tenía una honradez personal a prueba de bombas. Le llegaron a ofrecer, un industrial con el que se entrevistó en una ocasión, le llegó a ofrecer un coche y un piso para sus hijas. Lo echó de su despacho, claro... No sabemos de otros casos parecidos... ¿Solo intentaron comprar a Antonio? Que cada cual piense lo que quiera...

Con este clima de enfrentamiento interno y de crítica feroz nuestra hacia lo que estaban haciendo los socialistas en el ayuntamiento, fueron pasando los meses y se fueron enconando más y más las posiciones. Y llegó el 23 de febrero de 1981, dos meses después de la dimisión de Suárez y con los felipistas en la cresta de la ola, negociando oscuramente, como se ha sabido después, con el general Armada y quien sabe con quien más. Tanto en el partido como en Comisiones se deciden dos cosas: esconder la documentación y desaparecer de los circuitos habituales durante las primeras horas, no fuera caso que nos descabezaran... Siempre hemos sido unos idealistas: difícilmente nos podían descabezar más de lo que ya lo estábamos. En el partido,



*Arriba, anverso y reverso de la octavilla que se hizo para dar a conocer la muerte de nuestro camarada y amigo Felipe Cruz. Abajo, la concentración el día del entierro frente a su domicilio*



en general, y en el partido de l'Hospitalet en concreto, había ya casi tantas cabezas como militantes.

Aún así, se convoca de urgencia por la noche una reunión en el Aula de Cultura de La Florida, con miembros de todas las organizaciones de izquierda y se decide salir a la calle de madrugada para informar a los trabajadores del peligro de involución, pero, a su vez, de la capacidad de resistencia de la izquierda. Salen a la calle los compañeros del PSUC —incluso ex-camaradas—, de CCOO y de los partidos de la izquierda radical. No recuerdo a nadie más.

Acabada la intentona se acentúan todavía más las tensiones. En l'Hospitalet las diversas asambleas de las agrupaciones ponen en evidencia la fractura existente en el interior del partido. Ocurre igual en el Vallés, en el Baix Llo-

bregat, en el Barcelonès Nord... Carrillo, que llevaba una notable carrera de desprestigio por los enfrentamientos internos en el ejecutivo del PCE consigue, a partir de su valiente actitud en el Congreso tras la entrada de Tejero y los guardias civiles, retomar el liderazgo y amenazar al PSUC con su inasistencia al Congreso del PCE que se prepara para julio si la dirección no replantea de nuevo la cuestión del eurocomunismo.

Por cierto que, en el primer día de junio de este año en medio de esas controversias, nos llega la dolorosa noticia de la muerte, en su casa de Bellvitge, del camarada Felipe Cruz, un ejemplo para todos nosotros. Su entierro se convierte en un homenaje a su persona y a todos los comunistas que lo dieron todo por el combate por la libertad. El féretro se trasladó a hombros de los compañeros hasta su



*El Mundo Obrero diario, subtítulo "un diario para el pueblo", resultó un estrepitoso fracaso*

última morada, en una manifestación de duelo como no se había conocido nunca en la ciudad, en la que se concentraron más de dos mil personas entre vecinos, familiares y amigos.

Volviendo a la contienda política, un poco antes de la preparación del Congreso, el ejecutivo del PSUC aprueba un "Documento político del Comité Central sobre la superación del estado excepcional del partido" en el que se plantea de nuevo el retorno al eurocomunismo. Cuando se debate en el Comité Central se produce el escándalo: insultos, indignación y tensión desatada que posibilita la aprobación del documento con el voto contrario de 33 miembros del sector que todo el mundo caracteriza con los pro-soviéticos en el que nos encontramos la parte de Comisiones del comité local y de la Unión Local de CCOO y el camarada Fariñas que es uno de los miembros del Central que vota en contra. Acaba de producirse algo insólito que no tiene precedentes y que supone una quiebra notable del funcionamiento orgánico de un partido comunista: un Comité Central modificando un acuerdo del Congreso del partido. Los leninistas y los eurocomunistas unen sus fuerzas y consiguen el principio de la ruptura. Gana el eurocomu-

nismo, pero a costa de desautorizar a un Congreso o, lo que es lo mismo, de llevar el partido a su propio suicidio.

El principal ejemplo se da en la misma dirección: el presidente Ardiaca y los miembros del Ejecutivo, Trives y Román, afirman que no acatarán lo acordado. Un nuevo Comité Central del 4 de julio insta a Ardiaca a rectificar su posición que se ha hecho pública en los medios. Ardiaca se niega y una votación mayoritaria del Comité con 58 votos a favor, 33 en contra y una abstención, lo destituye del cargo. La Conferencia Nacional que se convoca para los días 10 a 12 de julio en Sants, aprueba la incorporación del eurocomunismo y algunos representantes de ese espacio, como Solé Tura, son agredidos por reconocidos sindicalistas de CCOO del Baix Llobregat. La Conferencia se divide. Una parte de los delegados lucimos pegatinas donde se lee "Soy comunista" diferenciándonos claramente de la otra media parte de la Conferencia que tan solo son "eurocomunistas".

Lo que pasa en Cataluña se reproduce a escala estatal. El PCE está en declive. La operación de convertir el *Mundo Obrero* en diario, ha resultado un fracaso económico —y por lo



*Reproducción de una página de Servir al Pueblo, el periódico del Movimiento Comunista, haciéndose eco de la crisis del EPK*



tanto político— espectacular; la militancia no para de decrecer e incluso la militancia y los delegados de CCOO pierden posiciones frente a una UGT que empieza a tener presencia activa en muchas grandes empresas, con el apoyo del aparato del PSOE, al alza. Las conferencias regionales de Andalucía y Madrid no permiten presagiar nada bueno en el Congreso del 28 de julio. También en el PCE hay tres sectores que se disputan la hegemonía: el de los renovadores, alineados con los eurocomunistas catalanes, que reúnen aproximadamente un tercio de los delegados, el de los pro-soviéticos con apenas un 10% y el sector oficialista de Carrillo que apenas alcanza el 46% del Congreso. Cuando se elige el Comité Central se reducen los miembros de 160 a 104, de los cuales solo 16 son renovadores. Santiago Carrillo es el quinceavo más votado. La Pasionaria, Camacho, Sartorius, Lali Vintró y Solé Tura son los cinco primeros, pero Carrillo vuelve a ser elegido Secretario General.

La deriva del PCE está en su momento álgido. Carrillo no tardará nada en suspender el comité central del EPK, el partido comunista vasco, después de que tras su IV Congreso acuerde una fusión con EuskadiKo Ezkerra del ex-etarra Mario Onaindia, uno de los enjuiciados en el Proceso de Burgos de 1970. Su secre-

tario general, Roberto Lertxundi, es expulsado poco después y los renovadores del PCE se sublevan convocando un acto en Madrid con la presencia de Lertxundi y Onaindia. El grupo de *Nuestra Bandera*, la revista teórica del partido se encuentra tras el sector de los renovadores y sus máximos representantes, dirigentes reconocidos del partido y hasta hace cuatro días muy próximos a Carrillo, son expulsados durante la reunión del Comité Central del PCE del 12 de noviembre, tras la velada amenaza de dimitir del cargo de secretario general si no se aplican las expulsiones. Con los seis dirigentes —Azcárate, Zaldívar, Bravo, Arroyo, Mangada y Segura— son expulsados otros cinco concejales comunistas del ayuntamiento de Madrid aunque Sartorius, Camacho y Solé-Tura, que se muestran críticos con los renovadores, se pronuncian sin embargo en contra de las expulsiones.

El PSUC en su conjunto se muestra sorprendido, pero no reacciona y una parte importante de la militancia, se manifiesta confusa y decepcionada. En un año, ha perdido 4.500 militantes, un 20% del total, y la sangría no parece detenerse. Se han acabado los sorprendentes éxitos de la Festa de Treball de los últimos años de la década. Cuando se organiza la de 1981, ya se pone de manifiesto el





*La Festa de Treball marcaba para el PSUC el inicio del curso político y fue un exponente de la fuerza del comunismo catalán de estos años. Declinó, sin embargo, a inicios de los 80. En la imagen, el cartel que anunciaba la edición de 1981*

desencanto y la poca participación, empezando por el número de stands que son una tercera parte del año precedente, que ya había resultado un año flojo. Una parte de la militancia boicotea el míting central y la dirección encaja el golpe, pero con muy poca visión de futuro. En lugar de impulsar una reflexión distanciada de los aspectos más duros de la crisis, adopta la posición contraria, muy semejante en este sentido a la del criticado Carrillo. Cuando se reúne el Comité Ejecutivo es para decidir un paquete de medidas, a cuál más alarmante. Desautoriza la composición del comité comarcal del Baix Llobregat, plagada de gente nuestra elegida de manera totalmente regular, y refuerza la medida expulsando de ese mismo órgano de dirección —el Comité Ejecutivo— a Juan Muñiz y a Juan Ramos. Decide, así mismo, que las desavenencias entre los comités locales y los grupos municipales de esos mismos municipios sean derivados al Ejecutivo y no se resuelvan por las direcciones locales del partido como sería lógico, al mismo tiempo que determina su intervención en cualquier órgano del partido a cualquier nivel para, de ese modo, desactivar la intervención de las bases en los asuntos que afectan a la política local. En este mismo sentido dicta que las organizaciones de Mataró, Sant Cugat, Rubí i Te-

rrassa pasen a depender directamente del Ejecutivo y anuncia la adopción de medidas disciplinarias contra los dirigentes que muestren en público sus discrepancias con la línea oficial. Finalmente se contempla la necesidad de proponer un Congreso Extraordinario, cuya organización se debatiría en la reunión del Comité Central convocada para los días 7 y 8 de noviembre de ese mismo año.

La ruptura está anunciada. El Comité Central aprueba la convocatoria del VI Congreso y las normas y los materiales que lo van a regir, pero el clima ya se ha hecho irrespirable. El 7 de diciembre de ese año, 26 miembros del Central, con Roman y Maragrita Abril a la cabeza, presentan en rueda de prensa el manifiesto "En defensa del PSUC", donde se denuncia además la sobrerrepresentación en la elección de delegados para el VI Congreso. En el Comité Central que se reunirá dos días después, el secretario general Paco Frutos da a conocer públicamente las notas tomadas por un asistente a una reunión, que ellos tildan de fraccional, donde se promueve la elección de un organismo coordinador de nuestras tesis con nombres y apellidos: Ardiaca, como presidente; Paco Trives, como responsable de Organización; Farré, como adjunto de Finanzas y Organización; Marià Pere, en Política Mu-

A TODOS LOS MILITANTES DEL PARTIDO

Fras tener este Comité Local conocimiento de la convocatoria de una reunión de militantes convocada mediante escrito y con las firmas de los camaradas: Juan Salvador Agrupación Santa Eulalia, Santiago Ofar y J. Cupido de la Agrupación Centro-San José, José Farinas de la Agrupación Can Serra, J. Valls y M. Puente de la Agrupación Bellvitge, Ruperto García de la Agrupación de la Florida, Sánchez Godoy de la Agrupación de Colibiano y A. Camián ex-militante de la Agrupación Can Serra, cuyo orden del día sería la valoración de las resoluciones del C.C. del día 9-12-81 y de la situación del Partido.

Valore:

- 1.- Desautorizar esta reunión, por estar convocada de forma irregular por no tener estos militantes atribuciones para ello, habiéndose hecho a espaldas de los órganos de dirección del Partido.
- 2.- De celebrarse esta reunión se inscribe en un claro trabajo fraccional dirigido a crear las condiciones para una escisión en el seno del Partido.
- 3.- Llamamos a todos los militantes a mantener una actitud responsable que nos permita abordar la actual situación y el período precongresual en las mejores condiciones para el libre debate político, para lograr un Congreso de unidad, clarificación y cohesión.
- 4.- En estos difíciles momentos políticos, maniobras tendientes a debilitar al Partido de los Comunistas Catalanes, debilitan el proceso democrático, la fuerza y organización de la clase trabajadora y las masas populares.

5.- Nuestro Partido ha superado en su pasado difíciles situaciones internas como la actual. Como fueron la elaboración de la política de reconciliación nacional, de pacto por la libertad, la condena de la invasión de Checoslovaquia, etc... Que en su momento produjeron tensiones y escisiones, pero no obstante el PSUC ha sabido recuperar la iniciativa política y su presencia en el seno de la sociedad catalana.

6.- Este Comité Local ha puesto de conocimiento del C.C. esta convocatoria irregular y antidemocrática exigiendo responsabilidades estatutarias para los militantes convocantes.

COMITE LOCAL L'HOSPITALET

### Circular del Comité Local de diciembre de 1981

nicipal; Celestino Sánchez, en Profesionales e Intelectuales y Juventud; Clemente, en Movimiento Obrero; Leopoldo Espuny, en Internacional; Juan Muñiz y Quim Boix, como delegados del Baix Llobregat y Barcelona respectivamente, Roman, sin cargo asignado, y uno bien próximo, de la Unión Local de l'Hospitalet de CCOO —y que había sido a la vez concejal— Santi Díaz, (también como responsable de Finanzas).

Como consecuencia de los datos que aporta Frutos, el Comité Central, que se mantiene reunido ese día hasta las seis de la mañana, decide la expulsión inmediata de todos los miembros del organismo coordinador que son miembros del Central, excepto Díaz, con el añadido de Chema Corral; la suspensión de militancia por seis meses de otros 15 miembros, entre los cuales cabe destacar a José Farías y Esteban Cerdán, y la separación por tres meses de Justiniano Martínez, Valdivieso y Cinta Llorens. A José Estrada, a Santi Díaz y a mi mismo, se nos abre un expediente discipli-

nario y se suspende también la actividad política de los comités comarcales del Vallés Occidental y del Baix Llobregat y en Lleida se suspende la intercomarcal y se asume la dirección del comité local de la ciudad.

En las próximas horas, el Ejecutivo, en una operación que es un claro exponente de la situación a la que se ha llegado, registra el nombre del PSUC y de otras siglas y denominaciones políticas. Y nuestro sector hace un llamamiento a desoir los acuerdos, a no aceptar las expulsiones y a ocupar pacíficamente los locales, a la vez que se eleva un recurso a los órganos de control del partido. En los siguientes días se darán a la publicidad un manifiesto de la dirección: "El PSUC en defensa del PSUC" y otro de intelectuales y profesionales en contra del trabajo fraccional y a favor del contenido programático del V Congreso que pondrán en evidencia la pluralidad de sensibilidades. Pero también el clima irrespirable.

En nuestra ciudad, el Comité Local del PSUC envía en fecha 8 de diciembre, un día



*Inserción de un anuncio del Comité Local del PSUC en Mundo Diario, donde había salido la noticia, aclarando el contencioso Díaz*

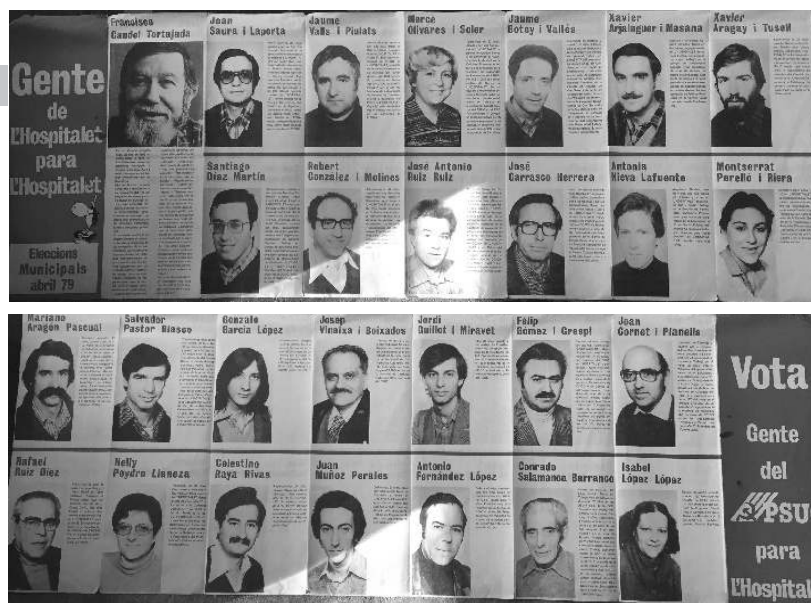
después de la reunión del Comité Central, una circular a todos los militantes desautorizando una reunión convocada por nueve camaradas, entre los cuales Fariñas, Díaz y yo mismo, además de Juan Salvador, J. Cupido, M. Puerta, Ruperto García, Sánchez Godoy y A. Damián, de las agrupaciones de Santa Eulalia, Centro-Sant Josep, Bellvitge, La Florida, Collabanc y Can Serra respectivamente; explica que ha dado cuenta de esta reunión al Comité Ejecutivo y llama a la responsabilidad de los militantes para abordar el período precongresual que se abría, con la máxima normalidad para conseguir un escenario de unidad. En el comunicado califica al partido como el "Partido de los Comunistas de Cataluña" y explica que el partido ya superó fases de crisis interna como consecuencia de algunos hechos y de sus repercusiones políticas. Y los cita: la política de reconciliación nacional, la condena por la invasión de Checoslovaquia, el pacto por la libertad... todas aquellas propuestas polémicas

que produjeron escisiones y desunión. Estaba claro que se señalaba con el dedo índice y que la situación solo podía acabar como acabó.

Mientras tanto, la crisis en el grupo municipal comunista no hacía más que crecer y se precipitó cuando trascendió a la prensa, justo al año de las primeras elecciones democráticas, que el Ponente de Personal, Planificación y Programación, Santi Díaz, había filtrado a cuatro camaradas del partido información sobre unas pruebas para acceder a sendos puestos de auxiliar administrativo en el ayuntamiento. La información que apareció, entre otros, en *Mundo Diario* explicaba el trasfondo de la noticia. Santi Díaz era un destacado dirigente de CCOO miembro de la Unión Local y afín a nuestro sector y su petición de dimisión, reclamada por los socialistas y aceptada por los miembros del grupo municipal comunista sin rechistar, suponía un varapalo a nuestras propuestas. El escándalo fue mayúsculo. No porque Santi filtrara información sobre los



*Folleto de la candidatura del PSUC local para las municipales de 1979. La encabezaba Candel y seguía el orden de las fotografías. Fue concejal hasta Rafael Ruiz, el 21 de la lista*



exámenes sino porque a los camaradas a los que les llegó la información y acudieron a los exámenes, fueron con la noticia al Comité Local y, necesariamente, los socialistas se habían tenido que enterar de la filtración por nuestros supuestos compañeros. Santi lo tenía muy mal pero el Comité Local también, porque la noticia en prensa no dejaba ninguna duda sobre el auténtico motivo de la petición de dimisión del concejal comunista: la batalla interna entre *euros* y *afganos*. Tanto fue así, que el Comité Local se vio obligado a publicar un anuncio en el mismo medio puntualizando la noticia. Y mintiendo sin ningún descaro: "El Comité Local del PSUC de l'Hospitalet [...] quiere puntualizar: 1. Valorar como completamente falsa y errónea la noticia de que la petición de dimisión del comunista Santiago Díaz [...] sea producto de una guerra de facciones dentro de nuestro partido. [...] 3. Valorar como una ligereza e irresponsabilidad [...] el uso de un lenguaje con expresiones tales como: corrupción, morbo, graves irregularidades." Y al final se explican los motivos para pedir la dimisión: a) las negligencias en la corrección de la casi totalidad de los 295 exámenes presentados, fruto del personal corrector y en ningún modo del político. b) El haber informado a cua-

tro camaradas del PSUC anteriormente a la celebración de la primera parte de los exámenes de que una de las tres pruebas que habían, es decir un dictado, una división y una redacción, esta última versaría sobre la ciudad de l'Hospitalet."

Al final la decisión fue irrevocable y Santi tuvo que dimitir en octubre de 1980. Sería el primero de una larga serie de concejales que acabarían dimitiendo tras la ruptura —una manera encubierta de resolver la crisis larvada con la expulsión de quienes estábamos en contra—, de modo que la lista tendría que llegar por lo menos hasta el número 16. (Luego hubo más dimisiones, por otras causas, creo recordar). A Santi Díaz le había de sustituir Antonia Nieva, de la agrupación de Santa Eulalia y alineada con el sector oficialista. Era una arquitecta recién llegada a la ciudad y profesora de FP en su barrio, que dejó que corriera la lista para que entrara Montserrat Perelló, una joven del sector oficialista que no llegaba a los 25 años y que apenas se mantendría un año como concejal. Fue substituida por Salvador Pastor, de La Florida, que se había presentado en las listas con el número 15. Si de los 11 concejales comunistas iniciales, solo tres podían considerarse claramente de los nuestros, con





**Resolución política de la V Conferencia local.  
18 de mayo de 1980. Fue aprobada por 86 votos  
a favor, 4 en contra y 28 abstenciones**

la dimisión de Santi, la mayoría de oficialistas era total. No tardaría en dimitir yo (lo hice antes de la Navidad de ese mismo año 1980) porque mi situación en el ayuntamiento era muy complicada e insatisfactoria y porque en mi caso quien me había de substituir era Mariano Aragón que era otro de los nuestros. A Antonio Ruiz y a Mariano los obligarían a dimitir en abril del 82, cuando la ruptura se había confirmado y ambos eran militantes del PCC. Correría la lista incorporándose Jordi Guillot, a la sazón responsable político del PSUC local, y Rafael Ruiz, un jubilado de La Florida que para entonces ya tenía más de 70 años. Ruiz era el número 21 de la lista del PSUC a las municipales del 79. Hubo, por lo tanto, 16 concejales distintos y otros 5 candidatos que dejaron que corriera la lista porque no tenían intención de ser concejales.

Entre paréntesis, y como curiosidad, el primer concejal en dimitir de los elegidos en el primer ayuntamiento de la democracia fue el socialista García Grau que no llegó a celebrar el año como electo. Más tarde también dimitiría la socialista Fina Martínez en julio del 81, en ambos casos por discrepancias internas. También los dos concejales centristas (CC- UCD) acabarían dimitiendo. Uno, fue substituido en

abril del 82, pero el cabeza de lista no llegaría a ser substituido porque dimitió unos pocos meses antes de las elecciones de mayo del 83. También el cabeza de lista de CiU, Enric Vila de la Hoz, dimitió en abril de 1981. Así que en aquel primer ayuntamiento democrático hubo hasta 37 concejales distintos.

Cuando se convoca la IV Conferencia local ya se ha producido la ruptura total en el comité local. Jordi Guillot, que era miembro de la Unión Local de CCOO, responsable del sector de Sanidad porque era camillero en la Residencia de Bellvitge, y que se suponía que era de los nuestros, se alineó muy pronto con el sector *euro* y se convirtió en el siguiente secretario político en sustitución de Saura que renunciaba al cargo orgánico para dedicarse por entero al Ayuntamiento. Aquello supuso un golpe para muchos de nosotros, que no nos esperábamos tamaña desertión. No fueron muchos los que nos dieron la espalda en aquellos momentos complicados, pero los que lo hicieron provocaron mucho malestar por lo inesperado. Guillot terminaría en la ejecutiva de Iniciativa per Catalunya y haría una considerable carrera política como senador hasta bien entrado el siglo XXI. Nunca más trabajó en Sanidad, claro.

En la V Conferencia local, convocada para mayo de 1980, el descontento de la militancia era ya muy grande. En abril se pasó una propuesta política para que la firmaran los camaradas denunciando la inoperancia del comité local y reclamando la constitución de una mesa que elaborara el Orden del Día de la Conferencia y que sentara las bases para nombrar un comité local representativo de la militancia capaz de fijar pautas para el grupo municipal y para la política comunista en el movimiento obrero y popular. Si en mayo era la V Conferencia del PSUC local, para junio teníamos prevista la II Conferencia de la Unión Local de CCOO, año en que se llegaron a superar los 20.000 afiliados y donde de nuevo soy elegido secretario general.

Desde el principio, la labor municipal resultó mucho más complicada de lo esperado. Mientras de cara a fuera todo eran buenas palabras, en el trabajo conjunto con los socialistas, en el interior del partido, las críticas eran furibundas. Nuestros dirigentes del comité local comprometidos con la línea oficial del Comité Ejecutivo, entre los que se encontraba la mayoría de los concejales desde Candel hasta Arjalaguer, pasando por Saura y Mercedes Olivares, tenían una indudable vocación ciudadana y para ellos, el trabajo institucional resultaba a todas luces prioritario en esos momentos. Nosotros, que proveníamos del movimiento obrero, y que solo circunstancialmente dábamos apoyo al movimiento popular en los barrios, concebíamos el trabajo institucional como un instrumento que debía correr paralelo a las reivindicaciones de la ciudadanía comprometida. Encima, el trabajo institucional en el ayuntamiento se veía claramente limitado por la mentalidad reformista de los compañeros socialistas que lo circunscribían todo

a unas leyes que, en aquellos momentos, obstaculizaban más que facilitaban la solución de los problemas. Además, los socialistas, a ojos de los nuestros, eran unos auténticos advenedizos cuando no unos oportunistas que se beneficiaban del voto popular para hegemonizar el poder. Lo cierto es que no nos entendíamos en el trabajo conjunto, cosa que en nuestro caso se podía entender porque veníamos de culturas y realidades distintas, pero que resultaba más sorprendente en relación con los camaradas euros. Nosotros proveníamos de la cultura de la resistencia y decíamos entonces que ellos se habían pasado 40 años de vacaciones. Eso nos daba una legitimidad de servicio: nosotros, si accedíamos a las instituciones era para servir a la clase trabajadora, no para servirnos de sus votos en beneficio propio. Yo no podría decir si muchos concejales de entonces —socialistas y nuestros— accedieron al Ayuntamiento más con voluntad de bregar que de servir, pero lo que era cierto es que los prejuicios al respecto nos distanciaban. Nosotros nos fiábamos poco de los socialistas de última hora, pero también de los comunistas de la penúltima hornada y aquel ayuntamiento estaba formado mayoritariamente de socialistas de última hora y de comunistas de la penúltima hornada. No estaba bien la sospecha —la distancia temporal nos obliga a reconocerlo—, pero resultaba prácticamente inevitable. No era tampoco casualidad o al menos nos lo parecía en aquel momento, que la gente del movimiento obrero fuera la primera que se comprometió con las luchas y con las reivindicaciones, y la que menos pugnaba por estar en las instituciones. Con el tiempo y la distancia, todo eso ahora no es tan evidente, pero entonces nuestra percepción era exactamente esa. Por eso desconfiábamos de los "compa-



### Informe diagnóstico sobre la situación de Flobus

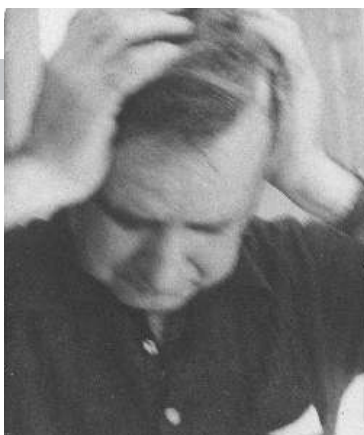
ñeros socialistas" y nos costaba trabajar con los "camaradas euros". De hecho, en el ayuntamiento, las cosas que más nos interesaron tenían que ver con servicios que unían las reivindicaciones vecinales y las reivindicaciones obreras. El caso de Flobus, fue, en este sentido, el más notable. Desde 1978, la empresa Autos Florida SA, que venía controlando el servicio regular de pasajeros en los barrios de l'Hospitalet, especialmente de la zona norte, entró en una grave crisis, con problemas económicos y laborales que provocaron el rescate de la concesión en puertas de los nuevos ayuntamientos democráticos. Ese rescate para evitar la quiebra, la desaparición del servicio y el despido masivo de los trabajadores, supuso una inyección de capital, el cambio de nombre de la compañía, de Autos Florida a Flobús, y un pacto de compromisos con los administradores que fueron sistemáticamente vulnerados. La empresa incumplió su parte, utilizó los recursos municipales en beneficio propio y facilitó un expediente de crisis que era exactamente lo que se pretendía impedir. Se pagaron más de 300 millones de las antiguas pesetas y, en plena crisis y con el ayuntamiento en nuestras manos, se pactó con la empresa una deuda municipal de otros 200 mi-

llones, lo que llevó a iniciar los trámites de municipalización que, de golpe, fueron paralizados *sine die*.

Yo fui uno de los que reclamó con toda la energía, la municipalización de la empresa, puesto que el ayuntamiento la había saneado y los empresarios la habían ido descapitalizando sobre la base de no renovar los vehículos ni las instalaciones durante años, pero no hubo manera. Los socialistas se opusieron y los concejales del grupo municipal comunista se doblegaron. Aquello me supuso un nuevo enfrentamiento con el grupo municipal. Otro más a añadir al largo capítulo de desavenencias.

Por esas mismas fechas, el 11 de julio de 1980, la lucha por la erradicación de La Farga, la factoría de Altos Hornos de Catalunya que ocupaba toda la manzana entre calle Alpes, Isabel La Católica, Barcelona y Girona y que hacía décadas provocaba enormes molestias a los vecinos por los ruidos en la manipulación de la chatarra y los intensos humos por la eliminación de las pinturas en su conversión a material fundido, entró en su fase definitiva. Los vecinos llevaban meses de batallas continuas contra la factoría y el ayuntamiento se puso en este caso decididamente al lado del





**Jaume Valls con una brecha en la cabeza causada por la policía y el jersey todavía ensangrentado, a la salida del Hospital de Bellvitge**

  
 MINISTERIO DE SALUD Y BIENESTAR SOCIAL  
 INSTITUTO NACIONAL DE LA SALUD  
 Ciudad Santiago de la Seguridad Social  
 -Principales de Salud-  
**RESIDENCIA GENERAL**  
 MONTEPEQUE DE LA GUAYANA

**INFORME DE ASISTENCIA**

Apellidos: VALLE PERULASCH Nombre: JANET  
 Asegurado N° \_\_\_\_\_ Historia Clínica N° \_\_\_\_\_  
 Fecha ingreso: \_\_\_\_\_ Fecha salida: \_\_\_\_\_  
 Atendido por el Dr. GUARDIA Servicio de CLINICA  
 Se informa al Dr. de PASEGANA Fecha 9-7-80

Herida contusa en mano caboduldo  
 sutura y una topica.  
 C.C. p. +  
 Se sigue sig. caso

COMUNICATORIA A UNA JORNADA DE LUCHA EL DÍA 11 POR LOS CRÁTERES HECHOS DE  
"LA FARGA"

Los vecinos del barrio de San José llevan más de 4 semanas de lucha por la total eliminación de los humos y ruidos de la empresa "La Farga", así como de su contaminación del centro de la Ciudad de L'Hospitalet en un futuro.

La lucha se apoya por el Ayuntamiento a través de gestiones con el Gobierno Civil y con la Generalitat, para conseguir la eliminación de los humos que últimamente están significando un grave peligro para la salud de los ciudadanos y los trabajadores de la fábrica.

En todo este proceso, la actitud de la Empresa "Farga" ha sido la de intentar enfrentar a vecinos, Ayuntamiento y trabajadores de dicha Empresa, alegando que la justa reivindicación del barrio de vivir sin humos y ruidos significaría la pérdida de sus puestos de trabajo. Desencaminando también la actitud de indiferencia del Conseller de la Distrito de la Generalitat de C. U. para arbitrar cualquier tipo de mediación entre las partes afectadas, actitud del todo irresponsable y que tan lamentables consecuencias ha tenido.

El Gobierno Civil, dentro del más viejo estilo franquista, ha respondido a las peticiones de Ayuntamiento y vecinos para la solución del problema con el envío de comités contingentes policiales, los cuales desfilaban violentamente ayer la manifestación pacífica de los vecinos, agrediendo al Alcalde en funciones de L'Hospitalet, llegando a Cataluña, hiriendo al Secretario General de C. U. de L'Hospitalet, a un Policía Municipal y a un vecino, los cuales han tenido que ser atendidos de urgencia en la sección de Urgencias de Bellvitte; la actuación de la policía llegó hasta el extremo de dispersar pacíficos de zona y batas de mano contra los vecinos que presentaban los acontecimientos desde las ventanas y balcones.

Las fuerzas políticas, sociales y sindicales con la adhesión del Consistorio, ante estos sucesos manifestamos nuestra más firme condena por la actuación de las FOP y del Gobierno Civil, así como por la irresponsabilidad del Conseller de Industria, en tanto en cuanto representa un atentado a la institución democrática Municipal y al derecho de manifestación y de defensa de la salud y condiciones de vida en nuestros barrios.

Llamamos a todos los trabajadores, comerciantes y ciudadanos de L'Hospitalet, a una jornada de lucha por el día 11 de Julio, concretada en:

- Paralización de las actividades laborales y comerciales a partir de las 17 horas 15 tardel del viernes día 11.
- Manifestación de todos los vecinos de L'Hospitalet delante de la empresa "La Farga", calle Isabel la Católica, el viernes día 11 a las 20 horas (8 tardel).

A.V. de San José - EUC - EUC (Pac-Pac) - EUC - EUC - EUC - NE - ICA - POCAL - JIC - JIC  
SUT - CCOO - Coordinadora de Jubilados - AV Can Serra - AV Bellvitte - AV Can Pl - AV Centre  
AV la Florida - AV Sta Eulàlia - AV Bellvitte - AV Polígono Gornal - AV Collblanc/Verdanes

Excmo. Ayuntamiento de L'Hospitalet.

L'Hospitalet, 20 de Julio de 1990

*Sobre estas líneas, el parte de asistencia médica y la hoja volante que se distribuyó en la población para responder por los graves incidentes del día anterior*

vecindario que, noche tras noche, bloqueaba las puertas, impedía el desarrollo normal de los trabajos y se manifestaba reclamando el cierre y traslado a unos terrenos de Sant Andreu de la Barca que la empresa había adquirido en previsión del obligado traslado.

Como broche final de un ciclo de manifestaciones vecinales, tuvo lugar una enorme concentración de vecinos a las puertas de la factoría que fue reprimida duramente por los antidisturbios. Hay que decir que al frente de los manifestantes estuvo en esta ocasión el ayuntamiento y especialmente la gente de CCOO que entendíamos el problema de los vecinos, pero también el de los trabajadores que reclamaban que el traslado se hiciera en condiciones y sin disminución de la plantilla. En

aquella concentración hubo enfrentamientos con la policía y yo terminé en el hospital de Bellvitge con una brecha en la cabeza, pese a que me identifiqué como concejal municipal y como secretario local de CCOO. Aquella fue una de las últimas concentraciones de vecinos porque muy poco después se anunció el traslado definitivo, sin merma para los puestos de trabajo.

Y también una de mis últimas actuaciones como concejal. Mi marcha y la de todos los nuestros que comenzó con Santi Díaz bastante antes de cumplirse los dos años y que fueron seguidas de la mía, la de Antonio Ruiz y la de Mariano Aragón antes de que acabara 1982, no sirvió para pacificar el trabajo municipal. Era complicado, por las propias condicio-





*Viaje a Rusia y Ucrania de miembros de la ejecutiva de la CONC. En las fotografías se pueden ver a Jaume Valls, Alfred Clemente y Paco Frutos, con barba, entre otros sindicalistas y miembros de la delegación soviética*



nes en que nos incorporamos a las tareas municipales, sin recursos, con unos déficits extraordinarios, sin leyes adecuadas... y se complicó todavía más cuando a las enormes diferencias con los socialistas hubo que añadir nuestras disensiones internas. Los que se mantuvieron hasta el último día hicieron probablemente todo lo que pudieron, pero en realidad pudieron muy poco, como no fuera justificar en buena parte el trabajo que defendían los socialistas que, a la postre, les daría una mayoría muy holgada en mayo de 1983.

En marzo de 1980 tuvieron lugar las primeras elecciones al Parlament de Catalunya. Los comunistas del PSUC veníamos de un descenso moderado, pero en plena trifulca que trascendía a los medios de comunicación. Contra todo pronóstico, la Convergencia i Unió de Jordi Pujol, que había hecho los deberes en 1978 convirtiéndose en una federación estable de partidos nacionalistas, consiguió el primer puesto con más de 750.000 votos. El PSC de

Reventós y el PSUC, al frente del cual habíamos presentado al historiador católico Josep Benet, habían obtenido respectivamente más de 600.000 votos y más de medio millón. De modo que la izquierda había conseguido más de 350.000 votos de diferencia, al que se le podían adscribir los más de 70.000 votos del Partido Socialista Andaluz. Solo con un gobierno de coalición entre el resto de fuerzas presentes en el hemiciclo, los centristas de Cañellas y los republicanos de Heribert Barrera, se hubiera podido conseguir una mayoría holgada contra las tres izquierdas. Pero no hizo falta. Reventós renunció siquiera a negociar un gobierno de izquierdas en el que hubiera sido presidente y Pujol gobernó con minoría, aunque con cierto beneplácito de los centristas y de los republicanos que no le hicieron mella en toda la legislatura. El PSUC obtuvo 25 diputados, muchos menos de los previsibles en principio y muy lejos, sobre todo, de los 33 de los socialistas. Y muy poco después se quedaría

*El Boletín con el que los expulsados dieron a conocer su postura a lo largo de esas semanas del 82*



con solo 21 porque los 4 nuestros que había en las listas, pasarían al cabo de un año al grupo mixto.

Eran todavía los tiempos que desde el sindicato se fortalecía la solidaridad internacional y, respondiendo a una invitación de los sindicatos hermanos de la URSS, una representación de CCOO pudo visitar algunas fábricas e instalaciones mineras de los trabajadores ucranianos y rusos. Fuimos un amplio plantel de dirigentes, entre los cuales Alfred Clemente y Paco Frutos: una manera de familiarizarnos con otra realidad que para nosotros era desconocida y sobre la que aprendimos algunas cosas. Aquel no era todavía el paraíso de los trabajadores, pero nuestra sensación fue que caminaban, demasiado lento, era cierto, hacia una nueva sociedad. Con la perspectiva del tiempo, no sabría decir si mejor o peor.

El año 1982 se iniciaba con el enfrentamiento a cara descubierta. Un llamamiento a un Congreso democrático, de participación y de unidad del PSUC, firmado por los expulsados, entre los cuales hay 4 diputados al Parlament, abrió el fuego cruzado que se mantendría durante todo el año. Se editaron 15.000 carnets con la leyenda "Ahora más que nunca, viva el V Congreso" que ya eran una seña clara de identidad. Roman inscribió en el registró las siglas PSUC (comunista). Trescientos intelectuales y profesionales se reúnen en

los Capuchinos de Sarriá, lugar icónico, para mostrarnos su apoyo y ponerse a nuestra disposición. Cuando se convoca de nuevo el Comité Central, los expulsados acuden con un notario para que tome nota de que los oficialistas euros no les dejan entrar. A medida que se registraban enfrentamientos en las agrupaciones y muchos militantes rompían los carnets, se ocupaban locales, se cerraban cuentas corrientes y se insultaba a los compañeros. El Ejecutivo había dictado unas normas de elección de delegados que abocaba a un VI Congreso cuya principal misión era revertir lo aprobado en el V. Estaba claro que nadie iba a ceder y que los comunistas de siempre estábamos convencidos que era la oportunidad para depurar el partido de reformistas, y revertir la pérdida de las esencias. Volviendo a lo que había sido el PSUC estábamos convencidos de que se nos iban a unir muchos de los que habían estado y se habían ido y muchos de los que todavía no se habían incorporado porque nos veían dúctiles. Estábamos seguros de que íbamos a conseguir un partido más grande, con más apoyos, y desde luego, unido, sin fisuras. Habíamos puesto al partido comunista en la punta de lanza de la recién conseguida democracia y pensábamos que todo el pueblo que se sentía progresista nos iba a seguir. Nos servían de muy poco los reveses electorales, cada vez más sangrantes, porque los

Sr. Director de DIARIO DE BARCELONA:

El pasado día 3 de julio a las 3,00 horas, varios supuestos militantes del PSUC, entre los que se encontraban al parecer Jordi Guillot Responsable Político de Hospitalet y Joan Saura primer teniente Alcalde de Hospitalet, tres romper la cerradura de la Agrupación de La Florida, en la c/. Elipse, la desvalijaron llevándose los archivos y el material que a continuación se relaciona:

El cartel grande del partido que identificaba el local, 83 sillas plegables, 18 sillas normales, 4 mesas del bar, 2 mesas de oficina, mesa grande de reunión del comité de agrupación, 3 ó 4 botellas de butano, cafetera de bar de 2 brazos, molinillo de café, caja fuerte, ventilador, máquina de cine, radio-cassette, amplificador y micro, el dinero de la recaudación del bar, REVISTAS; 4 botellas de coñac, 5 de ponche, 1 de vodka, 2 de anís, 20 paquetes de tabaco, 1 caja de rosalia, nota con 1.200 ptas. de prensa, estantería con libros, material de tanderetes y vitrina, vitrina con propaganda, radio pequeña de pilas, 36 latas de conserva y platos del bar, cortina de 20 metros cuadrados de color rojo, todo el material de oficina y el de propaganda existente en el partido, incluyendo las fichas de los militantes y los sellos de cotización además del carnet de un camarada que se lo había dejado olvidado.

Al parecer la decisión de ir disolviendo la Agrupación de La Florida, así como - las de Bellvitge, Centro-San José, Can Serra y Santa Eulalia, fue tomada por la Secretaría de Organización del Comité Ejecutivo y del Comité Local.

La medida de inscribir en la línea de ir expulsando del PSUC a aquellos camaradas que se encuentran identificados y defienden la línea del V Congreso y rechazan la práctica denominada Eurocomunista, práctica que como se ve recoge las peores tradiciones del Movimiento Comunista Internacional.

Los camaradas de la agrupación ante esta política de hechos consumados sin que se haya discutido en el Pleno, han decidido mayoritariamente volver a abrir el local para continuar con su actividad política, necesaria para poder entender el tipo de Sociedad en que vivimos y como poder combatir el paro, la marginación y la perspectiva cada vez más lejana de una Sociedad Socialista.

Si los hechos antes mencionados dirigidos por la actual dirección del PSUC, son posibles hoy, no entenderemos nunca como cierta gente que están en el partido se llenan

*Encabezamiento de la carta enviada a los periódicos donde se denunciaba el asalto a algunas de las agrupaciones del partido en l'Hospitalet. 9 de julio de 1981*

atribuíamos a nuestra indefinición y a nuestra renuncia de los grandes principios. Faltaba muy poco para descubrir cuan equivocados estábamos.

En la batalla local a local en los municipios, nosotros conseguimos que el local de la Avenida de la Fabregada, donde estuvo CCOO en un principio, quedara en nuestras manos, y lo mismo ocurrió con otro local insignia: el de la calle Elipse de La Florida, no sin antes denunciar el asalto y desmantelamiento que sufrió en julio de 1981, cuando un grupo de militantes, entre los que se encontraban, al parecer, el responsable político, Jordi Guillot, y el primer teniente de alcalde Joan Saura, lo vaciaron completamente, hasta dejarlo incluso sin el rótulo del partido que lo identificaba como sede de la agrupación de La Florida-Las Planas. Así estaban las cosas.

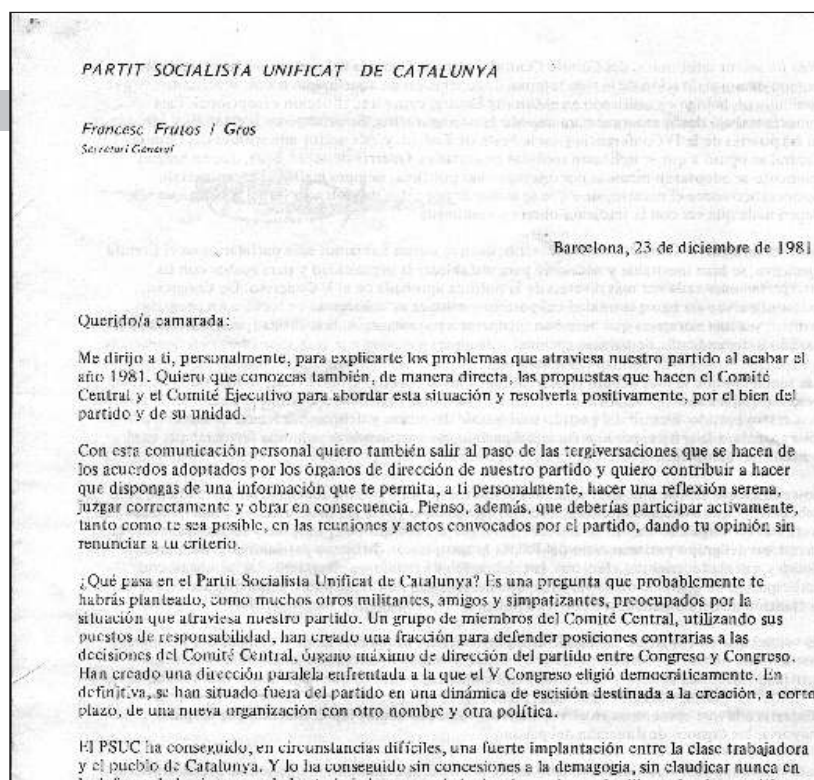
Nuestra sensación era, en aquellos momentos, que ya no se podía ceder. Que recomponer el partido era una misión obligada y que

lo teníamos todo a nuestro favor: la razón histórica —eso creíamos— y la mayoría de los camaradas. De hecho, era cierto que la corona metropolitana y las comarcas más industriales estaban de nuestro lado. Eso lo sabíamos nosotros y lo sabían ellos, de modo que las normas para la elección de delegados se modificaron para impedir que el peso de las delegaciones tuviera la misma estructura que en el V Congreso. Quienes años después estudiaron esas diferencias pusieron de manifiesto los datos que, al final, decantaron los resultados. De nada sirvieron las recogidas de firmas antes del Congreso para hacerlo más democrático. Lo que había pasado en el V Congreso, que la mayoría de delegados no comulgaban con la dirección, ya no volvería a producirse.

En previsión de los daños, los expulsados, autoproclamados como dirección provisional, convocan el VI Congreso para mediados de abril de este año. La ruptura ya es irreversible.



**Reproducción del comienzo de la larga carta que el secretario general, Paco Frutos, remitió a la militancia dando cuenta del grave deterioro de la convivencia interna que se registraba en el partido. 23 de diciembre de 1981**



En preparación del Congreso, más de 400 camaradas de la construcción, todos ellos encuadrados en CCOO convocamos una asamblea en Sants, presidida per Ardiaca y Ramos. En febrero, 24 agrupaciones de siete distritos de Barcelona, más tres miembros del Comité Central y otros tres del comité de Barcelona, consiguen reunir a cientos de camaradas en el bastión más potente de los eurocomunistas. Nuestra gente está pletórica. En las agrupaciones se repiten las asambleas y se reparten de nuevo carnets: en nuestra ciudad más de 300 nuevos carnets en esos meses previos al Congreso y eso mismo pasa en todas partes. En el Baix Llobregat hay más de 700 nuevos militantes y eso lo dice todo. En Madrid también hay críticos y, visto lo visto, invitan a una delegación del PSUC comunista a explicarles nuestras razones y nuestros pasos. Ramos, Ardiaca y Clemente que han sido invitados por unos 200 camaradas consiguen reunir a más de dos mil, para explicarles el proyecto del nuevo PSUC. Para esos días hay más de seis mil firmas de apoyo a la dirección provisional para convocar

el Congreso. Un poco antes de la fecha elegida son ya casi 13.000 pero no todos cogerán el carnet. Cuando se recuenten los militantes días después del VI Congreso, tendremos unos 8.000 afiliados. Jamás superaremos esa cifra en el PCC.

Cerca de 900 delegados nos reunimos durante los días 9 a 12 de abril en el Palacio de Congresos de Barcelona bajo el lema: "Un partit democràtic per a una política comunista". Quieren —queremos— construir un partido nuevo, sin conexiones con la socialdemocracia euro a la que adjudicamos todos nuestros males, todas nuestras renunciaciones y nuestros retrocesos. Preside la sala del Congreso una enorme bandera roja con la hoz y el martillo y cuando Juan Ramos lee durante más de cuatro horas el informe político, el silencio se convierte en atronador. El reglamento se ha aprobado con solo unas pocas abstenciones y la mesa del Congreso se elige por unanimidad. El informe político roza ese mismo apoyo. Solo dos abstenciones y ni un solo voto en contra. Se defiende el derecho de autodeterminación





El nuevo órgano del Partit dels Comunistes de Catalunya

de Catalunya y el rechazo a la Loapa, aprobada tras el golpe de Estado de Tejero. Se aboga por una política internacional que dé soporte crítico a los países socialistas, entendiendo las dificultades que le impone el capitalismo internacional. Se aprueba el órgano central del partido, *Avant*, que seguirá llevando la leyenda "Proletaris de tots els països uni-vos", que también llevaba *Treball*, pero que en los últimos tiempos se había incluso percibido que se haría desaparecer, y se aboga por una recuperación del PCE que rompa con el desviacionismo carrillista. Se aprueba el nombre del nuevo partido que no es más que la reedición del viejo PSUC de los años duros de la guerra civil y de la postguerra franquista. El nuevo Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC), se propone como la vanguardia de una nueva estructura orgánica que ha de dar cabida a todos los comunistas dispuestos a seguir avanzando en la construcción de una sociedad sin clases y de un país sin lastres. Se pide que los antiguos compañeros del PSUC hagan un esfuerzo por abandonar esas siglas y se incorporen en masa a su parte matriz, el partido de los socialdemócratas, del que no les diferencia apenas nada. Nuestro nuevo partido recibe el saludo de los fraternales camaradas del bloque del Este, pero también de los compañeros comunistas de Portugal, de Jordania, de Siria, Irán, el Líbano, Marruecos, de la RDA... Acuden pe-

riodistas del *Pravda*, del *Neus Deutschland*, de la MTI búlgara y recibimos adhesiones entusiastas de los comunistas del MCC, de la LCR, pero también de ERC y de Nacionalistes d'Esquerra. Se llega a leer una carta de adhesión al Congreso de una hija de Comorera, el que fue primer secretario general del PSUC tras su fundación.

Cuando se dan los datos concretos de los órganos de gobierno, se conoce que los miembros del Comité Central son 115, entre los cuales se encuentran todos los expulsados del antiguo Comité Central del PSUC, mientras que el Ejecutivo está formado por Pere Ardiaca, como presidente; Juan Ramos, como secretario general; Roman, en coordinación; Paco Trives, en organización; Rafael Juan, en prensa y propaganda; Joan Tafalla, como director del *Avant*; Espuny, en política internacional; Aurora Gómez, en la secretaria de mujeres; Celestino Sánchez, en relaciones políticas; Marià Pere, en movimiento ciudadano y política institucional; Chema Corral, en la relación con los medios de comunicación; Jaume Balcells en política agraria; Justiniano Martínez, en movimiento obrero y Marçal Giró en formación. A ellos hay que añadir los responsables políticos de las tres áreas más importantes de la militancia, Barcelona (Orri), Vallés Occidental (Espín) y Baix Llobregat (Muñiz), además de Quim Boix y Alfred Clemente, sin área concreta.

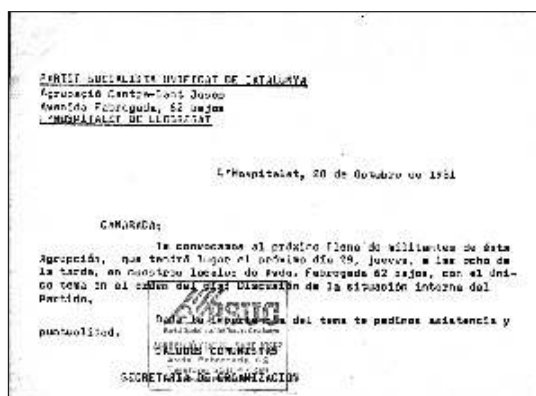
Cuando sale *Avant*, se dan a conocer los datos concretos de la nueva formación: 8.000 militantes; 188, agrupaciones territoriales; 40, agrupaciones de empresa; 88 comités locales; 28 núcleos en municipios; 11 comités comarcales y dos intercomarcales. Locales abiertos en toda Cataluña, 86, de los cuales dos en nuestra ciudad: el de la avenida Fabregada y el de la calle Elipse en La Florida, cerrados ya algunos antiguos locales del PSUC en los barrios. Solo hay más locales abiertos del PCC en Barcelona (15), en Sabadell (9), en Terrassa (5), en Badalona y Santa Coloma (4 en cada una) y en Montcada i Reixac (3).

Todos, en el Central y en la Ejecutiva, son comunistas de los nuestros, pero solo hay camaradas de l'Hospitalet en el Central. En la Ejecutiva hay nombres muy reconocidos pero la mayor parte son de Barcelona o del Vallés Occidental y alguno de Santa Coloma. Del Baix Llobregat están Muñiz y el secretario general, que no es poco. El grueso del PCC está en el área metropolitana, en las zonas industrializadas, donde el movimiento obrero ha sido más fuerte y CCOO más potente.

El éxito sindical, que se había fortalecido más allá incluso de las victorias concretas en las empresas, gracias sobre todo a la cohesión en las propuestas y en los planteamientos, hacía pensar que se podría reproducir sin dificultades en un partido comunista sin fisuras. Los análisis que servían para reconocer la fortaleza de CCOO no servían, sin embargo, para ver el nervio del partido de los comunistas en Cataluña, como la realidad se encargaría de demostrar. En CCOO había gente de muchas sensibilidades, comunistas ortodoxos y heterodoxos, socialistas, cristianos, nacionalistas... pero todos se movían bajo un exclusivo interés de combate: la mejora de las condiciones

laborales concretas y la solidaridad entre trabajadores. Se imponía la práctica cotidiana sobre la teoría, incluso sindical. En el PSUC primero y en el PCC después, la realidad sería muy distinta. En el PSUC coexistían comunistas recalcitrantes y comunistas evolucionados —y yo me encontraba claramente entre los primeros— pero sobre todo comunistas que consideraban que la ocupación de las instituciones era prioritaria para avanzar y allí ponían el acento, y comunistas que pensábamos que, sin desdeñar las instituciones, el acento debía ponerse en la movilización permanente y en el debate social. No sabíamos muy bien expresarlo entonces, pero teníamos claras las consecuencias. O el protagonismo lo tomaban las instituciones y serían ellas las que encabezaban la movilización social o el protagonismo lo tomaban los obreros en las fábricas y los vecinos en las entidades populares para hacer que las instituciones reflejaran sus propuestas y asumieran sus reivindicaciones. Este debate, en una sociedad sin clases y con una organización política cohesionada y enérgica, ya era muy complicado. ¿Cómo no sería de complicado en una sociedad donde la socialdemocracia no se planteaba terminar con el capitalismo sino solo mejorarlo?

Para la socialdemocracia, las instituciones deben ser el motor, porque las masas resultan incontrolables. Así, dominar las instituciones, implica a su vez desmovilizar a la gente y convertir a las instituciones en el único cauce para tomar decisiones. Esa era la clave de los socialistas y en ese fácil enredo tenían mucha tendencia a caer nuestros compañeros eurocomunistas. En la perspectiva del tiempo —y cuando me oigo decirlo me da un cierto repuluz— el eurocomunismo no era una traición al movimiento comunista sino probablemente



*Octavilla de convocatoria de la agrupación Centre-Sant Josep en la nueva sede de Avenida Fabregada. A partir de la crisis del partido se fueron cerrando algunos locales como el de la agrupación Centre en la calle Rossend Arús*

una evolución positiva porque se esforzaba en desconfiar de las verdades únicas y eternas del comunismo y promovía algo que ya estaba instalado en el canon leninista: el centralismo democrático, esto es, la discusión libre, de abajo hacia arriba, hasta agotar los argumentos, para convencer. Una vez convencidos, y nunca antes, todos los comunistas debían defender el acuerdo de síntesis. También en la teoría del eurocomunismo lo importante era una organización unida, la única que puede ser útil para avanzar. Y en esa organización unida, donde el debate táctico y estratégico debe ser fundamental, no podía existir el peligro de dar prioridad al trabajo institucional sobre la movilización permanente, porque ese trabajo institucional siempre estaba bajo el control de la organización y del debate de las ideas y de los pasos a dar.

La realidad fue muy distinta, claro. Lo primero en el PSUC, a partir de 1979, no fue el partido. Fue el Ayuntamiento. El Ayuntamiento hacía la política que luego el partido trataba de justificar como podía. La diferencia con CCOO es que no era la política sindical la que se imponía al partido, sino que era en el partido donde se debatía la política sindical que luego se aplicaba, más o menos. Más o menos, porque, afortunadamente, en el sindicato había otras sensibilidades, otras ideas y otras propuestas además de la nuestra. Esa distinta manera de trabajar, más proclive al consenso, facilitó las cosas y evitó rupturas y fracciones.

El mismo problema subyacía en el partido prácticamente desde los inicios. El comunismo tendía a sacralizar a las direcciones, de modo que participar en la dirección se convirtió en un honor en aquellos años porque la militancia consideraba que lo que la dirección decidía, siempre era lo mejor, había sido analizado con el máximo detalle y discutido de abajo a arriba tanto tiempo como fuera necesario. Desgraciadamente no era así. No fue así en el comité local de l'Hospitalet, ni en el Central del PSUC, ni en el Ejecutivo, ni tampoco en el Central del PCE ni en su ejecutiva. Lo que se ha sabido mucho después es que la estrategia del PCE, por ejemplo, era lo que salía del magín de Santiago Carrillo y de nadie más, y que los inmensos errores que cometió el PCE durante toda la Transición e incluso mucho antes, no habían sido debatidos por nadie: eran cosa del secretario general y de sus contactos con la élite dirigente del país en los años de zozobra del franquismo.

En L'Hospitalet ocurría exactamente igual que en cualquier otro sitio. Durante los mejores años del PSUC en la ciudad, el comité local se reunía mucho, debatía muchas horas, pero se imponían siempre los criterios de la dirección, casi siempre avalados por la parte menos crítica y más advenediza. Al final, eso marca un ritmo, y si encima la dirección ocupa las instituciones, lo que se debate en el partido, si es que se debate algo, termina ocupando siempre un lugar secundario.

El protagonismo de la gente decae, ésta se desilusiona y abandona la militancia.

Es una estrategia idílica para el socialismo tradicional donde lo que cuentan son los votos, no las ideas. La socialdemocracia quiere apoyo electoral, no participación. Es más: su proyecto pasa necesariamente por evitar la participación para que nadie tenga capacidad de discutir sus decisiones. Dormir a la sociedad es imprescindible para tenerla controlada y es la manera de convencerla de que participar significa exclusivamente votar cada cuatro años.

En democracia el voto es fundamental, lo que equivale a decir que, en democracia, la conquista de las instituciones donde se ejerce el poder, también lo es. Durante el franquismo luchamos intensamente para que la ciudadanía pudiera estar presente en las instituciones a través de sus elegidos. Es decir: para los comunistas, las instituciones son muy importantes y, ocuparlas, un paso fundamental para aplicar políticas que defiendan a los trabajadores. Pero ocupar las instituciones no excluye mantener activa a la gente. Si la Transición consiguió lo que consiguió —que no fue todo lo que queríamos, ni todo lo que necesitábamos— fue porque la ciudadanía estaba activa, movilizada y alerta. Y porque los comunistas invertimos en eso unas enormes energías que luego se perdieron con nuestra explícita renuncia a mantenerlos activos, movilizados y alertas, a cambio de ejercer el poder desde las instituciones con nuestras escasas fuerzas orgánicas. La principal crítica a lo que ocurrió va por ese camino: movimos a la gente y cuando la teníamos en movimiento nos olvidamos de ella para gobernar a su favor, pero sin su fuerza. Ellos fueron los que nos llevaron a las instituciones para que los tuviéramos en cuenta.

Cuando nos olvidamos de ellos, quedaron tan decepcionados que dejaron de votarnos. Con el tiempo, votaron por inercia a los que nunca les habían prometido que serían protagonistas de nada pero que les aseguraban que iban a mejorar las cosas. La movilización dejaba de tener sentido y el esfuerzo de la tensión social resultaba gratuito: para qué asumir la responsabilidad de reivindicar mejoras cuando había un equipo de supuestos especialistas que sin esfuerzo alguno nos iban a mejorar las condiciones de vida.

En el año 1983, Joan Saura se presentó ante los electores hospitalenses reforzando exactamente este mensaje: lo hecho entre 1979 y 1983, siendo bastante, no era lo suficiente, no porque la gente se hubiera retirado de la movilización social —que era lo que había ocurrido— sino porque los que habían gobernado, especialmente el alcalde, al que se le suponían muchos poderes, era un auténtico negado. Así que lo que necesitaba la ciudad a partir de 1983 no era lo que había tenido entre 1974 y 1979 sino un equipo muy bueno al frente del cual tenía que estar Saura, que era el que daba el nivel de alcalde requerido. Puestos a elegir entre un alcalde, malo pero conocido, frente a otro bueno por conocer, la ciudadanía no tuvo dudas: dio la primera mayoría absoluta al PSC y convirtió al ámbito comunista en lo que ha sido desde entonces: una reliquia miserable del pasado.

Pero antes tenía que llegar el tsunami socialista de octubre de 1982 que representó el primer baño de realidad al que le sucederían otras decenas de baños tremendos que modificarían no solo la realidad sino incluso nuestra percepción de ella misma.

Ya afirmaba anteriormente que los comunistas no podíamos renunciar a las institu-





Octubre de 1.982

**PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUÑA**  
L'Hospitalet de Llobregat

#### EL PARC DE LA SERP Y LA AVENIDA DEL CARRILET

El Ayuntamiento de nuestra ciudad ha repartido en el Barrio un folleto explicativo sobre lo que es su propuesta para urbanizar el Parc de la Serp (Entre Miguel Romeu, Mestre Candi, Av. del Carrilet y Prat de la Riba). Propuesta que está expuesta en el local de la Iglesia de San José.

Así mismo está previsto celebrar un acto el día 4 de Octubre por la tarde en la citada Iglesia para discutir el proyecto.

Para los comunistas del Barrio, para los comunistas del PCC es necesario realizar una serie de consideraciones previas antes de dar nuestra opinión sobre el proyecto en concreto.

##### Las consideraciones serían las siguientes:

Una — La de resaltar el grave estado de deterioro en que se encuentra el Parc de la Serp, después de tres largos años de gestión municipal de socialistas y eurocomunistas.

Dos — La de resaltar el estado de suciedad en que se encuentra el Barrio, denunciado en repetidas ocasiones por la Asociación de Vecinos. Las papeleras son un buen ejemplo de este hecho. (Han sido los vecinos los que han tenido que instalar en las farolas cajas de cartón y de madera, ante la incapacidad municipal de dar respuesta a un problema tan simple el de instalar en la ciudad alguna papeleras).

Tres — La de felicitarlos porque el Ayuntamiento haya retirado su proyecto inicial de instalar un Parking subterráneo en el Parque, que pensaba conceder en cuanto a su construcción y posterior gestión a una empresa privada, durante 50 años. (Sería interesante que explicara porqué antes sí y ahora no).

##### Nuestra opinión sobre la propuesta municipal de urbanizar el Parc de la Serp.

Realizadas estas consideraciones queremos dar nuestra opinión sobre la propuesta del Ayuntamiento aunque claro está de una forma global.

Opinión que podríamos concretar en que:

Significa un atraso importante en cuanto al proyecto inicial que ahora se pretende reformar. Y ello sencillamente porque se pierde una importante parte de ZONA VERDE.

Significa un proyecto cuando menos desafortunado porque con la propuesta que se realiza se pierde una importante parte del Parque para la instalación del Teatro (especialmente las gradas elevadas) y de la pista deportiva saliendo perjudicados claramente los niños del barrio que diariamente, corren, juegan a la pelota o pasean con sus bicicletas.

*La nueva organización local del PCC intervino rápidamente en los asuntos municipales desde fuera del Ayuntamiento. Octubre de 1982*

ciones. Solo que las instituciones para nosotros tenían que ser el instrumento para hacer políticas comunistas con el aliento de la gente. Primero, por lo tanto, era la gente, después era el partido que debía analizar las prioridades y en un tercer nivel eran las instituciones, que tenían que servir para hacerlas realidad. Cuando constituimos el PCC estábamos tan ilusionados, que no teníamos dudas de que contábamos con las masas y con el partido que las había de dirigir y, por lo tanto, que hacernos con las instituciones era lo más normal del mundo.

Para ello, nos tenían que votar. Pero si nos habían votado cuando éramos frágiles y nos faltaba cohesión interna, cómo no nos iban a votar ahora que habíamos conquistado las esencias y volvíamos a ilusionar a la ciudadanía. La realidad, sin embargo, fue muy distinta y la consecuencia me atrevería a decir que atroz. La ruptura se había producido en el peor momento. En mayo de 1979 el PSOE celebró su XXVIII Congreso, un poco después de las elecciones generales de marzo en las que consiguió ser la segunda fuerza con más de 5,5 millones de votos y a una considerable distan-

cia del PCE-PSUC que no llegó a alcanzar los dos millones de votos. El PSOE consiguió tres diputados más que en junio del 77, los mismos que el PCE, tres más, solo que el PSOE alcanzó los 121 diputados y el PCE tan solo 23. Felipe González se mostraba como el líder indiscutible de una socialdemocracia dispuesta a cambiar España en la línea de la democracia liberal que los europeos llevaban décadas ensalzando.

Cuando se celebró el Congreso en Madrid, solo dos meses después de las elecciones, la misma propuesta de eliminación del marxismo como basamento ideológico del nuevo PSOE del siglo XXI que ya se había planteado tímidamente en el Congreso del año 76 y que había resultado derrotada, se planteó ahora como un reto, hasta el punto de que Felipe dimitió como secretario general tras una nueva derrota, sumiendo al PSOE en el desconcierto y al secretario general dimitido en un semidios. El nuevo congreso extraordinario de septiembre de ese mismo año, modificó lo aprobado en el anterior, eliminó el marxismo de su estrategia política y ensalzó a González como líder carismático de un partido

al alza, apoyado por la socialdemocracia europea y contemplado como la alternativa tranquila de poder que España necesitaba para poder ser tratada como uno más en el club de la Europa democrática.

Justo en ese momento, el PCE hace aguas, y el PSUC se divide en dos partes. Mientras que la imagen del PSOE era la imagen del partido de la izquierda moderada, cohesionado bajo una dirección compacta y con un líder poderoso y de prestigio que va a mejorar el país sin sobresaltos, la imagen del comunismo peninsular no puede ser más lamentable. Expulsiones en el PCE, desorientación en la militancia, ruptura entre aperturistas y prosoviéticos, sin líderes claros, sin políticas concretas ni en el ámbito industrial, ni en el laboral, cultural o económico. Las elecciones de octubre del 82, con una UCD triturada y una AP todavía escorada a la nostalgia postfranquista, permitían vislumbrar lo que estaba a punto de ocurrir, solo que la dimensión excedió en mucho lo imaginado, que ya se había adelantado en mayo con la debacle del Partido Comunista de Andalucía en las autonómicas de esa región, donde se habían perdido más de 200.000 votos respecto de las generales del 79. El PSOE iba a ganar casi cinco millones de votos más y el PCE-PSUC iba a perder más de un millón y cuarto. El PSOE alcanzó los 202 diputados y el PCE pasó de 23 a 4. Pero eso no fue lo peor. Lo dramático es que, a los seis meses del nuevo partido, el PCC no llegó a los 50.000 votos en Catalunya, mientras que el PSUC, que perdió muchos votos, superó los 150.000 (tres veces más). Gregorio López Raimundo, por Barcelona, fue uno de los cuatro diputados comunistas. Los otros tres fueron Santiago Carrillo por Madrid, el histórico Horacio Fernández Inganzo por Asturias y Fer-

nando Pérez Royo por Sevilla. No se pudo constituir grupo parlamentario propio.

La debacle electoral termina con la dimisión del eterno secretario general del PCE desde tiempos inmemoriales. Se encarga él mismo de nombrar sucesor en la persona del asturiano Gerardo Iglesias, poco conocido entre la militancia y previsiblemente frágil al frente del histórico partido. Carrillo pretende seguir gobernando en la sombra, pero Iglesias acabará saliéndole rana. La operación, sin embargo, lamina la posibilidad de Nicolás Sartorius que no pasó jamás de eterna promesa.

En el PCC se hace un análisis optimista del resultado electoral. Las cifras negativas se explican porque el partido todavía está en construcción, con escasa presencia en los lugares clave, especialmente en los ayuntamientos donde el eurocomunismo había copado la mayoría de puestos. Esta situación se ha de revertir cuando medio año más tarde se convoquen las municipales de mayo de 1983. Por varias contundentes razones que creíamos a pies juntillas: porque habrá tiempo después de la resaca socialista de ir descubriendo la auténtica cara de la socialdemocracia reformista; porque tendremos tiempo de fortalecer el partido con todos aquellos camaradas que se fueron alejando de nuestras filas a partir de la legalidad, con el desencanto que generó el eurocomunismo y, fundamentalmente, porque en los municipios se conoce a los comunistas, se sabe quienes han estado al frente de las luchas, quienes forman el núcleo sindical. Habrá lugares donde los eurocomunistas del PSUC conseguirán salvarse de la quema, pero en la mayoría de municipios del área metropolitana, en las zonas industriales y en los municipios donde el franquismo asoló las ciudades, los comunistas tienen el mejor cartel. Esa era la lec-



*Mitin del cabeza de lista del PCC de l'Hospitalet en las elecciones de 1983, Jordi Homs, en el barrio de La Florida*

tura, condescendiente, que se hacía desde el Ejecutivo hasta las últimas agrupaciones de la organización.

No pudieron constituirse listas del PCC en todas partes, pero concurrimos en 76 municipios de Catalunya, los más importantes y poblados, donde vivía el 82% del cuerpo electoral, de modo que había esperanzas de, por lo menos, renovar el poder en los ayuntamientos importantes y, sobre todo, disputar a los socialistas y a los euros, la hegemonía municipal. Los resultados fueron nuevamente decepcionantes. Si el PSUC había conseguido el 3 de abril de 1979 en las municipales un 20% de los apoyos —seis puntos menos que el PSC-PSOE—, en 1983 no llegamos entre los dos, PSUC y PCC, al 14%. De los 549 concejales y 16 alcaldes de aquellos comicios, se pasó en 1983 a 197 concejales y 9 alcaldes. Mientras tanto, el PSC-PSOE, todavía bajo la resaca del cambio del 82, pasó de 928 concejales y 27 alcaldes en el 79, a 1.749 concejales y 38 alcaldes en el 83. Nosotros, el PCC, que centrábamos en la batalla municipal buena parte de la estrategia de futuro, no alcanzamos ni siquiera el 2,5 % de los sufragios, 61 concejales y un solo alcalde, el de Vallirana (luego, con los pactos, se consegu-

rian otros dos más, en Montcada y en Santa Perpetua). En l'Hospitalet, por ejemplo, no conseguimos ni un solo concejal, mientras que el PSUC pasó de 11 a 3. Pero esto mismo ocurrió en Barcelona, en todo el Baix Llobregat, en Badalona, Santa Coloma y Sant Adrià, en el Baix Ebre...

Los comunistas estamos acostumbrados a la derrota. Avanzamos unos pasos, conseguimos alguna victoria y entonces ya estamos convencidos de que tenemos el triunfo a la vuelta de la esquina. Estamos tan acostumbrados a la derrota, que forma parte de nuestro ADN ver el lado bueno de la masacre. Y en lugar de reconocer que el espacio comunista se había perdido irremisiblemente, volvimos a desarrollar nuevas estrategias, a intentar convencer a nuevos compañeros, a enmendar la plana al destino.

Algunos militantes, algunos compañeros de viaje, incluso algunos dirigentes, hicieron en esos días lecturas más inteligentes o por los menos, más oportunas. En un ejercicio solemne de pragmatismo, se echaron los sueños a la espalda —algunos incluso la dignidad— y se deslizaron, sumisos, y sin hacer mucho ruido, en los brazos del socialismo ram-

*Nota de prensa del PSUC local, de los que muy pronto constituirán el PCC, donde se da cuenta de la celebración de la VI Conferencia local que elige como secretario político a Santi Díaz y donde Jaume Valls es miembro del comité local, junto con Fariñas, Homs, Cupido...*



pante. Ese que quizás no iba a cambiar la sociedad, pero que seguro que podía cambiar sus vidas. Pero otros nos mantuvimos firmes hasta que la irreversibilidad de los acontecimientos nos llevó a casa.

Mientras tanto, el PSUC oficial había realizado su VI Congreso en marzo de 1982 con la vuelta pronosticada de Gregorio como presidente y el Gutí como Secretario General, seguramente con los peores apoyos con los que un secretario general podía contar. Tampoco el secretario general saliente, Paco Frutos, saldría muy bien parado de ese Congreso. Hizo de puente en el peor momento y perdió muchos de los apoyos que lo auparon a la primera línea de la dirección comunista. Con el tiempo, aún llegaría a ser secretario general del PCE, lo que demuestra que vivíamos tiempos convulsos y desconcertantes.

Para las municipales de mayo ya se había celebrado la VII Conferencia local del PSUC oficial (considerada la VI), después de que la VI del año anterior (que se hizo en febrero de 1982) hubiera dado como resultado un comité local de doce miembros en el que Santi Díaz era elegido secretario general, y todos los

nuestros volvían a ocupar puestos de responsabilidad. Yo, como responsable del movimiento obrero y José Fariñas como miembro del Comité Central. En la Conferencia oficial, Guillot sería de nuevo reelegido secretario político, hasta que lo substituiría Ramón Luque en el año 1985.

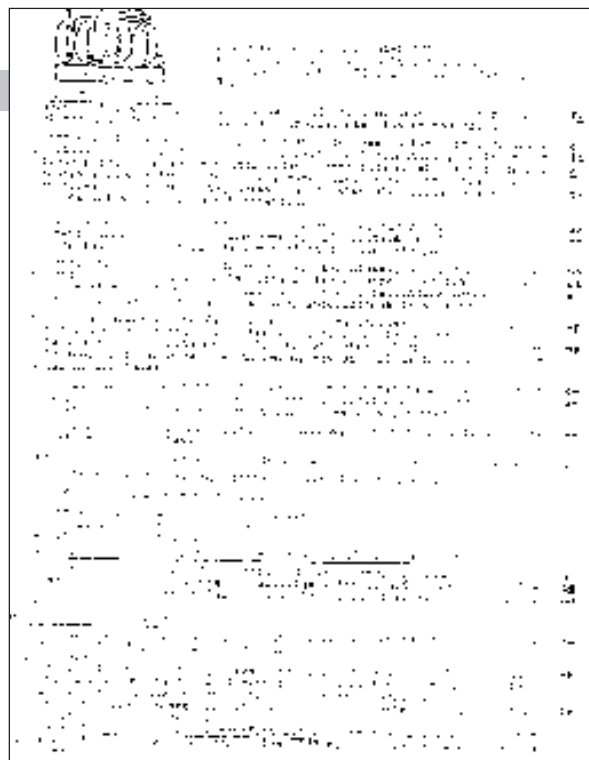
No habían pasado todavía dos meses desde las elecciones de mayo, que el Comité Central del PCC aprueba lo que se conoció como "Los siete puntos para una política de izquierdas en Catalunya" y que hacía algunos malabarismos con la estrategia. Eran estos: 1. Rechazo a la OTAN y al Mercado Común Europeo, política de neutralidad internacional y lucha contra los bloques militares y las bases norteamericanas en suelo español. 2. Defensa de las políticas de pleno empleo, subsidio equivalente al Salario Mínimo Interprofesional en caso de paro y mantenimiento del poder adquisitivo de los trabajadores. 3. Nacionalización de la Banca y de los sectores estratégicos y municipalización de los servicios públicos. 4. Reforma agraria y revisión de los precios agrícolas en origen. 5. Defensa de las libertades, ley del aborto y derogación de la ley Antiterro-



[illegible][illegible]



*La crisis económica y el paro golpearon fuertemente las economías más precarias de l'Hospitalet y CCOO se puso al frente de las reivindicaciones, también en esa vertiente. A la derecha, el llamamiento de los parados de CCOO a una primera acampada rotatoria por toda la ciudad. En el reverso de la octavilla había el recorrido, que tenía que empezar el 17 de mayo en Bellvitge y debía terminar el 22 de mayo en la Plaza del Ayuntamiento*

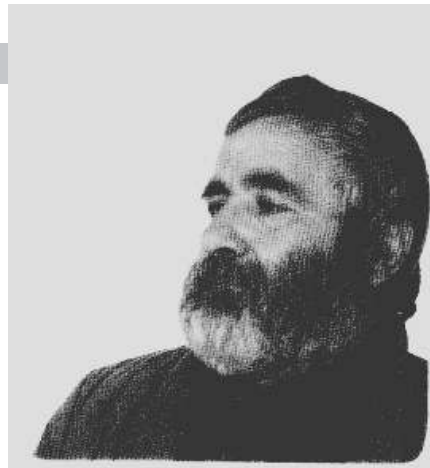
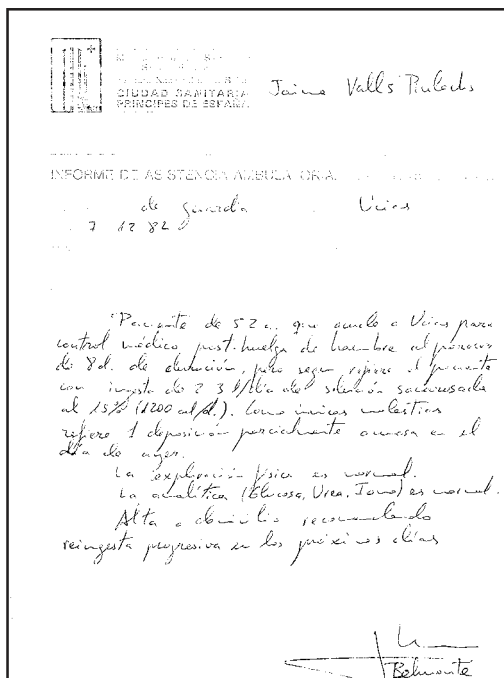


tamos iniciar una huelga de hambre recluidos en el vestíbulo de la iglesia de Sant Josep que mossén Leandre había puesto a nuestra disposición. Aquella huelga, que tuvo relevancia ciudadana y mediática, a quien peor sentó fue al Ayuntamiento, que la consideraba una forma de presión inaceptable. Aguantamos sin comer una semana entera, haciendo permanentes declaraciones a la prensa y explicando la problemática del paro que amenazaba con cuartear la estabilidad social y llevaba a la miseria a familias enteras de trabajadores. Cuando cumplíamos los siete días iniciales, los compañeros nos trasladaron al Hospital de Bellvitge donde nos aconsejaron dejar la huelga porque teníamos síntomas de desnutrición. El sacrificio valió para poco porque en los barrios la desmovilización ya era un hecho y los trabajadores temían que la crisis acabara con los pocos empleos que seguían en pie.

De esos mismos días fue la discusión en los órganos centrales de CCOO en Catalunya donde se aceptó la regulación de las Empresas de Trabajo Temporal que según sus defenso-

res abrirían la puerta a un acceso al mercado de trabajo más cómodo para los trabajadores. Si aquello lo pedían las empresas especialmente con vinculaciones multinacionales y lo avalaba el gobierno de Felipe González, no podía ser —pensaba yo— especialmente bueno para la clase trabajadora, así que me opuse en la CONC, frente a la mayoría de la Ejecutiva liderada por el secretario general López Bulla. Sirvió de poco, porque se aceptó el reglamento de las ETT's con la esperanza puesta en lo que no se iba a producir: un incremento del empleo de calidad.

Yo ya hacía más de un año que había dejado de ser concejal y Antonio Ruiz y Mariano Aragón habían sido expulsados apenas hacía un mes, de modo que el grupo municipal comunista al completo podía funcionar sin disensiones internas, al menos durante un año entero. Ahora nos podíamos dedicar íntegramente al sindicato dejando en manos de gente de toda confianza la organización local del PCC, pero las cosas ya no serían igual que antes. Ni siquiera en CCOO. Nosotros nos en-



**A la derecha, el parte médico de la Residencia de Bellvitge de Jaume Valls, tras la huelga de hambre de una semana y, arriba, una fotografía inédita, con barba, durante esos días de la huelga de hambre en la iglesia de Sant Josep**

tendíamos relativamente con la dirección de la CONC —como ya se vio en el caso de las ETT's— que estaba llena de leninistas, los mismos que habían convertido las resoluciones del V Congreso del PSUC en papel mojado, pero entendimos que había que preservar la unidad sindical y batallar desde las Uniones Locales para imponer nuestras ideas. El punto máximo de fricción vino durante el III Congreso de la CONC. Nosotros dominábamos la construcción, pero la federación del metal seguía siendo la más fuerte, con casi un tercio de las cuotas. Dominar la federación del metal significaba dominar la dirección del sindicato, pero muy pronto vimos que era un objetivo imposible y más cuando en vísperas del encuentro congresual, el ínclito López Bulla maniobró para disolver los órganos directivos que no le eran favorables, lo que garantizó la influencia del PSUC en la CONC y en muchas de las políticas que se iban a impulsar desde el sindicato a partir de ese momento.

Tuvimos que conformarnos porque, en definitiva, abogábamos porque el sindicato no fuera correa de transmisión de ningún partido y no podíamos defender la influencia del PCC

por encima de la del PSUC sin mostrarnos muy poco dignos de crédito. Cosa distinta fue el trabajo que se desarrolló en el resto del Estado.

En octubre del 83, *Avant* publica un artículo de Román que representa el pistoletazo de salida: "Un partido y un proyecto", donde da por hecho que el PCE ya no es el partido de los comunistas hispanos porque la política eurocomunista lo ha convertido en una caricatura de lo que había sido y donde se pronuncia abiertamente para que el PCC impulse en el Estado un partido de referencia peninsular. La crítica es general, contra la política errática de pactos en materia laboral (el Estatuto de los Trabajadores, los Pactos de la Moncloa, el pacto social que representa el Acuerdo Interconfederal sobre la negociación colectiva de ese mismo año), contra la renuncia al leninismo, contra la crítica desmesurada al bloque comunista, contra la disciplina comunista y el centralismo democrático que amenazan con convertir el PC en un partido de corrientes y fracciones. Frente a ese declive, hay que tomar ejemplo de las acciones decididas de los comunistas catalanes. Hay que poner en pie un nuevo PCE que salve las esencias ortodoxas y

para ello se han iniciado ya los contactos oportunos que darán frutos muy pronto. Tras la Festa de l'Avant en Montjuic, continuación de la tradicional Festa de Treball de finales de los 70, que resulta un éxito inesperado —más de 20.000 asistentes al míting central— y miles de entradas vendidas durante los tres días que dura la convocatoria, Ignacio Gallego da a conocer su dimisión de la Ejecutiva del PCE, mostrando su total disconformidad con el informe político que Gerardo Iglesias presentará al anunciado Congreso del partido, tachándolo de reformista, socialdemócrata y disolvente. En enero del 84 nace el nuevo partido tras una asamblea donde se aprueban los estatutos provisionales, la línea política y un Comité Central de 104 miembros, entre los cuales 14 catalanes del PCC. Ignacio Gallego es elegido nuevo secretario general. Lo reconocen más de medio centenar de partidos comunistas de todo el mundo, pero la realidad es que el nuevo partido nace sin demasiado apoyo, con una estructura frágil y sin que el PCE de Iglesias sufra una considerable pérdida de militantes. El nuevo PC español parece más nuestra muleta en el resto de España que, al contrario. Tamaña debilidad se pone de manifiesto porque tres dirigentes del PCC se trasladan a vivir a Madrid para reforzar la nueva estructura: el matrimonio Román/Abril y el responsable de la Juventud. En pocos días se da a conocer que ha habido más de 500 nuevas afiliaciones y la organización parece bullir con entregas de carnets, conferencias, debates, etc. En mayo hay una asamblea de cuadros comunistas afiliados a CCOO donde participan más de 150 dirigentes. Se prepara el III Congreso Confederado y queremos hacernos oír porque es el momento de elevar las críticas por la política de pactos que acepta la dirección confederal y que causa

desafiliación y desconfianza. Como ocurrirá en el II Congreso de la CONC, el Congreso Confederado también supone un varapalo a nuestras tesis. El 60% de la nueva dirección la forman comunistas afines al PCE-PSUC y solo un 40% son de los nuestros. En Cataluña conseguimos algo más, pero la mayoría sigue fiel a los dictados de López Bulla y de la dirección leninista de Paco Frutos.

Todo el mundo se sorprende, no obstante, de la vitalidad del PCC. Abrimos local en el centro mismo de Barcelona, en el Portal del Ángel, y en plena campaña de elecciones al Parlament de Catalunya (las segundas) desplegamos decenas de actos en todas las agrupaciones con una participación muy destacada de militantes y simpatizantes. El resultado electoral arroja para el PCC algo más de 71.000 votos que nos convierte en la sexta fuerza política en Catalunya y a las puertas de conseguir un único diputado. El PSUC, que presenta como candidato a presidente de la Generalitat al Guti, consigue 160.000 votos y 6 diputados, pero en total, el espacio comunista pierde más de 275.000 votos en cuatro años y 19 diputados.

Como hay lecturas para todos los gustos, los nuestros consideran que estas elecciones son las representativas. Primero, porque se centran en Catalunya donde el PCC tiene sus objetivos políticos y, segundo, porque ahora el influjo de Felipe González sobre el resultado global no ha sido tan fundamental como en las españolas de octubre del 82. Teniendo en cuenta estos datos, hemos conseguido 25.000 votos más que hace casi dos años. Eso quiere decir... que vamos avanzando. ¿Avanzando? El Comité Central lo dice con palabras: "un avance importante y positivo, pero insuficiente".





*La izquierda comunista se volcó en el referéndum contra la Otan*

Pero no hay mucho tiempo para los matices porque, al mes siguiente, el PCC participa con la máxima intensidad en las protestas por la permanencia en la OTAN, que en Barcelona reúnen a más de 100.000 personas y a más de medio millón en Madrid y que se renovarán poco después con el anuncio del referéndum que vuelve a movilizar a mucha gente que se había quedado sin referentes claros en el interludio entre el triunfo abrumador del PSOE y la crisis galopante del PCE.

En pleno verano del 85 —unos meses después de nuestra III Conferencia local de CCOO, en la que de nuevo salgo elegido secretario general del sindicato—, la confederación de CCOO convoca una huelga general de 24 horas por el proyecto del PSOE de reforma de las pensiones, de la Seguridad Social y la amenaza del despido libre que terminará con la di-simulada dimisión de Boyer como ministro de Economía y Hacienda por sus supuestos enfrentamientos con el vicepresidente Alfonso Guerra. En Catalunya es un éxito y en el conjunto del Estado paran unos cuatro millones de trabajadores. Aquí, en nuestra ciudad, el seguimiento fue prácticamente total, gracias a los esfuerzos de coordinación con el resto de la comarca. Unos días antes, se realizó una asamblea conjunta de la Unión Local y la comarcal del Baix Llobregat, que garantizó el

resultado y nos sirvió para tejer fuertes lazos de colaboración de cara al futuro.

Mientras tanto, la nueva organización política de los comunistas parece crecer en militancia y en influencia. El PC de Gallego, nuestro referente estatal, se fortalece algo en Andalucía, en Asturias, en Cantabria, en la misma Castilla, mientras que el PCE de Iglesias arrastra una existencia que a nosotros nos parece anodina, sin alma. En Andalucía especialmente, una fracción del PCE de Iglesias comandada por Manuel Monereo se fusiona con un grupo de comunistas que se han hecho fuertes en el Sindicato Obrero del Campo con experiencias muy notables como la del alcalde de Marinaleda. De ahí saldrá la Candidatura de Unidad Popular que conseguirá una afiliación de miles de nuevos camaradas bajo la cobertura del nuevo PC. Un poco antes, en marzo, el PSUC del Guti celebra su VII Congreso y es reelegido secretario general, pero Gregorio López Raimundo renuncia a la presidencia. Es un dato que no pasará desapercibido. Gregorio es de los pocos que parece percibir los enormes errores cometidos. Prudente por naturaleza, se mantendrá expectante sin apenas aspavientos.

Pese a los esfuerzos y a las movilizaciones, el prometido referéndum sobre la OTAN que convocó el gobierno del PSOE en enero de 1986, dio unos resultados que resultaron

*Julio Anguita y Gerardo Iglesias en la época de la constitución de Izquierda Unida*



frustrantes para nuestra masa electoral. Participó apenas el 60% del electorado, pero más del 52 % en el conjunto del Estado votó a favor. Los comunistas, contrarios a permanecer en la OTAN por estar contra la política de bloques, junto a centenares de colectivos pacifistas y antimilitaristas, hicimos campaña para salir y apenas conseguimos 7 millones de votos. Nos había incorporado a la Alianza Atlántica Leopoldo Calvo Sotelo en el 82, pero Felipe González acababa de negociar la entrada en la CEE que incluía de facto la permanencia en el bloque militar europeo-americano y se enmendó asimismo la plana en un nuevo ejercicio de filibusterismo, del pragmatismo sin escrúpulos que lo caracterizaba. El resultado supuso, de hecho, otra nueva derrota a añadir a las que andábamos tratando de digerir desde hacía años. Y, en este contexto tan delicado para nosotros, González decidió adelantar medio año las generales que debían celebrarse en el otoño del 86.

Lo que vendría después sería un monumento al desconcierto. En la primavera de ese año, una iniciativa del alcalde comunista de Córdoba, Julio Anguita —quien por cierto se hospedó en casa de Antonio Ruiz en Bellvitge, cuando vino a Barcelona después de ser elegido alcalde en 1979 y allí fue entrevistado por la prensa—, consigue articular una candidatura electoral andaluza, Convocatoria por Andalucía-Izquierda Unida, como una guía de oposición respecto de las políticas neoliberales del felipismo. Contra todo pronóstico, en

mayo, una serie de reuniones de las direcciones del PCE y de nuestro PC, con otros representantes de partidos de oposición minoritario como el PASOC (socialista) el Partido Humanista, Izquierda Republicana, el partido que se configura en torno a Tamames después de su marcha del PCE y un grupo de intelectuales independientes, consiguen articular una coalición electoral bajo el nombre común de Izquierda Unida, cuya candidatura madrileña encabezará Gerardo Iglesias. El secretario general del PC, Ignacio Gallego, resultaría elegido diputado por Málaga. Aquella inusitada coalición, que a muchos nos dejó con la boca abierta, no pudo hacerse realidad en Catalunya donde seguíamos viendo al PSUC del Guti como el partido del que nos debíamos diferenciar. Para esas generales, donde el PSOE renovarían mayoría absoluta, el PSUC acuerda una coalición con los nacionalistas de izquierda (NE) para formar la Unió de l'Esquerra Catalana y nosotros, el PCC, acordamos presentarnos en solitario.

Ya he dicho que el PSOE renovó mayoría absoluta, perdiendo algo más de un millón de votos respecto del 82 y 18 diputados, pero siguió siendo el primer partido del Estado con 3 millones más de votantes que la nueva Coalición Popular de Fraga y con 7 millones de votos más que el partido de Suárez (CDS), que fue el tercero. La coalición de izquierdas que agrupaba a siete partidos bajo el nombre de Izquierda Unida apenas alcanzó el millón de votantes, quedó como quinta fuerza política

## LOS COMUNISTAS DE SIEMPRE ESTAMOS EN EL PCC



**LUIS ROMERO**

*Los compañeros, todos comunistas del PCC, cuyos nombres aparecen más abajo, somos los que muchos de vosotros conocéis por haber trabajado juntos, por haber participado en las luchas contra la patronal y por la defensa de los derechos de los trabajadores, por nuestros derechos.*

*Somos entre otros:*

|                     |                     |
|---------------------|---------------------|
| Luis Romero         | Marcelino           |
| Justiniano Martínez | Juan Gómez Alba     |
| Paco Muñoz          | Antonio Rubio       |
| Luis Volea          | Rafael Parra Chire  |
| Rosón Torrents      | Antonio Jiménez     |
| Francisco Lladó     | Emilio Galligo      |
| Ismael Cabeza       | Martín Martín       |
| Jaume Valls         | Juan Gil            |
| Antonio Ruiz        | Antonio García Roca |



**JUSTO MARTÍNEZ**



**LUIS VALERA**

Somos compañeros que en más de una ocasión os hemos pedido el **VOTO COMUNISTA**, por entender que es el voto de la **CLASE OBRERA**, por creer sinceramente que votar comunista hoy, es empezar a construir los pilares de un edificio que mañana se llamará socialismo y más adelante con su profundización, comunismo.

No es una utopía, aunque para algunos compañeros lo perezca, y es por ello, que **PARA CONSTRUIR UN FUTURO SOCIALISTA, HAS DE VOTAR HOY COMUNISTA.**

Por esas razones es por lo que los que siempre hemos pedido el **VOTO COMUNISTA**, os decimos hoy que votar comunista es votar al **PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA.**



**RAFAEL PARRA**



**MARTÍN MARTÍN**

Votar comunista, votar PCC, significa, entre otras cosas:

- Luchar por el derecho al trabajo y por la defensa de los derechos fundamentales de los trabajadores.
- Piena igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres.
- Separación real entre Iglesia y Estado (es a largo acabar con las subvenciones del Estado a la Iglesia).
- Garantizar la Seguridad Ciudadana.
- Combatir la corrupción en los aparatos del Estado y en la sociedad en general.
- Reforma de la justicia: presencia de los abogados, en todo momento de la detención, obligatoria e irrenunciable.
- Descentralización, democratización y transformación de los aparatos del Estado y ejército.
- Por la República Federal.



**JAUME VALLS**

**VOTA COMUNISTA**

**VOTA**



**PARTIT DELS COMUNISTES DE CATALUNYA**

**Los comunistas de la CONSTRUCCION se dirigen a sus compañeros de ramo**

*Folleto electoral del PCC de los sindicalistas de la construcción. Jaume Valls, abajo a la derecha*

con menos votos que la *Convergència Democràtica* de Jordi Pujol y Miquel Roca, y con solo siete diputados, uno de los cuales era Ramón Espasa de la UEC (PSUC-NE), por Barcelona. Juan Ramos, candidato del PCC por Barcelona se quedó a las puertas, con menos de 60.000 votos.

El enorme tsunami del *felipismo* del 82, que justificó los pésimos resultados electorales del comunismo español en todos los rincones, tenía ahora una lectura muy distinta. Lo que estaba cambiando con una asombrosa celeridad era la sociedad española. Todavía se habían movilizado en el verano de los 85 cuatro millones de trabajadores, pero durante 24 horas y en lugares muy puntuales. El desencanto de los últimos años de la Transición estaba dejando paso a la desmovilización ciudadana y obrera, para dar origen a una sociedad alegre y desenfadada de la mano de las reformas amables del PSOE y de los caudales de los fondos europeos para la cohesión. Unos flujos de recursos que ayudaban a la mejora de las ciudades y de los servicios bajo el influjo de una socialdemocracia moderada que nos vinculaba a Europa y que hacía crecer económicamente a las clases medias del país y que las mantenía satisfechas.

Para los comunistas las elecciones no eran esenciales. Lo esencial era mantener a la gente en tensión. Pero la sociedad que nos estaban construyendo era justamente una sociedad que no quería tensión, sino esparcimiento, tranquilidad, ocio. Nosotros les pedíamos sacrificios, lucha, reivindicación, mientras que el PSOE, en todas las instituciones, solo les pedía el voto y a cambio les ofrecía mejoras, reformas y ninguna exigencia. La máxima exigencia era precisamente que se abstuvieran de intervenir, de controlar, de participar. Intervenir, controlar y participar supone responsabilidad y madurez. Aquella sociedad de trabajadores movilizados, maduros y responsables era, a estas alturas, una quimera. Pero nosotros todavía no lo veíamos así. Seguíamos empeñados en construir otro mundo, un mundo nuevo que solo existía en nuestros sueños.

En 1987 ya teníamos claro que lo que había ocurrido en 1980 había sido un suicidio colectivo. Si hubiéramos sido más lúcidos, unos cuantos que estuvimos en primera línea desde entonces, nos hubiéramos marchado a casa. Muchos lo hicieron. Otros optaron por salidas individuales comprensibles y muchísimo más cómodas. Los de siempre, seguimos en la brecha, haciendo esfuerzos por entender

lo que era simplemente incomprensible: cómo una sociedad diezmada por la represión y la miseria es capaz de combatir responsablemente cuando se abre el tapón, para dejarse confundir y engañar con vanas promesas de reformas solo unos pocos años más tarde.

Recuerdo, en este sentido, cómo los mayores se referían a los cambios surgidos en la España de los primeros años de Franco, comparándolos con los últimos años de la Guerra: no parecía el mismo país. Y es que los países cambian a un ritmo vertiginoso, al ritmo que les impone el poder. Por eso, probablemente, es tan importante el poder, porque tiene la capacidad de cambiar a las personas...

Por eso nos tenía que parecer comprensible que nuestros dirigentes se movieran como se movían, en la búsqueda desesperada del apoyo electoral.

Cuando el PSUC analiza la pérdida de casi 70.000 votos en Cataluña desde el año 82, el peor año electoral para los comunistas de cualquier signo, el cambio de secretario general está cantado. El Guti es un obstáculo para su partido, pero es, sobre todo, un obstáculo para un eventual reencuentro, de modo que el PSUC elige como nuevo secretario general a Rafael Ribó, un leninista que en sus tiempos en la ejecutiva del PCE se había atrevido a criticar en directo al todopoderoso Santiago Carrillo. López Bulla, desde la CONC, es uno de los primeros que pide cambios en la cúpula del PSUC sin hacerse cargo de los cambios que también necesita el sindicato y que le atañen a él mismo. Bulla no dejará el cargo de secretario general de la CONC hasta el año 1995. Pero tiene en ese momento la virtud de reclamar unidad y de proponer la incorporación del PCC (y también de los nacionalistas de iz-

quierda e incluso de la débil ERC) a una candidatura que en un año y medio estará cocinada y lista para servir. Se llamará Iniciativa per Catalunya y ahí estaremos todos otra vez.

También nosotros cambiábamos de prisa. Nos habíamos peleado por ser más comunistas que nadie en 1981 y seis años más tarde aceptábamos ir bajo unas siglas que no querían decir nada, que no incluían a nadie y, sobre todo, que se olvidaban de nuestros signos de identidad.

Pero sigamos con el sindicato. Bulla se había cargado la federación del metal echando a los nuestros y ahora, en un movimiento sorprendente, incluye a tres miembros del PCC en la dirección de ese sindicato. Los que habían sido mayoría, ahora la pierden bajo el encantamiento de la unidad. Unidad que también se respira en el encuentro que en esos días realizan los secretarios generales y antiguos compañeros del PSUC, Rafael Ribó y del PCC, Juan Ramos.

En abril de 1987, el PCPE celebra su segundo Congreso. Declara 22.000 militantes, la mayoría de los cuales en Catalunya. Gallego, con 73 años es elegido presidente del partido y Juan Ramos deja la secretaria del PCC para convertirse en el nuevo secretario general del PCPE, que ya ha tenido que modificar sus siglas legales para diferenciarse del PCE de Iglesias. Su substituto en Cataluña será Marià Pere.

En ese mismo año (1987) coinciden tres elecciones: las municipales y las primeras europeas en España y, en algunas comunidades, las autonómicas. Es un buen momento para calibrar los ánimos y los resultados. Iniciativa por Cataluña creada en abril como una coalición de partidos se presenta en 202 municipios catalanes donde vive más del 75% de la pobla-





*Portada de los documentos del Congreso de Unidad*

ción. Se conseguirán 69 concejales en los ayuntamientos, algunos menos de los que el PCPE tendrá solo en Andalucía. En el conjunto del país, el PCPE se hace con 220 concejalías, una docena de alcaldías y dos nuevos diputados autonómicos, en Madrid y en Asturias, a los que cabe sumar 3 en Andalucía. Izquierda Unida en conjunto conseguirá 2.500 concejales y concejalas y algo más de un millón de votos totales y 26 diputados autonómicos. En las europeas, IU obtiene el 5,25% de los votos y tres europarlamentarios. Mientras tanto el PSOE pierde muchas mayorías absolutas y se ve obligado a gobernar en coalición o en minoría en muchas localidades importantes. La lectura de todos esos comicios es que parece haberse detenido la sangría y que la fórmula anguitista surgida en Andalucía y trabajada en el conjunto del Estado permite albergar esperanzas. Resuenan por todas partes nuevos aires de unidad comunista, desinflado el proyecto carrillista que en las anteriores generales había conseguido más de 200.000 votos i que ahora se ha movido en el entorno del 1%. Carrillo se ha quedado sin representantes autonómicos o europeos y con solo 179 concejales en todo el país. No tardará en marcharse a

casa. Lo hará en 1989 después del desastre de las generales y tras aconsejar a sus 8.000 militantes la integración en el PSOE.

Algo menos de un año después del II Congreso del PCPE, el PCE celebra su XII Congreso (1988) y Julio Anguita es elegido secretario general del PCE y coordinador de IU en sustitución de Gerardo Iglesias. Su proyecto de reunificar en la práctica lo que se había destruido en los años precedentes, adquiere una nueva dimensión cuando es el propio Ignacio Gallego el que se manifiesta dispuesto a la unidad comunista. Esta posición, en el mismo grado de inconsecuencia que era consustancial a Gallego según quienes lo conocían mejor, provoca una crisis en la cúpula del partido que se resuelve con el refuerzo del PCC a su partido hermano. La mitad de los miembros del Secretariado son ahora miembros del PCC y 7 de los 27 miembros de la Ejecutiva, entre ellos los pesos pesados: Pere, Boix, Román, Ramos...

Será ese mismo Ejecutivo el que en septiembre analizará un documento político que parece surgir de la organización madrileña del PCPE con apoyo externo, donde se hace un auténtico cántico a la reunificación de los co-

*El PCC local solo se presentaría a las municipales en 1983. Este boletín de junio del 82, muy crítico con la labor del primer ayuntamiento democrático, no dio sus frutos en aquellas elecciones y, en 1987, ya no se repetiría la experiencia*



munistas en la vía del refuerzo de una Izquierda Unida a la que se ve con perspectivas de crecimiento. Cuando poco después se reúne el Comité Central del PCPE, Quim Boix propone la expulsión del partido de los firmantes del documento y quienes les dan apoyo. Otra nueva expulsión era justamente lo menos inteligente en aquel contexto porque se veía en la actitud del Central del PCPE todos aquellos males que habían aquejado hasta la saciedad el PCE de Carrillo: el autoritarismo, la falta de debate interno, la capacidad de analizar las disensiones...

Lo más significativo era que entre los firmantes había gente nuestra muy conocida y reconocida. Entre ellos Alfred Clemente, Justiniano Martínez, Aurora Gómez o nuestro Mariano Aragón. Eso venía a indicar que no estaban solos. Que tras ellos estábamos muchos de los que empezábamos a reconocer los errores y nos empeñábamos en repararlos. Si algunos comunistas veían imposible la unidad orgánica, otros comunistas estábamos dispuestos a no ser tan exigentes. Nos podíamos conformar con la unidad de acción que ya se

había visto que resultaba por lo menos más atractiva al electorado que la defensa a ultranza de las esencias.

Cuando el documento de Boix se pone a votación, se aprueba por 51 votos a favor y 9 en contra y cuando Ramos elabora su documento de síntesis tras una ardua discusión de dos días, el resultado mantiene esa misma correlación. Al final, Gallego y un buen número de cuadros de Madrid, de Andalucía y, algo menos, de Catalunya, optarán por abandonar el PCPE, de modo que la sacudida que recibirá la organización —y paralelamente los comunistas en CCOO— será de claca. Otra vez, el principio de la caída. A primeros de año, el PCE de Anguita hace una maniobra inteligente: celebra un Congreso Extraordinario llamado de la "unidad" que acaba incorporando al Central a 22 dirigentes de los antiguos PCPE y PCC. Y, como consecuencia de todo ello, el PCPE se excluye de Izquierda Unida. Tres meses más tarde, en Castelldefels, más de 250 militantes del PCC y lo que quedaba de Bandera Roja, nos pasamos de nuevo al PSUC (1989). Con nosotros se incorpora la cabeza pensante del PCC



*Jaume Valls interviniendo en el plenario del III Congreso de CCOO de Catalunya. Año 1984*

y uno de los que más habían influido en la ruptura ideológica del PSUC eurocomunista, Leopoldo Espuny. Como Espuny, éramos muchos los que veíamos en el PCE de Anguita un nuevo partido más crítico con el papel comunista durante la Transición, con el PSOE como partido de referencia izquierdista y con la necesidad de cerrar heridas. Solo que estas heridas en Cataluña eran demasiado recientes y seguían escociendo. Tanto, que el PCC se excluye de IC, siguiendo el rastro del PCPE con IU, en un movimiento que lo aísla más de la realidad política y que le quitará los pocos réditos electorales conseguidos. Todas estas maniobras, que lo debilitan, no le acercan más al PCPE sino más bien todo lo contrario. Va observando el progresivo aislamiento de los comunistas prosoviéticos que todavía quedan, sin romper el vínculo, pero sin mantener una actitud activa.

Tras las municipales de 1983 donde no conseguimos un solo concejal en l'Hospitalet, se celebran las de junio de 1987, unidos todos bajo las siglas de Iniciativa per Catalunya. Nuestra militancia ha decrecido y el entusiasmo de los primeros años se convierte en rutina y poco más. Cuando nos incorporamos a IC, tenemos tan escasa fuerza, que los tres primeros candidatos de la lista municipal son del PSUC. El primero Saura, de nuevo, y los dos

siguientes, Botey y Ramón Luque, que era el secretario político local del PSUC desde diciembre de 1985. Con Saura había el resque-mor de siempre, pero la situación era muy distinta con Botey y Luque, porque ninguno de los dos había jugado un papel importante en los años de la ruptura. Jaume Botey era, en 1979, un independiente próximo al partido y se mantuvo al margen de las controversias. En el 83 ya era militante del PSUC, pero jamás se mostró beligerante con los que nos habíamos apartado, ni mucho menos. Ramón no llegó a ser de los nuestros porque estuvo alejado de la actividad política durante los años complicados de la escisión, aunque había sido militante de Bandera Roja desde el año 75 y después fue camarada nuestro en la ciudad. Cuando se incorporó a la actividad política en primera línea mantuvo una posición crítica muy valiosa, de modo que cuando nos plantearon la lista a las municipales no hubo gran oposición.

Hay que señalar que los tres concejales electos del PSUC en el año 1983 fueron, por este orden, Saura, Candel y Botey. La idea al componer la lista era obtener más concejales que el PSOE—de ahí el lema de "aquí lo que hace falta es un alcalde" con que se presentaron a las elecciones—, aunque es muy posible que pensaran también en participar en un gobierno de coalición con los socialistas si los resultados daban



*La Huelga general del 14-D. Imagen de la manifestación de Madrid de la jornada que paralizó todo el país. Fuente: diario Público*



*Compañeros del sindicato organizando piquetes informativos durante la huelga general del 14-D en l'Hospitalet*

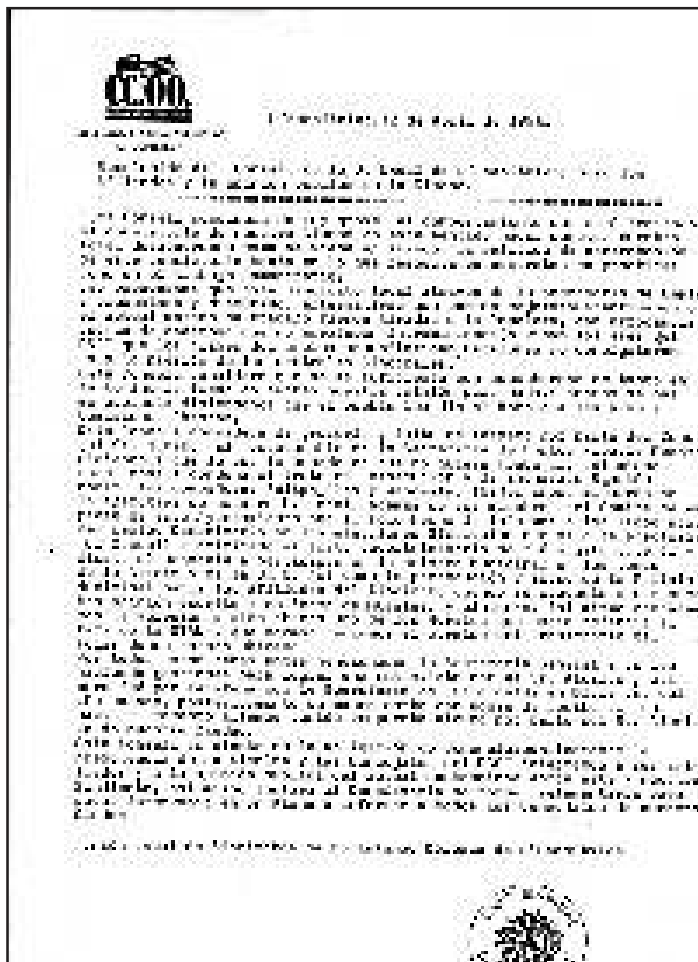
la mayoría suficiente y eran ajustados como en el 79. La sorpresa fue, por lo tanto, mayúscula, porque no solo la derrota fue estratosférica, sino que eran totalmente prescindibles para gobernar: los socialistas obtenían una mayoría absoluta muy holgada (de 12 concejales pasaron a 20) y los comunistas del PSUC —los comunistas en general— iniciaban su declive residual hasta ahora mismo. Tanto fue así que Candel y Botey renunciaron a sus concejalías en noviembre de ese mismo año para que les substituyeran Mercedes Olivares y Robert González, que ya habían sido concejales en 1979. Botey probablemente no estaba interesado en mantenerse en la oposición porque su vocación era la de seguir gestionando la concejalía de Educación donde había realizado una labor encomiable y Candel simplemente necesitaba unos ingresos regulares que no quedaban garantizados trabajando en la oposición. En aquel Ayuntamiento del 83 solo hubo esas dos dimisiones en los cuatro años que duró el mandato.

En 1987 los socialistas de l'Hospitalet perdieron cuatro de los 20 concejales del 83, pero

esos cuatro concejales no se fueron a IC que mantuvo los tres que tenía el PSUC en las anteriores, sino que se dividieron entre dos concejales más para CiU y otros dos para el CDS de Suárez, o sea, hacia la derecha en cualquier caso. De aquellos 16 concejales socialistas, dos dimitirían a destiempo, uno de ellos Paco Pareja —que había sido militante del PSUC en Bellvitge en los años anteriores— 18 meses más tarde de salir elegido y el otro, Fernando Parrilla, en febrero del 89 a raíz de ciertas irregularidades descubiertas.

En el verano del 89 se celebran las terceras elecciones al Parlamento Europeo y las segundas en las que participa España a la vez que los otros 12 países miembros. Izquierda Unida, que repite candidato en la persona de Fernando Pérez Royo, consigue casi un millón de votos y gana un eurodiputado más que hace dos años. Nada que ver con los más de 6 millones del PSOE, pero un apoyo razonable si se tiene en cuenta de donde venimos y de la enorme división del campo comunista. También el partido de Carrillo participa, además del





Comunicado de la Unión Local de CCOO sobre la contratación irregular del Ayuntamiento en 1986

PCPE-PCC y ni el propio Santiago ni Ramos consiguen escaño, pese a obtener 200.000 y 80.000 votos respectivamente. Como dato significativo: es en estas elecciones en las que se presenta José María Ruiz Mateos a través de una agrupación de electores propia. Conseguirá más de 600.000 votos. Muchísimos más que Carrillo, el PCPE y otra pléyade de partidos comunistas y radicales juntos.

Y cuando en octubre se convoquen las generales adelantadas (1989), Izquierda Unida, con Anguita como candidato, doblará el número de apoyos de las anteriores y pasará de 7 a 17 diputados, mientras que el PCPE que se presenta en solitario, conseguirá algo más de 60.000 votos, 5.000 más que en las precedentes, por algo más de 85.000 que obtiene el partido de Carrillo, ahora con Piñedo al frente.

Prácticamente un año antes, en octubre del 88, el gobierno González se atreve a pre-

sentar un Plan de Empleo Juvenil en el Consejo de Ministros que supone la legalización de los contratos temporales precarios y el abaratamiento del despido. Digo se atreve, porque era un claro síntoma de nuestra debilidad. En CCOO manteníamos la afiliación y prácticamente la misma representación en número de delegados (66.540 delegados en 1978 y 59.230 en toda España en 1986, un 34,5% y un 33,8% respectivamente) porque, entre otras razones, había casi 20.000 delegados menos y 800.000 trabajadores más en paro a causa de la reestructuración industrial, la crisis subyacente y el cierre de empresas. Sin embargo, éramos débiles, o por lo menos más débiles que en los años precedentes, porque había calado el miedo a la pérdida de empleo, porque nos habíamos ido aclimatando al ritmo más soso de la conflictividad laboral y porque ya ni siquiera éramos el sindicato mayoritario

*Acto conmemorativo de los 25 años de CCOO en l'Hospitalet. En la mesa, de izquierda a derecha, Jaume Valls, Ignacio Pujana, José L. López Bulla i Pep Ribas*

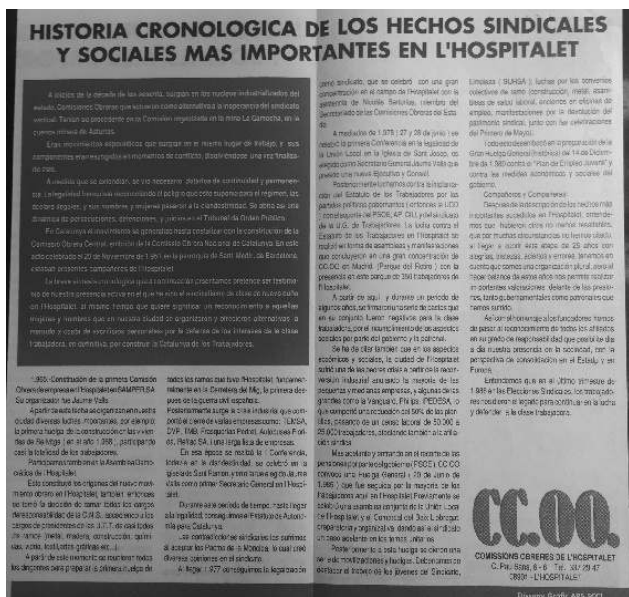


en España desde que nos superara la UGT a raíz del triunfo socialista del 82. Esta tendencia se mantendría hasta las elecciones sindicales del 94/95 donde CCOO volvió a recuperar el primer lugar en representación sindical y en afiliación. A raíz de la presentación de ese proyecto que afecta al mercado laboral juvenil, se desencadena una protesta sindical que incluye en esta ocasión a los compañeros de UGT en contra de las medidas del gobierno y que culminará en la histórica jornada del 14-D, con una huelga general de 24 horas que consigue, por primera vez, paralizar el país, interrumpiéndose incluso la señal de TVE. La consecuencia de la protesta es la retirada del proyecto del gobierno González y un incremento del gasto social y, lo que resulta a la postre crucial, la pérdida de la holgada mayoría absoluta socialista en las elecciones de 1989 (consigue 175 diputados) y el principio del fin del felipismo. Hay que decir que el 14-D también fue un éxito total en nuestra ciudad. La organización local de CCOO no escatimó esfuerzos y el paro fue absoluto. A ello se había llegado porque el sindicato local participó durante estos años en todas las luchas empresariales de las que teníamos noticia, de modo que la afiliación se mantuvo y la fuerza sindical no tuvo demasiada merma. Valdría la pena destacar la incorporación de muchos trabajadores jóvenes en esos años, las luchas por los convenios de em-

presa y de sector, los encierros en las Oficinas de Empleo contra la precariedad laboral, las asambleas de los trabajadores de la limpieza, por la mejora de la salud laboral y las manifestaciones por la devolución del patrimonio sindical que se fueron sucediendo varios años. Por no hablar de la preparación de las manifestaciones del Primero de Mayo...

Un año antes de la huelga del 14-D, en septiembre del 87, habíamos celebrado en l'Hospitalet la IV Conferencia local de CCOO. Ahora, una buena parte de los dirigentes sindicales de la Unión Local, distanciados de la controversia política de los años duros, coincidimos en la necesidad de fortalecer el sindicato, incentivar la afiliación sindical y mantener el nervio en la negociación colectiva y en las jornadas de huelga de 24 horas que van a venir (en el 92, en el 94, en el 2002...). Nos une también la contestación a la política del socialismo felipista, muy agresiva en esos momentos contra las conquistas sociales de finales del franquismo. De nuevo soy reelegido como secretario de la Unión Local con 57 años. Será mi última reelección. En la V Conferencia del año 91 cederé el puesto a otro compañero de la primera hora: Tomás Martínez, el líder del metal.

Algo antes, en diciembre de 1987 y haciéndolo coincidir con la celebración del 25 aniversario de CCOO en Catalunya, organizamos



Folleto del sindicato local editado en conmemoración del 25 aniversario de la creación de CCOO

un acto conmemorativo de la primera Comisión obrera hospitalense en la sala auditorio que la Caixa tiene en la Rambla Just Oliveras con el alcalde de la ciudad, Ignacio Pujana, el secretario general de la CONC, José Luis López Bulla y yo mismo, presentados por el compañero Pep Ribas.

Un poco después, en abril del 90 se produce la práctica disolución del PSUC como partido, subsumiendo toda la organización comunista en IC, a raíz de la primera asamblea de la formación donde Ribó es nombrado presidente. La última conferencia del PSUC local de mayo (la décima) reelige como secretario político a Luque (concejal desde el 87) que, de facto, se convierte en el presidente local de IC. Diez años después de la ruptura desaparece el PSUC con prácticamente los mismos protagonistas de entonces casi en el mismo sitio: ironías de la historia. Quizás lo del "casi en el mismo sitio" es verdaderamente lo trascendente porque diez años pesan mucho, en edad y en experiencias, y no estar en el mismo sitio ayuda a digerir. Saura, por ejemplo, sigue de concejal municipal, pero con actividades cada vez más cercanas a la calle Ciutat, nueva sede de IC. Yo, por ejemplo, consumo todo mi tiempo en la Unión Local de CCOO y Ramón

Luque es quien prácticamente monopoliza la actividad municipal. El partido ha cambiado notablemente. En gente y en intensidad. Iniciativa ya no es un partido comunista. Es una organización de amplio espectro, con ya bastante poca gente activa procedente de la Transición. Los que siguen en el tajo, lo hacen desde posiciones menos rígidas, más integradoras. Parecería como que, a menos radicalidad, más sosiego.

Son malos tiempos para el comunismo. El 9 de noviembre de 1989 cae el Muro de Berlín. Con el muro cae el sistema soviético como un castillo de naipes y, con el sistema soviético, cae un mundo dividido en bloques. En dos bloques enfrentados sin encuentro posible: el derivado de la revolución bolchevique que pretendía un mundo nuevo, sin clases, sin explotadores ni explotados, frente a otro donde unos hombres y mujeres se aprovechan de la debilidad de otros hombres y mujeres para vivir a costa de su esfuerzo. Dos bloques, el de un supuesto socialismo de economía planificada y un capitalismo de libertad de mercado. Solo que son dos mundos de hombres y de mujeres, con sus ideas matrices, pero con sus defectos inherentes. Dos mundos imperfectos. Uno, imperfecto por naturaleza, el mundo

del capital y el otro, imperfecto, porque los hombres no conocen la perfección. Porque ni Marx, ni Lenin podían prever que el hombre sigue siendo un lobo para el hombre incluso allí donde las ideas de hermandad son el cimiento para construir una sociedad distinta.

Cayó en cuatro días todo un sistema de realidades y de sueños, y con esa caída cayeron muchos velos en muchos ojos. El régimen soviético, de origen o, por lo menos desde Stalin, fue un régimen que pretendía una vida nueva pero que utilizaba recursos muy viejos: los de la arbitrariedad, los del autoritarismo, los de la falta de libertad. Sin libertad, sin justicia, sin democracia, no hay nueva sociedad que valga. Con más o menos libertad, con más o menos justicia y con más o menos democracia, tampoco: no nos engañemos. La sociedad soviética del llamado socialismo real no era la nueva sociedad esperada, pero la sociedad capitalista no lo ha sido nunca. El capitalismo es un régimen infame que no tiene salvación. Que durará, porque las realidades injustas forman parte de este mundo, pero que no puede convencer a nadie. Algunos creen que puede reformarse. Eso es lo que nos divide ahora: algunos creen que este mundo puede mejorar y otros creemos firmemente que este mundo solo mejorará cuando el capitalismo, con sus normas y sus estragos, desaparezca.

En este contexto histórico no sé muy bien si el PSUC como tal, pero lo que parecía seguro es que el PCPE y el PCC se iban a convertir en una rémora para seguir avanzando. Servía todo lo que continuaban representando pero el instrumento, seguro que hacía aguas.

Cuando no había llegado todavía la fecha clave de noviembre del 89, el PCC celebra su VIII Congreso. Tiene 3.700 militantes y

ha perdido, desde el anterior Congreso, otros tantos. Además, se ha apartado de IC en Catalunya, entre otras razones para mantener su autonomía política —estrategia completamente contraria a la seguida por IC que disuelve los partidos en su seno—, pero tampoco mantiene una gran conexión con el PCPE.

Cuando se realicen las siguientes elecciones municipales, IC se presentará en muchos municipios con sus siglas, ya como partido, mientras que el PCC lo hará solo en unos sitios y con coaliciones diversas (incluso con ERC) en otros. El resultado será catastrófico: tan solo 38 concejales frente a los 276 de IC. El PCC se presenta en nuestra ciudad en solitario y consigue 1.361 votos y ningún concejal frente a los 12.333 de IC y tres concejales. En las anteriores del 87 los resultados son prácticamente idénticos: 13.792 votos para IC (entonces con el PCC en coalición) de modo que entre 1987 y 1991 se pierden entre las dos formaciones, juntas o por separado, solo 98 votos. Si la participación electoral de todos juntos a través de IC registra datos electorales paupérrimos de manera consecutiva, ¿quien podría justificar la presentación por separado del PCC? Nadie, con un análisis mínimo de la realidad, claro. Lo que pone en evidencia que los análisis sobre la realidad hacía ya bastante tiempo que se habían evadido.

En las elecciones sindicales de 1990 se observa el ritmo creciente de la economía sobre todo tras el notable esfuerzo de inversiones que, en Cataluña, suponen las Olimpíadas del 92 y la bonanza económica general que vive el país. CCOO pasa de los 59.000 delegados de 1986 a los 87.700 de 1990, pero nos seguimos manteniendo como segunda fuerza tras la UGT que consigue casi 100.000 delegados en todo el país. Cuando el PSOE se quede



a menos de un millón de votos del PP de Aznar en las generales del 93, empezará el descenso socialista también en la UGT, que se pondrá claramente de manifiesto en las sindicales de 1995. Ese año CCOO vuelve a ser primera fuerza sindical y se mantiene así hasta las últimas del 2015, incluidos los años de la crisis económica y laboral del 2009.

Hay claros signos de recuperación del sindicato de clase genuino de los trabajadores más combativos. Y es ahora cuando decido dejar la militancia y la actividad política y sindical de primera línea. En la conferencia local de mayo (1991) de CCOO, propongo mi sustitución al frente del sindicato local por Tomás Martínez, el líder sindical del metal desde la Transición y la Conferencia no se opone. Tomás Martínez había sido un fuerte rival de los nuestros en la primera época. El sindicato local del metal de CCOO bajo el influjo de cuadros medios llegados de Bandera, se mantuvo muy fiel a los planteamientos eurocomunistas de la dirección local y, por lo mismo, bastante opuestos a los nuestros. A pesar de eso, con Tomás siempre se pudo trabajar sin problemas. Nos separaban las influencias, pero nada más. Tomás había sido un compañero combativo de primera línea y su colaboración sindical siempre había sido franca y responsable. Cuando los aires se pacificaron en las organizaciones políticas, el entendimiento fue absoluto. Y cuando yo opté por salir de la primera línea, el relevo natural no era otro que él. Martínez aceptó el reto y el acercamiento entre los dos se consolidó a partir de ese momento. Hoy seguimos siendo grandes amigos y nos vemos en bastantes ocasiones.

Sigo en el secretariado de la Unión Local y por lo tanto no me desvinculo del sindicato, pero adopto un papel subalterno, para dejar

espacio a los cuadros sindicales que están llegando. Pasan las Olimpiadas de Barcelona que suponen un revulsivo laboral, llegan las generales del 93 que marcan el ocaso del felipismo, y se producirá la alternativa de derechas con el gobierno de Aznar en 1996. En ese período entre las generales del 93 y las generales del 96, quienes protagonizamos en las trincheras una parte de la historia política de la Transición y de la llegada de la democracia, estamos en plena edad de jubilación. No solo laboral, también en lo que respecta al empuje que necesita la vida política. Llega el momento de hacer análisis sin que ese análisis tenga que confrontarse de inmediato con la realidad. Llega el momento del balance, del desapasionamiento, aunque muchos mantengamos todavía en pie la sensibilidad de izquierdas y las ganas de cambiar el mundo.

En ese diagnóstico de reflexión sobre lo acontecido coincidimos muchos y en l'Hospitalet, a finales de 1994, nos reunimos unos cuantos activistas del pasado, con la idea de recuperar la memoria de lo que se hizo... y de lo que se deshizo. Se hizo mucho, justo es reconocerlo, pero tan justo es reconocer lo que se hizo como lo que se destruyó, lo que se diluyó en el mar de contradicciones en el que vivíamos. Se trataba, pues, de recuperar el análisis crítico de aquella realidad, sin las urgencias de la actividad política partidista, no para arrojar sobre unos y otros las culpas y las responsabilidades, sino para contribuir con nuestro ejemplo a que esas culpas y esas responsabilidades sirvieran para no ser repetidas. Es cierto que nadie escarmienta en cabeza ajena, pero es muy cierto también que los avisos, que las llamadas de atención ayudan a no tomar decisiones apasionadas como muchas de las que tomamos entonces.

---

Todavía estábamos a tiempo de contribuir a mitigar errores futuros. Valía la pena ponerse manos a la obra. A nosotros nos podían costar muchas cosas, pero ponernos manos a

la obra era para lo que estábamos diseñados. El siglo XXI estaba a las puertas y se merecía que nuestra contribución a dibujarlo con mejores perfiles que el XX, no cayera en saco roto.

---

## 5.

# Un nuevo compromiso político y algunos reconocimientos (1995-2011)

Nos estábamos haciendo viejos. Cuando te llegan los reconocimientos es porque te estás haciendo viejo y a mi, uno de los primeros reconocimientos, entrañable por quien lo protagonizaba, me llegó en abril de 1992, un poco antes de las Olimpiadas. Un grupo de compañeros del sindicato y camaradas comunistas de diversas tendencias se confabularon para organizarme una cena de reconocimiento a raíz de mi dimisión como secretario general de la Unión Local de CCOO. Algunos dirían entonces que fue por mi retirada de la primera línea y yo no sabría identificar si era una crítica o era un elogio. Lo cierto es que debo agradecer a los compañeros más afines, a los más cercanos, aquel gesto. No se si entonces supe expresar mi cariño como correspondía. Lo hago hoy, aunque a alguno le llegue tarde. Pep Ribas, especialmente, se merece mi reconocimiento póstumo. Me entrevistó para que mi experiencia no se perdiera y con motivo de esta cena de abril de 1992 escribió un resumen de mi vida que destilaba aprecio y sensibilidad. Compartí con él cárcel, charlas, sesiones larguísimas en la ejecutiva de CCOO, debates intensos sobre el papel del sin-

dicato en Catalunya, reuniones políticas en organismos unitarios, tuvimos algún desencuentro y muchas afinidades. Lo consideré siempre una persona honrada, inteligente y trabajadora y uno de nuestros activos sindicales más importantes. Se nos fue antes de lo esperable. Hoy lo quiero recordar aquí, por su ejemplo y por su valía. Y también, necesariamente a los miembros de la dirección local del sindicato en aquellos momentos, de los que partió la iniciativa y que se dedicaron a avisar a compañeros y amigos para que asistieran. A todos ellos, mi recuerdo y mi agradecimiento más sincero.

Capítulo aparte mi reconocimiento a quien fue mi amigo del alma, con el que compartí tanto: Antonio Ruiz, que estuvo a mi lado —y yo al suyo—, desde el principio hasta el fin.

En este capítulo de recuerdos no podía faltar tampoco una mención especial al Dr. Josep María Capdevila i Mirabet que fue Director Médico del Hospital de Bellvitge y con quien tuve la enorme satisfacción de compartir mesa en la Junta de Gobierno del Hospital, como uno de los representantes de los usuarios entre los años 85 y 90 más o menos. A raíz de la creación del ICS (Institut Català de la



JAUME VALLS  
MOLTS ANYS DE LLUITA  
I COMPROMIS  
JOSEP RIBAS



Una imagen de la cena homenaje a Jaume Valls en 1991. Pep Ribas, que elaboró el folleto histórico de Jaume Valls cuya portada se adjunta a la izquierda, se dirigió a todos los presentes para glosar la figura del homenajeado. Junto a Valls, Antonio Ruiz y sentado, Santi Díaz

Salut) tras el reconocimiento de la autonomía y la nueva organización territorial del Estado, se fijó una nueva estructura de gobierno en los hospitales generales, que pasaba por la creación de las Juntas Facultativas y de la Junta de Gobierno en la que se incluían representantes de los usuarios. Yo fui elegido como responsable de la Unión Local de CCOO miembro de la Junta de Gobierno en representación de los usuarios y allí conocí al Dr. Capdevila que había sido elegido por los facultativos como director médico. Desde el año 1974, el Dr. Capdevila era Jefe del Servicio de Cirugía Vascular del Hospital de Bellvitge y se mantuvo como director médico hasta su dimisión en marzo de 1987, a raíz del escándalo con sangre contaminada con SIDA que se produjo en el Hospital y de la que el Dr. Capdevila resultó condenado por negligencia. La verdad es que el caso fue sonado y todas las culpas recayeron en él, pero el Dr. Capdevila, para quienes lo conocimos de cerca, era un personaje íntegro, incapaz de cualquier fechoría y muy preocupado por la calidad asistencial y el bienestar de los pacientes. Murió en mayo del 2018.

Desde entonces he seguido vinculado a los temas de salud adscribiéndome a la Plataforma en Defensa de la Sanidad Pública de Ca-

talunya, una federación de asociaciones de profesionales de la salud y usuarios con más de 40 años de existencia, pero que tuvo a partir de los recortes de Sanidad de la crisis del 2008 un protagonismo esencial en las movilizaciones de las mareas blancas. Precisamente la prensa publicó en el 2003 una concentración ante la Conselleria de Salut contra la cesión de la gestión de diversos ambulatorios de Barcelona a consorcios privados, en tiempos del conseller Pomés, en la que asistí junto a medio centenar de compañeros.

A finales del verano de 1995 me llegó el momento de la jubilación. Como era preceptivo, me incorporé casi de inmediato al Sindicato Comarcal de Pensionistas y Jubilados del Barcelonés de CCOO y poco después formé parte de su Ejecutiva. Casi al mismo tiempo, en marzo de 1998, se constituyó en l'Hospitalet, el Consell Municipal de la Gent Gran del que también formé parte en representación de la Unión Local de CCOO. Era una forma de mantener la actividad en un ámbito muy distinto del que había sido habitual, la actividad directamente política o abiertamente sindical. Las plataformas de jubilados eran más de lo mismo, pero con otro ambiente. Más relajado, menos crispante, en la línea de la reivindica-



*Recorte de periódico de la Plataforma en Defensa de la Sanidad Pública donde se ve a Jaume Valls sosteniendo una pancarta en una concentración de protesta*



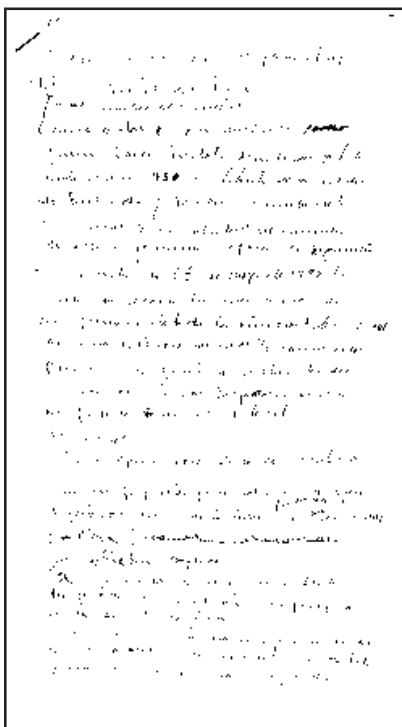
ción pura y dura frente a las Administraciones, para mejorar la calidad de vida, la asistencial, el poder adquisitivo de las pensiones, los servicios sociales, la atención a la tercera edad...

Ese otro ritmo de atención al día día, llevaba pareja otra sensación: la de que había que hacer balance. Cuando pensaba en todo lo que había pasado, y en todo lo que habíamos hecho y dejado de hacer a lo largo de tantos años de actividad, tenía la impresión de que lo más importante era explicarlo para que otros no cayeran en los mismos errores y se pudieran valer de nuestra experiencia.

Ya se que nadie aprende en cabeza ajena, que las experiencias son eso, cosas vividas de las que sacar conclusiones, pero ¿cuánto sufrimiento podríamos ahorrar si hiciéramos crítica distanciada de nuestros comportamientos erróneos? No lo sé. Lo real es que, durante esos años de mayor tranquilidad, instalados de lleno en una sociedad despreocupada en la que todo lo vivido parecía no tener nada que ver con el presente de ocio y abundancia con que cerrábamos el siglo y abríamos el siguiente, empecé a sentir la necesidad de reivindicar los esfuerzos del pasado que nos explicaban buena parte de los logros del presente. No estábamos donde queríamos, no era ese el mundo por el que habíamos luchado, pero era evidente que la consolidación de la democracia, la entrada en Europa y los pro-

gresos de una sociedad que se instalaba en la modernidad sin prejuicios, había convertido el país en un lugar donde se vivía bastante mejor que en otras épocas. Esa bonanza tenía dos riesgos inmediatos: que la gente se conformara con un capitalismo edulcorado y no ansiara un mundo sin explotación, y que se abandonaran, por lo tanto, los ideales por los que tanto habíamos sacrificado: de justicia, igualdad y libertad.

Al mismo ritmo con que se habían producido los acontecimientos de relieve en la sociedad española y en el mundo global: pujanza del capitalismo, destrucción del socialismo real, victoria moral de la socialdemocracia europea en la conquista del bienestar, muchos de los nuestros habían ido modificando sus percepciones y se habían instalado en el pragmatismo que, a la postre, es la mejor receta para dar pasos en la buena dirección. Aquellos viejos camaradas del comunismo más ortodoxo habían derivado en muchos casos hacia la socialdemocracia con poder de cambiar la vida de la gente, la socialdemocracia utilitaria. Algunos que fueron concejales con el PSUC, o que estuvieron en equipos de dirección, o que fueron candidatos comunistas, después serían concejales, altos cargos o dirigentes del PSC. De hecho, un buen plantel de líderes políticos socialistas se forjó en el trabajo militante del comunismo. Solo hay que recordar el ejemplo



**Carta manuscrita de Jaume Valls a la Comisión de Garantías del Comité Central del PCC contra una acusación por parte del PCC local de no aplicar la política del partido en el sindicato. La carta lleva fecha del 27 de mayo de 1981. Otra prueba más del sectarismo entre comunistas, que terminó con la paciencia de Jaume Valls**

de Montilla y de muchos alcaldes y concejales, de sindicalistas de UGT, de dirigentes medios, surgidos todos ellos de partidos comunistas, de los que entonces criticaban el revisionismo del PCE o nos tachaban de reformistas, que luego han encontrado acomodo y legitimidad en el PSC. Hay cientos de casos. Y no puedo reprocharles nada porque aunque solo sea por un criterio de hospitalidad bien entendida, hay que ser absolutamente comprensivos. Quiero decir al respecto: el partido socialista, de siempre, ha velado por su gente. Le ha tenido un respeto y, cuando ha tenido posibilidades, la ha ayudado. Incluso a la que no era su gente en origen. Si la ha valorado, la ha tenido en cuenta. El comunismo, en general, tiene un comportamiento completamente contrario. Los suyos son probablemente los más odiados, los más repudiados, los más olvidados. El comunismo destruye a sus hijos mientras que el socialismo los rescata.

No siempre debe ser así, probablemente. Pero en mi memoria hay docenas de casos en uno y otro sentido y la experiencia y la historia me están dando la razón a cada

paso. El socialismo tiende a comprender, a aceptar, a proteger. El comunismo a reprender, a ignorar, a abandonar. No el socialismo o el comunismo como ideologías, sino los socialistas y los comunistas como práctica social. No es de extrañar que muchos hijos del comunismo hayan sido despreciados y abandonados por los comunistas, y aceptados y protegidos por los socialistas. En este contexto, a ver quien puede criticar los cambios de criterio...

No digo que no haya habido mucho oportunismo también. Pero incluso en esos casos, los socialistas han acogido con los brazos abiertos a compañeros que quizás tenían un exceso de ambición, pero también un buen sustrato de experiencias y de capacidades. No afirmo lo anterior como justificación de nada. Es más, me confieso admirador de los que no han cedido un ápice, de los que siguen fieles críticos a la idea revolucionaria de un mundo nuevo y que no se han dejado tentar, pese a su valía, por los cantos de sirena del pragmatismo socialdemócrata. Que también los hay y yo los conozco bien. Saben que siempre estaré con ellos.

*Fotografía de grupo de los militantes antifranquistas origen de l'Hospitalet antifranquista del año 94*



No hay que justificarse, pero también yo caí en la tentación, aunque en mi caso no fue por comodidad sino por convencimiento y también, por qué no decirlo, por abandono de los míos, por esa sensación de orfandad que te queda cuando los tuyos reniegan de ti. Explicaré mi caso más adelante.

Ahora quiero centrarme en el resultado de aquellas reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro. En el otoño del 94 coincidí con antiguos correligionarios y con compañeros que militaban en otras formaciones en el Centre d'Estudis de l'Hospitalet, una entidad que había nacido diez años antes de la mano de unos cuantos historiadores, otros activistas ciudadanos y de Jaume Botey, todos ellos en la órbita del antiguo PSUC, como casi todo lo que en la ciudad ha ido teniendo trascendencia y continuidad. En noviembre, había tenido lugar en el Cine Ramblas la presentación del libro del que entonces era presidente de la entidad, Carles Santacana, sobre la historia del franquismo en l'Hospitalet y aquella fue una ocasión única para poner en perspectiva lo que la lucha antifranquista había supuesto para la conquista de las libertades y para el desarrollo de la ciudad en su futuro inmediato. Lo vivido se estaba convirtiendo en ciencia y

los protagonistas de lo vivido teníamos ahora la oportunidad de convertir en reflexión lo que antes había sido impulso y práctica. Así que nos emplazamos, unos cuantos de los protagonistas (el socialista Pepe Castellano y yo, como impulsores directos) intentando ampliar el espectro para que nos implicara a todos, de cuantas más tendencias mejor, con el objetivo de debatir alrededor de lo que supuso aquella experiencia y de nuestra contribución particular en la ciudad.

Como que el Centre d'Estudis era un lugar idóneo para acoger a compañeros de todas las tendencias, nos autoconvocamos para ver las posibilidades. De aquellas reuniones de jubilados —todos por encima de los 65 años menos los responsables de la entidad— salió la voluntad de organizar un grupo de trabajo que funcionara autónomamente del Centre d'Estudis y que se dedicara a revalorizar la resistencia durante el franquismo, la lucha por la democracia y lo ocurrido durante la Transición. Como todos habíamos sido antifranquistas y de l'Hospitalet —unos inmigrantes, la mayoría, y otros nacidos en la ciudad— nos pareció que hacer un grupo de trabajo que se llamara “L'Hospitalet Antifranquista” nos definía perfectamente y además huía de connotacio-





*Acto de presentación en la Sala Barradas de la entidad l'Hospitalet Antifranquista. 15 de junio de 1995*

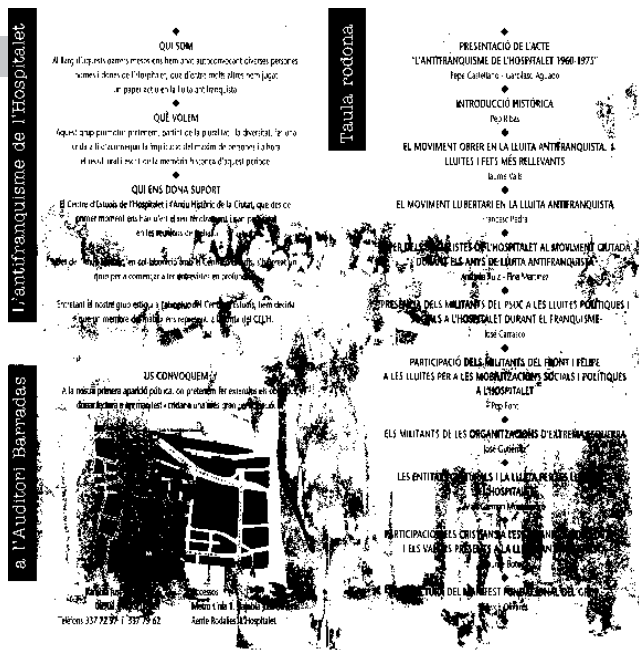
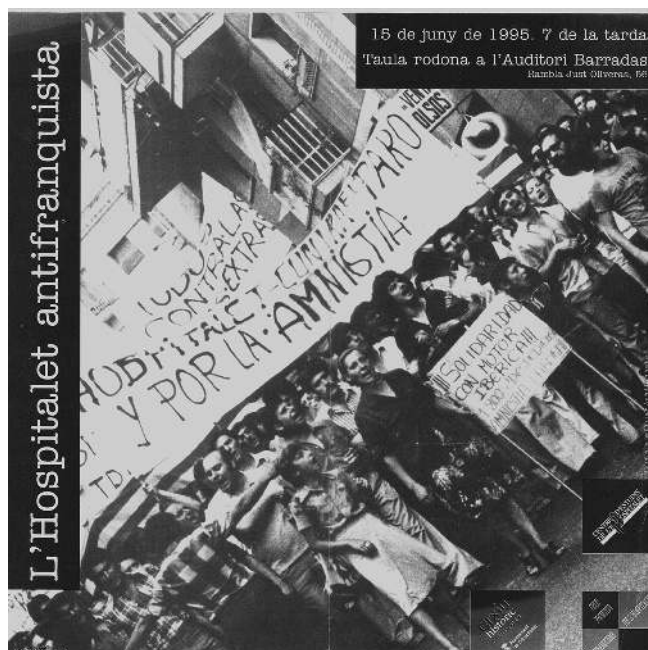


los errores —estuviéramos donde estuviéramos— y la respuesta unánime de tantos compañeros de ideologías distintas y de visiones de la historia tan dispares, fue un acicate completo. Si se miran las fotografías de la época, hay gente del PSUC, de IC y del PCC, de las distintas tendencias socialistas, cristianos, nacionalistas, sindicalistas, trostkistas, del mundo cultural, de los movimientos de mujeres, libertarios, comunistas de tendencias diversas, gente que estuvo en primera línea y en los movimientos de base, activistas y cuadros dirigentes. Cuando en el verano de 1995 hicimos el acto de presentación del grupo de trabajo, éramos 13 compañeros en la mesa, más de trescientos entre el público y un listado de 109 adheridos. Se recogieron nuestras intervenciones en aquel acto entrañable de la Sala Barradas en la Rambla Just Oliveras, las biografías de los primeros impulsores, el manifiesto, que se imprimió y repartió profusamente, una cronología del antifranquismo que elaboró el compañero Pep Ribas y una charla de dos historiadores que se hizo en febrero del año siguiente, en uno de los *Quaderns d'Estudis* (el número 12), la publicación que elabora el Centre d'Estudis anualmente.

Durante esos años hicimos muchas reuniones del grupo promotor en la sede del Centre d'Estudis del Carrer Major, a las que en muchas ocasiones invitábamos a compañeros interesados en participar de una manera u

otra, al tiempo que íbamos fijando una serie de objetivos a medio plazo. Entre ellos teníamos los siguientes: 1. Recopilar las biografías de cuantos compañeros aun estaban vivos y nos podían relatar sus experiencias y conocimientos. 2. Participar en todo tipo de charlas, encuentros, congresos... para explicar la experiencia del antifranquismo en l'Hospitalet. 3. Implicar al Ayuntamiento de la ciudad en la difusión de la historia del antifranquismo en la ciudad y el reconocimiento a sus más activos protagonistas, muchos de ellos muy mayores. 4. Proponer al Consistorio ayudas materiales para los antifranquistas mas veteranos con menos recursos y más necesitados y 5. Llegar a algún tipo de acuerdo para el reconocimiento físico de la lucha antifranquista en la ciudad: una calle, un monumento, un espacio reconocido, etc. que diera testimonio para la posteridad de una fase de la historia local muy intensa.

Hay que decir que los contactos con el Ayuntamiento, que había cambiado de alcalde en mayo de 1994, fueron muy buenos en todo momento. El nuevo alcalde, Celestino Corbacho, accedió al cargo después de las denuncias de corrupción de Pujana en las que él, según la prensa de la época, había jugado algún papel. Por lo que me llegó entonces, Corbacho, a quien conocía como concejal desde 1983, tenía mucho interés en cambiar la imagen tradicional de los socialistas en l'Hos-

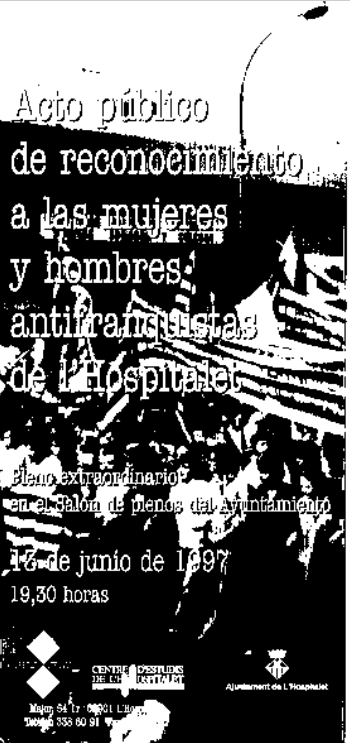


Anverso y reverso del programa del acto de presentación de la entidad. El debate fue recogido en el núm 12 de la revista Quaderns d'Estudi, la publicación anual del CEL'H

pitaleto, que para muchos de nosotros era la imagen de unos compañeros desconfiados y poco accesibles, con algunas elogiabiles excepciones. Cuando le fuimos a presentar el grupo de trabajo, en el que estaban Garcilaso Agudo y Pepe Castellanos, socialistas de carnet y no precisamente muy afines a Pujana, nos acogió muy favorablemente y se puso a nuestra disposición para ayudarnos en la divulgación de la historia reciente y en todos los proyectos que le avanzamos, entre los cuales el de protección de los antifranquistas de la ciudad mas veteranos en situación vulnerable. La acogida fue tan favorable que muy pronto surgió la iniciativa de lanzar un homenaje público al antifranquismo en la ciudad y darle un carácter institucional. Es decir, se trataba de implicar al propio ayuntamiento, teniendo en cuenta la reacción positiva del alcalde, para impulsar ese homenaje con el máximo relieve. Así surgió la propuesta de celebrar un Pleno Extraordinario municipal que aprobara una moción que le presentaba el Grupo de l'Hospitalet Antifranquista de modo que tuviera el efecto de un

acto público de reconocimiento y homenaje a los activistas del antifranquismo en l'Hospitalet para poner de relieve su contribución a la conquista de las libertades.

El Grupo, en el seno del Centre d'Estudis, tenía una dinámica propia, pero contaba con la colaboración estrecha de muchos historiadores de la entidad y con el Arxiu Històric de l'Hospitalet donde entonces trabajaba Clara Parramón como directora —durante muchos años una muy importante dirigente del PSUC local— y a la que muy pronto sucedería otra reconocida antifranquista de la ciudad, Carme Arranz, que había sido fundadora del Centre d'Estudis y que era en estos años presidenta de la entidad. Con el Centre d'Estudis, con Pep Ribas, con Clara, con Carles Santacana que sería el nuevo presidente de la entidad a partir de 1997 y con otros muchos, se pusieron en marcha algunas importantes iniciativas como la recopilación y archivo de una cincuentena de testimonios orales de protagonistas del antifranquismo y un trabajo de investigación de las detenciones en la ciudad, a través del estu-



A petición del grupo **L'Hospitalet Antifranquista** de la asociación Centre d'Estudis de l'Hospitalet, el Ayuntamiento de l'Hospitalet en sesión plenaria y extraordinaria propondrá aprobar la siguiente moción:

**CONSIDERANDO** que históricamente la consolidación de la democracia en España ha sido un proceso difícil, constantemente cuestionado, y que es un bien colectivo que hay que preservar

**CONSIDERANDO** que la dictadura franquista fue el último y más largo impedimento para el desarrollo democrático de nuestra sociedad

**CONSIDERANDO** que en nuestra Ciudad, como en todo el Estado, el mantenimiento de la dictadura franquista se basaba en la represión sistemática de cualquier actitud contraria o simplemente de aquellos que no se manifestaban adictos.

**CONSIDERANDO** que a pesar de estas condicionantes se había puesto de manifiesto una contestación al franquismo y principalmente desde los años sesenta, coincidiendo con el mayor crecimiento de la población y de las transformaciones urbanas. un buen número de mujeres y hombres de l'Hospitalet protagonizaron la oposición antifranquista.

**CONSIDERANDO** que eran personas que frecuentemente han quedado en el anonimato, de procedencias diversas y plurales, tanto por sus sensibilidades políticas como por su origen geográfico, pero todas tenían el compromiso común de la lucha por las libertades democráticas y nacionales de Catalunya.

**CONSIDERANDO** que esas personas tuvieron siempre una actitud generosa, basada en su compromiso con ideologías progresistas, sin esperar ninguna compensación personal, y demostrando una gran capacidad para soportar sacrificios y, algunas fueron víctimas directas de la represión.

Es por estos motivos, y en el convencimiento de que se resque el fortalecimiento de la ciudad, que proponemos que el Ayuntamiento en Pleno tome los siguientes acuerdos:

**PRIMERO**  
Expresar nuestro reconocimiento público a todas las personas de l'Hospitalet, tanto las presentes como las que ya nos han dejado, que con su actitud contribuyeron decisivamente al restablecimiento de la democracia.

**SEGUNDO**  
Recordar que estas mujeres y estos hombres forman parte intrínseca de nuestro bagaje histórico más inmediato y su lucha es un ejemplo para construir el l'Hospitalet del futuro en el espíritu de valores como la libertad, la solidaridad, la diversidad y la tolerancia.

**TERCERO**  
El Ayuntamiento de l'Hospitalet se compromete a difundir estos valores, y la experiencia histórica de estas personas, como un elemento más para construir con las nuevas generaciones una democracia rica, plural y participativa.

**CUARTO**  
El Ayuntamiento de l'Hospitalet toma, en este acto, el compromiso público de organizar un concurso de ideas en un tiempo prudencial para que quede en la ciudad un testimonio físico de este homenaje popular a los antifranquistas anónimos de l'Hospitalet, en forma de monumento o placa conmemorativa en un lugar público de suficiente relevancia.

**Te invitamos a que asistas**

**Folleto de convocatoria del Pleno municipal extraordinario de reconocimiento, a nivel local, de la lucha antifranquista en la ciudad**

dio de las fichas policiales y de los expedientes que se conservaban en archivos de la policía y del gobierno civil de represaliados por el franquismo. Un trabajo intenso, riguroso, hecho con entusiasmo por gente formada del Arxiu y del CEL'H, que iba a posibilitar, con el tiempo, la edición de un libro monumental publicado por el Centre d'Estudis en su colección Recerques: *L'Hospitalet lloc de memòria: exili, deportació, repressió i lluita antifranquista*, que apareció en el 2007.

Desde esa fecha, 1997, Santacana nos propuso formar parte de la Junta del Centre d'Estudis como coordinadores del grupo l'Hospitalet Antifranquista a Pepe Castellano y a mi, y yo me mantuve hasta el 2002 cuando decidimos convertirnos en una entidad propia, añadiéndole al de "l'Hospitalet Antifranquista" con el que habíamos nacido, el nombre de uno de los proyectos que nos permitía mayor visualización: "el Pont de la Llibertat".

Precisamente el monumento que se iba a llamar "el Pont de la Llibertat", formaba parte de la moción presentada al Pleno Extraordinario que tuvo lugar con toda solemnidad el 13 de junio de 1997 y que resultó un acto muy entrañable para toda la gente que se agolpó en la sala de plenos municipal. Allí llevamos, como estaba mandado, a todos los veteranos antifranquistas que pudimos, algunos en silla de ruedas, porque aquel acto, inédito en todo el país, representaba el homenaje de la institución de la ciudad y por extensión de toda la ciudadanía de l'Hospitalet, a las personas que, por dignidad, y con sacrificios y valentía se habían comprometido, en los momentos más duros y peligrosos, a combatir contra la dictadura. Estuvieron también Gregorio López Raimundo, Saura y la entrañable amiga Pura Fernández, un auténtico referente de la lucha popular en Bellvitge y una de las comunistas veteranas, viuda en esos momentos



**Parlament del Grup  
L'Hospitalet Antifranquista  
davant el Ple Municipal Extraordinari**

L'Hospitalet, 13 de juny de 1987

Queridos compañeros luchadores  
antifranquistas  
Señor alcalde de L'Hospitalet  
Representantes directos del pueblo  
Conciudadanos, amigos y amigos.

En nombre del grupo L'Hospitalet Antifranquista  
os doy la bienvenida y los gracias por vuestra  
asistencia. Este es un acto de reconocimiento a  
la memoria y al combate de todas aquellas  
mujeres y hombres, luchadoras por la libertad y  
por la democracia, que se rebelaron en esta  
ciudad contra la dictadura franquista y que

**Primera hoja del discurso leído por Jaume Valls en nombre de l'Hospitalet Antifranquista en el pleno extraordinario municipal**

de Felipe Cruz. A mi me tocó hablar en nombre de l'Hospitalet Antifranquista y allí, con la ayuda del mismo periodista amigo que ha contribuido a que este libro viera la luz, leí un discurso donde puse de manifiesto las razones por las que era necesario un homenaje público al antifranquismo militante y por qué era tan importante que se hiciera desde la sala de plenos municipal.

Al final, la moción aprobada expresaba el reconocimiento público a las personas de l'Hospitalet presentes o ya fallecidas que con su actitud contribuyeron decisivamente al restablecimiento de la democracia; reconocía que estas mujeres y estos hombres formaban parte inalienable de nuestro bagaje histórico más inmediato y, su lucha, un ejemplo para construir el l'Hospitalet del futuro en valores como la libertad, la solidaridad, la diversidad y la tolerancia; comprometía al Ayuntamiento a hacer difusión de estos valores y de la experiencia histórica de estas personas como un elemento más para construir con las nuevas generaciones una democracia, rica, plural y participativa y por último, emplazaba al Consistorio a organizar un concurso de ideas en un tiempo prudencial para que en la ciudad quedara un testimonio físico de este homenaje po-

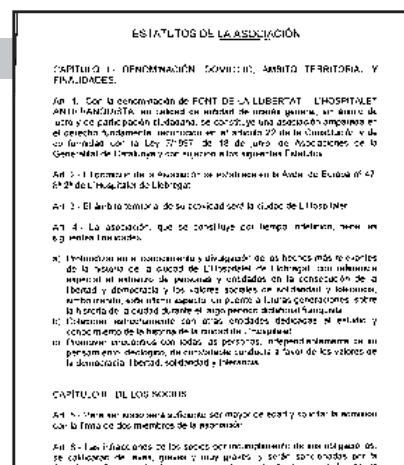
pular a los antifranquistas anónimos, en forma de monumento o placa conmemorativa en un lugar público de suficiente relieve.

El compromiso sobre el punto cuatro de la moción no cayó en el olvido. Corbacho consiguió aprobar un proyecto realizado por el artista plástico Arranz Bravo, —con hondas vinculaciones en la ciudad porque en el año 1985 había inaugurado uno de los monumentos emblemáticos de l'Hospitalet, la estatua de “La Acollidora” en la Rambla Just Oliveras—, que tenía todo el carácter de monumento solemne que se quería dar a ese reconocimiento público al antifranquismo militante. Un arco de acero inoxidable de grandes dimensiones soportado por dos grandes estructuras escultóricas de bronce, puesto de manera que se pudiera transitar por su centro a modo de arco del triunfo moderno. Un puente alegórico entre dos orillas, la orilla republicana y la orilla de la Transición, por donde el pueblo pudiera transitar libremente e instalado en un punto estratégico del centro urbano, el cruce entre la Rambla Marina que lleva del norte al sur de la ciudad y la avenida Carrilet, que cruza l'Hospitalet de este a oeste.

El proyecto, cuando nos lo dieron a conocer, nos entusiasmó, y el lugar seleccionado



**Primera página de los Estatutos de la nueva entidad El Pont de la Llibertat**



para erigirlo nos pareció excelente. El compromiso personal de Celestino Corbacho no había sido un espejismo. Todo cuanto se acordó se llevó a buen término y esto produjo un acercamiento mutuo que tuvo diversas consecuencias posteriores, como explicaré.

En marzo de 1999 ya avisamos a todos nuestros amigos y colaboradores que el proyecto estaba muy avanzado y los citamos en el Centre d'Estudis para explicárselo, pedirles la opinión y comentarles cómo llevábamos de avanzados los proyectos de memoria histórica. Y también, para contribuir a los gastos del monumento pusimos en marcha unos bonos por suscripción popular de 500 ptas, con los que se recogió un cuarto de millón de pesetas de la época y más de 3.000 firmas en apoyo a la iniciativa. Todo, en general, funcionaba muy bien: habíamos conseguido hacernos oír, habíamos incorporado a gente muy diversa en nuestro grupo de trabajo, se había impulsado la recuperación de la memoria histórica a través de las grabaciones de testimonios orales. Estábamos satisfechos, pero nos sentíamos un poco cohibidos en lo referente a nuestra voz autónoma. Cuando a principios de 1997 se anunció que la Coordinadora de Centres d'Estudis de Parla Catalana quería dedicar su segundo Congreso a los temas de “Franquismo y Transición Democrática en las tierras de habla catalana”, los del grupo de trabajo nos

interesamos por participar con nuestras propias siglas, pero no hubo demasiado consenso en el Centre d'Estudis. Así que yo me espabilé por contactar directamente con alguien que pudiera hacer una comunicación al Congreso que fuera de nivel y al que no le importara cedernos su autoría. El Congreso se hizo en Palma a mediados de octubre de ese año y las comunicaciones se publicaron en noviembre del 2001. En esa publicación hay cinco comunicaciones de l'Hospitalet entre más de 70, todas de gente vinculada al Centre d'Estudis: la única de las que incluye el libro que va firmada como colectivo es la nuestra: *L'antifranquisme a l'Hospitalet: recuperació del passat, reconstrucció del futur*. El autor, periodista y escritor, el mismo amigo de confianza de siempre. Y la tesis, la propia del grupo: importaba recuperar la historia, pero para construir un futuro mejor.

Al final, cuando ya se sabía que el Pont de la Llibertat sería una realidad concreta, optamos por constituir la entidad y, manteniendo el mismo espíritu de colaboración del primer día, nos independizamos, por así decirlo, del Centre d'Estudis. Los Estatutos de la nueva asociación, “Pont de la Llibertat-l'Hospitalet Antifranquista” llevan fecha de 3 de diciembre de 2003. Los firman los miembros fundadores de la Junta: Garcilaso Aguado, José Carrasco, Antonio Mayo, Mercé Olivares,



*Poniendo la primera piedra del monumento El Pont de la Llibertat. 22 de junio de 2001*

José Hernández Arellano, Paco Pareja, Felipe Gómez y yo mismo. A mi me elegirían como presidente de la entidad, a Garcilaso como secretario y a José Carrasco, como tesorero. Nombres de hondas evocaciones todos ellos.

Más adelante conseguimos algo inédito: incluir como secretaria de organización de la entidad a una joven, Rosa Carbó, que se encargó de poner en marcha y hacer realidad un documental fantástico de 43 minutos de duración, sobre la lucha antifranquista en l'Hospitalet en los años 70 titulado: *L'Hospitalet dels anys 70, el final d'una dictadura*, donde se entrevistaban a un buen número de representantes del movimiento obrero, popular, político, de las fuerzas de la cultura, etc. que fue muy bien acogido y que sirvió como carta de presentación de la entidad.

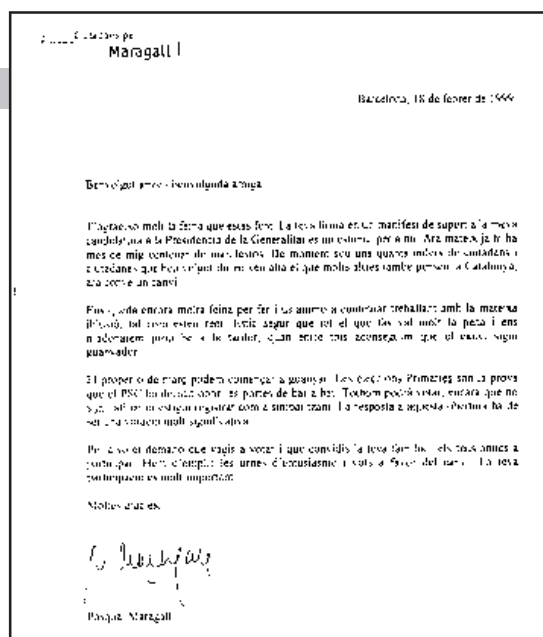
En el año 2001 se colocó la primera piedra del monumento que finalmente se instalaría en el punto anunciado en octubre del 2007. Ese día estuvieron presentes, el artista, el alcalde y una amplia representación de nuestra entidad, así como muchos ciudadanos que se acercaron a ver la maqueta, expuesta como adelanto de lo que estaba previsto: un monumental arco de acero inoxidable de 4,5 metros de altura y de 5 metros de ancho, con dos so-

portes y dos placas: una en castellano y otra en catalán.

Por cierto, que esa duplicidad de placas en las dos lenguas nos supuso una controversia que ya se arrastraba de lejos: lo que jamás representó un problema, se estaba convirtiendo en esos años, de la mano del clima radical de catalanización lingüística impuesto por el nacionalismo del president Jordi Pujol, en un conflicto. Una parte del Grupo, entre los que me encontraba, defendíamos que se pusieran dos placas iguales en las dos lenguas porque tanto el castellano como el catalán habían sido idiomas comunes de los antifranquistas y, sobre todo en l'Hospitalet, la lengua castellana era el idioma materno de una gran parte de la inmigración, buena parte de la cual contribuyó a la generalización de las protestas contra la dictadura. Y lo defendía un catalán, que era conocido como el *pagés* en los años duros de la represión. Esto supuso un enfrentamiento algo estúpido que se zanjó sin muchos problemas: aprobando la doble placa en los dos idiomas.

En las elecciones al Parlament de Catalunya de 1999, el que fuera el alcalde olímpico de Barcelona, Pasqual Maragall, se presentaba por primera vez como candidato a president

**Carta del candidato Maragall agradeciendo el apoyo a su candidatura, a través de Ciutadans pel Canvi**



de la Generalitat, consciente de la necesidad de una alternativa en el gobierno de la Generalitat. Lo hacía después del fracaso de Joaquim Nadal —que había sido alcalde de Girona— en las de 1995, donde los socialistas perdieron 6 diputados y obtuvieron medio millón de votos menos que Pujol. Para las de 1999, que se adelantaron unos meses y que serían las últimas que encabezaría Pujol, Maragall ideó una fórmula destinada a reunir el máximo de apoyos ciudadanos, más allá de su propio partido, con independientes, intelectuales y gente alejada del nacionalismo conservador, capaz de vertebrar una alternativa factible al pujolismo. Se llamaba “Ciutadans pel Canvi” y resultó un éxito, porque en esas elecciones del 99, Maragall consiguió 5.000 votos más que Pujol y ser el primer partido en número de apoyos electorales, aunque no en escaños —cuatro menos que CiU— pero con 18 diputados más que en el 95. Pujol volvió a gobernar, esta vez en minoría, pero Maragall consiguió demostrar que Pujol no podía ser eterno.

En las elecciones del 2003, Pujol ya no se presentaría. Pasaría el testigo a Artur Mas que volvería a obtener más escaños, pero casi

8.000 votos menos que Maragall. Pese a que ambas candidaturas perderían diputados respecto a las precedentes, ERC e IC conseguirían entre los dos, 15 diputados más, los suficientes para articular una mayoría de progreso que permitiera a Maragall ser el nuevo presidente de la Generalitat. De nuevo la fórmula de “Ciutadans pel Canvi”, pese al retroceso, se había demostrado una plataforma eficaz para hacer frente al nacionalismo conservador. En esas elecciones del 2003 habían pasado también cosas en ICV. Ribó se había presentado en 1999 coaligado con el PSC en algunas circunscripciones, tras haber roto otra vez con la gente más próxima a Izquierda Unida en Catalunya que se presentó, sin éxito, con unas nuevas siglas: Esquerra Unida i Alternativa (EUiA) (su candidato fue Antoni Luchetti, un abogado de CCOO desde los viejos tiempos). La IC de Ribó a punto estuvo de desaparecer, pues consiguió tan solo 3 diputados, de manera que en 2003, habían aprendido la lección, se desprendieron de Ribó y encabezó la coalición un viejo conocido: Joan Saura, que se había convertido de paso en coordinador general de ese partido. No le costó mucho ganar 4 diputados, los suficientes para sumar mayoría absoluta



*Excavación de fosas de la Guerra Civil en Igualada*

con los 42 de Maragall y los 23 del republicano Carod Rovira. Y así fue como nació el que se conoció como "tripartit", un gobierno "catalanista y de izquierdas", según la definición de Maragall para diferenciarlo del nacionalismo conservador convergente de Mas.

Era el primer gobierno de izquierdas en Cataluña desde el advenimiento de la democracia. Y se tenía que hacer notar en algunos aspectos. Sin duda, en los sociales y los económicos, pero también en los referidos a la recuperación de la memoria antifranquista: lo que ya estábamos haciendo nosotros en l'Hospitalet desde 1995, pero ahora con una visión global, con una dimensión autonómica y, sobre todo, con recursos. Aunque la sensibilidad existía, la legislación sobre la cuestión no llegó hasta bien entrado el año 2007. Buena parte de las energías se gastaron en redactar un nuevo Estatut de Catalunya que permitiera una financiación más acorde con las necesidades de los catalanes y que resolviera de una vez por todas algo que el catalanismo consideraba imprescindible: el reconocimiento de la identidad de Catalunya como nación. Los trabajos sobre el Estatut fueron intensos, las negociaciones con Madrid complejas y el resultado, un fiasco. Se rompió la mayoría de gobierno y hubo que ir a elecciones anticipadas en las que Maragall ya no se presentaría como candidato, acechado por los primeros síntomas del Alzheimer que le aquejaba. Montilla

fue el candidato, un candidato con menos tirón pero que consiguió revalidar la posibilidad de un nuevo tripartito: el último hasta el estallido de la deriva independentista.

No obstante, la intensidad de los trabajos estatutarios, en junio del 2004, el conseller de Relaciones Institucionales y Participación del gobierno Maragall, Joan Saura, comunicó a nuestra ya entidad, su intención de proponer al Parlament de Catalunya, la creación de una institución de derecho público con carácter de ley, dedicada a la Memoria Histórica y el encargo a un grupo de historiadores de relieve, de un informe previo para articular la propuesta. Nosotros, que ya habíamos puesto en marcha una Comisión Pro-Memorial que se estaba encargando de hacer realidad los proyectos fundacionales de la entidad, considerábamos, y así se lo hicimos saber a Saura, que debían tenerse en cuenta experiencias como la que estábamos desarrollando, de manera que le pedíamos que abriera los cauces necesarios para garantizar la participación desde la base. Así lo comunicamos a nuestros asociados en una carta de julio de ese mismo año, a la que adjuntábamos una encuesta recabando la opinión de los asociados y prometiendo una conferencia de resultados antes del otoño de ese mismo año cuando se preveía que estaría lista la propuesta de la Generalitat. Como es bien sabido, la propuesta no llegó a buen puerto. El Estatut enredó notablemente la situa-



ción política y todo quedó pospuesto hasta el siguiente gobierno presidido por Montilla.

Mucho antes, en el 2.000, en pleno gobierno de Aznar y cuando ya había pasado un cuarto de siglo desde la muerte del dictador, se efectuaron las primeras excavaciones de fosas olvidadas de fusilados de la Guerra Civil y se desató un auténtico movimiento de recuperación de la memoria democrática y de restitución de los restos anónimos que habían permanecido en cunetas desde los años terribles de la contienda. La primera “Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica” se constituyó sobre la base de la exhumación de los restos mortales de 13 republicanos civiles, asesinados en un pueblo de León por pistoleros falangistas en octubre del 36. También en esos años de principios del milenio se profundizaron las demandas de que los archivos requisados en Catalunya durante el conflicto y que se habían depositado en los archivos de Salamanca se restituyeran a sus auténticos propietarios. Se procedía de este modo a reivindicar masivamente la restitución, salvaguarda e identificación de toda la documentación existente para ponerla al servicio de los investigadores y del público en general. Un ejercicio documental que también el grupo de l'Hospitalet Antifranquista había considerado un objetivo prioritario y que estaba en ese momento en pleno proceso de elaboración

No fue hasta octubre de 2007, después de las elecciones avanzadas del 2006, cuando el gobierno Montilla llevó al Parlament la creación del Memorial Democrático en Cataluña, que ya había anunciado Saura tres años antes. Un instrumento para desplegar las políticas públicas dirigidas a la recuperación, el fomento y el ensalzamiento de la memoria democrática, especialmente de la realidad repu-

blicana previa a la Guerra Civil, de la represión del franquismo y de la resistencia antifascista. Se constituyó la fecha del 15 de octubre —fecha del fusilamiento del President Companys— como *Día Nacional en memoria de las víctimas republicanas de la Guerra Civil y de los represaliados por la dictadura franquista* y se destinaron recursos para un censo de sepulturas anónimas y de familiares de desaparecidos, así como de trabajos diversos para la recuperación de la memoria antifranquista.

Bastante antes, en abril del 2002, habíamos acudido a la “Declaración por un Memorial Democrático” que los miembros de la “Associació Catalana d'Ex Pressos Polítics” organizamos en el Gran Teatre del Liceu reclamando al gobierno catalán la creación del Memorial Democrático que se había prometido, algo que todavía en junio de ese año reivindicaba también la Coordinadora del Memorial, que entonces estaba compuesta por la Fundació Pere Ardiaca, la Asociación por la Memoria Histórica del Baix Llobregat, la Asociación por el Memorial Democrático de los trabajadores de Seat, la Asociación Enrique Lister, CJC-Joventut Comunista, Dones del 36, la Fundació Nous Horitzons y nosotros, El Pont de la Llibertat.

En octubre del 2005, la Confederación por la Memoria Histórica organizó un seminario en la sede del Museu d'Història de Catalunya, en dos jornadas. En la primera, tras el acto inaugural por parte del director del Museu, Jaume Sobrequés y del conseller Saura, se hizo una mesa redonda, que moderé yo, sobre la historia del movimiento obrero, en la que tenía que participar Ángel Rozas, presidente de la Fundación Cipriano García, que no pudo asistir, y en la que Tomas Chicharro, que entonces era el presidente de la Confederación, Car-



*Sede de la asociación en el local de Ntra Sra de la Merced en Sant Josep*

los Vallejo, de Seat y Emili Penado, de Macosa, hicieron una amplia exposición de los aspectos más destacados del movimiento obrero en Catalunya a partir de 1960 y hasta junio del 77.

Entre el 2004 y el 2007, como se ha ido viendo, nuestra entidad desarrolló un trabajo ingente, especialmente en difusión, recogida de documentación y contactos afines. En enero de ese año organizamos la *Tercera Trobada* de entidades que trabajan por la Memoria Histórica en nuestra ciudad, en la que participaron 14 entidades llegadas de todos los ámbitos de la geografía catalana, hicimos una salida a Valls, al taller del escultor Arranz Bravo, para ver *in situ* los trabajos de fundición de la escultura, en febrero de ese año asistimos a un encuentro de la “Associació d'Expressos Polítics de Catalunya” en el sur de Francia; conseguimos que el caso de María Rodríguez, “la Goyería”, una guerrillera extremeña de nuestra ciudad, fuera reproducido en la revista *Sapiens* y se le reconocieran sus derechos de asistencia social; asistimos en Rivas-Vaciamadrid a un concierto homenaje a las republicanas y republicanos que combatieron por las libertades; un autocar de la asociación participó en Santa Cruz de Moya, Cuenca, en unas jornadas sobre el Maquis, y estuvimos presentes, en el contexto del Fórum de las Culturas, en el reconocimiento público a los fusilados en el Camp de la Bota de Barcelona.

Conseguimos un local social por parte del Ayuntamiento en el hotel de entidades de Nuestra Señora de la Merced en Sant Josep —por cierto muy cerquita de donde me había pasado cientos de horas en el local de CCOO de la calle Pau Sans— e impulsamos una Confederación de Entidades que trabajaban sobre la Memoria Histórica a la que, provisionalmente, cedimos nuestra sede para compartirla temporalmente. En la memoria de Actividades que redactamos, figuraba todo eso y una nota episódica pero sintomática: no nos privábamos de decir que nos enorgullecía tener un alcalde sensible a nuestros trabajos, que nos había ayudado con su apoyo y su respecto, que había acudido a nuestros actos y que nos había ofrecido el apoyo económico imprescindible para existir sin penurias: 2.500 euros en el 2005. En el 2004, la Generalitat nos había concedido 3.150 euros y para el 2006 nos había prometido el doble, de manera que podíamos pasar de un presupuesto de 5.250 euros a otro de casi 13.000.

En el ámbito de la divulgación, asistimos periódicamente a radio l'Hospitalet y a la Tv local y nos planteábamos una serie de charlas en los institutos de la ciudad para dar a conocer a los más jóvenes la historia de sacrificios y resistencias que se encontraba tras el régimen de libertades que ahora gozábamos. Y seguíamos con la recopilación de datos, la visita,

Un programa de Ràdio l'Hospitalet para hablar sobre la Memòria Històrica



incluso con el alcalde —visitó en nuestra compañía a Pura Fernández, Carmen Díaz y Agudo Pozo— a los veteranos resistentes que todavía había desperdigados por la ciudad, ofreciéndoles nuestro apoyo, la solidaridad de la ciudad y los beneficios asistenciales que se merecían. Cuando estrenamos el nuevo local cedido por el Ayuntamiento, aprovechamos para hacer entrega de diplomas de reconocimiento a cuantos habían participado en la grabación de testimonios y la recuperación documental.

También en el año 2006 elevamos al Síndic de Greuges de Catalunya, otro viejo conocido, Rafael Ribó, un listado de casos para el que como asociación solicitábamos asistencia y atención. Lo encabezaba María Rodríguez, de 85 años entonces, pero en la lista había unos cuantos casos como el suyo de resistentes antifranquistas en pésimas condiciones de supervivencia, a los que se debía una reparación urgente.

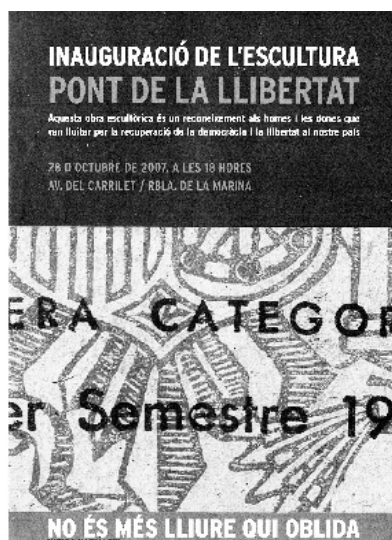
Por fin, en octubre del 2007, inauguramos la escultura *El Pont de la Llibertat*. Muy poco antes yo había sido elegido presidente de la Coordinadora para la Memoria Histórica y Democrática de Catalunya después de convertir la Confederación en una coordinadora, y mantenía la presidencia de la entidad hospitalense, así que me correspondió hablar en el acto institucional junto al autor de la escultura, el conseller Joan Saura, el alcalde Corbacho y el president de la Generalitat José Montilla,

que cerró el acto, al que asistieron más de seis mil personas según la prensa. Cerró el acto José Antonio Labordeta y el grupo *Sabor de Gracia* y fue, como estaba previsto, un acto entrañable que aparecía como la culminación de todo un proceso que podía considerarse exitoso.

Doce años después de nacer, la entidad había conseguido algo impensable, teniendo en cuenta las experiencias previas: poner sobre el tapete de la realidad objetivos cumplidos. Modestos objetivos, ciertamente, pero objetivos cumplidos. Es cierto que los objetivos siempre son extensibles. Siempre hay más objetivos por los que luchar, aunque los presupuestos sobre los que se crea una organización sean modestos, como lo eran los del grupo l'Hospitalet Antifranquista. El objetivo no era cambiar el mundo, claro. Era reconocer y homenajear a decenas de seres anónimos de los que nadie tiene noticia, que contribuyeron con su esfuerzo al progreso de todos. Hicimos lo que pudimos desde la entidad pero, con nuestros humildes instrumentos, la historia de muchas personas anónimas está ahí, recuperada para quienes quieran conocerla.

Cuando se inauguró el monumento, las palabras prácticamente sobraban, así que me limité a explicar que esta batalla por las libertades la habían empezado los combatientes republicanos con las armas en la mano, y la habían seguido todos los que habían luchado





## ACTE INSTITUCIONAL

18 h  
Comptarà amb la participació de:

**Jaume Vallès**  
president de l'Associació Pont de la Llibertat - L'Hospitalet Antifranquista

**Eduard Arana-Bru**  
autor de l'obra escultòrica

**Juan Saura**  
conseller d'Interior i de Relacions Institucionals i Participació de la Generalitat de Catalunya

**Celestino Corbacho**  
alcalde de L'Hospitalet i president de la Diputació de Barcelona

**José Montilla**  
president de la Generalitat de Catalunya

## CONCERT POPULAR

19 h  
Actuació musical del cantautor

**José Antonio Labordeta**

i del grup

**Sabor de Gràcia**



## El Pont de la Llibertat, un nou símbol de L'Hospitalet

El 28 de setembre, dissabte, amb l'inauguració de la escultura de la Llibertat, començarà a ser a l'Associació del Pont de la Llibertat, un símbol de la nostra ciutat. El Pont de la Llibertat és una obra escultòrica que representa la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país. Aquesta obra escultòrica és un reconeixement als homes i les dones que van lluitar per la recuperació de la democràcia i la llibertat al nostre país.

**Anverso y reverso del programa de mano convocando a la inauguración de la escultura El Pont de la Llibertat. A la derecha, nota informativa de la entidad**

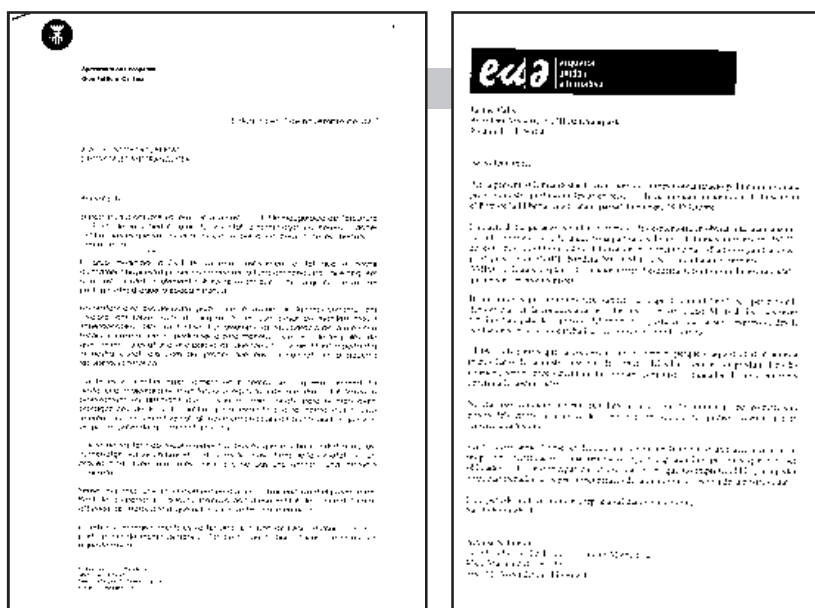
contra el franquismo, todos los demócratas sin distinción de ideologías ni credos. Y a la vez que había que agradecer el esfuerzo anónimo de los demócratas, había que agradecer el apoyo institucional de quienes habían permitido esta recuperación de la memoria y este homenaje a los represaliados. Yo explique luego en una carta, que todo el mundo entendió que somos la primera ciudad de Catalunya que tenemos una referencia física de la lucha contra la dictadura que se llama *El Pont de la Llibertat*, un símbolo que ya nadie podrá arrebatararnos porque es un patrimonio de todos los ciudadanos y ciudadanas, de antes, de ahora y de siempre.

Lo importante había sido el acto, el monumento, no las palabras, que se las lleva el viento. Pero fueron una vez más las palabras las que sirvieron para los matices y las diferencias. A primeros de noviembre, sendas cartas del grupo municipal de ICV-EUiA y de la organización local de EUiA, se quejaron de que en el acto no se había hecho referencia específica a la contribución de los antifranquistas hospitaletenses, a la recuperación de las libertades, y que todo se había centrado en recordar los actos de la guerra y de la inmediata postguerra y se habían producido imperdonables olvidos

porque nadie habló de los protagonistas directos del antifranquismo en la ciudad, el movimiento vecinal, el movimiento obrero, los partidos políticos...

Las cartas no fueron gratas, naturalmente. Pero quizás tenían razón, quizás mis palabras se quedaron cortas. Hablando de esto con el compañero que ha efectuado la transcripción literaria, me ha hecho ver que los olvidos siempre funcionan en una dirección única: hacia el que se siente olvidado. En l'Hospitalet, el antifranquismo militante tuvo muchos frentes y todos fueron muy importantes. No debimos jamás olvidarnos de ninguno. Pero en junio de 1995 cuando celebramos la puesta de largo de nuestra entidad e invitamos en un acto público a recordar a todos los sectores que habían participado muy activamente en el proceso de lucha antifranquista, dimos voz al movimiento obrero, a los socialistas, a los comunistas y a los libertarios, a los trotskistas y a los cristianos, a los nacionalistas y a los militantes del FOC, a las entidades culturales y a las entidades vecinales... Pero nos olvidamos de dos sectores importantes, tan importantes como las entidades vecinales o las entidades culturales y, desde luego, mucho más trascendentes que lo que su-





**Cartas del grupo municipal de ICV-EUiA y de la organización local de EUiA, por las pretendidas omisiones de Jaume Valls en la inauguración de El Pont de la Llibertat**

puso el FOC, los libertarios o los trotskistas —con ser todos ellos imprescindibles en las luchas— en la evolución de la conciencia anti-franquista y militante en la ciudad. Nos olvidamos de dos colectivos claves, pero nadie envió una sola carta para quejarse. Nos olvidamos del movimiento feminista y del papel que jugaron en l'Hospitalet —y en muy pocos lugares más— los jóvenes periodistas de la ciudad que se encargaron de explicar las luchas, de divulgar la solidaridad, de incrementar la conciencia colectiva de protesta.

La prensa y el activismo de género en l'Hospitalet han sido los grandes olvidados, incluso para nosotros, los rescatadores de la memoria histórica y colectiva. No ha habido cartas para ellos...

Esto ocurrió en el 2007, pero yo ya estaba maduro desde el 2003, o quizás desde bastante antes, para impedir que las decepciones me hicieran mella. Las cartas de los antiguos compañeros comunistas del 2007 no me gustaron, pero apenas les dediqué un suspiro. Recuerdo que las comenté con amigos de confianza, pero el contencioso no pasó de aquí. El comunista siempre ha sido muy sensible a los olvidos: siempre cuando se les olvida, jamás cuando son ellos los que olvidan. Tiene mucho

que ver con eso que he comentado tantas veces con ex-camaradas y amigos: los socialistas siempre cuidan a los suyos, aunque solo fueran suyos un momento; los comunistas siempre los repudian y los abandonan, aunque hayan sido de los suyos toda la vida.

Cuando Maragall preparaba las elecciones que ganó en el 2003 y a través de las actividades de difusión que hicieron compañeros de viaje de la candidatura, me llegó su interés por conocerme y explicarme su proyecto de primera mano. Me citó en la calle Nicaragua y allí en aquel despacho donde me justificó su interés por incorporar a la máxima gente para ganar una Generalitat para la izquierda social, le anoté un decálogo de propuestas por las cuales convenía luchar. Y le aseguré que si me prometía que iba a luchar por hacerlas realidad, podía contar conmigo para su proyecto. Se las leyó, estuvo meditando un momento, y me dijo que si sin fisuras. Yo tenía la experiencia suficiente como para saber que las promesas son solo promesas que se suelen olvidar cuando uno ejerce el poder. Pero yo ya tenía 73 años, mis capacidades físicas estaban algo mermadas —me operarían de un cáncer de colon en el 2006— y sobre todo no tenía ninguna veleidad política ni interés por el poder.



Reproducció al diari municipal de l'Hospitalet de l'acte de la Sala Barradas amb l'alcaldesa Núria Marín

Si hacía lo que me prometía, estaría a su lado. Si no lo hacía, estaría donde había estado siempre: en la brecha, reivindicando derechos y libertades. Mi impresión es que Maragall estaba por la labor, aunque tuvo poco tiempo, de manera que acabé por coger un carnet que decenas de ex-camaradas habían cogido antes que yo, con una salvedad: yo lo tomaba con el único compromiso de seguir manteniendo mis ideas de siempre. Otros quizás lo hacían para sacar réditos.

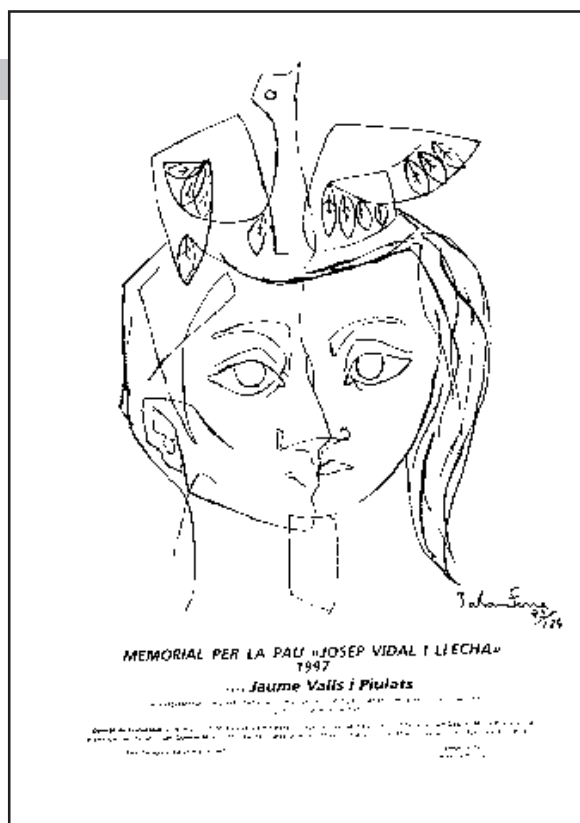
En los últimos años de actividad del Memorial Democrático aún tuvimos tiempo de participar en la preparación de los actos conmemorativos del 50 aniversario de la muerte de Quico Sabaté que se cumplían en enero del 2010, en el homenaje a los represaliados que se hizo en el Palau Sant Jordi en octubre del 2009 y también, el 15 de marzo de 2010, en el homenaje a los antifranquistas de l'Hospitalet y el Baix Llobregat, en un entrañable acto en el Barradas, presidido ahora por la nueva alcaldesa Nuria Marín que había substituido a Corbacho en abril del 2008 cuando fue nombrado ministro de Trabajo por el presidente Zapatero, y por el conseller Joan Saura, en una de sus últimas visitas a su ciudad como miembro del gobierno Montilla. En ese acto, Marín anunció la creación de una sede permanente sobre la Memoria Democrática en la masía de

Can Riera, al final de la calle Xipreret, y Saura recordó que desde el año 2000, 523 vecinos de l'Hospitalet y 1.165 del Baix Llobregat habían recibido indemnizaciones del gobierno catalán por el tiempo durante el cual estuvieron privados de libertad por orden de los tribunales franquistas.

El Pont de la Llibertat-L'Hospitalet Antifranquista se mantuvo en activo hasta el 12 de diciembre de 2010 en que decidimos disolverla y entregar todo nuestro patrimonio documental al Arxiu Històric de la ciudad. Pueden consultarse ahí, 129 documentos videográficos grabados de testimonios de memoria oral de la lucha antifranquista, algunos carteles y diverso material escrito. Yo todavía me pude sumar activamente al movimiento de Unidad contra el Fascismo y el Racismo que surgió en ese 2010 a raíz de que los fascistas de Plataforma per Catalunya anunciaran que se presentarían a las siguientes municipales.

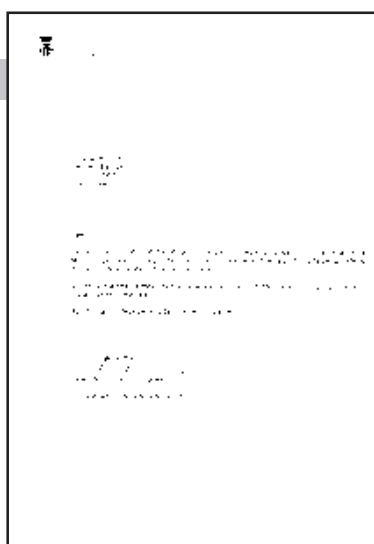
Montilla había perdido las elecciones y CiU volvía, esta vez con Artur Mas, al gobierno de la Generalitat. El impulso por la memoria democrática que había contado mucho para el segundo tripartito, iba a convertirse de nuevo en una reliquia. La entidad había hecho mucho y poco sentido tenía ya mantenerla en precario, sin apenas capacidad para subsistir. No nos equivocamos.

**Galardón del Memorial per la Pau "Josep Vidal i Llecha" concedido en Reus a Jaume Valls en 1997**



La década entre 1997 y el 2007 fue una buena década en general. El país parecía que había dejado de sufrir y que todo se encaminaba hacia una estabilidad democrática que permitía un incremento de la calidad de vida y menos conflictos sociales. Yo seguía vinculado a CCOO, —trabajando como secretario de relaciones institucionales— y lo seguiría estando hasta que opté por no renovar el carnet de afiliado bien entrado ya el milenio. Al poco de dejar la secretaría local de CCOO, los compañeros me prepararon una entrañable cena de la que ya he dado cuenta. Parece como que se espera que uno deje la primera línea para que te agradezcan los servicios prestados. No es así, claro, pero la sensación es que se te agradece, no que te quedes, sino que te vayas. Cinco años después de aquella cena, una asociación de la que ni siquiera tenía noticia y que se dedicaba al reconocimiento de personas y entidades que han trabajado en defensa de la paz, el desarme, la ecología y la defensa de los

derechos humanos, me otorgó el premio "Memorial por la Paz", como representante de los trabajadores anónimos que han luchado pacíficamente por la reconciliación nacional y la dignificación del mundo del trabajo. Al igual que la cena del 92 se debió en gran parte al cariño de mis viejos compañeros de la Unión Local, mi querido Antonio Ruiz entre ellos, pero también Fariñas, Tomás, Pep Ribas, Ventura, Marcelino, etc., la iniciativa del premio de la asociación que concedía el premio, la *Associació Josep Vidal i Llecha*, tuvo que venir de la mano de uno de los miembros del consell que decidía los candidatos, el viejo amigo, camarada y compañero Jordi Agulló, que me conocía bien. El premio, que incluía una substancial dotación de 500.000 pesetas y un título honorífico, se me concedía a mí, pero yo sabía que se me otorgaba en representación de cuantos me habían acompañado en la lucha. El premio se adjudicó y se notificó en septiembre, pero el acto de entrega en el Centre de Lectura de



A la izquierda una información periodística y a la derecha, una carta del alcalde Corbacho

Reus, de donde era originario el jurista republicano Josep Vidal Llecha, se celebró a primeros de octubre de ese mismo año. Me acompañaron un montón de gente de l'Hospitalet, mi familia y mis amigos más íntimos. Como cierre del acto aceptó participar la extraordinaria cantaora Carmen Ruiz acompañada por un guitarrista flamenco. Carmen Ruiz es hija de Antonio Ruiz y de la que había sido su esposa durante muchos años, Rosa, que también estuvo presente para cantar por enésima vez una canción que ella convirtió en mito y en colofón de tantísimos encuentros de comunistas y antifascistas: la copla por la muerte de Julián Grimau. Aquel premio fue una sorpresa y un inmenso honor. Cuando se instituyó, en 1985, el primero en ganarlo fue Arcadi Oliveres. Años después, se concedió a Vicente Ferrer, que se había pasado media vida en la India, ayudando a los más pobres, y al Colectivo de Insumisos Presos, en el que se hallaban Pepe Beunza —y en el que también estuvo Jordi Agulló—, que había empezado su movimiento de insumisión en la Casa de Reconciliación de Can Serra en pleno franquismo y que también, en el año en que me lo concedieron a mi, figuraba entre los miembros del comité de concesión. Comité, por cierto, en el que participé los tres años siguientes, como

me habían pedido, para contribuir a seguir adjudicando nuevos premios.

Guardo cartas de felicitación de esos momentos. Tres del alcalde Corbacho, dos de concejales socialistas y una de la organización local de la UGT. Si dijera que no eché en falta otras cartas, mentiría. Pero así son las cosas. También guardo la referencia de la intervención en un pleno municipal de Pilar Massana, que era entonces miembro del grupo municipal de ICV, dando a conocer la noticia de la concesión de mi premio y pidiendo el reconocimiento del plenario por ese hecho. Vinieron muchos otros amigos. Esos me felicitaron en persona y, siendo los que eran, yo les felicité a ellos porque el premio era de todos.

He dicho que recibí tres cartas de Celestino Corbacho a raíz del premio "Memorial per la Pau" y no exagero. Una el 22 de septiembre felicitándome personalmente por el premio, otra el 26 del mismo mes acusando recibo de la invitación el día de la entrega y excusando su presencia y la de cualquier miembro del Consistorio porque ese mismo día a la misma hora había pleno municipal, y una tercera de octubre, en nombre de la Corporación Municipal, comunicando la satisfacción del consistorio por la adjudicación. Las cartas no eran gratuitas. Se correspondían con el clima de sin-



*Jaume Valls, rebent el Premi d'Honor de l'Hospitalet de mans de l'alcalde Corbacho i en presència del cantant Raimon*



tonía existente entre el alcalde y la entidad que yo representaba y por el respeto personal mutuo. Corbacho llevaba apenas tres años en la alcaldía pero estaba dispuesto a dejar huella en múltiples sentidos. Había llegado a la inteligente conclusión de que un alcalde sólido actúa sin complejos. Sabía que la población hospitalense, como la de la mayoría del país, estaba más cómoda con un socialismo práctico, que buscaba mejoras concretas día a día, que con un comunismo maximalista que encima presentaba una imagen de división constante. Empezó por reconocer el trabajo del antifranquismo y lo que todavía era más interesante, el trabajo de liderazgo del movimiento comunista en sentido amplio que supo arrastrar a las masas obreras y al movimiento ciudadano en la lucha por la libertad. Él no había estado en ese ámbito, pero no le importaba nada asumirlo y darle oxígeno bajo su batuta. Lo demostró con nuestra entidad, con el Centre d'Estudis que era una máquina de conocimiento pero donde se habían refugiado muchos cuadros medios del PSUC, lo demostraría más tarde cuando incorporó a su gobierno a los comunistas de nuevo cuño de Iniciativa o de Esquerra Unida i Alternativa. Sabía que para cohesionar la ciudad y darle relieve, tenía que contar con muchos más que con los militantes de su propio partido y con sus votantes porque, además, lo único que

sentía respecto a muchos de los luchadores con nombres y apellidos, era que no estuvieran en sus propias filas o él en las de ellos. No tenía grandes diferencias conmigo, ni siquiera con Ramón Luque. No creo que las tuviera con Saura. Desde luego, no parecía tenerlas con los miembros de la Junta del Centre d'Estudis o de otras entidades potencialmente críticas con la labor hegemónica de los socialistas en el ayuntamiento. Su objetivo era remar con todos los que se subieran al barco y, en aquellas condiciones, todos —casi todos— estábamos dispuestos a pasar una temporada en alta mar, en un barco que navegaba bastante bien y parecía dirigirse con mano firme hacia el horizonte.

Además estaba dispuesto a dejar huella. No solo huella física en la ciudad, donde durante su mandato se efectuó una renovación del tejido urbano de la zona de la Gran Vía, sino también en el espíritu de ciudad, eso que lleva a que la gente se sienta identificada con el lugar donde vive. Accedió a la alcaldía en mayo del 94. Consciente como pocos del importante papel que juegan los medios de comunicación en la conformación de la opinión pública, en octubre puso en marcha un diario informativo habida cuenta de que no había empresariado local que quisiera arriesgarse a una tarea en la que siempre se había fracasado. Nació *L'Hospitalet*, con carácter mensual y dirigido desde



La noticia del Premio en una hoja volante de ICV (escrita por Pep Ribas) y una entrevista en el periódico del grupo mixto donde estaba EUiA en esta época

el propio ayuntamiento. Sirvió para explicar lo que estaba haciendo y lo que quería hacer y también para mitigar la crítica exterior que, además, durante su mandato fue bastante floja. Al año siguiente, 1995, ganó las elecciones con mayoría absoluta y ese mismo año creó los *Premis Ciutat de l'Hospitalet* en el marco de las ya tradicionales Festes de Primavera. Los premios eran una excusa para darle relieve a la ciudad y, de paso, para premiar a personas y entidades a las que el Ayuntamiento y especialmente Corbacho consideraba acreedoras de agradecimientos y honores. En la segunda edición dio un paso más, e introdujo la categoría del Premio de Honor que ese año se entregó al eurodiputado Mendiluce y a un equipo de investigación médica del Instituto de Investigación Oncológica. En la tercera, el premio se adjudicó póstumamente al jesuita Pepe Ituarte, fallecido hacía muy poco, que había sido el fundador en Bellvitge del Centre d'Estudis Joan XXIII. Y para el 98, me lo otorgaron a mi, tan solo medio año después del de Reus, por los mismos méritos. Ese día explique a los medios, que yo era un currante y que los currantes no suelen recibir Premios de Honor, que lo agradecía y que me hacía muchísima ilusión, pero que lo conside-

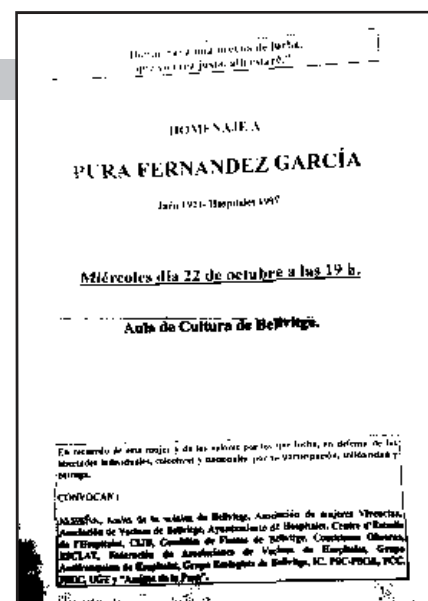
raba un premio colectivo, como el de Reus, otorgado a mi persona pero en representación de todos los que habíamos luchado para traer las libertades.

Al año siguiente, ese mismo premio sería entregado a Jaume Botey y en el 2000 a Paco Candel, tres Premios de Honor para tres concejales del grupo municipal comunista de 1979, en tres años consecutivos. Cuando Corbacho decidía algo, no se apuraba demasiado. Luego, el Premio de Honor se entregaría, otra vez póstumamente, al exministro socialista Ernest Lluch que había sido asesinado por ETA ese mismo año. Pero también durante esas ediciones, se entregaron distintos premios al Centre d'Estudis, a Andreu Trías, que era miembro del Centre Catòlic y a Leandre Gassó, el cura de Sant Josep que tantísimas veces nos había dejado los locales de la parroquia para reuniones sindicales y para protestas de trabajadores.

Yo había recibido el premio "Memorial per la Pau" en Reus, en octubre de 1997. Unas pocas semanas antes, en pleno mes de agosto, fallecía Pura Fernández, la viuda de Felipe Cruz y, como Felipe, un ejemplo de mujer comunista, luchadora por la libertad. Éramos, más que conocidos. Unos pocos días después del acto de Reus, nos volvimos a reunir todos



*Cartel de homenaje a Pura Fernández en su barrio de Bellvitge tras su fallecimiento*



en el Aula de Cultura de Bellvitge, su barrio, para rendirle un homenaje público de reconocimiento por su defensa de las libertades individuales y colectivas, por su entrega en favor de los desposeídos, por su valor en la resistencia y por su sacrificio personal y familiar. "Donde haya una brecha de lucha que yo crea justa allí estaré". Camós, el historiador del Centro de Estudios, que la conocía bien, escribió un texto entrañable que la definía como persona y como mujer comprometida. Tenía entonces 76 años y dejaba atrás una vida de fatigas y sufrimientos. Nos quedaba su memoria.

Entre el año 1995 y el 2004, es decir, desde que prácticamente dejé la primera línea sindical y hasta que constituimos "El Pont de la Llibertat", me dediqué también a recopilar los cientos de documentos, cartas, panfletos, que había ido acumulando en casa con el objeto de preservarlos para la historia. Teníamos una vieja vietnamita que había estado muchos años en las barracas de La Bomba de Felipe y Pura, donde en los primeros años imprimíamos octavillas, que pude rescatar y entregar al Museu de la Ciutat, también con la misma idea: que no se perdiera. A partir de 2004 y

hasta el 2011, hice lo mismo con el material de "El Pont de la Llibertat". Al final, de mis materiales, hay en el *Arxiu Municipal* 9 cajas, 25 carteles y un montón de documentación dispersa que quizás pueda ser útil a algún investigador con paciencia y con ganas de conocer lo que hicimos. Desde luego, papeles escritos hicimos muchos, también quemamos muchos, pero algunos permanecieron escondidos para dar testimonio de la resistencia y de la lucha de miles de compatriotas por la libertad. De "El Pont de la Llibertat" también hay un considerable fondo, más homogéneo, libre de clandestinidades.

Después de esos años me dediqué a escribir y por eso mantuve en mi casa parte de la documentación que me servía para hacer memoria. A partir del 2011 empecé de verdad a sentirme un jubilado. Tenía ya 80 años cumplidos. Un buen momento para recapacitar.

El mundo, que no se detiene, estaba iniciando la enésima crisis económica. Zapatero iba a perder las elecciones de noviembre del 2011 y el PP, de la mano de Mariano Rajoy, volvería a gobernar con mayoría absoluta. Pero, como ocurre siempre, las crisis tienen un efecto beneficioso para quienes ansiamos el

---

progreso. Yo empezaba a jubilarme de verdad pero los jóvenes, esa generación de hombres y mujeres que solo han vivido en libertad, volvían a las calles. En mayo del 2011, exactamente el día 15 de mayo, un movimiento de indignados sorprendió a la sociedad española

por su frescura, por su radicalidad, por su empuje, ocupando las plazas y lanzando mensajes sorprendentes de revolución y de vida. Allí estaban nuestros nietos, con más fuerza que nunca, para renovar el mensaje: "podemos cambiar el mundo".



## 6.

# Optimismo ante el cambio (2012-2020)

Habíamos perdido la guerra que empezaron nuestros padres contra un ejército de reaccionarios y conservadores que querían todo el poder para los que lo habían ostentado siempre y que imponían no solo la miseria sino también la resignación a los pobres. Nos habíamos rebelado contra la opresión y habíamos reivindicado con nuestra razón y con nuestros sacrificios, los derechos que la reacción nos había arrebatado a lo largo de 40 años de crímenes, de cárcel, de fusilamientos, de dictadura. Pusimos todo nuestro empeño, nuestras capacidades y nuestras experiencias para conseguir un régimen que se aproximara a lo que las armas habían hundido, a pesar de las distancias y a sabiendas de que, de un modo u otro, con otros atributos y con otros nombres, mandarían los de siempre. Nos obligaron a olvidar y a hacer ver que perdonábamos, pero sabíamos que no podíamos olvidar y que tampoco estábamos dispuestos a perdonar si no se acababa con los rescoldos del fascismo. Sufrimos penurias y represalias y en la batalla dejamos muchas heridas abiertas. Se nos acercó gente

que respiraba el mismo aire de libertad pero también algunos que encontraban en el fragor de la lucha resquicios de oportunismo. Hicimos lo que pudimos a lo largo de años, siendo fieles a nosotros mismos y a nuestros ideales de siempre. La vida en realidad es eso: hacer el bien, no pisar, no ser más que otros.

Ochenta años después, aquellas modestísimas semillas de libertad que habíamos heredado de nuestros padres y abuelos, germinaban ahora en las plazas de muchas ciudades, con mensajes que a algunos nos recordaban las fiebres del mayo francés, las revueltas del castrismo, los combates junto al Che Guevara en las selvas bolivianas y mucho más lejos todavía, las revueltas obreras y campesinas del pueblo ruso, las asambleas de los soviets, las colectivizaciones anarquistas, las milicias obreras de los frentes de guerra. Era el pueblo, esta vez no en armas; el pueblo con la palabra y la fuerza de la unidad. Gente joven organizada en una democracia directa, en asambleas permanentes y autogestión, que lanzaba un único mensaje: si queremos, podemos.



*Los jóvenes indignados del 15-M en una asamblea multitudinaria en la Plaza del Ajuntament. Fuente: <https://glam-boy69.wordpress.com/category/fotografia/>*

Hubo miles de jóvenes acampados en la plaza del Sol de Madrid, en la Plaza Cataluña de Barcelona, en las plazas céntricas de muchos municipios, en un movimiento que se ensanchaba como una mancha de aceite sin límites. Se ganó pacíficamente la calle y esta vez no para convencer, sino para aprender. Como en muchas ciudades medianas y grandes, los jóvenes de nuestra ciudad también acudieron a la llamada a la movilización. Una llamada que no venía de ningún lugar concreto, que nacía de la sensación de que era posible otra manera de hacer. Estuve en la plaza del Ayuntamiento invitado por los acampados, hablando de batallitas, pero sintiendo el respeto de la audiencia. Ya no se trataba de dar consejos sino de explicar nuestra experiencia, de explicar el valor intrínseco de la unidad, de considerar sagrado aquello de que la unidad hace la fuerza. Y su contrario tantas veces experimentado en propia piel: que la división debilita hasta la inexistencia.

Cuando empezaba la segunda década del siglo XXI, la ambición desatada del capital financiero, en América y en Europa, volvió a poner al mundo en jaque. En España, la sed de riqueza de los especuladores del suelo habían convertido el sector de la construcción en la cueva de Alí Babá. Se compraba por veinte y se vendía por cuarenta a los quince días y ese

es un sistema que no resiste ninguna cordura. Los ayuntamientos liberaron suelo, dieron facilidades inmensas a los constructores porque las licencias de construcción era una fuente de ingresos inacabable y las ciudades se convirtieron en enjambres donde cada vez era más difícil vivir. Todo el mundo ganaba dinero, compraba y se endeudaba sin freno, hasta que los mismos que dejaron dinero a espuestas y sin control, cerraron los grifos y exigieron que se les pagara. Las empresas cerraban, el paro aumentaba sin cesar y la gente no tenía dinero más que para comer y todavía. Se quedaron sin pagar muchas facturas de agua, de gas y de electricidad y los que habían comprado a crédito, con hipotecas a 50 años para poder vivir con la mínima dignidad, vieron que era imposible pagar. No hubo una revuelta social porque la gente perdió la fe en su fuerza colectiva. Porque la modernidad, si para algo ha servido, ha sido para vacunarnos contra la injusticia. A los que vivimos los años de la Transición, nos cuesta entender cómo la gente ha ido acumulando tantas tragaderas. Cómo ha sido capaz de almacenar tanta paciencia.

Como era de prever, los gobiernos se pusieron del lado de los de siempre. La Unión Europea que se nos vendió como una unión solidaria para el desarrollo de los pueblos se vio muy pronto que era un consorcio de mer-



*Nuevas formas de lucha: a la izquierda, convocatoria contra el Plan de Urbanismo que quiere edificar nuevos rascacielos en la Gran Vía y a la derecha, los activistas de la PAH (Plataforma Anti Hipoteca) protestando ante las puertas del Ayuntamiento por uno más de los miles de desahucios que tuvieron lugar en estos años*

caderes: libertad de circulación de los capitales y fronteras impenetrables para las personas. En lugar de liberar recursos para que la gente se pudiera rehacer, se dictaron normas para apretarse los cinturones porque "habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades". Al pueblo siempre se le reprocha que vive por encima de sus posibilidades porque los privilegiados no entienden que las posibilidades debieran ser compartidas y no para ellos en exclusiva. Se impuso la política de la austeridad para la mayoría y la del despilfarro para los que tienen de sobra y los Estados se vieron en el triste papel de reprimir a sus propios ciudadanos limitándoles los recursos y empobreciéndolos cada vez más.

Los demócratas empezaron a pensar que alguien estaba secuestrando al sistema y empezaron a surgir voces que reclamaban otra democracia más participativa, igualitaria y justa, que permitiera un mayor reparto de la riqueza y la creación de una sociedad más armónica e igualitaria. Y por lo tanto más justa y más libre. De ese espíritu se llenaron las calles para proclamar a los cuatro vientos democracia real ya, un sistema representativo más directo y participativo y un Estado al servicio de

todos los ciudadanos, especialmente de los más vulnerables y no de los más poderosos.

Era un movimiento de jóvenes, de los más jóvenes de la sociedad, que los viejos mirábamos no solo con atención, también con sorpresa y admiración. Estábamos a su lado porque su asamblearismo nos recordaba nuestros antiguos esquemas de funcionamiento, aunque su tolerancia nos resultara muchísimo más grata que nuestra acrítica disciplina militante. Después de tantas décadas de pequeñas derrotas cotidianas, sus sueños se estaban convirtiendo en nuestras esperanzas. En l'Hospitalet, la acampada se centralizó en la plaza del Ayuntamiento pero hubo también un conato de descentralización por barrios, en Collblanc, en La Florida, en Bellvitge. En mi barrio, en septiembre de ese año se llegó a organizar una cosa que pomposamente se llamó Universidad Indignada del 15-M, con charlas sobre sanidad, sobre trabajo, sociedad y política, sobre educación, sobre vivienda. Para hablar de este último tema y de los acuciantes problemas de los desahucios que empezaban a resultar escandalosamente dolorosos, vinieron dos activistas de las recién creadas Plataformas de Afectados por la Hipo-



## Una de las iniciativas locales de los indignados del 15-M

teca (PAH). Una de ellas, Ada Colau, iba ser unos cuantos años más tarde una inusitada alcaldesa de Barcelona.

Por esos mismos días, Arcadi Oliveras y otros representantes de organismos diversos, debatieron en el Barradas de la Rambla, acerca de si ese movimiento espontáneo era, o no era, un síntoma de la renovación del mensaje de izquierdas. La conclusión fue que era una amalgama de propuestas, de posiciones, de culturas políticas diversas... algo nuevo que podía trascender el voluntarismo de los primeros encuentros o diluirse en la espontaneidad de la protesta. Un año después del 15-M proseguía el espíritu y en muchos casos una organización descentralizada con posibilidades de incidir sobre diversos colectivos: las plataformas anti-hipoteca, las mareas de la sanidad, de la educación, los iaioflautas...

La lucha continuaba por múltiples caminos. La izquierda se había convertido en una cosa muchísimo más plural, muchísimo más abierta, muchísimo más fluida. Y entonces apareció Podemos. Es igual, si como dicen, la idea de participar en política surgió de un grupo de profesores universitarios de la Complutense de Madrid. Lo cierto es que surgía

como consecuencia de la agitación social en las plazas del 15-M y la necesidad de ir más allá, de organizarse para que las ideas de los indignados influyeran en la política. Cuando nosotros nos empezábamos a organizar, allá por los 60 del siglo pasado, lo que nos impedía ampliar nuestra base de resistentes, no era el desconcierto, era la represión. Teníamos muy claro hacia donde debíamos ir. A veces pienso que tener eso tan claro también nos hizo cometer muchos errores que seguramente los indignados del siglo XXI no cometerán. O no deberían cometer. Por aquellos años teníamos un enemigo muy evidente, la dictadura, y un mensaje muy definido, echarla abajo para levantar la República de nuestros padres que habían destruido por la fuerza de las armas de los fascistas. Se trataba de una lucha entre el fascismo y la democracia, y nosotros estábamos del lado de los demócratas. Queríamos, además, una sociedad sin clases y por eso éramos comunistas. Y éramos los únicos que queríamos una sociedad sin clases con referentes precisos que ya habían puesto en marcha la experiencia, porque los anarquistas, que también querían una sociedad sin clases, no tenían ejemplo alguno que explicara en la práctica



## El entusiasmo siempre permanente de Jaume Valls por aprender



sus teorías y los socialistas no estaba demasiado claro, con sus contradicciones interiores, que quisieran una sociedad sin clases o una sociedad con clases mejor repartida. Así que lo teníamos todo: un enemigo preciso; una estrategia vencedora: derrocar la dictadura; unas dificultades muy definidas: la represión, y un modelo a seguir: el de la Unión Soviética. Teníamos que organizarnos y para eso sí existían tremendas dificultades, pero lo imprescindible era el coraje y la conciencia y el espíritu de rebelión, algo que el fascismo tenía perfectamente detectado y sobre lo que había actuado con virulencia y constancia: masacrando a los rebeldes y exterminando a los concienciados. El fascismo español, unido al nacionalsocialismo hitleriano y al fascismo de Mussolini, tuvieron siempre un objetivo muy preciso: exterminar físicamente a la disidencia, acabar con el espíritu de rebelión. Por eso en nuestra época eran tan importantes los rebeldes.

Pero si había rebeldes, si había coraje, todo lo demás iba a ir llegando por añadidura. Y llegó. Solo que no lo teníamos todo. Porque si es verdad que teníamos un enemigo, una estrategia y unas dificultades, el modelo a seguir que nos parecía tan claro, pronto se vio que creaba dudas incluso en nuestras propias filas.

Unos lo vieron más pronto que otros. Otros tardaron mucho más y otros no lo acabaron de ver nunca. Y de pronto, el modelo cayó. La Unión Soviética que nos ofrecía el modelo de la sociedad a la que aspirábamos, se disolvió como un puñado de sal en el agua. El siglo XXI nacería sin comunismo en el que fijarse y con las contradicciones del sistema intactas. Seguía habiendo otro enemigo claro: la sociedad capitalista en su fase superior; una estrategia vencedora: hacer política para cambiar la realidad y unas dificultades muy serias: luchar contra la alienación de la sociedad de consumo. Ahora los rebeldes apenas necesitaban coraje, pero precisaban algo tan importante como el coraje entonces: el compromiso social. Y la gente del 15-M si alguna cosa tenía era eso: compromiso para mejorar la realidad. Otra vez, a la conquista de un mundo nuevo.

Podemos representó eso nada más salir. Los viejos rebeldes lo vimos con esperanza, pero esa experiencia ya era cosa de jóvenes. Debíamos ponernos a su lado, pero sin molestar. Y, por primera vez, tuve la sensación de que en ese movimiento podríamos volver a estar todos los que entonces luchábamos contra la dictadura y pudimos traer la democracia.



---

que me llegó tan tarde. Escribir, escribir, cada vez con peor letra, con las mismas faltas de ortografía de siempre, pero cada vez con más ganas, con más pasión por explicar cosas. Por explicarme a mi mismo las cosas vividas, las cosas sentidas, las cosas que no escribí entonces y que tanto merecía la pena haber escrito...

Y tras los escritos, la recopilación de los papeles. Los testigos mudos de tantas reuniones, de tantas horas gastadas en ponernos de acuerdo, en decidir acciones, en poner en marcha iniciativas, en discrepar de otros. Tantos energías gastadas que nos han hecho, a pesar de los resultados, vivir intensamente. Tantos camaradas, compañeros y amigos a los que hemos querido, a los que hemos decepcionado, a los que no podrán contarnos entre sus amigos pese a compartir los ideales. A los que lo dieron todo sin pedir nada a cambio. Y

a quienes dieron poco porque casi nada tenían... ni siquiera sentimientos.

De cada cual, según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades. Lo dijeron los padres del anarquismo y lo dijo Marx. Es la síntesis de lo que debe ser un mundo nuevo. A cada uno hay que exigirle lo que puede dar para que cada uno pueda tener lo que necesita. Si todo el mundo diera lo que puede dar, todo el mundo tendría cubiertas sus necesidades. Yo puedo decir que mis necesidades han estado cubiertas. Que tengo todo a lo que podía aspirar: tengo a mi mujer, a mis hijas, a mis nietos, a mi familia, a mis amigos... tengo todavía ideales y sueños. Y pienso que he dado todo lo que he podido según mis capacidades. Todo lo que pude...

Abril, 2020

## Epíleg que no pot ser objectiu

Conec, de lluny, al Jaume de tota la vida. Com a fill de militants del PSUC dels anys 70's i del PCC dels 80's, on vaig ser-hi jo mateix, era una figura permanent, mítica.

En els meus primers records, era conegut com “el pagès”, perquè venia del món rural i era dels pocs catalans de naixement que hi havia en els ambients polititzats que freqüentàvem, bàsicament de La Florida. No puc assegurar-ho però potser va venir alguna vegada a les sortides familiars de diumenge “al camp”, que fèiem amb la família de José Carrasco.

El camp, que en dèiem, era els pendents de Sant Pere Màrtir. Bé, nosaltres coneixíem aquesta muntanya com “la Emisora”. Aquelles sortides eren lúdiques però també s'aprofitaven per fer una mica de política.

Els meus pares explicaven com van anar, o van coincidir, a la manifestació del 1er de maig del 1976 a Barcelona amb el Jaume i l'Agustina, i com els antidisturbis li pegaven i com ell aguantava amb una gran fermesa, acostumat com estava a ser torturat.

Recordo els temps del PSUC, de les vagues de la construcció, en la que treballava el meu pare, d'una efervescència popular com no he tornat a veure. Realment, només el Jaume podia aconseguir que una colla de “rojos” construïssin una església, la Casa de Reconciliació de Can Serra. I arribaren els temps del trencament. Que el Jaume i l'Antonio Ruiz fossin en el grup de l'escissió li donava legitimitat. A casa també hi havia malfiança dels “intelectualillos” del partit.

Després, ha estat liderant Comissions Obres durant molts anys, i finalment ha estat un dels impulsors de l'Hospitalet Antifranquista. Va ser arran d'aquesta activitat que vam tenir una relació més estreta. Sempre m'agrada recordar que uns anys abans que ningú no parlés de Memòria Democràtica, a l'Hospitalet i al Centre d'Estudis ja en fèiem, i sense eufemismes: li dèiem història de l'antifranquisme.

Van ser uns anys d'intensa col·laboració del CEL'H amb el Jaume, i també amb el Pepe Castellano, Garcilaso Aguado, Antonio



Mayo... i amb d'altres persones que ja eren de l'entitat: Clara Parramon, Pep Ribas, Mercè Olivares, Felip Gómez... Fruit de tot això van ser dues publicacions del CEL'H i diversos actes públics. Quan el Grup l'Hospitalet Antifranquista es va constituir en entitat pròpia van continuar la seva extraordinària activitat.

L'aparició de la nova extrema dreta, xenòfoba i racista, arran del darrer episodi immigratori, va provocar l'aparició de la Unitat Contra el Feixisme i el Racisme, i el Jaume sempre ha estat en les mobilitzacions i en les activitats, sovint aportant la seva experiència. També s'ha sumat, com molts dels vells lluitadors (coneguts com "iaioflautlas"), a una lluita que en els dies que escric aquest epíleg ha adquirit una especial rellevància: la defensa de la sanitat pública.

El Jaume Valls ha estat una de les figures importants de la història local, però també nacional, de la dècada de 1960 a la de 1990, per la seva activitat social i política. És un dels mites forjats en uns temps molt durs de repressió, una de les persones que més se la van jugar perquè la classe obrera tingués millor salari, més seguretat a la feina, condicions laborals dignes, menys blocs i més equipaments (com ara escoles i centres sanitaris) als barris. Una de les persones que més ha millorat les nostres vides. Aquest llibre també és un homenatge i agraïment a ell i a tots els "jaumes" d'aleshores i d'ara, els imprescindibles.

No oblidem que l'antifranquisme no va ser només la lluita política contra una dictadura i a favor d'un sistema democràtic. També va

ser un conjunt de lluites socials a favor dels interessos de la classe obrera (ara, com que ens fa vergonya ens diem classes mitges, mitges-baixes) en contra d'un règim que va néixer i es va mantenir precisament per afavorir els interessos de l'oligarquia de sempre (ara li diuen classes mitges-altes i altes, i durant un temps fou coneguda com "la casta").

La complicitat, els records i els grans coneixements de l'època del Jesús Vila han fet que el discurs del Jaume passi a ser un relat entenedor. El Jesús és periodista a més d'historiador, i es nota en el seu estil. Ja ho havíem comprovat en dues publicacions: l'article "Els somnis i la realitat: els primers anys de la transició a l'Hospitalet (1976-1979)", a la revista del Centre d'estudis *Quaderns d'Estudi* l'any 2012, i el llibre *Capdevila i nosaltres: L'Hospitalet, crònica política d'aquells anys decisius (1964-1979)*, l'any 2016, sent un dels números anteriors a aquest volum de la col·lecció **Recerques/Retrats**.

Creiem que amb obres com aquesta fem aportacions a la història de Catalunya i d'Espanya des de la història local. Els records del Jaume poden contribuir al millor coneixement de processos que van molt més enllà de l'Hospitalet. D'acord, són records, i per tant són una visió particular esbiaixada pel temps, però la feina del Jesús i l'honestetat fora de tot dubte, que els que el coneixem sabem que té el Jaume, en garanteixen el rigor.

El testimoni del Jaume Valls ens ajudarà a entendre millor el que ens ha passat i el que ens està passant. Espero que també ens ajudi a decidir què és el que ens ha de passar en el futur. El que deixa ben clar és el com, com

---

hem de decidir el futur, amb la lluita social i el compromís cívic i polític, com en aquelles assemblees dels paletes que treballaven a l'hospital de Bellvitge.

**Manuel Domínguez**  
President del **Centre d'Estudis de l'Hospitalet**





Una de las excursiones a la Playa de Blanes en los años 70, que servían para hablar de política y organizarse

**JEFATURA SUPERIOR DE POLICIA  
DE BARCELONA**

Resolución de 2 de Diciembre de 1971  
Sobre Refrante multa impuesta por  
infracción Ley de Orden Público  
a. (Sr. Valls) nº 10.000  
S. 104

En virtud de expediente seguido contra Vd. y comparecidos los hechos que lo motivaron, el Excmo. Sr. Gobernador Civil, ha decretado:

"En uso de las facultades que me confieren los arts. 18 y 19 de la Ley 46/1959, de 30 de Julio (Ley de Orden Público), modificadas por la 24/1971, de 21 de Julio de 1971, he resuelto imponer a impoer la sanción económica de DIEZ MIL pesetas a D. Jaime VALLS PIULATS, nacido en Bellvís (Idro), el día 15 de Julio de 1930, hijo de Genesio y Teresa, casado, oficial 1º albañil, como comprendido en el artº 2º, letra c) de la citada Ley, por haber organizado una subversión, para que de las obras en paro de la Casa Nueva de Gurb, sin contar con autorización para ello, arropando a tal fin a los productores de la empresa Fragados y Construcciones S.A., cuando se hallaban reunidos el día 13 del actual, en las dependencias de dicha empresa, todo lo cual, unido a sus antecedentes político-sociales, implica prueba evidente de su intencionalidad política a los efectos de mantener la situación de paro planteada en la Casa Nueva de Gurb".

"En la sanción QUINCE DIAS hábiles para el pago en período voluntario, mediante interposición al recurso procedente en el artº 21 de la Ley Sancionadora, en el plazo señalado en la resolución de 2 de Diciembre de 1971, para su cumplimiento, manifestando al saber que deberá hacer efectiva la sanción en Papel de Pagar al Estado, en el Negociado de Multas de esta Jefatura Superior, dentro del plazo de QUINCE DIAS hábiles siguientes al de la notificación.

Contra dicha resolución podrá interponer recurso dentro del plazo de QUINCE DIAS, de acuerdo con lo dispuesto en el artº 21 de la Ley de Orden Público, que tendrá el doble efecto de oponer ante la Autoridad sancionadora y, en su caso, de alzada ante el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, acompañándose el resguardo de la Caja Central de Depósitos del Ministerio de Hacienda, acreditativo de la consignación del pago de la multa de la sanción económica, a disposición del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación.

Transcurrido el plazo fijado para el pago en período voluntario en que la multa haya sido recurrida, se considerará firme a todos los efectos y se procederá de acuerdo con lo dispuesto en el artº 21 de la citada Ley.

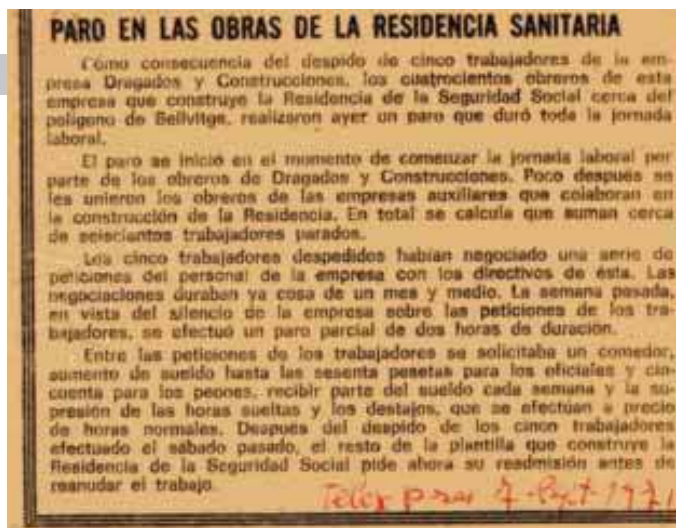
EL JEFE SUPERIOR  
F.D.  
EL INSTRUCTOR DE SERVICIOS

Dr. D. Jaime VALLS PIULATS, s/Vallpardo, 126-ent1º-1º.-

Aviso de la multa de 10.000 pesetas impuesta por el Gobernador Civil de Barcelona por la infracción de la Ley de Orden Público a Jaime Valls, que debía pagar en 15 días. Diez mil pesetas de la época eran un auténtico capital que un obrero no tenía posibilidad alguna de pagar



Nota informativa del diario Tele/eXpres sobre el paro de las obras de la Residencia de Bellvitge, donde Jaume Valls tuvo un enorme protagonismo personal



Cartulina de solidaridad con la huelga de los obreros de Elsa en Cornellà. Esta modalidad de propaganda servía para informar de la huelga y para captar recursos para la caja de resistencia



Cédula de citación al juzgado del año 1971 para practicar diligencias previas



Cartel del año 1977 del PSUC a nivel general de Catalunya. En la foto, cinco obreros de l'Hospitalet, entre los cuales Jaume Valls, Felipe Cruz e Isabel Gallardo



Cartel del mitin del año 79 en el polideportivo de Les Planes donde hablaron Antonio Ruiz y Jaume Valls junto al senador Josep Benet y al secretario de la CONC, López Bulla

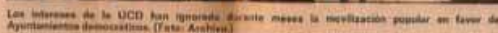


Entierro en Bellvís de Ramonet de la Brisda en el año 1976. Ramonet de la Brisda fue uno de los mentores políticos de primera hora de Jaume Valls



## Los ayuntamientos serán de izquierdas

Similar correlación de fuerzas se produce en las otras grandes concentraciones urbanas comarcales: Badalona, Sabadell, Terrasa (menos acentuadamente) y donde Coalición Democrática podría conseguir un con-



La misma técnica puede se-

futura de la zona. En las nueve localidades estudiadas todas ellas con más de veinte

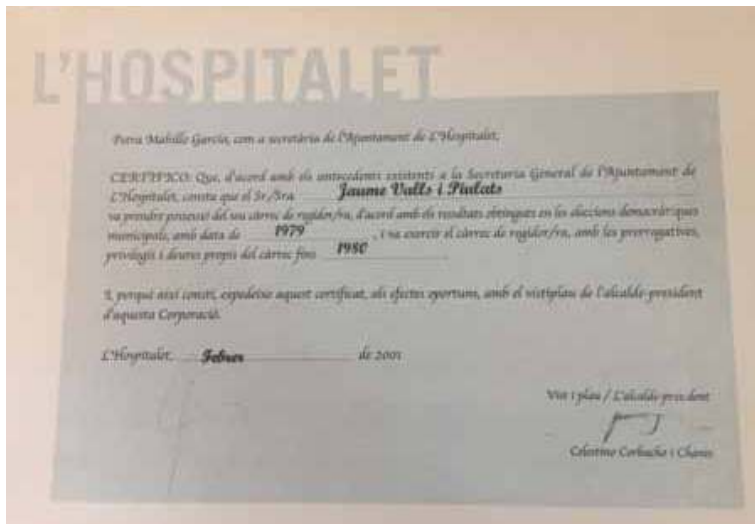
raguna, Lleida y Girona. En ellas la correlación de fuerza está mucho más equilibrada

pública la elección del alcalde respectivo. De tener que recurrir al procedimiento de

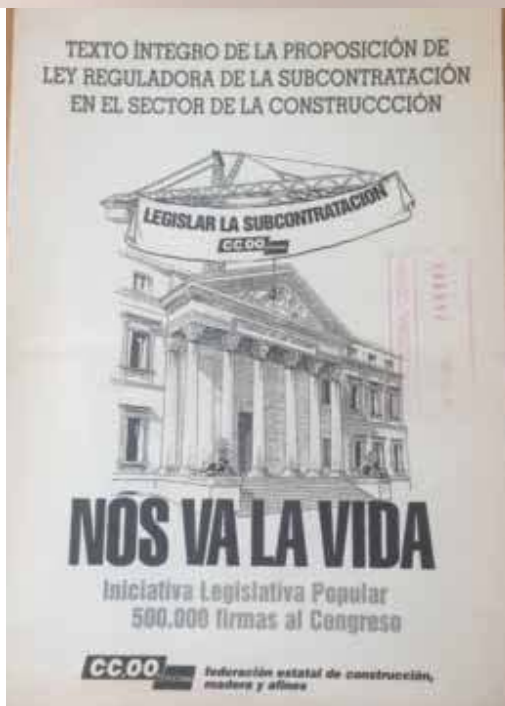


*Crónica de Mundo Diario dando cuenta de los resultados metropolitanos tras las primeras elecciones democráticas para los ayuntamiento en 1979*

***Jaume Valls, alzando el puño, en el momento de la imposición de la medalla que le legitimaba como concejal electo en las elecciones municipales de abril de 1979***



Certificación oficial del Ayuntamiento de l'Hospitalet donde consta el tiempo en que Valls ejerció como concejal del grupo municipal del PSUC



Propuesta del sindicato de la Construcción de CCOO por el que tanto lucharon los obreros del sector durante los años 70 para regular la subcontratación en las obras



Manifestación en la calle Barcelona frente a la Farga en una de las huelgas generales de los años 80. Tomás Martínez en primer término





*Jaume Valls en Moscú, frente a la estatua de Lenin junto al Palacio del Presidium. La estatua se mantuvo en su enclave hasta principios de los 90*

*Fotografía de Jaume Valls de una serie, tomada tras los sucesos de La Farga de principios de los 80, donde fue apaleado por la policía y tuvo que ser asistido de una brecha en la cabeza en la Residencia de Bellvitge. Jaume Valls era concejal en esos momentos*



*Octavilla de un mitin en el Paseo de Bellvitge donde, junto a Jaume Valls, intervinieron Juan Ramos y Antonio Gades*



El aval para el nuevo partido (PCC) provenía de los viejos luchadores comunistas. En la foto, obreros de la construcción junto a Jaume Valls y Antonio Ruíz

Cartel electoral del año 93 del PCC. Junto al candidato a alcalde, Jordi Homs, viejos conocidos del comunismo local



Cartel del mitin conmemorativo de los 25 años del nacimiento de CCOO en l'Hospitalet. En realidad, la primera Comisión Obrera, la de la fábrica Samper, se constituyó un poco después del año 1964 cuando se considera el nacimiento de CCOO en Catalunya



*Las imágenes de arriba y de la derecha corresponden a la multitudinaria cena que se organizó en 1991 como homenaje a Jaume Valls que dejaba entonces la secretaria local de CCOO. Jaume leyó unas notas junto a Antonio Ruíz*



*Acto de homenaje a los obreros de la Residencia de Bellvitge cuando se conmemoraba el 25 aniversario de su construcción*





*Encuentro de los obreros de la construcción de la Residencia de Bellvitge 25 años después de acabadas las obras*

*Cena en la Residencia de Bellvitge conmemorativa de los 25 años. Jaume Valls pertenecía al Consejo Rector como representante de los usuarios*



*Cena de la Coordinadora de Jubilados y Pensionistas, de finales de los 90*



*El colectivo promotor, junto con el Centre d'Estudis de l'Hospitalet, del grupo de trabajo L'Hospitalet Antifranquista*



*Fotografía del salon de actos del Centre de Lectura de Reus, en el acto de entrega del galardón a Jaume Valls, en 1997*

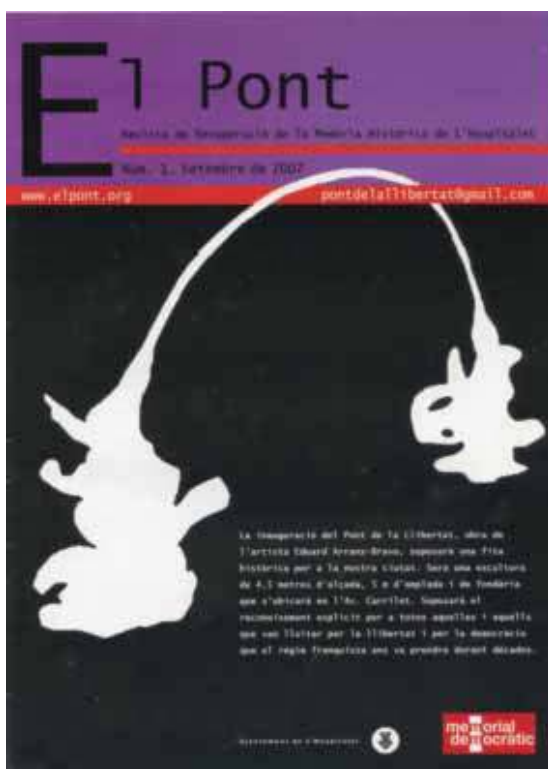
*Salida a la playa de Argelers en el sur de Francia, donde se concentraron los republicanos españoles tras la derrota en la Guerra Civil*





Antonio Mayo y Jaume Valls como representantes de l'Hospitalet Antifranquista haciendo la ofrenda al monumento a la Diada en la plaza Lluís Companys de l'Hospitalet

Portada y contraportada del primer número de El Pont, portavoz de El Pont de la Llibertat, donde se hacía un repaso a las actividades y excursiones realizadas durante estos años a los escenarios de la memoria histórica



Acto de la Coordinadora de la Memoria Histórica de Catalunya, en presencia de Celestino Corbacho, alcalde de l'Hospitalet



Uno de los múltiples reconocimientos que llevo a cabo la entidad El Pont de la Llibertat en l'Hospitalet durante estos años. En la foto, Carmen Díaz, veterana comunista, junto a Jame Valls y Celestino Corbacho





*Una de las múltiples reuniones de esos años para hablar de la memoria histórica y de la recuperación de fosas en Catalunya*



*Imágenes de diversas actividades de la entidad en estos años: arriba homenaje a la Quinta del Biberón en l'Hospitalet y abajo salida a la tumba de Manuel Azaña en Montauban*



*Encuentro en Rivas Vaciamadrid sobre la memoria histórica en el 2004. En el escenario, la cantante Ana Belén*



*Calçotada entre comunistas. Maria Balaquer con Jaume Valls, a mediados de los 90*





*Reconocimiento a una de las últimas guerrilleras de la postguerra, María Rodríguez, la Goyeria.*

*Homenaje en el Aula de Cultura de Bellvitge a la vieja luchadora antifranquista Pura Fernández, con motivo de su fallecimiento*





*Imágenes de la entrega del Premio de Honor Ciutat de l'Hospitalet a Jaume Valls en 1998*





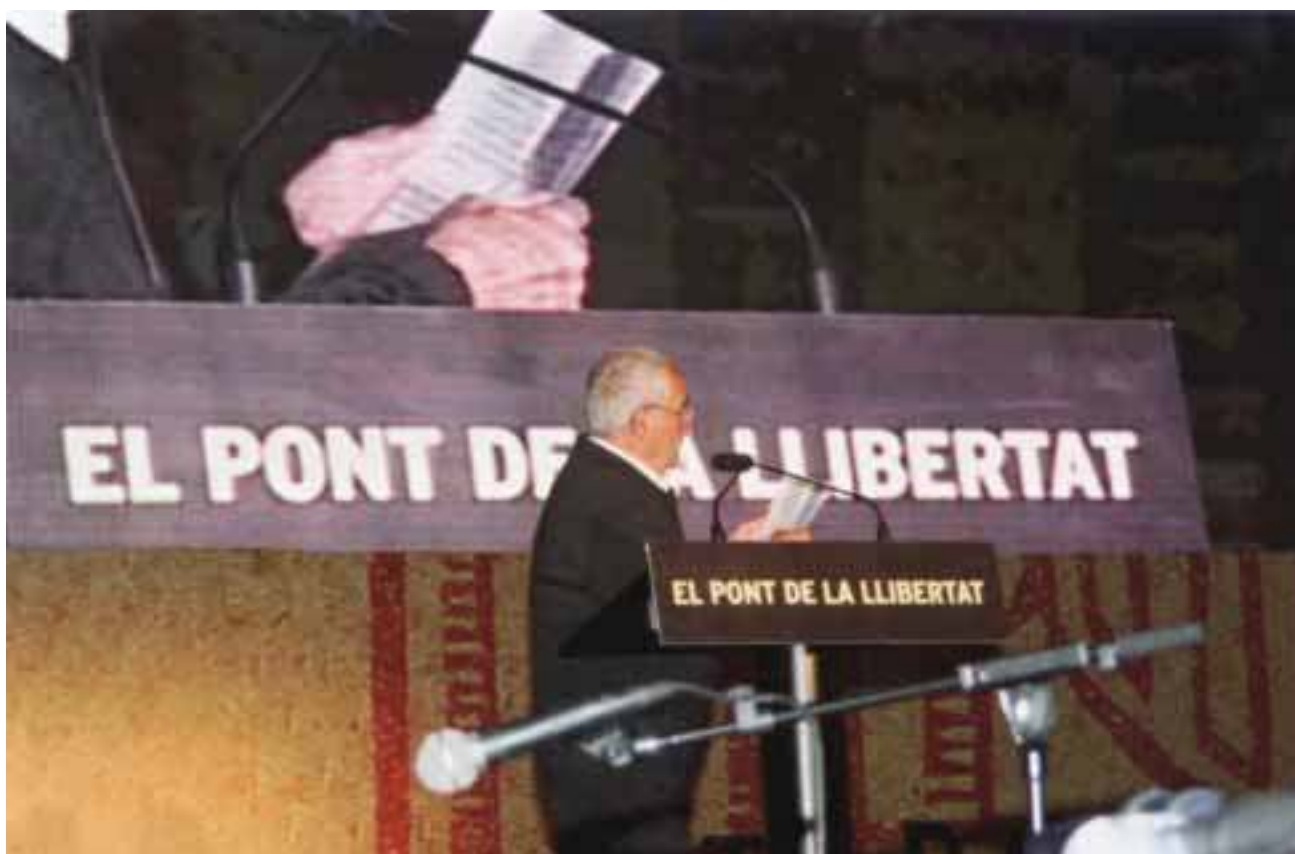


*Imagen de miembros de El Pont de la Llibertat en plenas obras de colocación de la escultura de Arranz Bravo en Rambla Marina y cuando ya estaban terminadas*



*El alcalde, el president de la Generalitat, Jaume Valls y el escultor Arranz Bravo, el día de la inauguración de la escultura*





*Jaume Valls durante la lectura del discurso la noche de la inauguración de El Pont de la Llibertat*



*Excursión a Corbera d'Ebre. Homenaje a las Brigadas Internacionales*



Una reunión del Grupo l'Hospitalet Antifranquista con el alcalde Corbacho

Una "niña de la Guerra en Rusia", saludando a Jaume Valls en la sede de El Pont de la Llibertat



Charla con el director de la revista Sapiens y la última guerrillera, Goyerías



*Salida a Santa Cruz de Moya (Cuenca), para visitar el Monumento al Guerrillero*



*Rosa Palomero cantando la Canción de Julián Grimau. Raro ha sido el acto de los comunistas hospitalenses o del antifranquismo en general vinculado a esta ciudad, donde Rosa Palomero no pusiera el colofón a los encuentros con su magnífica voz y el lamento por la muerte a manos de Franco del dirigente comunista en 1963. La canción de Rosa Palomero, mujer de Antonio Ruiz y madre de la cantante Carmen Ruiz, ha sido un clásico en todos estos años*





En una terraza de la Rambla de Manresa, camino de un encuentro de reconocimiento a más de 200 soldados enterrados en el cementario de ka capital del Bages



Jaume Valls frente a un conocido cartel del PSUC en la exposición que tuvo lugar en Can Riera de l'Hospitalet en 2010



Jaume Valls con el Dr Capdevila, director del Hospital de Bellvitge en su fiesta de homenaje en 1991. Capdevila y Valls congeniaron desde la época en que ambos formaron parte del Consejo Rector de la Residencia, uno como director médico, y el otro como representante de los usuarios



Tomas, Jaume y otro compañero, un poco antes de la manifestación del Primero de Mayo de 1985.



Manifestación del Primero de Mayo en Barcelona del sindicato de CCOO de l'Hospitalet en 1985. Se pueden distinguir Jaume Valls, Vicenç Ventura, Alfred Clemente y Tomás Martínez, entre otros varios dirigentes



*Pasqual Maragall y varios de los miembros que le dieron apoyo en Ciutadans pel Canvi, entre ellos Jaume Valls*



*Fotografía de 2005. Jaume Valls escribió entonces en el reverso: “Amigos de siempre, los únicos que me quedan”*





Arriba, más “amigos de siempre”, año 2000.

A la derecha, con Antonio Ruiz, amigos eternos: compartían oficio, ideología, sindicato y partido.



Jaume Valls conversando con Josep Antoni Duran i Lleida y Corbacho



En el reverso de la fotografía Jaume Valls escribió en su día: "Utópicos de l'Hospitalet, de los primeros combatientes contra la dictadura 1969-1970"



Abuelo y nieta. Anna Cutillas entrevista a su abuelo Jaume para un trabajo escolar



Fariñas y Valls en 2010, un día de nieve





Carnets del PSUC y del PCC de Jaume Valls. Carnet de la Assemblea de Catalunya, tarjetas de delegado a diferentes Congresos y algunas pegatinas.



Carnets de CC.OO. y del PCC de Jaume Valls, más varias tarjetas identificativas de delegación a Congresos





Cartillas del Ejército y del Sindicato Vertical, carnet de la Escuela de Adultos, credencial de concejal y de la Junta de Gobierno de la Residencia, además de credenciales de delegado



Carnet de panadero del año 1955, de la CNS del 76 y de la Seguridad Social del 65



Carnets, pegatinas y credenciales varias







Credenciales varias y algunas pegatinas y tarjetas





Sobre estas líneas tarjeta de asistencia a una reunión de delegados en Madrid, el bono de ayuda de la entidad El Pont de la Llibertat para la construcción del monumento por suscripción popular y algunos pins



*Sobre estas líneas, curiosos instrumentos: un punzón para pinchar ruedas en las manifestaciones, dos pelotas de goma de la policía, recogidas en la calle, y pitos y una carraca para dar ambiente en las protestas*



*Medallas acreditativas de la condición de concejal del Ayuntamiento de l'Hospitalet. Abril, 1979*



*Un banderín sindical de recuerdo que se trajo Jaume Valls, de su recorrido por tierras ucranianas*





Una pequeña muestra de los centenares de folios escritos por Jaume Valls, recogiendo recuerdos y actividades, y de las numerosas libretas con testimonios diversos



Una pequeña selección de las decenas de dedicatorias recogidas en un libro de la fiesta homenaje del año 1991. A la derecha, Pura Fernández; en medio, Alfred Clemente y abajo Mercé Romans. En la página siguiente, Leopoldo Espuny

completado camino te acompañamos  
Pura  
Mercé

Ja ho veus Jaume!  
Aqui esteu molts encara, amb tu  
i tu amb nosaltres, lluitant per canviar  
les coses injustes. Per transformar la societat  
Aqui estem amb els nostres errors i sobretot  
amb el compromís.  
No es un topic dir que es un homenatge  
a la terra lluita d'arreu i de oleum i  
no una jubilació.  
Gràcies per totes coses. Alfred Clemente

El bonic de cor gran  
aconsegueixen les victòries  
més importants. Una d'elles  
és la de viure estudiant.  
Je tot cor  
Mercé  
Romans

A Jaime Valls en profunda  
admiration y afecto.  
Leopoldo Epping

Amigos entrañables:  
Antonio Ruiz y José  
Fariñas







*Los auténticos protagonistas de esta historia*





**M<sup>a</sup> MERCÈ ROMAN SIQUÈS**

Tota una vida dedicada a escoltar persones,  
a guiar-les amb discreció i eficàcia cap al coneixement,  
com a educadora  
a l'espai, escola d'adults, els seus mestres, sindicat, empresa i universitat.

Per Serra i Menéndez / L'Universitat de Barcelona i Octubre del 2006

*Amigos que ya se fueron: Antonio, Mercé Romans, fallecida en un accidente de tráfico y el sindicalista Ángel Rozas*



*Sindicalistas de siempre:  
Tomás y Vicente*



*Jaume Valls con Carlos Jiménez Villarejo*





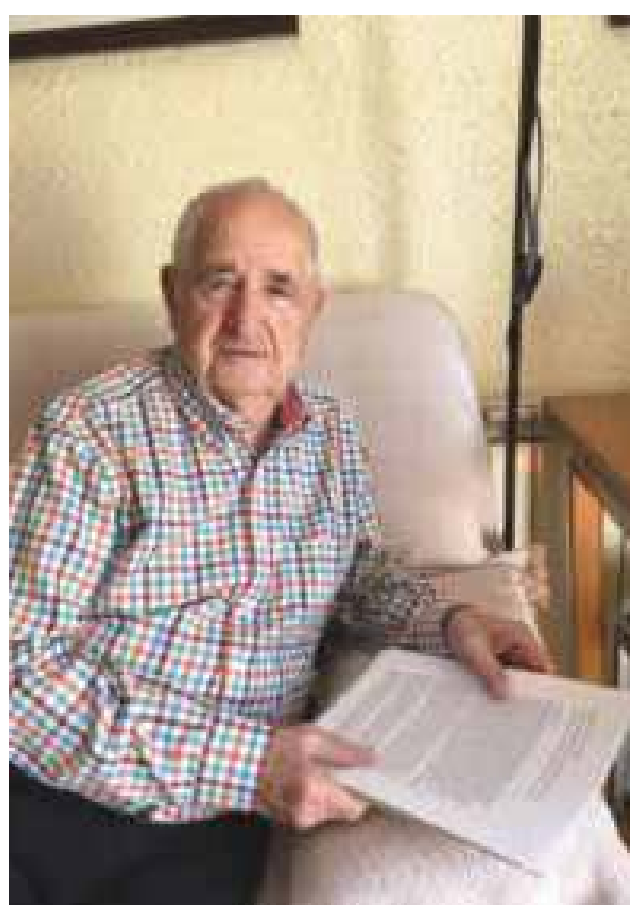
*Los hermanos de Agustina Guallar, cuñados y cuñadas de Jaume Valls. De izquierda a derecha: Eulogia, Presentación, Santiago, Agustina, Jesús y Carmen*



*Jaume Valls y su madre, Teresa Piulats*

*Agustina y Jaume, con su madre, Teresa, y su hermana, Carmen, en su casa de Bellvitge*





*En la fotografía superior, la familia al completo. De izquierda a derecha: Carmen Valls, Agustina Guallar, Jaume Valls, Carles Cutillas, Teresa Valls. Sentados en el suelo, Anna, Aina, Víctor y Laura*  
*En las fotos inferiores, Agustina y Jaume revisando el texto de este libro en marzo de 2020*